# VOLTAIRE



# HISTORIA DEL IMPERIO RUSO BAJO PEDRO EL GRANDE

# HISTORIA DEL IMPERIO RUSO BAJO PEDRO EL GRANDE

---

VOLTAIRE




Edited by FS

2018

*Entre las múltiples facetas del espíritu complejo de Voltaire, la de historiador es quizá de las menos conocidas y la que esa masa que se llama el gran público menos recuerda cuando trata de evocar y reconstituir esta inquietante y perturbadora figura. Y, sin embargo, no es de las menos interesantes, ni por la calidad ni por la cantidad de la obra que en este terreno ha producido.*

*Su concepto de la Historia y la manera de tratarla representa, en su época, un paso gigantesco sobre los dominantes y privativos hasta entonces en esta rama del saber humano, hasta el punto de haberse asegurado que en el siglo XVII establece, con Montesquieu, casi como hoy las concebimos, las reglas generales del arte de escribir la historia.*

*Hoy se entiende, en efecto, que el historiador ha de ser por de pronto, un erudito, un investigador; ha de documentarse minuciosamente, haciendo una crítica rigurosa de los documentos. Pero se cree también, y más firmemente cada día, no obstante la maravillosa creación de la erudición alemana,*

*orientada casi exclusivamente en este sentido, que este acarreo de materiales es indispensable para la construcción del edificio; pero no es suficiente; falta todavía... levantarlo; después de aquella labor de análisis tiene que venir la de las grandes síntesis; mientras tanto, no surge el historiador: tras del erudito se ve el obrero manual, pero no se vislumbra la figura del arquitecto.*

*Voltaire atiende por igual a estos dos aspectos; huye lo mismo de las compilaciones indigestas que de las novelas sin autoridad y sin valor. Analiza, indaga, compulsa, hace la crítica de las fuentes, y después, escogiendo entre el montón inmenso de datos que acumula, sólo los más característicos escribe, sin casi dejar traslucir esta penosa labor previa, verdadera historia; historia al alcance de todo el mundo, despojada de sus formas solemnes, en lenguaje claro y llano, compitiendo en amenidad con la novela, y vestida con un estilo pleno de pureza, propiedad y precisión.*

*Para realizar la primera labor preparatoria, se halla en situación inmejorable, tanto por sus múltiples relaciones sociales, que le permiten, como él mismo dice, interrogar igualmente a los reyes que a los ayudas de cámara, como por sus cargos oficiales, entre ellos el de historiador del rey, que le abren las puertas de los archivos del Estado; para todo ello, espoleado además por su aguda curiosidad intelectual, siempre despierta. Claro que, dada la época en que Voltaire produce, esta labor*

*de análisis e investigación, tocada además de la poca imparcialidad de su espíritu, no tiene todo el rigor exigido por la moderna crítica histórica; pero, con todo, ésta poco ha tenido que rectificar o desechar en aquélla.*

*Para la labor sintética, acaso le falte profundidad; pero cuenta con su maravillosa imaginación, con su talento de dramaturgo y novelista, que le permiten hacer de cada capítulo un verdadero cuadro lleno de perspectiva, de luz y de color. Sus repetidos viajes, su trato con tantos ejemplares humanos diferentes, hacen de él un profundo psicólogo, condición indispensable a todo historiador, ya que la Historia, como dice Monod, es una psicología colectiva.*

*En esta historia de Pedro el Grande resplandecen todas estas cualidades, realzadas por el cariño al asunto y su admiración por la figura del protagonista. Sus gustos aristocráticos, así como su completa fe en el influjo de los grandes hombres, en el poder benéfico del déspota ilustrado, habían de arrastrarle hacia las figuras de Luis XIV de Francia y de Pedro I de Rusia.*

*En cuanto a la cantidad de su labor histórica, basta citar los títulos de sus obras:*

*Historia de Carlos XII (1731) -El siglo de Luis XIV (1751) -Anales del imperio (1753) -Ensayo sobre las costumbres de las naciones (1750) -Historia de Rusia bajo Pe-*

*dro el Grande (1759-63) -Historia del Parlamento de París. Resumen del reinado de Luis XV (1769)*

*Recordemos, para terminar, que Francisco María Arouet (Voltaire) nació en 1694 y murió en París en 1778.*

# PRIMERA PARTE

## Prólogo

En los primeros años del siglo en que vivimos, el vulgo no conocía en el Norte más héroes que Carlos XIL Su valor personal, mucho más propio de un soldado que de un rey; el brillo de sus victorias, y aún de sus desastres, hería vivamente los ojos de todo el mundo, que veía fácilmente estos grandes acontecimientos, y no veía, en cambio, las labores largas y útiles. Los extranjeros dudaban entonces hasta de que las empresas del zar Pedro I pudiesen sostenerse; sin embargo, han subsistido y se han perfeccionado bajo las emperatrices Ana e Isabel; pero, sobre todo, bajo Catalina II, que tan lejos ha llevado la gloria de Rusia. Hoy este imperio está incluido entre los Estados más florecientes, y Pedro,

en la categoría de los más grandes legisladores. Aunque sus empresas no necesitasen del buen éxito a los ojos de los sabios, sus resultados han afirmado para siempre su gloria. Se juzga hoy que Carlos XII merecía ser el primer soldado de Pedro el Grande. Uno no ha dejado más que ruinas; el otro es un fundador en todos los órdenes. Yo me atreví a emitir un juicio análogo hace treinta años, cuando escribí la historia de Carlos. Las Memorias que me han proporcionado hoy sobre Rusia me ponen en situación de hacer conocer este imperio, cuyos pueblos son tan antiguos, y donde las leyes, las costumbres y las artes son de creación moderna. La historia de Carlos XII era amena; la de Pedro I es instructiva.

# CAPITULO PRIMERO

## Descripción de Rusia.

El imperio de Rusia es el más vasto de nuestro hemisferio; su extensión, de Occidente a Oriente, es de más de dos mil leguas comunes de Francia, y tiene más de ochocientas leguas de Sur a Norte, en su mayor anchura. Limita con Polonia y el mar Glacial; toca a Suecia y a la China. Su longitud desde la isla de Dago al occidente de Livonia, hasta sus confines más orientales, comprende cerca de ciento setenta grados; de suerte que cuando es mediodía en el occidente es casi media noche en el oriente del imperio. Su anchura es de tres mil seiscientas verstas de Sur al Norte, lo que equivale a ochocientas cincuenta de nuestras leguas comunes.

Conocíamos tan poco los límites de este país en el siglo pasado, que cuando en 1689 supimos que los chinos y los rusos estaban en guerra, y que el emperador Canihi, de un lado, y del otro los zares Iván Y Pedro enviaban, para terminar diferencias, una embajada a trescientas leguas de Pequín, en el límite de los dos imperios, calificamos primeramente este acontecimiento de fábula.

Lo que está hoy comprendido bajo el nombre de Rusia o de las Rusias es más vasto que todo el resto de Europa y como no lo fue nunca el imperio romano, ni el de Darío, conquistado por Alejandro, pues contiene más de un millón cien mil leguas cuadradas. El imperio romano y el de Alejandro no tenían cada uno más que unas quinientas cincuenta mil, y no hay ningún reino en Europa que sea la dozava parte del imperio romano. Para conseguir que Rusia fuese tan populosa, tan abundante, tan llena de ciudades como nuestros países meridionales, serían todavía necesarios siglos y zares tales como Pedro el Grande.

Un embajador inglés que residía en 1733 en Petersburgo y que había estado en Madrid dice en su relato manuscrito que en España, que es el reino de Europa menos poblado, se pueden calcular cuarenta

personas por cada milla cuadrada, y que en Rusia no se pueden contar más que cinco; en el capítulo segundo veremos si este ministro se ha engañado. Se dice en el *Diezmo,* falsamente atribuido al mariscal de Vauban, que en Francia cada milla cuadrada contiene aproximadamente doscientos habitantes una con otra, Estas evaluaciones no son nunca muy exactas, pero sirven para mostrar la enorme diferencia de la población de un país a la de otro.

Aquí haré observar que de Petersburgo a Pequín apenas si se encuentra una gran montaña en el camino, que las caravanas podrían tomar por la Tartaria independiente, por las llanuras de los calmucos y por el gran desierto de Cobi; y es de notar que de Arcángel a Petersburgo y de Petersburgo a los confines de la Francia septentrional, pasando por Dantzig, Hamburgo, Amsterdam, no se ve ni una collna un poco alta. Esta observación puede hacer dudar de la verdad del sistema que sostiene que las montañas no se han formado más que por el acarreo de las olas del mar, suponiendo que todo lo que es hoy tierra ha sido mar hace mucho tiempo. Pero ¿cómo las olas que, en esta hipótesis, han formado los Alpes, los Pirineos y el Taurus, no han formado también alguna colina elevada desde la

Normandía a la China, en un espacio tortuoso de tres mil leguas? La geografía así considerada podría auxiliar a la física, o al menos plantearle problemas.

En otro tiempo hemos llamado a Rusia con el nombre de Moscovia, porque la ciudad de Moscú, capital de este imperio, era la residencia de los grandes duques de Rusia; hoy, el antiguo nombre de Rusia ha prevalecido.

No debo investigar aquí por qué se han llamado a los países desde Smolensko hasta más allá de Moscú la Rusia blanca, y por qué Hubner la llama negra, ni por qué razón Kiev debe ser la Rusia roja.

Puede ser cierto también que Madies el Escita, que hizo una irrupción en Asia cerca de siete siglos antes de nuestra era, haya llevado sus arenas a estas regiones como han hecho después Gengis y Tamerlán y como probablemente se había hecho mucho tiempo antes de Madies. Todas estas antigüedades no merecen nuestras investigaciones; las de los chinos, indios, persas, egipcios, están comprobadas por monumentos ilustres e interesantes. Estos monumentos suponen todavía otros muy anteriores, puesto que es preciso un gran número de siglos antes de que se pueda siquiera establecer el arte de transmitir sus pensamientos por signos per-

manentes y que todavía es necesaria una multitud de siglos anteriores para formar un lenguaje regular. Pero nosotros no tenemos tales monumentos en nuestra Europa, hoy tan civilizada; el arte de la escritura fue durante mucho tiempo desconocido en todo el Norte; el patriarca Constantino, que escribió en ruso la historia de Kiovia, confiesa que en estos. países no se usaba la escritura en el siglo V.

Que otros examinen si los hunos, los eslavos y los tártaros han conducido en otros tiempos familias errantes y hambrientas hacia las fuentes del Borístenes; mi deseo es hacer ver lo que el zar Pedro ha creado, más que desembrollar el antiguo caos. Es necesario siempre recordar que ninguna familia en la tierra conoce a su progenitor, y que, por consiguiente, ningún pueblo puede conocer su primer origen.

Me sirvo del nombre de rusos para designar a los habitantes de este gran imperio. El de roxolanos, que se les ha aplicado en otro tiempo, sería más sonoro; pero es preciso conformarse con el uso de la lengua en que se escribe. Las gacetas y otras memorias desde hace algún tiempo emplean el nombre de rusianos; pero como este nombre se parece demasiado al de prusianos, yo me atengo al de rusos, que

casi todos nuestros escritores les han asignado; y me ha parecido que el pueblo más extendido de la tierra debe ser conocido por un término que lo distinga absolutamente de las demás naciones.

Es necesario desde ahora que el lector, con el mapa a la vista, se forme una idea clara de este imperio, dividido hoy en diez y seis grandes gobiernos, que algún día serán subdivididos, cuando los países del Septentrión y del Oriente tengan más habitantes.

He aquí cuáles son estos diez y seis gobiernos varios de los cuales comprenden provincias inmensas.

*Livonia.* -La provincia más próxima a nuestros climas es la de la Livonia. Es una de las más fértiles del Norte. Era pagana en el siglo XII. En ella negociaron comerciantes de Brema y de Lubek, y religiosos cruzados, llamados *portaespadas*, unidos en seguida a la orden teutónica, se apoderaron de ella en el siglo XIII, en la época en que el furor de las cruzadas armaba a los cristianos contra todo lo que no pertenecía a su religión. Alberto, margrave de Brandeburgo, gran maestre de estos religiosos conquistadores, se hizo soberano de la Livonia y de la Prusia brandeburguesa hacia el año 1514. Los rusos

y los polacos se disputaron desde entonces esta provincia. Luego, los suecos entraron en ella; durante mucho tiempo fue asolada por todas estas potencias. El rey de Suecia Gustavo Adolfo la conquistó. Fue cedida a Suecia en 1660 por la célebre paz de Oliva, y, en fin, el zar Pedro la conquistó a los suecos, como se verá en el curso de esta historia.

La Curlandia, que está contigua a la Livonia, ha sido siempre vasalla de Polonia, pero depende en mucho de Rusia. Esos son los límites occidentales de este imperio en la Europa cristiana.

*Gobierno de Revel, de Petersburgo y de Viborg*- Más al Norte se encuentra el gobierno de Revel y el de Estonia. Revel fue fundado por los dinamarqueses en el siglo XIII. Los suecos poseyeron a Estonia desde que el país se puso bajo la protección de Suecia, en 1561; ésta es también una de las conquistas de Pedro.

Al borde de la Estonia está el golfo de Finlandia. Al Oriente de este mar, y en la unión del Neva y del lago Ladoga, está la ciudad de Petersburgo, la más moderna y más hermosa ciudad del imperio, fundada por el zar Pedro, a pesar de todos los obstáculos reunidos que se oponían a esta fundación.

Se eleva sobre el golfo de Cronstadt, en medio de nueve brazos fluviales que dividen sus barrios: un castillo ocupa el centro de la ciudad, en una isla formada por el gran curso del Neva; siete canales procedentes de los ríos bañan los muros de un palacio, los del Almirantazgo, del astillero de galeras y varias manufacturas. Treinta y cinco grandes iglesias son otros tantos ornamentos de la ciudad, y entre esas iglesias hay cinco para los extranjeros, sean católicos romanos, sean protestantes, sean luteranos; son cinco templos erigidos a la tolerancia y otros tantos ejemplos presentados a las demás naciones. Hay cinco palacios; el antiguo, que se llama el de estío, situado sobre el río Neva, está rodeado de una inmensa balaustrada de hermosas piedras todo a lo largo de la ribera. El nuevo palacio de estío, cerca de la puerta triunfal, es uno de los más hermosos trozos de arquitectura que hay en Europa; los edificios elevados para el Almirantazgo, para los cuerpos de cadetes, para los colegios imperiales, para la Academia de Ciencias, la Bolsa, el almacén de mercancías, el de las galeras, son otros tantos monumentos magníficos. La casa de la policía, la de la farmacia pública, donde todas las vasijas son de porcelana; el almacén de la corte, la fundición, el

arsenal, los puentes, los mercados, las plazas, los cuarteles para la guardia de Caballería y para los guardias de a pie contribuyen tanto al embellecimiento como a la seguridad de la ciudad. Actualmente tiene cuatrocientas mil almas. En los alrededores de la ciudad hay quintas de recreo cuya magnificencia asombra a los viajeros; hay una en la que los juegos de agua son muy superiores a los de Versalles. No había nada en 1702; era esto un pantano intransitable. Petersburgo está considerado como la capital de la Ingria, pequeña provincia conquistada por Pablo I. Viborg, conquistada por él, y la parte, de Finlandia perdida y cedida por Suecia en 1742, son otro gobierno.

*Arcángel.* -Más arriba, subiendo al Norte, está la provincia de Arcángel, país enteramente nuevo para las naciones meridionales de Europa. Tomó su nombre de San Miguel Arcángel, bajo cuya protección se puso mucho tiempo después de que los rusos se hubiesen convertido al cristianismo, que no han abrazado hasta principios del siglo XI. Hasta mediados del siglo XVI, este país no fue conocido por las demás naciones. Los ingleses, en 1533, buscaron un paso por el mar del Norte y del Este para ir a las Indias Orientales. Chancelor, capitán de uno

de los buques equipados para esta expedición, descubrió él puerto de Arcángel en el mar Blanco. No había en este desierto, más que un convento, con la pequeña iglesia de San Miguel Arcángel.

Desde este puerto, remontando el río Dwina, los ingleses se internaron, y al fin llegaron a la ciudad de Moscú. Se hicieron fácilmente los dueños del comercio de Rusia, el cual, de la ciudad de Novgorod, donde se hacía por tierra, fue trasladado a este puerto de mar. Es cierto que es inabordable durante siete meses del año; sin embargo, fue mucho más útil que las ferias del gran Novgorod, caídas en decadencia por las guerras contra Suecia. Los ingleses obtuvieron el privilegio de comerciar allí sin pagar ningún derecho, y así es como todas las naciones deberían acaso comerciar unas con otras. Los holandeses compartieron luego el comercio de Arcángel, que no fue conocido de los demás pueblos.

Mucho tiempo antes, los genoveses y los venecianos habían establecido comercio con los rusos por la embocadura del Tana; donde fundaron una ciudad llamada Tana; pero desde las devastaciones de Tanerlan en esta parte del mundo, esta rama del comercio de los italianos quedó destruida; el de Arcángel ha subsistido, con grandes ventajas para los

ingleses y los holandeses, hasta la época en que Pedro el Grande abrió el mar Báltico a sus Estados.

*Laponia rusa. Gobierno de Arcángel*-Al occidente de Arcángel y en su gobierno está la Laponia rusa, tercera parte de esta comarca; las otras dos pertenecen a Suecia y a Dinamarca. Es un gran país, que ocupa cerca de ocho grados de longitud, y que se extiende en latitud del círculo polar al cabo Norte. Los pueblos que lo habitan eran confusamente conocidos en la antigüedad bajo el nombre de trogloditas y de pigmeos septentrionales; estos nombres convenían, en efecto, a hombres de una altura, en su mayoría, de tres; codos, y que habitan en cuevas; son hoy tal como eran entonces, de color tostado, aunque los demás pueblos septentrionales sean blancos; casi todos pequeños, mientras que sus vecinos y los habitantes de Islandia, en el círculo polar, son de alta estatura; parecen hechos para un país montuoso, ágiles, rechonchos, robustos; la piel, dura, para mejor resistir el frío; los muslos y las piernas, delgados; los pies, menudos, para correr más ligeramente por medio de las rocas de que su país está todo cubierto; amando apasionadamente a su patria, que sólo ellos pueden amar, y no pudiendo ni aun vivir fuera de ella. Se ha supuesto, siguiendo a Olaus, que estos

pueblos eran originales de Finlandia y que se habían retirado a la Laponia, donde su talla ha degenerado. Pero ¿por qué no han escogido tierras menos al Norte, donde la vida hubiese sido más cómoda? ¿Por que su cara, su figura, su color, todo, difiere completamente de sus supuestos antepasados? Se podría acaso decir de igual manera que la hierba que crece en Laponia procede de la hierba de Dinamarca, y que los peces especiales de sus lagos proceden de los peces de Suecia. Hay gran probabilidad de que los lapones sean indígenas, como sus animales son un producto de su país; que la Naturaleza los ha hecho unos para otros.

Los que habitan hacia la Finlandia han adoptado algunas expresiones de sus vecinos, lo que ocurre a todos los pueblos; pero cuando dos naciones dan a las cosas más usuales, a los objetos que ven sin cesar, nombres absolutamente diferentes, puede muy bien presumirse que ninguno de estos pueblos es una colonia del otro. Los finlandeses llaman al oso *karu*, y los laponeses, *muriet*; el Sol, en finlandés, se llama *auringa*; en lengua lapona, *beve*. No hay ninguna analogía. Los habitantes de Finlandia y de la Laponia sueca han adorado en otro tiempo un ídolo que llamaban *Iumalac*; y desde la época de Gustavo

Adolfo, al que deben el nombre de luteranos, llaman a Jesucristo el hijo de *Iumalac*. Los lapones moscovitas pertenecen hoy a la Iglesia griega; pero los que vagan por las montañas septentrionales del cabo Norte se contentan con adorar a un dios bajo algunas formas groseras, antigua costumbre de todos los pueblos nómadas.

Esta especie de hombres, poco numerosa, posee muy pocas ideas, y son muy felices por no tener más; pues, en ese caso tendrían nuevas necesidades que no podrían satisfacer; viven contentos y sin enfermedades, no bebiendo apenas más que agua en un clima del mayor frío, y llegan a una extrema vejez. La costumbre que se les imputaba de rogar a los extranjeros que hiciesen a sus mujeres y a sus hijas el honor de unirse con ellas viene probablemente del sentimiento de la superioridad que reconocen en esos extranjeros y el deseo de que pudiesen servir para corregir los defectos de su raza. Esta era una costumbre establecida en los pueblos virtuosos de Lacedemonia. Un marido rogaba a un joven bien formado le diese hermosos hijos que el pudiese adoptar. Los celos y las leyes impiden a los demás hombres entregar a sus mujeres; pero los lapones

casi carecían de leyes y probablemente tampoco eran celosos.

*Moscú.* -Cuando se remonta el Dwuina de Norte a Sur, se llega en la parte central del país, a Moscú, la capital del imperio. Esta ciudad fue durante mucho tiempo el centro de los Estados rusos antes de que se hubiese extendido del lado de la China y de la Persia.

Moscú, situada hacia los cincuenta y cinco grados de latitud, en un terreno menos frío y más fértil que Petersburgo, se halla en medio de una vasta y hermosa llanura sobre el río Moskova[1] y de otros dos pequeños que se pierden con el en el Oca y van enseguida a engrosar el caudal del Volga. Esta ciudad no era en el siglo XIII más que un conjunto de cabañas habitadas por desgraciados oprimidos por la raza de Gengis Khan.

El Kremlin[2], que era la morada de los grandes duques, no fue edificado hasta el siglo XIV; tan poca antigüedad tienen las ciudades en esta parte del mundo. Este Kremlin fue construido por arquitectos italianos, así como varias iglesias, en este estilo gótico, que era entonces el de toda Europa. Hay dos

[1]En ruso, *Moskwa*

de ellas del célebre Aristote, de Bolonia, que floreció en el siglo XV; pero las casas de los particulares no eran más que barracas de madera.

El primer escritor que nos dio a conocer Moscú fue Olearius, quien en 1633 acompañó una embajada de un duque de Holstein, embajada tan vana por su pompa como inútil por su objeto. Un habitante de Holstein debía de quedar asombrado de la inmensidad de Moscú, de sus cinco murallas, del amplio barrio de los zares y del esplendor asiático que reinaba entonces en esta corte. No había nada parecido en Alemania; ninguna ciudad, ni con mucho, tan vasta, tan poblada.

El conde de Carlisle, por el contrario, embajador de Carlos III, en 1663, cerca del zar Alejo, se lamenta en su relato de no haber encontrado ninguna de las comodidades de la vida en Moscú, ni hospedaje en el camino ni auxilio de ninguna especie. Uno juzgaba como un alemán del Norte; el otro, como un inglés, y los dos, por comparación. El inglés se indignó al ver que la mayor parte de los boyardos tenían por cama tablas o bancos, sobre los cuales se extendía una piel o una manta; ésta era la costumbre

---

[2]En ruso, *Kremln.*

antigua de todos los pueblos; las casas, casi todas de madera, estaban sin muebles; casi todas las mesas de comedor, sin mantel; nada de pavimento en las calles, nada de agradable y cómodo, muy pocos artesanos, que además eran toscos y no trabajaban más que en las obras indispensables. Estas gentes hubieran parecido espartanas si hubiesen sido sobrias.

Pero la Corte, en los días de ceremonia, parecía la de un rey de Persia. El conde de Carlisle dice que él no vio más que oro y pedrería sobre las ropas del zar y de sus cortesanos; estos trajes no estaban fabricados en el país; sin embargo, era evidente que se podía conseguir que el pueblo fuese industrioso, puesto que se había fundido en Moscú mucho tiempo antes, bajo el reinado del zar Boris Godunow, la campana más grande que hay en Europa, y que se veían en la iglesia patriarcal ornamentos de plata que habían exigido mucho cuidado. Estas obras, dirigidas por alemanes e italianos, eran esfuerzos pasajeros; es la industria de todos los días y la multitud de artes continuamente ejercitadas lo que hace a una nación floreciente. Ni Polonia entonces ni ninguno de los países vecinos de los rusos les eran superiores. Las artes manuales no estaban más perfeccionadas en el norte de Alemania; las bellas artes

apenas eran allí más conocidas al principio del siglo XVII.

Aunque Moscú careciese entonces por completo de la magnificencia y de las artes de nuestras grandes ciudades de Europa, sin embargo, su circuito, de veinte mil pasos; la parte llamada ciudad chinesca, donde se ostentaban las rarezas de la China; el amplio barrio del Kremlin, donde está el palacio de los zares; algunas cúpulas doradas, torres elevadas y singulares, y, en fin, el número de sus habitantes, que asciende a cerca de quinientos mil, todo esto hacía de Moscú una de las más importantes ciudades del universo.

Teodoro, o Fedor, hermano mayor de Pedro el Grande, comenzó a civilizar a Moscú. Hizo construir muchas casas grandes de piedra, aunque sin ninguna arquitectura regular. Animó a los principales de su Corte a edificar, adelantándoles dinero y suministrándoles materiales. A él se deben las primeras yeguadas de hermosos ejemplares y algunos embellecimientos útiles. Pedro, que ha hecho todo, ha cuidado también de Moscú al construir Petersburgo; lo hizo pavimentar, lo adornó y enriqueció con edificios, con manufacturas; en fin: un

chambelán[3] de la emperatriz Isabel, hija de Pedro, ha sido allí profesor de una Universidad hace algunos años. Es el mismo que me ha suministrado todas las Memorias sobre las cuales escribo. El hubiera sido mucho más capaz que yo de componer esta historia, aun en mi lengua; todo lo que me ha escrito da fe de que solamente por modestia me ha dejado el cuidado de esta obra.

*Smolensko.* Al occidente del ducado de Moscú está el de Smolensko, parte de la antigua Sarmacia europea. Los ducados de Moscovia y de Smolensko componían la Rusia blanca propiamente dicha. Smolensko, que pertenecía primeramente a los grandes duques de Rusia, fue conquistado por el gran duque de Lituania al principio del siglo XV, y vuelto a tomar cien años después por sus antiguos dueños. El rey de Polonia Segismundo III se apoderó de él en 1611. El zar Alejo, padre de Pedro, lo recuperó en 1654, y desde esta época ha formado parte del imperio de Rusia. Se ha dicho en el elogio del zar Pedro pronunciado en París en la Academia de Ciencias que los rusos antes de él no habían con-

[3]M. de Schouvalof.

quistado nada en Occidente y Mediodía; es evidente que esto es una equivocación.

*Gobierno de Novgorod y de Kiev o Ukrania.* -Entre Petersburgo y Smolensko está la provincia de Novgorod. Se dice que fue en este país donde los antiguos eslavos o eslavones se establecieron primeramente. Pero ¿de dónde venían estos eslavos, cuya lengua se ha extendido por el nordeste de Europa? *Sla* significa un jefe, y *esclavo*, perteneciente a un jefe. Todo lo que se sabe de estos antiguos eslavos es que eran conquistadores. Fundaron la ciudad de Novgorod la Grande, situada sobre un río navegable desde su origen, que gozó durante mucho tiempo de un comercio floreciente y fue una potente aliada de las ciudades anseáticas. El zar Iván Basilowitz[4] la conquistó en 1467 y la despojó de todas sus riquezas, que contribuyeron a la magnificencia de la corte de Moscú, casi desconocida hasta entonces.

Al mediodía de la provincia de Smolensko encontráis la provincia de Kiev, que es la pequeña Rusia, la Rusia roja, o Ukrania, atravesada por el Dniéper, que los griegos han llamado Borístenes. La

[4]En ruso, Iwan wassiliewitch

diferencia entre estos dos nombres, uno duro de pronunciar, el otro melodioso, sirve para hacer ver, con otras cien pruebas, la rudeza de todos los antiguos pueblos del Norte y los encantos de la lengua griega. La capital Kiev, en otro tiempo Kisovia, fue edificada por los emperadores de Constantinopla, que hicieron de ella una colonia; se ven en ella todavía inscripciones griegas de mil doscientos años; es la única ciudad que tiene alguna antigüedad en estos países, donde los hombres han vivido tantos siglos sin construir paredes. Allí fue donde los grandes duques fijaron su residencia, en el siglo XI, antes de que los tártaros dominasen a Rusia.

Los ukranios, que se llaman cosacos, son un conjunto de antiguos roxolanos, sármatas y tártaros reunidos. Este país formaba parte de la antigua Escitia. Roma y Constantinopla, que han dominado tantas naciones, son países que están muy lejos de ser comparables en cuanto a fertilidad al de Ukrania. La Naturaleza se esfuerza allí en hacer bien a los hombres, pero los hombres no han secundado a la Naturaleza, viviendo de los frutos que produce una tierra tan inculta como fecunda, y viviendo todavía más de la rapiña; enamorados hasta el exceso de un bien preferible a todo, la libertad, y, sin em-

bargo, habiendo servido, una tras otra, a Polonia y a Turquía. En fin, se entregaron a Rusia en 1654, sin someterse demasiado, y Pedro los ha sometido.

Las demás naciones se distinguen por sus ciudades y sus burgos. Esta está dividida en diez regimientos. A la cabeza de estos diez regimientos había un jefe, elegido por pluralidad de votos, llamado *hetmán o itmán.* Este capitán de la nación no tenía el poder supremo. Hoy los soberanos de Rusia les dan un señor de la corte por *hetmán;* es un verdadero gobernador de provincia, semejante a nuestros gobernadores de comarcas en Estados que tienen todavía algunos privilegios.

Primeramente no había en este país más que paganos y mahometanos: fueron bautizados como cristianos de la comunión romana cuando han sido súbditos de Polonia, y hoy son bautizados, como cristianos de la Iglesia griega desde que pertenecen a Rusia.

Entre ellos están comprendidos estos cosacos zaporogos, que son aproximadamente lo que eran nuestros filibusteros: bandidos valerosos. Lo que les distinguía de todos los demás pueblos es que no toleraban nunca mujeres en sus poblaciones, como se supone que las amazonas no toleraban hombres

en las suyas. Las mujeres que les servían para perpetuarse moraban islas del río; nada de matrimonio, nada de familia; alistaban a los niños varones en su milicia y dejaban las hijas a sus madres. Con frecuencia, el hermano tenía hijos con su hermana y el padre con su hija. Ninguna otra ley entre ellos que las costumbres establecidas por las necesidades; sin embargo, tuvieron algunos sacerdotes del rito griego. Se ha construido desde hace algún tiempo el fuerte de Santa Isabel, sobre el Borístenes, para contenerlos. Sirven en los ejércitos como tropas irregulares, y desgraciado del que cae en sus manos.

*Gobierno de Belgorod, de Voroneye y de Nijni-Novgorod* -Si subís al nordeste de la provincia de Kiev, entre el Borístenes y el Tanais, se presenta el gobierno de Belgorod; es tan grande como el de Kiev. Es una de las provincias más fértiles de Rusia; es la que suministra a Polonia una cantidad prodigiosa de ese hermoso ganado que se conoce con el nombre de bueyes de Ukrania. Estas dos provincias se hallan al abrigo de las incursiones de los pequeños tártaros por trincheras, que se extienden del Borístenes al Tanais, guarnecidas de fuertes y reductos.

Subid todavía al Norte, pasad el Tanais; entraréis en el gobierno de Voroneye, que se extiende

hasta los límites del Palus-Meotide. Cerca de la capital que llamamos Voroneye[5] , en la desembocadura del río de este nombre, que se vierte en el Tanais, Pedro el Grande hizo construir su primera flota, empresa de la que no se tenía ni idea en todos estos vastos Estados. En seguida encontraréis el gobierno de Nijni-Novgorod, fértil en granos, atravesado por el Volga.

*Astracán.*-De aquella provincia entráis por el Mediodía en el reino de Astracán. Este país comienza a los cuarenta y tres grados y medio de latitud, bajo el más hermoso de los climas, comprendiendo aproximadamente tantos grados de longitud como de latitud; rodeado por un lado por el mar Caspio; por otro, por las montañas de Circasia, y avanzando todavía más allá del mar Caspio, a lo largo de los montes Cáucasos; bañado por el gran río Volga, el Iaick y otros varios, entre los cuales se puede, según pretende el ingeniero inglés Perri, trazar canales que, sirviendo de lecho a las inundaciones, harían el mismo efecto que los canales del Nilo y aumentarían la fertilidad de la tierra.

---

[5]En Rusia se escribe y se pronuncia Voronestch.

El ingeniero Perri, empleado por Pedro el Grande en estos lugares, encontró en ellos vastos desiertos cubiertos de pastos, de legumbres, de cerezos, de almendros. Carneros salvajes, de excelente carne, pastaban en estas soledades. Era necesario comenzar por dominar y civilizar los hombres de estos climas para secundar allí a la Naturaleza, que ha sido forzada en el clima de Petersburgo.

Este reino de Astracán es una parte del antiguo Kaptchak, conquistado por Gengis Khan, y en seguida por Tamerlán; estos tártaros dominaron hasta Moscú. El zar Juan Basilides, nieto de Iván Basilowitz, y el más grande conquistador entre los rusos, libertó a su país del Yugo tártaro en el siglo XVI y añadió el reino de Astracán a sus otras conquistas.

Astracán es el límite de Asia y Europa, y puede hacer el comercio entre una y otra transportando por el Volga las mercancías traídas por el mar Caspio. Este era uno de los grandes proyectos de Pedro El Grande; en parte ha sido ejecutado. Todo un arrabal de Astracún está habitado por indios.

*Oremburgo*- Al sudeste del reino de Astracán hay una pequeña región recientemente formada, que se llama Oremburgo; la ciudad de esto nombre fue edificada en 1734, a orillas del río Iaick. Este país

está erizado con las estribaciones de los montes Cáucasos. Fortalezas elevadas de trecho en trecho defienden los pasos de las montañas y de los ríos que de ellas descienden. En esta región, deshabitada en otro tiempo, es donde los persas vienen a depositar y a ocultar de la sagacidad de los ladrones sus efectos substraídos en las guerras civiles. La ciudad de Oremburgo ha venido a ser el refugio de los persas y de sus fortunas, y se ha acrecentando con sus calamidades; los indios, los pueblos de la gran Bukharia, aquí acuden a traficar; viene a ser el almacén de Asia.

*Gobiernos de Kazan y de la Gran Pemia.*- Más allá del Volga y del Iaick, hacia el Septentrión, está el reino de Kazan, el cual, como Astracán, entró en la herencia de un hijo de Gengis Khan, y después, de un hijo de Tamerlán, conquistado igualmente por Juan Basilides. Todavía está habitado por muchos tártaros mahometanos. Esta gran comarca se extiende hasta la Siberia; está probado que ha sido floreciente y rica en otro tiempo; todavía conserva alguna opulencia. Una provincia de este reino llamada la Gran Permia, y después el Solikam, era el almacén de las mercancías de Persia y de las pieles de Tartaria. Se ha encontrado en esta Permia una gran cantidad de

moneda con el cuño de los primeros califas y algunos ídolos de oro de los tártaros[6]; pero estos monumentos de antiguas riquezas han sido encontrados en medio de la pobreza y en desiertos; no había traza alguna de comercio; estas revoluciones ocurren con demasiada rapidez y facilidad en un país ingrato, ya que acontecen también en los más fértiles.

El célebre prisionero sueco Stralemberg, que supo aprovechar tan bien su desgracia, y que examinó todos estos vastos países con tanta atención, fue el primero que convirtió en verisímil un hecho que nunca se había podido creer, referente al antiguo comercio de estas regiones. Plinio y Pomponio Mela refieren que en tiempo de Augusto un rey de los suevos hizo a Metulo Celer el regalo de unos cuantos indios arrojados por la tempestad a las vecinas costas del Elba. ¿Cómo los habitantes de la India habían navegado por los mares germánicos? Esta aventura ha parecido fabulosa a todos los modernos, sobre todo desde que el comercio de nuestro hemisferio cambió por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza; pero en otro tiempo no era

[6]Memorias de Stralemberg, confirmadas por mis Memorias

más extraño ver a un indio comerciar con los países septentrionales del Occidente que a un romano pasar a la India por Arabia. Los indios iban a Persia, se embarcaban en el mar de Hircania, remontaban el Rha, que es el Volga; iban hasta la Gran Permia por el Kama, y de ahí podían ir a embarcarse al mar del Norte o al Báltico. En todo tiempo hubo hombres emprendedores. Los tirios hicieron viajes más sorprendentes.

Si después de haber echado una ojeada sobre todas estas vastas provincias volvéis la vista al Oriente, los límites de Europa y Asia se confunden allí también. Hubiera sido necesario un nuevo nombre para esta gran parte del mundo. Los antiguos dividieron en Europa, Asia y África su universo conocido; no habían visto ni la décima parte de él; esto origina que cuando se ha atravesado el Palus-Meotide no se sabe ya dónde acaba Europa y dónde comienza Asia; todo lo que está más allá del monte Taurus era designado con la palabra vaga de Escitia y después lo fue con la de Tartaria o Tataria. Sería acaso conveniente llamar tierras árticas o tierras del Norte a toda la comarca que se extiende

---

rusas.

desde el mar Báltico hasta los confines de la China, como se da el nombre de tierras australes a la parte del mundo no menos vasta situada hacia el polo antártico, y que constituye el contrapeso del globo.

*Gobiernos de Siberia, de los samoyedos y de los ostiacos.* -Desde las fronteras de las provincias de Arcángel, de Resán, de Astracán, se extiende al Oriente la Siberia, con las tierras ulteriores hasta el mar del Japón; toca al mediodía de Rusia por los montes Cáucasos; de ahí al país de Kamtchatka hay como unas mil doscientas leguas de Francia, y de la Tartaria meridional, que le sirve de límite, hasta el mar Glacial, hay alrededor de cuatrocientas, que es la menor anchura del imperio. Esta comarca produce las más ricas pieles, y esto es lo que ha servido para hacer su descubrimiento en 1563. No fue bajo el zar Fedor Iwanowitch, sino bajo Iván Basilides, en el siglo XVI, cuando un particular de las cercanías de Arcángel, llamado Anika, hombre rico para su Estado y su país, advirtió que algunos hombres de aspecto extraordinario, vestidos de una manera hasta entonces desconocida en este cantón y hablando una lengua que nadie entendía, descendían todos los

años por un río que desagua en el Dwina[7] y venían a traer al mercado martas y zorros negros, que cambiaban por clavos y pedazos de vidrio, como los primitivos salvajes de América daban su oro a los españoles; él los hizo seguir por sus hijos y por sus criados hasta su país. Eran samoyedos, pueblos que parecen semejantes a los lapones, pero que no son de la misma raza. Ignoran como ellos el uso del pan; se auxilian como ellos de los rengíferos o renos, que enganchan a sus trineos. Viven en cavernas, en chozas, en medio de la nieve[8]; pero, por otra parte, la Naturaleza ha puesto entre esta especie de hombres y los lapones diferencias muy marcadas. Me han asegurado que su mandíbula superior es más prominente al nivel de su nariz; sus orejas son más salientes. Los hombres y las mujeres no tienen pelo más que en la cabeza; el pezón es negro como el ébano. Los lapones y las laponas no tienen ninguno de estos caracteres. Me advierten, en Memorias enviadas de estos países tan poco conocidos, que se han engañado en la hermosa historia natural del jardín del rey cuando, hablando de tantas cosas curiosas referentes a la naturaleza humana, han con-

[7]Memorias enviadas de Petersburgo.

fundido la especie de los lapones con la de los samoyedos. Hay muchas más razas de hombres de lo que se piensa. Las de los samoyedos y los hotentotes parecen los dos extremos de nuestro continente; y si se fija la atención en los pezones negros de las mujeres samoyedas y en el delantal que la Naturaleza ha concedido a las hotentotas, que desciende, según dicen, hasta la mitad de sus muslos, se tendrá una idea de las variedades de nuestra especie animal, variedades ignoradas en nuestras ciudades, donde casi todo es desconocido, a excepción de lo que nos rodea.

Los samoyedos tienen en su moral singularidades tan grandes como en lo físico: no rinden culto alguno al Ser Supremo; se acercan al maniqueísmo, o, más bien, a la antigua religión de los magos, solamente en que reconocen la existencia de un principio del bien y uno del mal. El horrible clima en que habitan parece, en cierto modo, excusar esta creencia, tan antigua en tantos pueblos y tan natural en los ignorantes y los infortunados.

No se oye hablar respecto a ellos ni de robos ni de muertes; careciendo casi de pasión, están exentos

---

[8]Memorias enviadas de Petersburgo.

de injusticia. No hay palabra alguna en su lenguaje para expresar el vicio y la virtud. Su extrema simplicidad no les ha permitido todavía formarse nociones abstractas; cl sentimiento solo les dirige; y ésta es acaso una prueba incontestable de que los hombres aman la justicia por instinto cuando sus pasiones funestas no les ciegan.

Se convenció a algunos de estos salvajes para dejarse conducir a Moscú. Todo les llenó allí de admiración. Miraron al emperador como a su dios y se sometieron a entregarle todos los años una ofrenda de dos martas cibelinas por habitante. Se fundaron luego algunas colonias más allá del Obi y del Irtich[9]; también se construyeron allí fortalezas. En 1595 se envió al país un cosaco, y lo conquistó para los zares con algunos soldados y alguna artillería, como Cortés subyugó a Méjico; pero no conquistó apenas más que desiertos.

Remontando el Obi, en la unión del río de Irtich con el de Tobol, se encontró un pequeño lugar, del que se hizo la ciudad de Tobolsk[10], capital de la Siberia, hoy importante. ¿Quién creería que este país ha sido durante mucho tiempo la morada de estos

[9] En ruso, Irtisch.

mismos hunos que han asolado todo, hasta Roma, bajo el mando de Atila, y que estos hunos procedían del norte de la China? Los tártaros uzbecos han sucedido a hunos, y los rusos a los uzbetos. Se han disputado estos países salvajes, así como se han exterminado por los más fértiles. La Siberia estuvo en otro tiempo más poblada de lo que hoy está; sobre todo, hacia el Mediodía; se conoce esto por las sepulturas y las ruinas.

Toda esta parte del mundo, desde el grado sesenta, poco más o menos, hasta las montañas eternamente heladas que limitan los mares del Norte no se parece en nada a las regiones de la zona templada: ni son las mismas plantas ni los mismos animales los que existen sobre la tierra, ni los mismos peces en los lagos y en los ríos.

Más abajo del país de los samoyedos está el de los ostiacos, a lo largo del río Obi. No tienen de común con los samoyedos sino el ser, como ellos y como todos los hombres primitivos, cazadores, pastores y pescadores; unos, sin religión, porque no están unidos; otros, que forman hordas, teniendo una especie de culto, haciendo ofrendas al principal

---

[10] En ruso, Tobolskoy.

objeto de sus necesidades; se dice que adoran una piel de carnero, porque nada les es más necesario que este ganado, de igual modo que los antiguos egipcios agricultores escogían un buey para adorar en el emblema de este animal a la divinidad que lo ha hecho nacer para el hombre. Algunos autores pretenden que estos ostiacos adoran a una piel de oso, porque ésta es más caliente que la del carnero; puede ser que no adoren ni a una ni a otra.

Los ostiacos tienen también otros ídolos, cuyo, origen y culto no son más dignos de nuestra atención que sus adoradores. Se consiguió hacer cristianos a algunos de ellos hacia el año 1712; pero son cristianos como nuestros aldeanos más groseros, sin saber lo que son. Varios autores pretenden que este pueblo es originario de la Gran Permia; pero esta Gran Permia está casi desierta. ¿Por qué sus habitantes se habían de establecer tan lejos y tan mal? Estas obscuridades no valen nuestras investigaciones. Todo pueblo que no ha cultivado las artes debe ser condenado a ser desconocido.

Es aquí, sobre todo, entre los ostiacos, los buratos y los iakutas, sus vecinos, donde se encuentra con frecuencia este marfil cuyo origen no se ha podido conocer nunca; unos lo suponían un marfil

fósil; otros, los dientes de una clase de elefante cuya raza se ha extinguido. ¿En qué país no se encuentran productos de la Naturaleza que asombran y confunden a la filosofía?

Muchas montañas de estos países están llenas de ese amianto, de ese lino incombustible, del cual se hace tan pronto tela, tan pronto una especie de papel.

Al mediodía de los ostiacos están los buratos, otro pueblo que no se ha convertido todavía al cristianismo. Al este hay varias hordas que no se han podido someter completamente. Ninguno de estos pueblos tiene el menor conocimiento del calendario. Cuentan por nieves y no por la marcha aparente del Sol; como nieva regularmente y durante mucho tiempo en cada invierno, dicen: Mi edad es de tantas nieves como nosotros decirnos: Tengo tantos años.

Debo referir aquí lo que cuenta el oficial sueco Stralemberg, que, habiendo sido hecho prisionero en Pultava, pasó quince años en Siberia y la recorrió toda entera; dice que hay todavía restos de un pueblo antiguo cuya piel está pintarrajeada y manchada, y que él ha visto hombres de esta raza; y este hecho me ha sido confirmado por rusos nacidos en To-

bolsk. Parece que la variedad de las especies humanas ha disminuido mucho; se encuentran pocas de estas razas singulares, que, probablemente, las otras han exterminado; por ejemplo: hay muy pocos moros blancos, o de éstos albinos, uno de los cuales ha sido presentado a la Academia de Ciencias de París, y que yo he visto. Lo mismo ocurre con muchos animales cuya especie es muy rara.

En cuanto a los borandianos, de quienes se habla frecuentemente en la sabia historia del jardín del rey de Francia, mis Memorias dicen que este pueblo es absolutamente desconocido.

Todo el mediodía de estos países está poblado de numerosas hordas de tártaros. Los antiguos turcos han salido de esta Tartaria para ir a subyugar todos los países que hoy poseen. Los calmucos, los mongoles, son estos mismos escitas que, conducidos por Madies, se apoderaron de la Alta Asia y vencieron al rey de los medos, Ciaxares. Son los que Gengis Khan y sus hijos llevaron después hasta Alemania, y que formaron el imperio del Mogol bajo Tamerlán. Estos pueblos constituyen un gran ejemplo de los cambios ocurridos en todas las naciones. Algunas de sus hordas, lejos de ser temibles, se han convertido en vasallas de Rusia.

Tal es una nación de calmucos que habita entre la Siberia y el mar Caspio. Allí es donde se encontró en 1720 una casa subterránea de piedras, con urnas, lámparas pendientes, una estatua ecuestre de un príncipe oriental, llevando una diadema en la cabeza; dos mujeres sentadas en tronos y un rollo de manuscritos enviados por Pedro el Grande a la Academia de Inscripciones de París, comprobándose estaba en lengua del Tíbet; testimonios singulares todos de que las artes han habitado ese país bárbaro, y pruebas subsistentes de lo que ha dicho Pedro el Grande más de una vez: que las artes habían dado la vuelta al mundo.

*Kamtchatka.* -La última provincia es la de Kamtchatka, el país más oriental del continente. El norte de esta región suministra también hermosas pieles; los habitantes se visten con ellas en el invierno, y andan desnudos durante el verano. Con sorpresa, se han encontrado en la parte meridional hombres con largas barbas, mientras que en la parte septentrional, desde el país de los samoyedos hasta la desembocadura del río Amor, o Amur, los hombres no tienen barba, como los americanos. Así, que en el imperio de Rusia hay más diversidad de espe-

cies, más singularidades, más costumbres diferentes que en ningún país del universo.

Documentos recientes me enseñaron que este pueblo salvaje tiene también sus teólogos, que hacen descender a los habitantes de esta península de una especie de ser superior, que ellos llaman *Kouthou*. Estas Memorias dicen que no le rinden ningún culto, que no le aman ni le temen.

Así, tendrían una mitología sin tener religión; esto podría ser verdadero y no es apenas verisímil; el temor es el atributo natural de los hombres. Se supone que entre sus absurdos distinguen cosas permitidas y cosas prohibidas: lo que está permitido es satisfacer todas sus pasiones; lo prohibido es aguzar un cuchillo o un hacha cuando se va de viaje y salvar a un hombre que se ahoga. Si, en efecto, es un pecado entre ellos salvar la vida a su prójimo, son en esto diferentes de todos los hombres, que corren instintivamente en auxilio de sus semejantes, cuando el interés o la pasión no corrompe en ellos su inclinación natural. Parece que no se puede llegar a convertir en crimen una acción tan común y tan necesaria, que no es siquiera una virtud, más que por una filosofía igualmente falsa y supersticiosa, que sostiene que no hay que oponerse a la Provi-

dencia, y que un hombre destinado por el cielo a ser ahogado no debe ser socorrido por un hombre; pero estos bárbaros están muy lejos de tener ni aun una falsa filosofía.

Se dice, sin embargo, que celebran una gran fiesta, que llaman en su lenguaje con una palabra que significa purificación; pero ¿de qué se purifican si todo está permitido? ¿Y por qué se purifican si no temen ni aman a su dios *Kouthou?*

Hay, sin duda, contradicciones en sus ideas, como en las de casi todos los pueblos; las suyas son por falta de espíritu; las nuestras, por abuso; nosotros tenemos muchas más contradicciones que ellos, porque nosotros hemos razonado más.

Así como tienen una especie de dios, tienen también demonios; en fin: hay entre ellos hechiceros, como los ha habido siempre en todas las naciones más civilizadas. Son las viejas las que son hechiceras en Kamtchatka, como lo eran entre nosotros antes de que la sana física nos iluminase. ¡ En todas partes es un gaje del espíritu humano el tener ideas absurdas, fundadas en nuestra debilidad y en nuestra flaqueza! Los kamtchadales tienen también profetas que explican los sueños, y no hace mucho tiempo que nosotros hemos dejado de tenerlos.

Desde que la Corte de Rusia ha dominado estos pueblos, construyendo cinco fortalezas en su país, se les ha predicado la religión griega. Un gentilhombre ruso muy instruido me ha dicha que una de sus grandes objeciones consistía en que este culto no podía ser hecho para ellos, puesto que el pan y el vino son necesarios en nuestros misterios, y ellos no pueden tener ni pan ni vino en su país.

Este pueblo, por otra parte, merece pocas observaciones; no haré más que una: es que si se echa una ojeada sobre las tres cuartas partes de América, sobre toda la parte meridional del África, sobre el Norte, desde la Laponia hasta los mares del Japón, se encuentra que la mitad del género humano no está por encima de los pueblos del Kamtchatka.

Primeramente, un oficial cosaco fue por tierra de la Siberia a Kamtchatka en 1701, por orden de Pedro, quien, después de la desgraciada jornada de Narva, todavía extendía sus cuidados de un extremo al otro del continente. En seguida, en 1725, algún tiempo antes de que la muerte le sorprendiese en medio de sus grandes proyectos, envió al capitán Béring, dinamarqués, con orden expresa de ir por el mar Kamtchatka a las tierras de América, si esta empresa era practicable. Béring no pudo lograrlo en

su primera navegación. La emperatriz Ana lo envió también allá en 1733. Spengenberg, capitán de barco, asociado a este viaje, partió primero de Kamtchatka; pero no pudo hacerse a la mar hasta 1739: tanto tiempo necesitó para llegar al puerto de embarque y para construir allí navíos, para acomodarlos y proveerlos de las cosas necesarias. Spengenberg penetró hasta el norte del Japón por un estrecho formado por una larga serie de islas, y volvió sin haber descubierto el paso.

En 1741, Béring recorrió este mar, acompañado del astrónomo Lisle de la Croyre, de esta familia de Lisle que ha producido tantos sabios geógrafos; otro capitán iba a su vez a la descubierta. Béring y él alcanzaron las costas de América al norte de la California. Este paso, tanto tiempo buscado por los mares del Norte, fue, pues, al fin, descubierto; pero no se encontró auxilio alguno en estas costas desiertas. Faltó el agua dulce; el escorbuto hizo perecer una parte de la tripulación; se exploraron en un espacio de cien millas las costas septentrionales de la California; se vieron botes de cuero que conducían hombres semejantes a los canadienses. Todo fue infructuoso. Béring murió en una isla a la cual dio su nombre. El otro capitán, encontrándose más cer-

ca de la California, hizo bajar a tierra diez hombre de su tripulación; no volvieron a aparecer. El capitán se vio obligado a volver a ganar el Kamtchatka, después de haberlos esperado inútilmente, y De Lisle expiró al bajar a tierra. Estos desastres son el destino de casi todas las primeras tentativas en los mares septentrionales. No se sabe todavía qué fruto se cogerá de estos descubrimientos, tan penosos y tan llenos de peligros.

Hemos mostrado todo lo que compone en general el dominio de Rusia, desde la Finlandia hasta el mar del Japón. Todas las grandes porciones de este imperio han sido fundidas en diversas épocas, como ha ocurrido en todos los demás reinos del mundo. Escitas, hunos, masagetas, eslavos, cimbrios, getas, sámatas, son hoy los súbditos de los zares; los rusos propiamente dichos son los antiguos roxolanos o eslavos.

Si se reflexiona sobre ello, la mayoría de los demás Estados están igualmente compuestos. Francia es un conglomerado de godos, de dinamarqueses, llamados normandos; de germanos septentrionales, llamados borgoñones; de francos, de alemanes, de algunos romanos mezclados a los antiguos celtas. En Roma y en Italia hay muchas familias descen-

dientes de pueblos del Norte, y no se conoce ninguna que descienda de los antiguos romanos. El Soberano Pontífice es frecuentemente el vástago de un lombardo, de un godo, de un teutón o de un cimbrio. Los españoles son una raza de árabes, de cartagineses, de judíos, de tirios, de visigodos, de vándalos incorporados con los habitantes del país. Cuando las naciones se han mezclado de este modo, tardan mucho tiempo en civilizarse, y también en formar su lenguaje: unas se civilizan más pronto; otras, más tarde. La civilización y las artes se establecen tan difícilmente, las revoluciones arruinan con tanta frecuencia el edificio comenzado, que si hay que asombrarse de algo es de que la mayoría de las naciones no vivan todavía como los tártaros.

# CAPITULO II

## Continuación de la descripción de Rusia. -Población, hacienda, ejército, costumbres, religión. - Estado de Rusia antes de Pedro el Grande.

Cuanto más civilizado está un país, más poblado está. Así, la China y la India son los más poblados de todos los imperios, porque, tras la multitud de revoluciones que han cambiado la faz de la tierra, los chinos y los indios han formado el pueblo civilizado más antiguo que conocemos. Su gobierno tiene más de cuatro mil años de antigüedad; lo que supone, como ya se ha dicho, ensayos y esfuerzos intentados en siglos precedentes. Los rusos han venido tarde, y, habiendo introducido las artes ya completamente perfeccionadas, ha ocurrido que

hicieron más progresos en cincuenta años que ninguna nación había conseguido por sí misma en quinientos. El país no está poblado proporcionalmente a su extensión, ni mucho menos; pero, así y todo, posee tantos súbditos como ningún otro Estado cristiano.

Yo puedo asegurar que, según la lista de la capitación y el registro de comerciantes, artesanos, campesinos varones, hoy contiene Rusia, por lo menos, veinticuatro millones de habitantes. De estos veinticuatro millones de hombres, la mayor parte son siervos, como en Polonia, en varias provincias de Alemania y antiguamente en casi toda Europa. En Rusia y en Polonia se valúan las riquezas de un hidalgo y de un eclesiástico no por su renta en dinero, sino por el número de sus esclavos.

He aquí lo que resulta de un registro hecho en 1747 de los varones que pagaban el impuesto personal:

| | |
|---|---|
| Comerciantes | 198.000 |
| Obreros | 16.500 |
| Campesinos incorporados a los comerciantes y a los obreros | 1.950 |
| Campesinos llamados *odonoskis,* que contribuyen al sostenimiento de la milicia | 430.220 |

| | |
|---|---|
| Otros que no contribuyen a ello | 26.080 |
| Obreros de diferentes oficios, cuyos padres son desconocidos | 1.000 |
| Otros que no están incorporados a ninguna clase de oficios | 4.700 |
| Campesinos que dependen inmediatamente de la Corona, aproximadamente. | 555.000 |
| Empleados en las minas de la Corona, tanto cristianos como mahometanos y paganos | 64.000 |
| Otros campesinos de la Corona, trabajando en las minas y en las fábricas de particulares | 24.200 |
| Recién convertidos a la Iglesia griega | 57.000 |
| Tártaros y ostiacos paganos | 241.000 |
| Mourses, tártaros, morduanes y otros, ya paganos, ya griegos, empleados en lostrabajos del Almirantazgo | 7.800 |
| Tártaros contribuyentes, llamados *tepteris y bobilitz*, etc . | 28.900 |
| Siervos de varios comerciantes y otros privilegiados, los cuales, sin poseer tierras, pueden tener esclavos | 9.100 |
| Labradores de las tierras destinadas al sostenimiento de la Corte | 418.000 |
| Labradores de las tierras propiedad de Su Majestad, independientemente del patrimonio de la Corona. | 60.500 |
| Labradores de las tierras confiscadas a la Corona | 13.600 |

| | |
|---|---|
| Siervos de los nobles . | 3.550.000 |
| Siervos que pertenecen a la asamblea eclesiástica y que costean sus gastos | 37.500 |
| Siervos de los obispos . | 116.400 |
| Siervos de los, conventos, muy disminuidos por Pedro | 721.500 |
| Siervos de las iglesias catedrales y parroquiales | 23.700 |
| Campesinos que trabajan en las obras del Almirantazgo u otras obras públicas, aproximadamente | 4.000 |
| Trabajadores en las minas y fábricas de particulares | 16.000 |
| Labradores de las tierras cedidas a los principales Manufactureros | 14.500 |
| Trabajadores en las minas de la Corona | 3.000 |
| Bastardos educados por sacerdotes . | 40 |
| Sectarios llamados *raskolniky* | 2.200 |
| | 6.646.390 |

He aquí, en números redondos, seis millones seiscientos cuarenta mil varones que pagan el impuesto. En esta relación están contados los niños y los ancianos, pero no lo están las niñas ni las mujeres, como no lo están tampoco los varones que nacen desde el establecimiento de un catastro hasta la confección de otro. Triplicado solamente el número de contribuyentes, contando así a las mujeres y a las

niñas, y encontraréis cerca de veinte millones de almas.

Es necesario añadir a este número toda la clase militar, que asciende a trescientos cincuenta mil hombres. Ni la nobleza de todo el imperio ni los eclesiásticos, que son en número de doscientos mil, están sometidos a este impuesto; los extranjeros en el imperio están todos exentos, de cualquier profesión y de cualquier país que sean. Los habitantes de las provincias conquistadas, a saber: la Livonia, la Estonia, la Ingria, la Carelia y una parte de Finlandia, Ukrania y los cosacos del Tanais, los calmucos y otros tártaros, los samoyedos, los lapones, los ostiacos y todos los pueblos idólatras de la Siberia, país más grande que la China, no están comprendidos en esta enumeración.

Por este cálculo es imposible que el total de habitantes de Rusia no ascendiese, al menos, a veinticuatro millones en 1759, cuando me enviaron de Petersburgo estos documentos, sacados de los archivos del imperio. Por esta cuenta hay ocho personas por milla cuadrada. El embajador inglés de que ya he hablado no da más que cinco; pero no tenía, sin duda, documentos tan fieles como estos de que han querido darme noticia.

La tierra de Rusia está, pues, en proporción, cinco veces menos poblada que España; pero tiene cerca del cuádruplo de habitantes; está, aproximadamente, tan poblada como Francia y como Alemania; pero considerando su vasta extensión, el número de habitantes es allí treinta y tres veces más pequeño.

Hay una observación importante que hacer en esta enumeración: que de los Seis millones seiscientos cuarenta mil contribuyentes, se encuentran cerca de novecientos mil que pertenecen al clero de Rusia, no comprendiendo en él ni el clero de los países conquistados ni el de Ukrania y Siberia.

Así, de cada siete personas contribuyentes, el clero tenía una; pero al poseer este séptimo dista mucho de poseer la séptima parte de las rentas del Estado, como en tantos otros reinos, donde tienen, por lo menos, la séptima parte de todas las riquezas, pues sus labradores pagan un impuesto personal al soberano, y es preciso tener muy en cuenta las otras rentas de la Corona de Rusia, de las cuales al clero no le toca nada.

Esta evaluación es muy distinta de la de todos los escritores que se han ocupado de Rusia; los ministros extranjeros que han enviado Memorias a sus

soberanos se han equivocado todos en ellas. Es necesario escudriñar en los archivos del imperio.

Es muy verisímil que Rusia haya estado mucho más poblada que hoy en los tiempos en que la viruela, procedente del interior de la Arabia, y la otra enfermedad importada de América no habían todavía hecho estragos en estos climas, en donde han echado raíces. Estas dos plagas, por las cuales el mundo está más despoblado que por la guerra, son debidas, una, a Mahoma; la otra, a Cristóbal Colón. La peste, originaria de África, invade raramente los países septentrionales. En fin, respecto a los pueblos del Norte, desde los sármatas hasta los tártaros, que están más allá de la gran muralla, habiendo inundado el mundo con sus invasiones, este antiguo semillero de hombres debe de haber disminuido extraordinariamente.

En la vasta extensión de este país se cuentan cerca de siete mil cuatrocientos frailes y cinco mil seiscientos religiosos, a pesar del cuidado que tuvo Pedro el Grande de reducirlos a un número menor; cuidado digno de un legislador en un imperio donde lo que falta principalmente es la especie humana. Estas trece mil personas, enclaustradas y perdidas para el Estado, tenían, como el lector ha podido

observar, setecientos veinte mil siervos para cultivar sus tierras, y esto es evidentemente muy excesivo. Este abuso, tan común y tan funesto en tantos Estados, no ha sido corregido más que por la emperatriz Catalina II. Se ha atrevido a vengar a la Naturaleza y a la religión, privando al clero y a los frailes de las odiosas riquezas; les pagó del tesoro publico y quiso obligarles a ser útiles impidiéndoles ser peligrosos.

Respecto al estado de la hacienda del imperio, encuentro que en 1725, contando el tributo de los tártaros, todos los impuestos y todos los derechos en dinero, ascendía el total a trece millones de rublos, lo que equivalía a sesenta y cinco millones de nuestras libras de Francia, independientemente de los tributos en especie. Esta módica suma bastaba entonces para sostener trescientos treinta y nueve mil quinientos hombres, tanto por tierra como por mar. Las rentas y las tropas han aumentado después.

Los usos, los trajes y las costumbres en Rusia habían sido siempre más parecidos a los del Asia que a los de la Europa cristiana; tal era la antigua costumbre de recibir los tributos de los pueblos en género, de costear los viajes y la estancia de los embajadores y la de no presentarse ni en la iglesia ni ante el trono con una espada: costumbre oriental

opuesta a nuestro hábito ridículo y bárbaro de ir a hablar con Dios, a los reyes, a los amigos y a las mujeres con una gran arma ofensiva que desciende a lo largo de las piernas. La larga vestidura, en los días de ceremonia, parecía más noble que el traje corto de las naciones occidentales de Europa. Una túnica forrada de piel, con una larga toga enriquecida con piedras preciosas, y esa especie de altos turbantes que aumentan la estatura, eran de aspecto más imponente que las pelucas y las casacas, y más convenientes para los climas fríos; pero este antiguo traje de todos los pueblos parece menos a propósito para la guerra y menos cómodo para trabajar. Casi todas las demás costumbres eran groseras; pero no hay que suponer que fuesen tan bárbaras como dicen tantos escritores. Alberto Krautz habla de un embajador italiano a quien un zar hizo clavar el sombrero en la cabeza por no haberse descubierto al dirigirle la palabra. Otros atribuyen esta aventura a un tártaro; en fin, se ha referido este mismo cuento a un embajador francés.

Olearius pretende que el zar Miguel Federowitch deportó a Siberia a un marqués de Euxidenil, embajador del rey de Francia Enrique IV; pero nunca, seguramente, envió este monarca ningún embajador

a Moscú. Es lo mismo que cuando los viajeros hablan del país de Borandia, que no existe; que han comerciado con los naturales de Nueva Zembla, que apenas está habitada; que han tenido lugar conversaciones con los samoyedos, como si hubiesen podido entenderles. Si se suprimiese de las enormes compilaciones de viajes todo lo que no es cierto ni útil, esas obras y el público ganarían mucho en ello.

El gobierno se parecía al de los turcos por la milicia de los strelitz, la cual, como la de los genízaros, dispuso algunas veces del trono y perturbó al Estado casi siempre tanto como lo sostuvo. Estos strelitz eran en número de cuarenta mil hombres. Los que estaban repartidos por las provincias vivían del pillaje; los de Moscú vivían como burgueses; comerciaban, no servían y llevaban al exceso la insolencia. Para establecer el orden en Rusia era preciso disolverlos; nada más necesario ni más peligroso.

El Estado no poseía en el siglo XVII cinco millones de rublos -cerca de veinticinco millones de Francia- de renta. esto era bastante, cuando Pedro subió al trono, para permanecer en la antigua mediocridad; no llegaba al tercio de lo necesario para salir de ella y para alcanzar importancia en Europa; pero, además, muchos impuestos eran pagados en

especie, costumbre que agobia mucho menos a los pueblos que la de pagar sus tributos en dinero.

En cuanto al título de zar, es posible que provenga de los zares o chares del reino de Kazan. Cuando el soberano de Rusia Juan o Iván Basilides, en el siglo XVI, conquistó este reino, subyugado ya por su abuelo, pero perdido en seguida, tomó ese título, que ha subsistido en sus sucesores. Antes de Iván Basilides, los soberanos de Rusia llevaban el nombre de *veliki knes, gran príncipe, gran señor, gran jefe,* que las naciones cristiana. traducen por el de gran duque. El zar Miguel Federowitch adoptó con la embajada de Holstein los títulos de *gran señor y gran knes, conservador de todas las Rusias, príncipe de Vladimir, Moscou, Novgorod,* etc.; *zar de Kazan, zar de Astracán, zar de Siberia.* Este nombre de *zar* era, pues, el título de esos príncipes orientales; es, por lo tanto, verisímil que derivase más bien de *los shas* de Persia que de los *césares* de Roma, de los cuales probablemente los zares siberianos no habían oído hablar nunca en las orillas del río Obi.

Un título, cualquiera que sea, no es nada si los que lo ostentan no son grandes por sí mismos. El nombre de *emperador,* que no significa más que *general de ejército,* llegó a ser el nombre de los soberanos de

la república romana; hoy se le aplica a los soberanos de Rusia más justamente que a ningún otro si se considera la extensión y la potencia de sus dominios.

La religión del Estado fue siempre, desde el siglo XI, la que se llama griega, por oposición a la latina; pero había más naturales mahometanos y paganos que cristianos. La Siberia, hasta la China, era idólatra, y en más de una provincia era desconocido todo género de religión.

El ingeniero Perri y el barón de Stralemberg, que han estado tanto tiempo en Rusia dicen que han encontrado más probidad y buena fe en los paganos que en los demás; no era el paganismo quien les hacía virtuosos; pero llevando una vida pastoril, alejados del comercio de los hombres y viviendo como en los tiempos que se llaman la primera edad del mundo, exentos de grandes pasiones, necesariamente eran más hombres de bien.

El cristianismo no llegó sino muy tarde a Rusia, así como a todos los demás países del Norte. Se supone que una princesa llamada Olha lo introdujo allí, como Clotilde, sobrina de un príncipe arriano, lo hizo adoptar entre los francos; la mujer de un Micislas, duque de Polonia, entre los polacos, y la

hermana del emperador Enrique II, entre los húngaros. Es el sino de las mujeres ser sensibles a las persuasiones de los ministros de la religión y persuadir a los demás hombres.

Esta princesa Olha, se añade, se hizo bautizar en Constantinopla; se le llamó Elena, y, desde que se hizo cristiana, el emperador Juan Zimisces no dejó de estar enamorado de ella. Probablemente, era viuda. No quiso nada del emperador. El ejemplo de la princesa Olha, u Olga, no hizo al principio un gran número de prosélitos; su hijo, que reinó mucho tiempo[11], no pensaba completamente como su madre; pero su nieto Vladimiro, nacido de una concubina, había asesinado a su hermano para reinar; y habiendo pretendido la alianza del emperador de Constantinopla, Basilio, no la obtuvo sino a condición de hacerse bautizar. Es en esta fecha, del año 987, cuando la religión griega comenzó, en efecto, a establecerse en Rusia. Un patriarca de Constantinopla, llamado Crisobergo, envió un obispo a bautizar a Vladimiro, para añadir a su patriarcado esta parte del mundo[12].

[11]Se llamaba Sowastoslaw.

[12]Tomado de un manuscrito particular, titulado *Del gobierno eclesiástico en Rusia.*

Vladimiro acabó, pues, la obra comenzada por su abuelo. Un griego fue primer metropolitano de Rusia o patriarca. Desde entonces, los rusos han adoptado en su idioma un alfabeto tomado en gran parte del griego; habrían ganado en ello si el fondo de su lengua, que es la eslava, no hubiese permanecido siempre el mismo, a excepción de algunas palabras referentes a su liturgia y su jerarquía. Uno de los patriarcas griegos, llamado Jeremías, que tenía un proceso en el Diván y había venido a Moscú en demanda de socorros, renunció al fin a su pretensión sobre las iglesias rusas y consagró patriarca al arzobispo de Novgorod, llamado Job, en 1588.

Desde esta fecha, la Iglesia rusa fue tan independiente como su imperio. Era, en efecto, peligroso, vergonzoso y ridículo que la Iglesia rusa dependiese de una Iglesia griega, esclava de los turcos. El patriarca de Rusia fue desde entonces consagrado por los obispos rusos, no por el patriarca de Constantinopla. Siguió en jerarquía en la Iglesia griega al de Jerusalén; pero de hecho fue el único patriarca libre y poderoso, y, por consiguiente, el único real. Los de Jerusalén, Constantinopla, Antioquía y Alejandría no son más que los jefes mercenarios y envilecidos de una Iglesia esclava de los

turcos. Los mismos de Antioquía y de Jerusalén no están considerados como patriarcas, y no tienen mayor valimiento que los rabinos de las sinagogas establecidos en Turquía.

De un hombre que ha llegado a ser patriarca, de todas las Rusias desciende Pedro el Grande en línea recta. Bien pronto estos primeros prelados quisieron compartir la autoridad de los zares. No bastaba que el soberano desfilase con la cabeza descubierta, una vez al año, ante el patriarca, conduciendo su caballo por la brida. Estos respetos exteriores no sirven más que para irritar la sed de dominio. Este furor de dominar causó, grandes desórdenes, como en otras partes.

El patriarca Nicón, a quien los frailes miraban como un santo y que ocupaba la silla desde la época de Alejo, padre de Pedro el Grande, quiso, elevar su jerarquía por encima del trono; no solamente usurpaba el derecho de sentarse en el Senado al lado del zar, sino que pretendía que no pudiese hacerse la guerra ni la paz sin su consentimiento. Su autoridad, sostenida por sus riquezas y por sus intrigas, por el clero y por el pueblo, mantenía a su señor en una especie de sujeción. Se atrevió a excomulgar a algunos senadores que se opusieron a sus excesos; y, en

fin, Alejo, que no se sentía con bastarte fuerza para deponerlo por su sola autoridad, se vio obligado a convocar un sínodo de todos los obispos. Se le acusó de haber recibido dinero de los polacos, se le depuso, se le confinó por el resto de sus días en un claustro y los prelados eligieron otro patriarca.

Hubo siempre, desde el nacimiento del cristianismo en Rusia, algunas sectas, así como en los demás Estados, pues las sectas son con frecuencia el fruto de la ignorancia, tanto como de la supuesta ciencia. Pero Rusia es el único gran Estado cristiano donde la religión no ha provocado guerras civiles, aunque haya producido algunos tumultos.

La secta de los *raskolniky*, compuesta hoy de cerca de dos mil varones, y de la que se ha hecho mención en la relación anterior[13], es la más antigua; fue establecida en el siglo XII por fieles que tenían algún conocimiento del Nuevo Testamento; tenían, y todavía tienen, la pretensión de todos los sectarios: la de seguirlo al pie de la letra, acusando a todos los demás cristianos de relajamiento, no queriendo soportar que un sacerdote que ha bebido aguardiente confiera el bautismo, asegurando, con Jesucristo,

---

[13]Página 31

que no hay primero ni último entre los fieles, y, sobre todo, que un fiel puede matarse por el amor de su Salvador. Es, según ellos, un pecado muy grande decir *alleluya* tres veces; no hay que decirlo más que dos, y no dar nunca la bendición más que con tres dedos. Ninguna sociedad, por lo demás, es más ordenada ni más severa en sus costumbres; viven como los cuáqueros, pero no admiten, como ellos, a los demás cristianos en sus asambleas; esto es lo que ha hecho que los demás les hayan imputado todas las abominaciones de que han acusado los paganos a los primeros galileos, con que éstos han abrumado a los gnósticos, y los católicos a los protestantes. Se les ha imputado frecuentemente el degollar a un niño, beber su sangre y mezclarse juntos en sus ceremonias secretas, sin distinción de parentesco, de edad ni aun de sexo. Algunas veces se les ha perseguido; entonces ellos se encerraron en sus poblados, o han prendido fuego a sus casas y se arrojaron a las llamas. Pedro siguió con ellos el único partido que podía reducirlos: el de dejarles vivir en paz.

Por lo demás, no hay en un imperio tan vasto más que veintiocho sedes episcopales, y en tiempo de Pedro sólo contaban con veintidós; este pequeño número fue acaso una de las causas que mantu-

vieron a la Iglesia rusa en paz. Esta Iglesia, por otra parte, era tan poco instruida, que el zar Fedor, hermano de Pedro el Grande, fue el primero que introdujo el canto Dano en ella.

Fedor, y sobre todo Pedro, admitieron indiferentemente en sus ejércitos y en sus consejos a, los de rito griego, romano, luterano, calvinista; dejaron a cada uno en libertad de seguir a Dios según su conciencia, siempre que el Estado estuviese bien servido. No había en este imperio, de dos mil leguas de largo, ninguna iglesia latina. Solamente, cuando Pedro hubo establecido nuevas manufacturas en Astracán hubo como, unas sesenta familias católicas dirigidas por capuchinos; pero cuando los jesuitas quisieron introducirse en sus Estados, los expulsó mediante un edicto del mes de abril de 1718. Toleraba a los capuchinos como frailes sin consecuencia, y miraba a los jesuitas como políticos peligrosos. Estos jesuitas se habían establecido en Rusia en 1685; fueron expulsados cuatro años después; volvieron otra vez, y fueron también expulsados.

La Iglesia griega se envanece de hallarse extendida en un imperio de dos mil leguas, mientras que la romana no tiene la mitad de este, terreno en Europa. Los de rito griego han querido sobre todo

conservar en todo tiempo su igualdad con los de rito latino, y han temido siempre al celo de la iglesia de Roma, que ellos han tomado por ambición, porque, en efecto, la Iglesia romana, muy estrecha en nuestro hemisferio, y llamándose universal, ha querido llenar  ese gran título.

No hubo jamás en Rusia destino alguno para los judíos, como lo tienen en tantos Estados de Europa, desde Constantinopla hasta Roma. Los rusos han hecho siempre su comercio por sí mismos y por las naciones establecidas entre ellos. De todas las iglesias griegas, la suya es la única que no tiene sinagogas al lado de sus templos.

Rusia, que debe únicamente a Pedro el Grande su gran influjo en los negocios de Europa, no tenía ninguno desde que era cristiana. Se la veía en otro tiempo hacer sobre el mar del Norte lo que los normandos hacían sobre nuestras costas del Océano: armar en tiempo de Heraclius cuarenta mil barcas pequeñas, presentarse ante Constantinopla para sitiarla e imponer un tributo a los césares griegos. Pero el gran knes Vladimiro, ocupado en introducir en su hogar el cristianismo, y fatigado con las disensiones intestinas de su casa, debilitó más aún sus Estados repartiéndolos entre sus hijos. Casi todos

fueron presa de los tártaros, que dominaron a Rusia durante doscientos años. Iván Basilides la libertó y la engrandeció; pero después de él, las guerras civiles la arruinaron.

Antes de Pedro el Grande estaba Rusia muy lejos de ser tan potente, de tener tantas tierras cultivadas, tantos súbditos, tantas rentas como en nuestros días. No poseía nada en Finlandia, nada en Livonia, y la Livonia sola vale más de lo que ha valido en mucho tiempo la Siberia. Los cosacos no estaban sometidos; los naturales de Astracán obedecían mal; el poco comercio que se hacía no era ventajoso. El mar Blanco, el Báltico, el Ponto Eusino, el de Azof y el mar Caspio eran completamente inútiles a una nación que no tenía ni un buque y que hasta en su lengua faltaba la palabra para expresar una flota. Si bastase con ser superior a los tártaros y pueblos del Norte hasta la China, Rusia gozaba de esta ventaja; pero era necesario igualarse a las naciones civilizadas y ponerse en estado de adelantar un día a muchas. Tal empresa parecía impracticable, puesto que no había un sola navío sobre los mares; que se ignoraba absolutamente en tierra la disciplina militar; que apenas se fomentaban las manufacturas más sencillas, y que la agricultura misma, que es el primer

móvil de todo, estaba abandonada. Esta exige del gobierno ser atendida y alentada, y es lo que ha hecho encontrar a los ingleses en sus granos un tesoro superior al de sus lanas.

Esta falta de cultura de las artes útiles indica claramente que no había ni idea de las bellas artes, que se convierten en necesarias a su vez cuando se posee todo lo demás. Se hubieran podido enviar a algunos naturales del país a instruirse entre los extranjeros; pero las diferencias de idiomas, de costumbres y de religión se oponían a ello; hasta una ley de Estado y de religión, igualmente sagrada y perniciosa, prohibía a los rusos salir de su patria, y parecía condenarles a una eterna ignorancia. Poseían los estados más vastos del universo, y todo estaba en ellos por hacer. Al fin, Pedro nació y Rusia fue formada.

Afortunadamente, de todos los grandes legisladores del mundo, Pedro es el único cuya historia sea bien conocida. Las de las Teseos, de los Rómulos, que hicieron mucho menos que él; las de las fundadores de todos los demás Estados civilizados, están mezcladas con fábulas absurdas; y nosotros tenemos aquí la ventaja de escribir verdades que pasarían por fábulas si no estuviesen comprobadas.

## CAPITULO III

### De los antepasados de Pedro el Grande.

La familia de Pedro ocupaba el trono desde 1613. Rusia, antes de esta época, había sufrido revoluciones que alejaban más aún la reforma y las artes. Es la suerte de todas las sociedades humanas. Jamás hubo desórdenes más crueles en ningún reino. El tirano Boris Godunow hizo asesinar en 1597 al legítimo heredero, Demetri, que nosotros llamamos Demetrio, y usurpó el imperio. Un monje joven tomó el nombre de Demetrio y pretendió ser él príncipe, escapado de los asesinos; y auxiliado por los polacos y por un gran partido que los tiranos tienen siempre en contra suya, expulsó al usurpador y usurpó a su vez la corona. Se reconoció su impostura en cuanto fue soberano, por lo que se in-

dignaron contra él; fue asesinado. Otros tres falsos Demetrios se erigieron, uno tras otro. Esta serie de imposturas suponía un país completamente en desorden. Cuanto menos civilizados son los hombres, más fácil es imponérseles. Se puede suponer hasta qué punto estos fraudes aumentaban la confusión y el infortunio público. Los polacos, que habían comenzado las revoluciones estableciendo al primer falso Demetri, estuvieron a punto de reinar en Rusia. Los suecos repartieron los despojos por la parte de Finlandia y pretendieron también el trono; el Estado estaba amenazado de una completa ruina.

En medio de estas desgracias, una asamblea, compuesta de los principales boyardos, eligió para soberano, en 1613, a un joven de quince años, lo que no parecía un medio seguro de acabar los desórdenes. Este joven era Miguel Romanov[14], abuelo del zar Pedro, hijo del arzobispo de Rostow, llamado Filareto, y de una religiosa emparentada por la línea femenina con los antiguos zares.

Es necesario saber que este arzobispo era un señor poderoso, a quien el tirano Boris había forzado a hacerse sacerdote. Su mujer, Sheremeto, fue tam-

bién obligada a tomar el velo; ésta era una antigua costumbre de los tiranos occidentales cristianos latinos; la de los cristianos griegos era saltar los ojos. El tirano Demetri dio a Filerato el arzobispado de Rostow y le envió de embajador a Polonia. Este embajador fue hecho prisionero de los polacos, entonces en guerra con los rusos: tan ignorantes estaban todos estos pueblos del derecho de gentes. Durante su detención, el joven Romanov, hijo de este arzobispo, fue elegido zar. Se canjeó a su padre por prisioneros polacos, y el joven zar hizo a su padre patriarca; este anciano fue soberano de hecho bajo el nombre de su hijo.

Si tal gobierno parecía singular a los extranjeros, el casamiento del zar Miguel Romanov lo parece más todavía. Los monarcas de las Rusias no elegían sus esposas en los otros Estados desde el año 1490. Parece que desde que tuvieron a Kazan y Astracán siguieron en casi todo las costumbres asiáticas, y principalmente la de no casare sino con súbditas suyas.

Lo que se parece más aún a las costumbres del Asia antigua es que para casarse un zar se hacían

[14]Los rusos escriben Romanow; los franceses no emplean la

venir a la corte las más hermosas jóvenes de provincias; la dama principal de la Corte las recibía en su casa, las alojaba separadamente y les hacía comer todas juntas. El zar las veía, o encubierto con un falso nombre o sin disfraz alguno. Se fijaba el día del casamiento, sin que la elección fuese todavía conocida, y el día fijado se presentaba un vestido de novia a aquella sobre quien había recaído la elección secreta; se repartían otros vestido a las pretendientes, que regresaban a sus casas. Hubo cuatro ejemplos de semejantes matrimonios.

De este modo fue como Miguel Romanov se casó con Eudoxia, hija de un pobre hidalgo, llamado Streshneu. Cultivaba él mismo sus campos con sus criados, cuando los chambelanes, enviados por el zar con regalos, lo notificaron que su hija había subido al trono. El nombre de esta princesa es amado todavía en Rusia. Todo esto está alejado de nuestras costumbres, y no es menos respetable por ello.

Es preciso decir que, antes de la elección de Romanov, un gran partido había elegido al príncipe Ladislao, hijo del rey de Polonia, Segismundo III. Las provincias vecinas de Suecia habían ofrecido la

---

w. Se pronuncia también Romanoff.

corona a un hermano de Gustavo Adolfo; así, Rusia se encontraba en la misma situación en que tan frecuentemente se ha visto Polonia, donde el derecho de elegir un monarca ha sido un manantial de guerras civiles. Pero los rusos no imitaron a los polacos, que hacen un contrato con el rey que eligen. Aunque hubiesen experimentado la tiranía, se sometieron a un joven sin exigir nada de él.

Rusia no había sido nunca un reino electivo; pero habiéndose agotado la rama masculina de los antiguos soberanos, y habiendo perecido violentamente en los últimos desórdenes seis zares o pretendientes, fue preciso, como se ha visto, elegir un monarca, y esta elección originó nuevas guerras con Polonia y Suecia, que combatieron por sus pretendidos derechos al trono de Rusia. Estos derechos a gobernar una nación a pesar de ella no pueden mantenerse nunca durante mucho tiempo. Los polacos, por su parte, después de haber avanzado hasta Moscú, y después del pillaje en que consistían las expediciones militares de aquellos tiempos, concluyeron una tregua de catorce años Polonia, por esta tregua, quedó en posesión del ducado de Smolensko, donde el Borístenes tiene su fuente. Los suecos hicieron también la paz; quedaron en pose-

sión de la Ingria y privaron a los rusos de toda comunicación con el mar Báltico; de suerte que este imperio quedó más aislado que nunca del resto de Europa.

Miguel Romanov, después de esta paz, reinó tranquilo, y no se hizo en todos sus Estados ningún cambio que corrompiese ni que perfeccionase la administración. Después de su muerte, ocurrida en 1645, su hijo Alejo Miguelwitz, o hijo de Miguel, de diez y seis años de edad, reinó por derecho hereditario. Se debe observar que los zares eran consagrados por el patriarca, según algunos ritos de Constantinopla, y, además, el patriarca de Rusia se sentaba en el mismo estrado con el soberano, afectando siempre una igualdad que menoscababa el poder supremo.

Alejo se casó como su padre, y eligió entre las jóvenes que le presentaron la que le pareció más agradable. Casó con una de las dos hijas del boyardo Miloslawski, en 1647, y después con una Nariskin, en 1671. Su favorito, Morosov, se casó con la otra. No se puede adjudicar a este Morosov un título más conveniente que el de visir, puesto que era un déspota en el imperio y su poder provocó revo-

luciones entre los strelitz y el pueblo, como ha ocurrido frecuentemente en Constantinopla.

El reinado de Alejo se vio turbado por sediciones sangrientas, por guerras interiores y extranjeras. Un jefe de los cosacos del Tamais, llamado Stenko-Rasin, quiso erigirse en rey de Astracán; inspiró durante mucho tiempo terror, pero al fin, vencido y hecho prisionero, terminó en el suplicio, como todos sus semejantes, para quienes no hay nunca más que el trono o el cadalso. Cerca de doce mil de sus partidarios fueron colgados -dicen- en el camino real de Astracán. Esta parte del mundo era de aquellas en donde los hombres, apenas gobernados por las costumbres, no lo eran más que por los suplicios, y de estos suplicios horribles nacían la servidumbre y el furor secreto por la venganza.

Alejo sostuvo una guerra con Polonia; fue victoriosa, y terminó por una paz que le aseguró el dominio de Smolensko, de Kiev y de Ukrania; pero fue infortunado con los suecos, y los límites del imperio estuvieron siempre muy reducidos del lado de Suecia.

Los turcos eran más de temer entonces; caían sobre Polonia y amenazaban los países del zar vecinos de la Tartaria Crimea, el antiguo Quersoneso

taúrico. En 1671 tomaron la importante ciudad de Kaminieck y todo lo que dependía de Polonia en Ukrania. Los cosacos de Ukrania, que no habían querido nunca amos, no sabían entonces si pertenecían a Turquía, a Polonia o a Rusia. El sultán Mahomet IV, vencedor de los polacos y que acababa de imponerles un tributo, pidió, con todo el orgullo de un otomano y de un vencedor, que el zar evacuase todo lo que poseía en Ukrania, lo que fue rechazado con la misma soberbia. No se sabía entonces disfrazar el orgullo con las apariencias de la cortesía. El sultán, en su carta, no trataba al soberano de Rusia más que de *hospodar cristiano, y se* titulaba *muy gloriosa majestad, rey de todo el universo. El* zar respondió *que él no había sido hecho para someterse a un perro mahometano, y que su cimitarra era mejor que el sable del sultán.*

Alejo, entonces, concibió un proyecto, que parecía anunciar el influjo que Rusia debía tener un día en la Europa cristiana. Envió embajadores al Papa y a casi todos los grandes soberanos de Europa, excepto a Francia, aliada de los turcos, para tratar de formar una Liga contra la Puerta otomana. Sus embajadores no consiguieron en Roma ni aun besar los pies del Papa, y no obtuvieron en las demás partes

sino promesas ineficaces, pues las querellas de los príncipes cristianos y los intereses que nacían de estas querellas no les permitían reunirse contra el enemigo de la cristiandad.

*1674.* -Los otomanos, sin embargo, amenazaban subyugar a Polonia, que rehusaba pagar el tributo. El zar Alejo la socorrió por el lado de la Crimea, y el general de la Corona Juan Sobieski lavó la honra de su país con la sangre de los turcos en la célebre batalla de Choczim, que le abrió camino al trono. Alejo le disputó el trono y propuso unir sus vastos Estados a Polonia, como los Jagelones habían unido a ella la Lituania; pero, por grande que fuese su oferta, no fue aceptada. Era muy digno  dicen- de este nuevo reino, por la manera de gobernar los suyos; él fue el primero que hizo redactar un código aunque imperfecto; introdujo manufacturas de tela y de seda, que es verdad que no pudieron sostenerse pero que él tuvo el mérito de establecer. Pobló los desiertos hacia el Volga y el Kama, de familias lituanas, polacas y tártaras, apresadas en sus guerras. Todos los prisioneros, hasta entonces eran esclavos de aquellos a quienes pertenecían; Alejo hizo de ellos cultivadores; llevó la disciplina a sus ejércitos; en fin: era digno de ser el padre de Pedro el Grande;

pero no tuvo tiempo de perfeccionar nada de lo que emprendió: una muerte prematura lo arrebató a la edad de cuarenta y seis años, al comienzos de 1679, según nuestro calendario, que avanza siempre once días sobre el de los rusos.

Después de Alejo hijo de Miguel, todo volvió a caer en el desorden. De su primer matrimonio dejó dos príncipes y seis princesas. El mayor, Fedor, subió al trono a los quince años de edad, príncipe de una complexión débil y valetudinaria y de un mérito que no correspondía a la debilidad de su cuerpo. Alejo, su padre, lo había hecho reconocer por sucesor un año antes. Así acostumbraban hacer los reyes de Francia, desde Hugo Capeto hasta Luis el Joven, y tantos otros soberanos.

El segundo de los hijos de Alejo era Iván o Juan, todavía menos favorecido por la Naturaleza que su hermano Fedor, casi privado de la vista y de la palabra, así como de la salud, y atacado frecuentemente de convulsiones. De las seis hijas nacidas de este primer matrimonio, la única célebre en Europa fue la princesa Sofía, distinguida por su talento, pero, desgraciadamente, más conocida todavía por el daño que quiso hacer a Pedro el Grande.

Alejo, de su segundo matrimonio con otra de sus súbditas, hija del boyardo Nariskin, dejó a Pedro y la princesa Natalia. Pedro, nacido el 30 de mayo de 1672, y, según el nuevo cómputo, el 10 de junio, tenía cuatro años y medio cuando perdió a su padre. No gustaban entonces los hijos de segundas nupcias, y no se esperaba que pudiese llegar un día a reinar.

La intención de la familia Romanov fue siempre la de civilizar sus Estados; tal fue también el proyecto de Fedar. Ya hemos indicado, al hablar de Moscú, que animó a los ciudadanos a construir varias casas de piedra. Engrandeció esta capital; se le deben algunas reglamentos de policía general; pero al querer reformar a los boyardos disgustó a todos. Por otra parte, ni era bastante instruido, ni activo, ni con audacia suficiente para atreverse a concebir una reforma general. La guerra con los turcos, o, más bien, con los tártaros de Crimea, que continuaba, siempre con resultados oscilantes, no permitía a un príncipe de salud débil acometer esta gran empresa. Fedor se casó, como sus antecesores, con una de sus súbditas, natural de las fronteras de Polonia; y habiéndola perdido al cabo de un año, tomó una segunda mujer en 1592: Marta Mateona, hija del

secretario Apraxin. Cayó enfermo algunos meses después, de la enfermedad de que murió, y no dejó hijos. Así como los zares se casaban sin considerar la estirpe de la mujer, también podían, por lo menos entonces, escoger un sucesor sin atender a la primogenitura. Parecía que la jerarquía de esposa y heredero del soberano debía ser únicamente el premio del mérito, y en esto la costumbre de este imperio era muy superior a las de los Estados más civilizados.

*Abril 1682.* -Fedor, antes de expirar, viendo que su hermano Iván, demasiado maltratado por la Naturaleza, era incapaz de reinar, nombró por heredero de las Rusias a su segundo hermano, Pedro, que no tenía más que diez años de edad y que hacía concebir ya grandes esperanzas.

Si la costumbre de elevar alguna súbdita a la categoría de zarina era favorable a las mujeres, había, en cambio, otra muy dura: las hijas de los zares era raro que se casasen entonces; la mayor parte pasaban Su vida en un monasterio.

La princesa Sofía, la tercera de las hijas del primer matrimonio del zar Alejo, princesa de un espíritu tan superior como peligroso, viendo que a su hermano Fedor le quedaba poco tiempo de vida, no

quiso tomar la determinación del convento, y encontrándose entre sus otros dos hermanos, que no podían gobernar, uno por su incapacidad, el otro por su niñez, concibió el proyecto de ponerse a la cabeza del imperio; quiso, en la última época de la vida del zar Fedor, renovar el papel que en otro tiempo desempeñó Pulqueria con el emperador Teodosio, su hermano.

## CAPITULO IV

### Iván y Pedro. -Terrible sedición de la milicia de los strelitz.

Apenas hubo expirado Fedor[15], el nombramiento de un príncipe de diez años para ocupar el trono, la exclusión del primogénito y las intrigas de la princesa Sofía, su hermana, excitaron en el cuerpo de los strelitz una de las más sangrientas revoluciones. Ni los genízaros ni los guardias pretorianos fueron nunca tan bárbaros. Primeramente, dos días después de los funerales del zar Fedor, corren armados al Kremlín; éste es, como se sabe, el palacio de los zares en Moscú: comienzan por quejarse de nueve de sus coroneles, que no les habían pagado

con bastante exactitud. El ministerio se ve obligado a expulsar a los coroneles y a entregar a los strelitz el dinero que pedían. Los soldados no quedan contentos: quieren que les entreguen los nueve oficiales y les condenen, por mayoría de votos, al suplicio que se llama de las *varas:* he aquí cómo se inflige este suplicio:

Se desnuda al paciente; se le acuesta sobre el vientre, y los verdugos le golpean con unas varas en la espalda, hasta que el juez dice: *Es bastante.* Los coroneles, así tratados por sus soldados, se vieron todavía obligados a darles las gracias, según la costumbre oriental de los criminales, que después de haber sido castigados besan la mano de sus jueces; aquellos añadieron a sus muestras de gratitud una cantidad de dinero, lo que ya se salía de la costumbre.

Mientras que los strelitz comenzaban así a hacerse temer, la princesa Sofía, que les animaba bajo cuerda para conducirles de crimen en crimen, convocaba en su casa una asamblea de príncipes, de generales del ejército, boyardos, el patriarca, obispos, y aun de los principales comerciantes; en ella

[15]Tomado todo entero de las Memorias enviadas de Moscú y

les expuso que el príncipe Iván, por su derecho de primogenitura y por su mérito, debía gobernar el imperio, del cual esperaba ella en secreto llevar las riendas. Al salir de la asamblea promete a los strelitz un aumento de sueldo y regalos; sus emisarios excitan sobre todo a la soldadesca contra la familia de los Nariskin, y principalmente contra los dos Nariskin hermanos de la joven zarina viuda, madre de Pedro I. Se convence a los strelitz de que uno de estos hermanos, llamado Juan, se ha apoderado de las vestiduras del zar, que ha subido al trono y que ha querido ahogar al príncipe Iván; se añade que un desgraciado médico holandés, llamado Daniel Vangad, ha envenenado al zar Fedor. En fin: Sofía hace poner en sus manos una lista de cuarenta señores, que ella llama enemigos suyos y del Estado, y a quienes deben asesinar. Nada más parecido a las proscripciones de Sila y de los triunviros de Roma. Cristián II las había renovado en Dinamarca y en Suecia. Se ve por esto que tales horrores son de todos los países en las épocas de desorden y anarquía.

---

de Petersburgo.

Se empieza por tirar por las ventanas a los knes Dolgorouki y Maffen[16]; los strelitz los reciben en las puntas de sus picas, los desnudan y los arrastran por la gran plaza. Inmediatamente, entran en el palacio; encuentran allí a uno de los tíos del zar Pedro, Atanasio Nariskin, hermano de la joven zarina; lo asesinan de la misma manera; fuerzan las puertas de una iglesia vecina donde tres proscritos se habían refugiado; los arrancan del altar, los desnudan y los asesinan a puñaladas.

Su furor era tan ciego, que, al ver pasar a un joven señor de la casa Soltikof, a quien querían, y que no figuraba en la lista de los proscritos, algunos de ellos, tomándole por Juan Nariskin, a quien buscaban, lo mataron inmediatamente. Lo que descubre bien las costumbres de aquel tiempo es que, habiendo reconocido su error, llevaron el cuerpo del joven Soltikof a su padre para enterrarlo; y el desgraciado padre, lejos de atreverse a quejarse, los recompensó por haberle llevado el cuerpo ensangrentado de su hijo. Su mujer, sus hijas y la esposa del muerto lo reprochan su debilidad. Esperemos el momento de la venganza -les dice el viejo- Algunos strelitz oye-

[16]Matheoff: equivale a Mateo en nuestra lengua.

ron estas palabras; entran furiosos en la habitación, arrastran al padre por los cabellos y lo degüellan a la puerta de su casa.

Otros strelitz van buscando por todas partes al médico holandés Vangad; encuentran a su hijo; le preguntan dónde está su padre; el joven, temblando, responde que lo ignora, y por esta respuesta es degollado. Encuentran otro médico alemán. Tú eres médico -le dicen-; si tú no has envenenado a nuestro soberano Fedor, has envenenado a otros; bien mereces la muerte. Y lo matan.

Al fin encuentran al holandés que buscaban; estaba disfrazado de mendigo; lo arrastran ante palacio; las princesas, que querían a este buen hombre y que tenían confianza en él, piden su perdón a los strelitz, asegurándoles que es un buen, médico y que ha tratado muy bien a su hermano Fedor. Los strelitz responden que no sólo merece la muerte como médico, sino también como hechicero, y que han encontrado en él un gran sapo seco y una piel de serpiente. Añaden que les es absolutamente necesario libertar al joven Iván Nariskin, a quien buscan en vano desde hace dos días; que seguramente está oculto en el palacio; que le pegarán fuego si no se les entrega su víctima. La hermana de Iván Nariskin,

las demás princesas, espantadas, van adonde Juan Nariskin está escondido: el patriarca lo confiesa, le da el viático y la extremaunción, después de lo cual coge una imagen de la Virgen que pasaba por milagrosa; lleva de la mano al joven y avanza hacia los strelitz, mostrándoles la imagen de la Virgen. Las princesas, anegadas en lágrimas, rodean a Nariskin, se ponen de rodillas delante de los soldados les conjuran en nombre de la Virgen a conceder la vida a su pariente; pero los soldados lo arrancan de las manos de las princesas; lo arrastran escaleras abajo con Vangad; entonces forman entre ellos una especie de tribunal; tratan de la cuestión de Nariskin y el médico. Uno de ellos, que sabía escribir, instruye un proceso verbal; condenan a los dos infelices a ser descuartizados; éste es un suplicio usado en la China y en Tartaria para los parricidas; se le llama el suplicio de los diez mil pedazos. Después de haber tratado así a Nariskin y a Vangad exponen sus cabezas, sus pies y sus manos en las puntas de hierro de una balaustrada.

Mientras que éstos saciaban su furor ante los ojos de las princesas, otros asesinaban a todos los que les eran odiosos o sospechosos a Sofía.

*Junio 1682*. -Estas horribles ejecuciones acabaron por proclamar soberanos a los dos príncipes Iván y Pedro, asociándoles su hermana Sofía en calidad de corregente. Entonces ésta aprobó todos sus crímenes y los recompensó, confiscó los bienes de los proscritos y los repartió a los asesinos; los permitió además elevar un monumento, en el cual hicieron grabar los nombres de los asesinados como traidores a la patria; los dio, en fin, cédulas reales en las cuales los agradecía Su celo y fidelidad.

# CAPITULO V

## Gobierno de la Princesa Sofía. -Singular querella religiosa. -Conspiración.

He aquí por qué peldaños la princesa Sofía[17] subió efectivamente al trono de Rusia sin ser declarada zarina, y he aquí los primeros ejemplos que tuvo Pedro 1 ante sus ojos. Sofía tuvo todos los honores de una soberana: su busto en las monedas, la firma para todas las órdenes, el primer lugar en el Consejo y, sobre todo, el poder supremo. Tenía mucho talento; hasta hacía versos en su lengua, escribía y hablaba bien; una figura agradable realzaba aún más tanto talento; solamente su ambición lo obscurecía.

---

[17]Tomado todo entero de las Memorias enviadas de Petersburgo.

Casó a su hermano Iván según la costumbre de que ya hemos visto tantos ejemplos. Una joven Soltikof, de la familia de este mismo Soltikof que los strelitz habían asesinado, fue escogida en medio de la Siberia, donde su padre mandaba una fortaleza, para ser presentada al zar Iván en Moscú. Su belleza le hizo triunfar de las intrigas de todas sus rivales; Iván se casó con ella en 1684. A cada casamiento de un zar parece que se está leyendo la historia de Asuero, o la del segundo Teodosio.

En medio de las fiestas de estas bodas, los strelitz provocaron otro levantamiento; y, ¿quién lo creería?, era por cuestión de religión, era por el dogma. Si no hubiesen sido más que soldados, no se hubieran convertido en polemistas; pero eran vecinos de Moscú. Del interior de las Indias hasta los confines de Europa, cualquiera que tenga o se arrogue el derecho a hablar con autoridad al populacho puede fundar una secta; y esto es lo que ha ocurrido en todo tiempo, sobre todo desde que el furor del dogma ha venido a ser el arma de los audaces y el yugo de los imbéciles.

Se habían ya sufrido algunas sediciones en Rusia, en la época en que se disputaba si la bendición debía darse con tres dedos o con dos.

*16 julio 1682 n. c.* Un tal Abakum, arcipreste, había dogmatizado sobre el Espíritu Santo, quien, según el Evangelio, debe iluminar a todo fiel; sobre la igualdad de los primeros cristianos y sobre estas palabras de Jesús: *No habrá ni primero ni último.* Varios ciudadanos, varios strelitz, abrazaron las creencias de Abakuni; el partido se engrandeció; un tal Raspop fue su jefe. Los sectarios, al fin, entraron en la catedral, donde el patriarca y el clero oficiaban; los echaron de allí a él y a los suyos a pedradas y se pusieron devotamente en su lugar para recibir el Espíritu Santo. Llamaban al patriarca *lobo raptor en el redil,* título que todas las comuniones se han adjudicado generosamente unas a otras. Corrieron a prevenir a la princesa Sofía y a los dos zares de estos desórdenes; se hizo decir a los otros strelitz, a los que sostenían la buena causa, que los zares y la Iglesia estaban en peligro. El partido de los strelitz y burgueses adictos al patriarca vino a las manos con la facción de los abakumistas; pero la carnicería se suspendió en cuanto se habló de convocar un concilio. Inmediatamente se reunió un concilio en una sala del palacio: esta convocatoria no era difícil; se obligó a ir a todos los sacerdotes que se encontraron. El patriarca y un obispo disputaron con Ras-

pop, y al segundo silogismo se arrojaron piedras a la cara. El concilio acabó por cortarle el cuello a Raspop y a algunos de sus fieles discípulos, que fueron ejecutados solamente por las órdenes de los tres soberanos, Sofía, Iván y Pedro.

En esta época de revuelta había un knes, Chovanskoi, que, habiendo contribuido a la elevación al trono de la princesa Sofía, quería, como premio a sus servicios, participar en el gobierno. Es muy verisímil que Sofía se le mostrase ingrata. Entonces tomó el partido de la devoción y de los raspopitas perseguidos; todavía sublevó una parte de los strelitz y del pueblo en nombre de Dios; la conspiración fue más seria que el entusiasmo de Raspop. Un ambicioso hipócrita va siempre más lejos que un simple fanático. Chovanskoi pretendía nada menos que el imperio; y para no tener nada que temer nunca, resolvió asesinar a los dos zares y a Sofía y a las demás princesas y a todos cuantos estuvieron relacionados con la familia imperial. Los zares y las princesas se vieron obligados a retirarse al monasterio de la Trinidad, a doce leguas de Moscú. Este era a la vez un convento, un palacio y una fortaleza, como, Monte Cassino, Corbie, Fulda, Kempten y tantos otros de los cristianos del rito latino. Este

monasterio de la Trinidad perteneció a los monjes basilios; está rodeado de anchos fosos y de murallas de ladrillos provistas de numerosa artillería. Los monjes poseían cuatro leguas de terreno a la redonda. La familia imperial estaba allí segura, más todavía por la fuerza que por la santidad del lugar.

*1682.* -Desde allí, Sofía negoció con el rebelde, le engañó, le atrajo a la mitad de camino y le hizo cortar la cabeza, así como a uno de sus hijos y a treinta y siete strelitz que le acompañaban.

El cuerpo de los strelitz, al recibir esta noticia, se apresta a ir en son de guerra al convento de la Trinidad; amenaza con exterminarlo todo; la familia imperial se fortifica; los boyardos arman a sus vasallos; todos los hidalgos acuden; una guerra civil sangrienta comenzaba. El patriarca apaciguó un poco a los strelitz; las tropas que venían contra ellos de todas partes los intimidaron; en fin, pasaron del furor al miedo, y del miedo a la más ciega sumisión, cambio corriente en las Muchedumbres. Tres mil setecientos de los suyos, seguidos de sus mujeres y sus hijos, se pusieron una cuerda al cuello y partieron en este estado al convento de la Trinidad, que tres días antes querían reducirá cenizas. Estos desgraciados se rindieron ante el monasterio, llevando cada dos

un tajo y un hacha; se prosternaron en tierra y esperaron su suplicio: se les perdonó. Se volvieron a Moscú bendiciendo a sus soberanos y prestos, sin saberlo, a renovar sus atentados a la Primera ocasión.

Después de estas convulsiones, el Estado volvió a tomar un aspecto tranquilo. Sofía tuvo siempre la autoridad principal, abandonando a Iván a su incapacidad y teniendo a Pedro bajo tutela. Para aumentar su poder, lo compartió con el príncipe Basilio Gallitzin, quien hizo generalísímo, administrador del Estado y guardasellos: hombre superior en todo orden a cuanto existía entonces en esta corte tormentosa, culto, elevado, no teniendo, más que grandes proyectos, más instruido que ningún ruso, porque había recibido mejor educación; hasta poseyendo la lengua latina, casi totalmente ignorada en Rusia; hombre de un espíritu activo, laborioso de un genio superior a su siglo, y capaz de transformar a Rusia si tuviese tiempo y poder **c**omo tenía voluntad. Este es el elogio que hace de él La Neuville, diplomático por entonces de Polonia en Rusia, y los elogios de los extranjeros son los menos sospechosos.

Este ministro reprimió a la milicia de los strelitz distribuyendo los más revoltosos en regimientos en Ukrania, en Kazan, en Siberia. Fue bajo su administración cuando Polonia, durante mucho tiempo rival de Rusia, renunció en 1686 a todas sus pretensiones sobre las grandes provincias de Solemsko y Ukrania. Fue el primero que hizo enviar, en 1687, un embajador a Francia, país que estaba desde hacía veinte años en todo su esplendor por las conquistas y las nuevas posesiones de Luis XIV, por su magnificencia y, sobre todo, por la perfección de las artes, sin las cuales no se tiene más que mucha extensión, pero no verdadera gloria. Francia no había tenido todavía ninguna relación con Rusia, no se la conocía, y la Academia de Inscripciones conmemoró con una medalla esta embajada, como si hubiese venido de las Indias; pero, a pesar de la medalla, el embajador Dolgorouki fracasó; sufrió asimismo violentos disgustos por la conducta de sus criados; se consideró lo mejor tolerar sus faltas, pero la corte de Luis XIV no podía prever entonces que Rusia y Francia contarían un día entre sus ventajas la de estar estrechamente aliadas.

El Estado estaba entonces tranquilo interiormente, siempre oprimido del lado de Suecia, pero

extendido del lado de Polonia, su nueva aliada; continuamente en alarma hacia la Tartaria Crimea y en una semiinteligencia con la China respecto a las fronteras.

Lo que resultaba más intolerable a este imperio, y lo que mostraba bien que no había conseguido todavía una administración vigorosa y regular, era que el kan de los tártaros de Crimea exigía un tributo anual de sesenta mil rublos, como el que Turquía había impuesto a Polonia.

La Tartaria Crimea es este mismo Quersoneso Taúrico, célebre en otro tiempo por el comercio de los griegos y más aún por sus fábulas, comarca fértil y siempre bárbara, llamada Crimea, del título de los primeros kans, que se llamaban crimantes de las conquistas de los hijos de Gengis.

*1687-1688*. -Para eximirse y vengarse de la vergüenza de un tributo semejante, el primer ministro, Gallitzin, fue él mismo a Crimea a la cabeza de un numeroso ejército. Estos ejércitos no se parecían en nada a los que el gobierno sostiene hoy; nada de disciplina ni de semejanza con un regimiento bien armado; nada de uniformes, nada de regularidad: una milicia en verdad dura para el trabajo y la escasez, pero una profusión de equipajes que no se ve ni

aun en nuestros campos, donde reina el lujo. El número prodigioso de carros que llevaban municiones y víveres por países devastados y desiertos perjudicó a las campañas de Crimea. Se encontraron en vastas soledades sobre el río Samara sin almacenes. Gallitzin hizo en estos desiertos lo que yo creo que no se ha hecho en ninguna parte: empleó treinta mil hombres en edificar sobre el Samara una ciudad que pudiese servir de depósito para la campaña próxima; fue empezada en este año y terminada en tres meses al año siguiente, toda de Madera, es verdad, con dos casas de ladrillo y murallas de césped, pero provista de artillería y en estado de defensa.

Esto es todo lo que se hizo de notable en esta ruinosa expedición. Entre tanto, Sofía reinaba; Iván no tenía más que el nombre de zar, y Pedro, de diez y siete años de edad, tenía ya valor para serlo. El enviado de Polonia, La Neuville, residente entonces en Moscú y testigo ocular de lo que pasó, supone que Sofía y Gallitzin indujeron al nuevo jefe de los strelitz a sacrificar al joven zar; parece, por lo menos, que seiscientos de estos strelitz debían apoderarse de su persona. Los documentos secretos que la Corte de Rusia me ha confiado aseguran que se había tomado la determinación de matar a Pedro

I; el golpe iba a ser descargado y Rusia privada para siempre de la nueva existencia que después ha recibido. El zar se vio también obligado a salvarse en el convento de la Trinidad, refugio ordinario de la Corte amenazada por la soldadesca. Allí convoca a los boyardos de su partido, reúne un ejército, hace hablar al capitán de los strelitz llama a algunos alemanes establecidos en Moscú desde mucho tiempo antes, todos adictos a su persona, porque ya favorecía a los extranjeros. Sofía e Iván que Permanecen en Moscú conjuran al cuerpo de los strelitz a conservarse fieles; pero el partido de Pedro, que se lamentaba de un atentado meditado contra su persona y contra su madre, vence al de una princesa y un zar cuyo solo aspecto rechazaba los corazones. Todos los cómplices fueron castigados con una severidad a la cual el país estaba tan acostumbrado como a los atentados; algunos fueron decapitados después de haber sufrido el suplicio del knout o de las varas. El Jefe de los strelitz pereció de esta manera; se cortó la lengua a otros de quienes se sospechaba. El Príncipe Gallitzin, que tenía uno de sus parientes con el zar Pedro, consiguió salvar la vida; pero despojado de todos sus bienes, que eran inmensos, fue desterrado al camino de Arcángel. La Neuville, presente a

toda esta catástrofe, dice que se pronunció la sentencia de Gallitzin en estos términos: Se ha ordenado por el muy clemento zar que se te envíe a Karga, ciudad del polo, y que permanezcas allí el resto de tus días. La extrema bondad de Su Majestad te concede tres sueldos diarios.

No hay ciudad alguna en el Polo. Karga está a los sesenta y dos grados de latitud, seis grados y medio solamente más al Norte que Moscú. El que hubiese pronunciado esta sentencia habría sido un mal geógrafo; es de suponer que La Neuville fue engañado por un informe infiel.

*1689.* -En fin: la princesa Sofía fue conducida a su monasterio de Moscú después de haber reinado tanto tiempo; este cambio era un suplicio ya bastante grande.

Desde este momento, Pedro reinó. Su hermano Iván no tuvo otra participación en el gobierno, que la de ver su nombre en los actos públicos; llevó una vida puramente privada, y murió en 1696.

# CAPITULO VI

## Reinado de Pedro I. -Comienzo de la gran reforma.

Pedro el Grande era de alta estatura, aire libre y desembarazado, bien formado, el rostro noble, ojos vivos, un temperamento robusto, apto para todos los ejercicios y todos los trabajos; su espíritu era justo, que es la base de todos los verdaderos talentos; y este espíritu de justicia se mezclaba con una inquietud que le llevaba a emprenderlo todo y a realizarlo todo. Su educación distó mucho de ser digna de su genio: el interés de la princesa Sofía estaba principalmente en recluirle en la ignorancia y abandonarla a los extravíos que la juventud, la ociosidad, la costumbre y su jerarquía le concedían con exceso. Sin embargo, había contraído matrimonio reciente-

mente, casándose, como todos los demás zares, con una de sus súbditas, hija del coronel Lapuchin; pero como era muy joven, y no habiendo obtenido del trono durante algún tiempo más prerrogativa que la de entregarse a sus placeres, los serios lazos del matrimonio no le retuvieron bastante. Los placeres de la mesa con algunos extranjeros, atraídos a Moscú por el ministro Gallitzin, no permitían augurar que llegaría a ser un reformador; sin embargo, a pesar de los malos ejemplos, y aun a pesar de los placeres, se ocupaba en el arte militar y en el gobierno; se podía ya reconocer en él el germen de un gran hombre.

Menos aún se sospecharía que un príncipe dominado por un temor maquinal, que llegaba hasta el sudor frío y las convulsiones cuando necesitaba atravesar un arroyo, llegaría un día a ser el mejor marino del Norte. Comenzó por dominar su naturaleza arrojándose al agua, a pesar de su horror por este elemento; la aversión llegó a trocarse en un gusto dominante.

La ignorancia en que se le educó le hacía enrojecer. Aprendió por sí mismo, y casi sin maestro, bastante alemán y holandés para explicarse y para escribir inteligiblemente en estas dos lenguas. Los

alemanes y los holandeses eran para él los pueblos más civilizados, puesto que los unos cultivaban ya en Moscú algunas artes de las que él quería hacer nacer en su imperio, y los otros sobresalían en la marina, que consideraba como el arte más necesario.

Tales eran sus cualidades, a pesar de las inclinaciones de su juventud. Entre tanto, tenía siempre rebeliones que temer, el humor turbulento de los strelitz que reprimir, y una guerra casi continua contra los tártaros de Crimea que sostener. Esta guerra había terminado en 1689, por una tregua que no duró sino muy poco tiempo.

En este intervalo, Pedro se fortificó en el propósito de atraer las artes a su patria.

Su padre, Alejo, había tenido ya las mismas miras; pero ni la fortuna ni el tiempo le secundaron; transmitió su genio a su hijo, pero más desarrollado, más vigoroso, más obstinado en las dificultades.

Alejo había hecho venir de Holanda, a costa de grandes gastos, al constructor Bothler[18], patrón de barco, con carpinteros y marineros, que construyeron en el Volga una gran fragata y un yate; descendieron por el río hasta Astracán; se les debía ocupar

[18]Memorias de Petersburgo y de Moscú.

en navíos que se iban a construir para comerciar ventajosamente con Persia por el mar Caspio. Entonces fue cuando estalló la revolución de Stenko-Rasin. Este rebelde hizo destruir los dos navíos, que, por su interés, debió haber conservado; asesinó al capitán; el resto de la tripulación se salvó en Persia, y de allí ganó las tierras de la compañía holandesa de las Indias. Un maestro carpintero, buen constructor, permaneció en Rusia, y allí estuvo mucho tiempo ignorado.

Un día, paseándose Pedro en Ismael-of, una de las casas de recreo de su abuelo, percibió, entre algunas rarezas, una pequeña chalupa inglesa que estaba completamente abandonada; preguntó al alemán Timmerman, su maestro de matemáticas, por qué aquel barco pequeño estaba construido de distinta manera que los que él había visto sobre el Moscova. Timmerman le respondió que estaba hecho para ir a velas y a remos. El joven príncipe quiso incontinenti hacer la prueba; pero era preciso carenarlo, repararlo; se encontró a este mismo constructor Brant; vivía retirado en Moscú; puso en buen estado la chalupa y la hizo navegar por el río de Yauza, que baña los arrabales de la ciudad.

Pedro hizo transportar su chalupa a un gran lago, en las inmediaciones del monasterio de la Trinidad; hizo construir por Brant dos fragatas y tres yates, y él mismo fue su piloto. En fin: mucho tiempo después, en 1694, fue a Arcángel, y habiendo hecho construir un pequeño navío en este puerto por el mismo Brant, se embarcó en el mar Glacial, que ningún soberano había visto antes que él; iba escoltado por un buque de guerra holandés, mandado por el capitán Jolson y seguido de todos los navíos mercantes llegados a Arcángel. En el momento empezó a aprender la maniobra, y, a pesar del apresuramiento de los cortesanos en imitar a su señor, él fue el único que la aprendió.

El formar un ejército de tierra adicto y disciplinado no era menos difícil que crear una flota. Sus primeros ensayos de marina en un lago antes de su viaje a Arcángel parecían solamente entretenimientos de la infancia del hombre de genio, y sus primeras tentativas para formar tropas no parecieron tampoco más que un juego. Esto ocurría durante la regencia de Sofía, y si se hubiese sospechado lo serio de este juego hubiese podido costarle caro.

Depositó su confianza en un extranjero; fue éste el célebre Le Fort, de una noble y antigua familia del

Piamonte, trasplantada desde unos dos siglos antes a Génova, donde había ocupado los principales cargos. Se le quiso educar para el comercio, lo único que devolvió importancia a esta ciudad, en otro tiempo conocida por la controversia.

Su genio, que le llevaba a más altas empresas, le hizo abandonar la casa paterna a la edad de catorce, años; sirvió cuatro meses, en calidad de cadete, en la ciudadela de Marsella; de allí pasó a Holanda, sirvió algún tiempo como voluntario, y fue herido en el sitio de Grave, sobre el Mosa ciudad bastante fuerte, que el Príncipe de Orange, después rey de Inglaterra, había recuperado a Luis XIV en 1674. Buscando en seguida su progreso por dondequiera que la esperanza le guiaba, se embarcó en 1675 con un coronel alemán, llamado Verstin, que había sido encargado por el zar Alejo, padre de Pedro, de la comisión de reclutar algunos soldados en los Países Bajos y conducirlos al puerto de Arcángel. Pero al llegar a él, después de haber sufrido todos los peligros del mar, el zar Alejo no existía; el Gobierno había cambiado; Rusia estaba trastornada; el gobernador de Arcángel dejó mucho tiempo a Verstin, Le Fort y a toda su tropa en la mayor miseria, y les amenazó con enviarles al interior de la Siberia; cada

uno se salvó como pudo. Le Fort, careciendo de todo, fue a Moscú y se presentó al residente de Dinamarca, llamado Horn, que le hizo su secretario; aprendió la lengua rusa; algún tiempo después, encontró un medio de ser presentado al zar Pedro. El hermano mayor, Iván, no era lo que él necesitaba; a Pedro le gustó, y le dio primeramente una compañía de infantería. Apenas si Le Fort había Servido; no era instruido; no había estudiado a fondo ningún arte, pero había visto mucho con el talento de saber ver bien; su conformidad con el zar se debía toda a su genio; sabía además el alemán y el holandés, que Pedro aprendía, como lenguas de dos naciones que podían ser útiles a sus proyectos. Todo contribuía hacerse agradable a Pedro; se unió a él; los placeres iniciaron su favor, y el talento lo confirmó; fue el confidente del proyecto más peligroso que un zar pudo formar: el de ponerse en situación de licenciar un día sin peligro la milicia sediciosa y bárbara de los strelitz. La vida le había costado al gran sultán o padishá Osmán el haber querido reformar los genízaros. Pedro, a pesar de lo joven que era, se condujo en esto con más habilidad que Osmán. Formó primeramente en su casa de campo Preobazinsky una compañía de cincuenta de sus criados más jóvenes;

algunos hijos de boyardos fueron escogidos para ser oficiales; pero, para enseñar a estos boyardos una subordinación que no conocían, les hizo pasar por todos los grados, y él mismo dio el ejemplo sirviendo primero como tambor, después soldado, sargento y teniente en la compañía. Nada más extraordinario ni más útil. Los rusos habían hecho siempre la guerra como nosotros la hacíamos en la época del gobierno feudal, cuando señores sin experiencia conduelan al combate a vasallos sin disciplina y mal armados; método bárbaro, suficiente contra ejércitos análogos, impotente contra tropas regulares.

Esta compañía, que habla creado Pedro solo, fue bien pronto numerosa, y vino a ser después el regimiento de guardias Preobazinski. Otra compañía, formada tomando a ésta por modelo, se convirtió en el otro regimiento de guardias Semenouski.

Había ya un regimiento de cinco mil hombres, con el cual se podía contar, formado por el general Gordon, escocés, y compuesto casi todo entero por extranjeros. Le Fort, que había profesado las armas poco tiempo, pero que era capaz de todo, se encargó de reclutar un regimiento de doce mil hombres, y llegó a conseguirlo; cinco coroneles fueron puestos

bajo su mando; él se encontró de repente general de este pequeño ejercito, creado, en efecto, contra los strelitz tanto como contra los enemigos del Estado.

Lo que se debe notar[19], y lo que destruye el error temerario de los que pretenden que la revocación del edicto de Nantes y sus consecuencias habían costado pocos hombres a Francia, es que el tercio de este ejército, llamado regimiento, estaba compuesto de franceses refugiados. Le Fort ejercitó a su nueva tropa como si él no hubiese tenido nunca otra profesión.

Pedro quiso ver una de las imágenes de la guerra, uno de esos simulacros cuyo uso empezaba a introducirse en tiempo de paz. Se construyó un fuerte que una parte de sus nuevas tropas debía defender y que la otra debía atacar. La diferencia entre este simulacro y los otros consistió en que en lugar de la imagen de un combate[20] se dio un combate real, en el cual hubo soldados muertos y muchos heridos. Le Fort, que dirigía el ataque, recibió una importante herida. Estos juegos sangrientos debían aguerrir a las tropas; sin embargo, eran precisos grandes trabajos, y hasta grandes desgracias para

[19]Manuscritos del general Le Fort.

llegar al final. El zar combinó estas fiestas guerreras con los cuidados que él concedía a la marina; Y así como había hecho a Le Fort general de tierra sin que hubiese Mandado todavía, le hizo también almirante, sin que jamás hubiese gobernado un navío; pero él lechería digno de lo uno y de lo otro. Es verdad que este almirante estaba sin escuadra y que este general no tenía más ejército que su regimiento.

Se reformaba poco a poco el gran abuso de los militares, esta independencia de los boyardos, que

traían al ejército las milicias de sus campesinos; esta era la verdadera organización de los francos, de los hunos, de los godos y de los vándalos, pueblos vencedores del imperio romano en su decadencia y que hubiesen sido exterminados si hubiesen tenido que combatir con las antiguas legiones romanas disciplinadas o con ejércitos como los de nuestros días.

Bien pronto el almirante Le Fort dejó de tener un título completamente vano; hizo construir por holandeses y venecianos grandes barcas y hasta dos navíos con cerca de treinta cañones en la emboca-

[20] Manuscritos del general Le Fort.

dura del Veronisa, que se vierte en el Tanais; estos barcos podían descender por el río y tener en jaque a los tártaros de Crimea. Las hostilidades con estos pueblos se renovaban todos los días. El zar tenía que escoger en 1689, entre Turquía, Suecia y la China, a quién hacer la guerra. Es preciso comenzar por hacer ver en qué estado se encontraba con la China y cuál fue el primer tratado de paz que hicieron los chinos.

# CAPITULO VII

## Congreso y tratado con los chinos[21].

Primeramente se debe indicar cuáles eran los límites del imperio chino y del imperio ruso. Después de salir de la Siberia propiamente dicha y de haber dejado lejos, hacia el Sur, cien hordas de tártaros, calmucos blancos, calmucos negros, mongoles mahometanos, mongoles llamados idólatras, se avanza hacia él grado ciento treinta de longitud y al cincuenta y dos de latitud sobre el río Amur o Amor. Al norte de este río hay una gran cadena de montañas que se extiende hasta el mar Glacial más allá del círculo polar. Este río, que corre por espacio

[21]Tomado de los documentos enviados de la China, de los de Petersburgo y de las cartas reproducidas en la historia de la China, compilada por Du Halde.

de quinientas leguas en la Siberia y en la Tartaria China, va a perderse después de tantos rodeos en el mar de Kamtchatka. Se asegura que en su desembocadura en este mar se pesca alguna vez un pez monstruoso, mucho más grande que el hipopótamo del Nilo, y, cuya mandíbula es de un marfil muy duro y perfecto. Se supone que este marfil constituía en otro tiempo un objeto de comercio que se transportaba por la Siberia, y ésta es la razón por la cual se encuentran todavía algunos trozos enterrados en los campos. Es este marfil fósil del que hemos hablado ya; pero se pretende que antiguamente hubo elefantes en Siberia y que los tártaros, vencedores de los indios, condujeron a la Siberia varios de estos animales, cuyos huesos se han conservado en la tierra.

El río Amor es llamado el río Negro por los tártaros manchúes, y el río del Dragón por los chinos.

En este país[22], desconocido durante tanto tiempo, es en donde la China y Rusia se disputan los límites de sus imperios. Rusia poseía algunos fuertes hacia el río Amor, a trescientas leguas de la gran muralla. Se rompieron muchas veces las hostilidades

[22]Memorias de los jesuitas Pereira y Gerbillon.

entre los chinos y los rusos con motivo de estos fuertes; al fin, los dos Estados entendieron mejor sus intereses; el emperador Cam-hi prefirió la paz y el comercio a una guerra inútil. Envió siete embajadores a Nipchou, uno de estos establecimientos. Estos embajadores llevaban cerca de diez mil hombres consigo, contando su escolta. Ese era el fausto asiático; pero lo que es muy notable es que no había ejemplo alguno en los anales del imperio de una embajada enviada a otra potencia; lo que es también único es que los chinos jamás habían hecho un tratado de paz desde la fundación de su imperio. Dos veces subyugados por los tártaros, que los atacaron y los dominaron, no hicieron nunca la guerra a ningún pueblo, excepto a algunas hordas, o bien pronto subyugadas o presto abandonadas a sí mismas, sin ningún tratado. Así, esta nación, tan renombrada por la moral, no conocía lo que nosotros llamamos *derecho de gentes,* es decir: las reglas inciertas de la guerra y la paz, los derechos de los ministros públicos, las fórmulas de los tratados, las obligaciones que de ellos derivan, las disputas sobre la preferencia y el punto de honor.

¿En qué lengua, por lo demás, podían tratar los chinos con los rusos en medio de los desiertos?

Dos jesuitas, uno portugués, llamado Pereira; el otro, francés, llamado Gerbillon, salidos de Pequín con los embajadores chinos, les allanaron todas las nuevas dificultades y fueron los verdaderos mediadores. Trataron en latín con un alemán de la embajada rusa que sabía esta lengua. El jefe de la embajada rusa era Gollovin, gobernador de Siberia; ostentó mayor magnificencia que los chinos, y por ello dio una noble idea de su imperio a aquellos que se creían los únicos poderosos sobre la tierra. Los dos jesuitas demarcaron los límites de los dos dominios; fueron llevados al río Kerbechi, cerca del lugar donde se negociaba. El sur quedó para los chinos; el norte, para los rusos. A éstos no les costó más que una pequeña fortaleza, que se encontró construida más allá de los límites; se juró una paz eterna, y, después de algunas discusiones, los rusos y los chinos la juraron[23], en nombre del mismo Dios, en estos términos:  Si alguien tiene alguna vez el pensamiento secreto de volver a encender el fuego de la guerra, rogamos al soberano Señor de todas las cosas, que conoce los corazones, castigue a estos traidores con una muerte inmediata.

[23]1689, 8 septiembre, nuevo cómputo. Memorias de la China.

Esta fórmula, común a chinos y a cristianos, puede hacer conocer dos cosas importantes: la primera, que el gobierno chino no es ni ateo ni idólatra, como se ha reprochado tan frecuentemente por imputaciones contradictorias; la segunda, que todos los pueblos que cultivan su razón reconocen en efecto al mismo Dios, a pesar de todos los extravíos de esta razón mal instruida. El tratado fue redactado en latín, en dos ejemplares. Los embajadores rusos firmaron también la suya los primeros, según la costumbre de las naciones de Europa que tratan de Corona a Corona. Se observó otra costumbre de las naciones asiáticas y de las primitivas edades del mundo conocido; el tratado fue grabado sobre dos grandes mármoles, que fueron colocados para servir de lindes a los dos imperios[24]. Tres años después, el zar envió al dinamarqués Ilbrand Ide, en embajada a la China, y el comercio establecido subsistió después con utilidad hasta una ruptura entre Rusia y la China, en 1722; pero después de esta interrupción volvió a recobrar nuevo vigor.

[24] Estos dos mármoles no existieron nunca, si se cree al autor de la nueva historia de Rusia.

## CAPITULO VIII

### Expedición hacia el Palus-Meotide. -Conquista de Azof. -El zar envía jóvenes a instruirse a los países extranjeros.

No fue tan sencillo conseguir la paz con los turcos: parecía llegado el momento de elevarse sobre sus ruinas. Venecia, oprimida por ellos, comenzaba a levantarse. El mismo Morosini, que había entregado Candía a los turcos, les tomaba el Peloponeso, y esta conquista le valió el título de *Peloponesíaco,* honor que recordaba los tiempos de la república romana. El emperador de Alemania, Leopoldo, conseguía algunos triunfos contra el imperio turco en Hungría, y los polacos rechazaban al menos las correrías de los tártaros de Crimea.

Pedro aprovechó estas circunstancias para aguerrir a sus tropas y para conseguir, si podía, el imperio del mar Negro (1694). El general Gordon marchó a lo largo del Tanais, hacia Azof, con su gran regimiento de cinco mil hombres; el general Le Fort, con el suyo de doce mil; un cuerpo de strelitz, mandado por Sheremeto[25] y Shein, oriundo de Prusia; un cuerpo de cosacos y un gran tren de artillería; todo fue preparado, para esta expedición.

Este gran ejército avanzó bajo las órdenes del mariscal Sheremeto, al principio del verano de 1695, hacia Azof, a la desembocadura del Tanais y a la extremidad del Palus-Meotide, que hoy se llama el mar de Zabache. El zar estaba en el ejército, pero en calidad de voluntario, queriendo durante mucho tiempo aprender antes de mandar. Durante la marcha se tomaron por asalto dos torres que los turcos habían construido en las dos orillas del río.

La empresa era difícil; la plaza, bastante bien fortificada, estaba defendida por una numerosa guarnición. Grandes barcas, semejantes a las turcas, construidas por venecianos, y dos pequeños buques de guerra holandeses, salidos de la Veronisa, no

---

25 Sheremetow o Sheremetof, o según otra ortografía,

estuvieron preparados bastante pronto, y no pudieron entrar en el mar de Azof. En todo comienzo se tropieza siempre con obstáculos. Los rusos no habían hecho todavía un sitio regular. Este ensayo no fue, desde luego, feliz.

Un tal Jacob, natural de Danzig, dirigía la artillería, bajo las órdenes del general Shein; pues apenas había más que extranjeros para los principales cargos de artilleros e ingenieros, como para pilotos. Este Jacob fue condenado al castigo de las varas por su general Shein, prusiano. El mando entonces parecía fortalecido por estos rigores. Los rusos se sometían a ellos a pesar de su inclinación a las sediciones, y después de estos castigos servían como de ordinario. El de Danzig pensaba de otro modo; quiso vengarse; clavó el cañón, huyó a Azof, abrazó la religión musulmana y defendió la plaza con buen éxito. Este ejemplo muestra que el sentimiento humanitario que se observa hoy en Rusia es preferible a las antiguas crueldades y ata más al deber a los hombres que, con una educación afortunada, han adquirido sentimientos de honor. El rigor extremo era entonces necesario para el pueblo bajo;

---

Czeremrtoff.

pero, al cambiar las costumbres, la emperatriz Isabel acabó con la clemencia la obra que su padre comenzó con las leyes. Esta indulgencia ha sido llevada todavía a un punto del que no hay ejemplo en la historia de ningún pueblo. Aquélla había prometido que durante su reinado nadie sería castigado con la muerte, y cumplió su promesa. Fue la primer soberana que respetó así la vida de los hombres. Los malhechores fueron condenados a las minas, a las obras públicas; sus castigos han resultado útiles al Estado, institución tan sabia como humana. En todas partes, además, no se sabía sino matar a un criminal con solemnidad, sin haber impedido nunca los crímenes. El terror de la muerte hace menos impresión acaso sobre los criminales, la mayor parte holgazanes, que el temor de un castigo y de un trabajo penoso que renacen todos los días.

Para volver al sitio de Azof, defendida de aquí en adelante por el mismo hombre que había dirigido los ataques, se intentó en vano un asalto, y después de haber perdido mucha gente se vieron obligados a levantar el sitio.

La constancia en toda empresa constituía el carácter de Pedro. Volvió a llevar un ejército más considerable todavía contra Azof en la primavera de

1696. El zar Iván, su hermano, acababa de morir. Aunque su autoridad no había estado nunca mermada por Iván, que no tenía de zar más que el nombre, siempre lo estaba algo, solamente por las conveniencias. Los gastos de la casa de Iván se dedicaron a su muerte al sostenimiento del ejército; era una ayuda para un Estado que no tenía entonces rentas tan grandes como hoy. Pedro escribió al emperador Leopoldo, a los Estados generales, al elector de Brandeburgo, para obtener ingenieros, artilleros, gente de mar. Alistó a sueldo a los calmucos, cuya caballería es muy útil contra la de los tártaros de Crimea.

El éxito más lisonjero para el zar fue el de su pequeña escuadra, que, al fin, estuvo completa y bien gobernada. Esta derrotó a los barcos turcos enviados de Constantinopla y tomó algunos de ellos. El sitio fue estrechándose con regularidad por medio de trincheras, no enteramente con arreglo a nuestro método; las trincheras eran tres veces más profundas, y los parapetos tenían altas murallas. Al fin, los sitiados rindieron la plaza el 28 de julio, nuevo cómputo, sin honores de guerra, sin llevar armas ni municiones, y se obligaron a entregar el desertor Jacob a los sitiadores.

El zar se propuso primeramente, fortificando a Azof, cubriéndola de fuertes, construyendo un puerto capaz de contener los mayores navíos, hacerse dueño del estrecho de Caffa, de este Bósforo cimeriano, que da entrada al Ponto Eusino, lugares célebres antiguamente por los armamentos de Mitridates. Dejó treinta y dos barcos armados ante Azof[26] y preparó todo para organizar contra los turcos una flota de nueve navíos de sesenta cañones y cuarenta y uno de treinta a cincuenta piezas de artillería. Exigió que los principales señores, los más ricos comerciantes, contribuyesen a este armamento; y creyendo que los bienes de los eclesiásticos debían servir a la causa común, obligó al patriarca, a los obispos, a los archimandritas, a pagar de su dinero este nuevo esfuerzo que él hacía por el honor de su patria y el beneficio de la cristiandad. Se hizo construir por los cosacos barcos ligeros, a los que están acostumbrados, y que pueden costear fácilmente las orillas de Crimea. Turquía debía estar alarmada con tal armamento, el primero que se intentó sobre el Palus-Meotide. El proyecto era expulsar para siempre a los tártaros y los turcos de Crimea y establecer

[26]Memorias de Le Port.

en seguida un gran comercio fácil y libre con Persia por la Georgia. Es el mismo comercio que hicieron antiguamente los griegos en Coleos y en este Quersoneso taúrico, que el zar parecía deber someter.

Vencedor de los turcos y de los tártaros, quiso acostumbrar a su pueblo a la gloria como a los trabajos. Hizo entrar en Moscú a su ejército bajo arcos de triunfo, en medio de fuegos de artificio y de todo lo que podía embellecer esta fiesta. Los soldados que habían combatido sobre los barcos venecianos contra los turcos, y que constituían una tropa aparte, marchaban los primeros. El mariscal Sheremeto, los generales Gordon y Shein, el almirante Le Fort, los demás oficiales generales, precedieron en esta ceremonia al soberano, quien decía no tener aún categoría en el ejército, y quien quería con este ejemplo mostrar a toda la nobleza que es preciso merecer los grados militares para gozar de ellos.

Este triunfo parecía tener alguna cosa de los antiguos romanos; se parecía sobre todo, en que los vencedores exponían en Roma a los vencidos a las miradas del pueblo y los entregaban alguna vez a la muerte; los esclavos hechos en esta expedición seguían al ejército, y aquel Jacob que lo había traicionado era llevado en un carro, sobre el cual se había

levantado una horca, a la que fue en seguida conducido, después de haber sufrido el suplicio de la rueda.

Se acuñó entonces la primer medalla en Rusia. La leyenda, rusa, es notable: Pedro I, emperador de Moscovia, siempre augusto. En el reverso está Azof, con estas palabras: Vencedor a través de las llamas y de los mares.

Pedro estaba afligido, en medio de este éxito, por ver sus navíos y sus galeras del mar de Azof construidas únicamente por manos extranjeras. Tenía además tantos deseos de tener un puerto sobre el mar Báltico como sobre el Ponto Eusino.

En el mes de marzo de 1697 envió sesenta rusos jóvenes del regimiento de Le Fort a Italia, la mayor parte a Venecia, algunos a Liorna, para aprender allí todo lo relativo a la marina y a la construcción de galeras; hizo partir a otros cuarenta[27] a instruirse en Holanda en la fábrica y maniobra de los grandes navíos; otros fueron enviados a Alemania para servir en el ejército de tierra y para formarse en la disciplina alemana. En fin: resolvió alejarse durante algunos años de sus Estados con el intento de

[27]Manuscritos del general Le Fort.

aprender a gobernarlos mejor. No podía resistir al violento deseo de instruirse por sus ojos, y aun por sus manos, en la marina y en las artes, que quería establecer en su patria. Se propuso viajar de incógnito por Dinamarca, Brandeburgo, Holanda, Viena, Venecia y Roma. Solamente Francia y España no entraron en su plan: España, porque esas artes que él buscaba estaban en ella demasiado descuidadas, y Francia, porque en ella reinaban con demasiado fausto, y la altura de Luis XIV, que había sorprendido a tantos potentados, convenía mal a la sencillez con que pensaba hacer sus viajes. Además, estaba ligado con la mayoría de las Potencias a que pensaba ir, excepto con Francia y con Roma. Se acordaba también, con algún despecho, de las escasas atenciones que Luis XIV había tenido para con la embajada de 1687, que no consiguió tan buen éxito como celebridad, y, por último, era ya partidario de Augusto, elector de Sajonia, a quien el príncipe de Conti disputaba la corona de Polonia.

# CAPITULO IX

## Viajes de Pedro el Grande.

Formado el proyecto de ver tantos Estados y Cortes como un simple particular, se colocó él mismo en el séquito de tres embajadores, como se había puesto en el de sus generales a su entrada triunfal en Moscú[28].

Los tres embajadores eran el general Le Fort, el boyardo Alejo Gollovin, comisario general de guerra y gobernador de la Siberia, el mismo que había firmado el tratado de paz perpetua con los plenipotenciarios de la China en las fronteras de este imperio, y Vonitzin, diak o secretario de Estado, durante mucho tiempo empleado en las Cortes extranjeras.

[28]Memorias de Petersburgo y Memorias de Le Fort.

Cuatro primeros secretarios, doce gentileshombres, dos pajes para cada embajador, una compañía de cincuenta guardias con sus oficiales, todos del regimiento Preobazinsky, componían el séquito principal de esta embajada; había en total doscientas personas, y el zar, reservándose por todo servicio un ayuda de cámara, un lacayo de librea y un enano, se confundía en el montón. Era ésta una cosa inaudita en la historia del mundo: un rey de veinticinco años que abandonaba sus Estados para aprender a reinar mejor. Su victoria sobre los turcos y los tártaros, el esplendor de su entrada triunfal en Moscú, las numerosas tropas extranjeras afectas a su servicio, la muerte de Iván, su hermano; la clausura de la princesa Sofía, y, sobre todo, el respeto general a su persona, debían garantizarle la tranquilidad de sus Estados durante su ausencia. Confió la regencia al boyardo, Strechnef y al knes Romadonoski, quienes debían, en los asuntos importantes, deliberar con otros boyardos.

Las tropas formadas por el general Gordon permanecieron en Moscú para asegurar la tranquilidad de la capital; los strelitz, que podían turbarla, fueron distribuidos por las fronteras de Crimea para conservar la conquista de Azof y para

reprimir las incursiones de los tártaros. Habiendo así atendido a todo, se entregó a su afán de viajar y de instruirse.

Como este viaje fue la ocasión o el pretexto de la sangrienta guerra que durante tanto tiempo se atravesó en todos los grandes proyectos del zar y al fin los secundó; que destronó al rey Augusto de Polonia, dio la corona a Estanislao y se la quitó; que hizo del rey de Suecia, Carlos XII, el primero de los conquistadores durante nueve años y el más infortunado de los reyes durante otros nueve, es necesario, para entrar en los detalles de estos acontecimientos, describir aquí la situación de Europa en aquella época.

El sultán Mustafá II reinaba en Turquía. Su débil gobierno no hacía grandes esfuerzos ni contra el emperador Leopoldo de Alemania, cuyas armas triunfaban en Hungría, ni contra el zar, que acababa de arrebatarle Azof y amenazaba al Ponto Eusino, ni aun contra Venecia, que al fin se había apoderado de todo el Peloponeso.

Juan Sobieski, rey de Polonia, para siempre célebre por la victoria de Choczim y por la liberación de Viena, había muerto el 17 de junio de 1696; y esta corona fue disputada desde entonces por Au-

gusto, elector de Sajonia, que la ganó, y por Armand, príncipe de Conti, que no consiguió sino el honor de ser elegido.

*Abril 1697.* -Suecia acababa de perder, con poco sentimiento, a Carlos XI, primer soberano verdaderamente absoluto en este país, padre de un rey que lo fue más aún, y con quienes se ha extinguido el despotismo. Dejó en el trono a Carlos XII, su hijo, de quince años de edad. Esta era una coyuntura favorable en apariencia a los proyectos del zar; podía extenderse sobre el golfo de Finlandia y hacia la Livonia. No había que inquietarse mucho por los turcos en el mar Negro; sus posesiones sobre el Palus-Meotide y hacia el mar Caspio no bastaban a sus proyectos de marina, de comercio y de poderío; la gloria misma, que todo reformador desea ardientemente, no estaba ni en Persia ni en Turquía; estaba en nuestra parte de Europa donde se inmortalizan los grandes talentos de todo género; en fin: Pedro no quería introducir en sus Estados ni las costumbres turcas ni las persas, sino las nuestras.

Alemania, en guerra a la vez con Turquía y con Francia, teniendo por aliados a España, Inglaterra y Holanda, contra Luis XIV solo se hallaba dispuesta

a concluir la paz, y los plenipotenciarios estaban ya reunidos en el castillo de Ryswik, cerca de La Haya.

En estas circunstancias, Pedro y su embajada emprendieron su camino en el mes de abril de 1697, por Novgorod la grande; de allí viajaron por la Estonia y la Livonia, provincias disputadas antiguamente entre los rusos, los suecos y los polacos y ganadas al fin por Suecia por la fuerza de las armas.

La fertilidad de da Livonia, la situación de Riga, su capital, podían tentar al zar; tuvo, al menos, curiosidad por ver las fortificaciones de las ciudadelas. El conde de Alberg, gobernador de Riga, sospechó de esto; le rehusó esta satisfacción y pareció testimoniar pocas atenciones a la embajada. Esta conducta no sirvió para enfriar en el corazón del zar el deseo que podía concebir de ser algún día el dueño de estas provincias.

De la Livonia pasó a la Prusia brandeburguesa, una parte de la cual fue habitada por los antiguos vándalos; la Prusia polaca había sido comprendida en la Sarmacia europea; la brandeburguesa era un país pobre, poco poblado, pero donde el elector, que se hizo dar después el título de rey, ostentaba una magnificencia nueva y ruinosa. Se preció de recibir a la embajada en su ciudad de Koenigsberg

con un fausto regio. Por una y otra parte se hicieron los más magníficos regalos. El contraste entre el atavío francés que la corte de Berlín afectaba, con las largas vestiduras asiáticas de los rusos, sus gorros adornados con perlas y otras piedras preciosas, sus cimitarras pendientes de la cintura, hizo un efecto singular. El zar iba vestido a la alemana; un príncipe de Georgia, que estaba con él, vestido a la moda persa, ostentaba otro género de magnificencia; éste era el mismo que fue hecho prisionero en la jornada de Narva y que murió en Suecia.

Pedro despreciaba todo este fausto; habría que desear que hubiese despreciado igualmente los placeres de la mesa, en los que Alemania cifraba entonces su gloria. Fue[29] en uno de estos banquetes, demasiado a la moda entonces, tan peligrosos para la salud como para las costumbres, cuando sacó su espada contra su favorito Le Fort; pero mostró luego tanto pesar por este arrebato pasajero como el que Alejandro sintió por la muerte de Clitus. Pidió perdón a Le Fort; decía que quería reformar su nación y no podía aún reformarse a sí mismo. El gene-

[29]Memorias manuscritas de Le Fort.

ral Le Fort, en su manuscrito, alaba más aún el fondo del carácter del zar que lo que vitupera este exceso de cólera.

La embajada pasa por la Pomerania, por Berlín; una parte emprende su camino por Magdeburgo; la otra, por Hamburgo, ciudad que su gran comercio convertía ya en poderosa, pero no tan opulenta y tan sociable como ha llegado a ser después. Vuelve hacia Minden; pasa a Westfalia, y al fin llega, por Cleves, a Amsterdam.

El zar llegó a esta ciudad quince días antes que la embajada; se instaló primeramente en la casa de la Compañía de las Indias; pero bien pronto escogió un pequeño alojamiento en los astilleros del Almirantazgo. Se puso un traje de piloto, y fue con esta ropa a la ciudad de Sardam, donde se construían entonces muchos más barcos aún que hoy. Esta ciudad es tan grande, tan poblada, tan rica y más limpia que muchas ciudades opulentas. El zar admiró esta multitud de hombres siempre ocupados, el orden, la exactitud de los trabajos, la celeridad prodigiosa en construir un navío y en proveerle de todos sus aparejos, y esta cantidad increíble de almacenes y máquinas que hacen el trabajo más fácil y más seguro. El zar comenzó por comprar una

barca, a la que hizo con sus manos un mástil ensamblado, y en seguida trabajó en todas las partes de la construcción de un navío, llevando la misma vida de los artesanos de Sardam, vistiéndose, comiendo con ellos, trabajando en las forjas, en las cordelerías, en esos molinos que en cantidad prodigiosa circundan la ciudad, y en donde se asierra el pino y el roble, se extrae el aceite, se fabrica el papel, se hilan los metales dúctiles. Se hizo inscribir entre los carpinteros con el nombre de Pedro Migueloff; se le llamaba comúnmente maestro Pedro-Peterbas-, y los obreros, Primeramente sobrecogidos por tener a un soberano de compañero, se acostumbraron familiarmente a ello.

Mientras que manejaba en Sardani el compás y el hacha le confirmaron la noticia de la escisión de Polonia y del doble nombramiento del elector Augusto y del príncipe de Conti. El carpintero de Sardam prometió inmediatamente treinta mil hombres al rey Augusto; daba desde su taller órdenes a su ejército de Ukrania, reunido contra los turcos.

*Julio 1697.* -Sus tropas, mandadas por el general Shein y por el príncipe Dolgoroukí, acababan de alcanzar una victoria, cerca de Azof, sobre los tártaros y sobre un cuerpo de genízaros que el sultán

Mustafá les había enviado. En cuanto a él, persistía en instruirse en más de un arte; iba de Sardani a Amsterdam a trabajar con el célebre anatómico Ruyseh; hacía operaciones quirúrgicas, que en caso de necesidad podían ser útiles a sus oficiales o a sí mismo. Se instruía en la física natural en la casa del burgomaestre Vitsen, ciudadano siempre recomendable por su patriotismo y por el empleo de sus inmensas riquezas, qué prodigaba corno ciudadano del mundo, enviando a todo coste hombres hábiles a buscar lo que hubiese de más raro en todas las partes del universo, y fletando barcos para descubrir nuevas tierras.

Peterbas no suspendió sus trabajos más que para ir a ver sin ceremonia, en Utrecht y en La Haya, a Guillermo, rey de Inglaterra y estatuder de las Provincias Unidas. El general Le Fort era el único extraño entre los dos monarcas. Asistió en seguida a la ceremonia de recepción de sus embajadores y a su audiencia; presentaron en su nombre a los diputados de los Estados seiscientas martas cibelinas de las más hermosas, y los Estados, además del regalo ordinario que hicieron a cada uno, de una cadena de oro y una medalla, les dieron tres carrozas magníficas. Recibieron las primeras visitas de todos los

embajadores plenipotenciarios que estaban en el congreso de Ryswick, excepto de los franceses, a quienes no habían notificado su llegada, no solamente porque el zar era partidario del rey Augusto, contra el príncipe de Conti, sino porque el rey Guillermo, cuya amistad cultivaba, no quería la paz con Francia.

De regreso a Amsterdam, volvió a sus primeras ocupaciones, y acabó con sus manos un navío de sesenta cañones, que había comenzado, y que hizo partir para Arcángel, único puerto que entonces tenía sobre el Océano. No solamente hacía contratar a su servicio refugiados franceses, suizos y alemanes, sino que hacía partir artesanos de todo género para Moscú, y no enviaba más que a los que él mismo había visto trabajar. Fueron muy pocos los oficios y las artes en que no profundizó con detalle; se complacía sobre todo en reformar las cartas de los geógrafos, quienes colocaban entonces al azar todas las posiciones de las ciudades y los ríos de sus Estados, poco conocidos. Se ha conservado la carta sobre la cual él mismo trazó la comunicación del mar Caspio y el mar Negro, que había proyectado de antemano, y de la cual había encargado a un ingeniero alemán llamado Brakel. La unión de estos dos mares era

más fácil que la del Océano y el Mediterráneo, ejecutada en Francia; pero la idea de unir el mar de Azof y el Caspio asustaba entonces a la imaginación. Nuevas posesiones en este país le parecían tanto más convenientes cuanto que sus éxitos le daban nuevas esperanzas.

*11 agosto 1697*. -Sus tropas alcanzaron una victoria contra los tártaros bastante cerca de Azof, y aun, algunos meses después, tomaron la Ciudad de Oro, u Orkapi, que nosotros llamamos Precop. Estos éxitos sirvieron para hacerse respetar en adelante de los que lamentaban que un soberano abandonase sus Estados para ejercer oficios en Amsterdam. Vieron que los negocios del monarca no sufrían por los trabajos del viajero filósofo y artesano.

Prosiguió en Amsterdam sus ocupaciones ordinarias de constructor de barcos, de ingeniero, de geógrafo, de práctico, hasta mediados de enero de 1698, y entonces partió para Inglaterra, siempre en el séquito de su propia embajada.

El rey Guillermo le envió su yate y dos buques de guerra. Su manera de vivir fue la misma que la que se había prescrito en Amsterdam y en Sardam. Se alojó cerca del gran astillero en Deptford, y apenas se ocupó más que en instruirse. Los constructo-

res holandeses no le habían enseñado más que su método y su rutina: conoció mejor el arte en Inglaterra; los navíos se construían allí según proporciones matemáticas. Se perfeccionó en esta ciencia, y bien pronto llegó a poder dar lecciones de ella. Trabajó según el método inglés en la construcción de un barco, que resultó uno de los mejores veleros del mar. El arte de la relojería, ya perfeccionado en Londres, atrajo su atención; conoció perfectamente toda su teoría. El capitán e ingeniero Perri, que le siguió de Londres a Rusia, dice que, desde la fundición de cañones hasta la hilandería de cuerdas, no hubo ningún oficio que no observase y en el cual no pusiese mano siempre que estaba en los talleres.

Se accedió, para cultivar su amistad, a que contratase obreros, como había hecho en Holanda; pero, además de artesanos, encontró lo que no hubiese hallado tan fácilmente en Amsterdam: matemáticos. Fergusson, escocés, buen geómetra, se puso a su servicio. El fue quien estableció la Aritmética en Rusia en las oficinas del Tesoro, donde anteriormente no se servían más que del método tártaro de contar con bolas ensartadas en alambre, método que suplía a la escritura, pero molesto y defectuoso, porque después del cálculo no se podía conocer si

iba equivocado. Nosotros no hemos conocido las cifras indias de que nos servimos sino por los árabes, en el siglo IX; el imperio de Rusia no las ha introducido hasta mil años después; ésta es la suerte de todas las artes: han dado lentamente la vuelta al mundo. Dos jóvenes de 15 escuela de Matemáticas acompañaron a Fergusson, y éste fue el principio de la escuela de Marina que Pedro fundó después. Observaba y calculaba los eclipses con Fergusson. El ingeniero Perri, aunque muy descontento por no haber sido recompensado bastante, confiesa que Pedro se había instruido en la Astronomía: conocía bien los movimientos de los cuerpos celestes y aun las leyes de la gravitación que los dirige. Esta fuerza tan evidente, y antes del gran Newton tan desconocida, por la cual todos los planetas pesan los unos sobre los otros y que los retiene en sus órbitas, era ya familiar a un soberano de Rusia, mientras que en otras partes se mantenían los torbellinos quiméricos, y en la patria de Galileo unos ignorantes ordenaban a otros ignorantes la creencia en la inmovilidad de la tierra.

Perri se separó de su lado para ir a trabajar en comunicaciones de ríos, en puentes, en esclusas. El

plan del zar consistía en hacer comunicar por medio de canales el Océano, el mar Caspio y el mar Negro.

No debe omitirse que algunos comerciantes ingleses, a la cabeza de los cuales se puso el marqués de Carmarthen, almirante, le dieron quince mil libras esterlinas por obtener el permiso de vender tabaco en Rusia. El patriarca, por una severidad mal entendida, había proscrito este objeto de comercio; la Iglesia rusa prohibía el tabaco, como un pecado. Pedro, más instruido, y que, entre todas las mejoras proyectadas, meditaba la reforma de la Iglesia, introdujo este comercio en sus Estados.

Antes de que Pedro dejase Inglaterra, el rey Guillermo le ofreció el espectáculo más digno de tal huésped: el de una batalla naval. No se dudaba entonces de que el zar llegaría a librar un día algunas verdaderas contra los suecos, y que alcanzaría victorias en el mar Báltico. En fin: Guillermo le regaló el barco en el que tenía costumbre de ir a Holanda, llamado el *Royal Transport,* tan bien construido como magnífico. Pedro regresó en este navío a Holanda a fin de mayo de 1698. Llevaba con él tres capitanes de buque de guerra, veinticinco patrones de barco, llamados también capitanes; cuarenta tenientes, treinta pilotos, treinta cirujanos, doscientos cin-

cuenta artilleros y más de trescientos artesanos. Esta colonia de hombres hábiles de todo género pasó de Holanda a Arcángel sobre el *Royal Transport,* y de allí fue distribuida por los lugares donde sus servicios eran necesarios. Los que fueron contratados en Amsterdam tomaron la ruta de Narva, que pertenecía a Suecia.

Mientras hacía transportar de este modo las artes de Inglaterra y de Holanda a su país, los oficiales que había enviado a Roma y a Italia contrataban también algunos artistas. Su general Sheremeto, que estaba al frente de su embajada en Italia, iba de Roma a Nápoles, a Venecia, a Malta, y el zar pasó a Viena con los demás embajadores. Tenía que ver la disciplina guerrera de los alemanes después de las flotas inglesas y los talleres de Holanda. La política tomaba también tanta parte en el viaje como la instrucción. El emperador era el aliado necesario del zar contra los turcos. Pedro vio a Leopoldo de incógnito. Los dos monarcas conversaron de pie para evitar las molestias del ceremonial.

No hubo nada de notable durante su estancia en Viena más que la antigua fiesta del *huésped y la huéspeda,* que Leopoldo resucitó para él, y que no se había celebrado durante su reinado. Esta fiesta. que se

llama *Wirthschafft,* se celebra de esta manera: el emperador es el hostelero; la emperatriz, la hostelera; el rey de los romanos, los archiduques, las archiduquesas, son de ordinario los ayudantes, y reciben en la hostería a toda las naciones, vestidas a la moda más antigua de su país; los que son invitados a la fiesta sacan a la suerte sus billetes. Sobre cada uno está escrito el nombre de la nación y de la condición que se debe representar. Uno tiene un billete de mandarín chino; otro, de mirza tártaro, de sátrapa persa o de senador romano; una princesa saca un billete de jardinera o de lechera; un príncipe es labrador o soldado. Se organizan danzas convenientes a todos estos caracteres. El huésped, la huéspeda y su familia sirven a la mesa. Tal es la antigua institución[30]; pero en esta ocasión, el rey de los romanos, José, y la condesa de Traun representaron los antiguos egipcios; el archiduque Carlos y la condesa de Walstein figuraban los flamencos del tiempo de Carlos V. La archiduquesa María Isabel y el conde de Traun estaban de tártaros; la archiduquesa Josefina con el conde de Vorkla iban a la persa; la archiduquesa Mariana y el príncipe Maximiliano de

---

[30]Manuscritos de Petersburgo y de Le Fort.

Hannóver, de paisanos del norte de Holanda. Pedro se vistió de paisano de Frisa, y no se le dirigió la palabra sino con este carácter, hablándole siempre del gran zar de Rusia. Todas éstas son pequeñas particularidades; pero lo que recuerda las costumbres antiguas puede merecer a los ojos de alguno ser digno de mención.

Pedro estaba a punto de salir de Viena para ir a acabar de instruirse a Venecia, cuando recibió la noticia de una revolución que perturbaba sus Estados.

# CAPITULO X

## Conjuración castigada. Milicia de los strelitz, abolida. -Reformas en las costumbres, en el Estado y en la Iglesia.

Había dispuesto todo al partir, hasta los medios de reprimir una rebelión. Lo que él realizaba de grande y de útil para su país fue la causa misma de esta revolución.

Viejos boyardos a quienes eran caras las antiguas costumbres, sacerdotes a quieres las nuevas parecían sacrílegas, comenzaron los desórdenes. El antiguo partido de la princesa Sofía despertó. Una de sus hermanas -se dice-, encerrada con ella en el mismo monasterio, sirvió no poco para excitar los ánimos; se mostraba por todos lados, cuánto había que temer de que viniesen extranjeros a instruir a la

nación[31]. En fin, ¿quién lo creería?, el permiso que el zar había concedido, para vender tabaco en su Imperio, a pesar del clero, fue uno de los grandes motivos de la sedición. La superstición, que en toda la tierra es una plaga tan funesta y tan cara a los pueblos, pasó del pueblo ruso a los strelitz, desparramados por las fronteras de la Lituania; se reunieron, marcharon hacia Moscú con el proyecto de poner a Sofía en el trono y de impedir el regreso de un zar que había violado las costumbres osando instruirse entre los extranjeros. El cuerpo mandado por Shein y por Gordon, mejor disciplinado que ellos, los derrotó a quince leguas de Moscú; pero esta superioridad de un general extranjero sobre la antigua milicia, en la que muchos reinos de Moscú estaban alistados, irritó también a la nación.

*Septiembre 1698*. -Para sofocar estos desórdenes, el zar parte secretamente de Viena, pasa por Polonia, ve de incógnito al rey Augusto, con quien toma ya medidas para extenderse por el lado del mar Báltico. Llega al fin a Moscú y sorprende a todo el mundo con su presencia; recompensa a las tropas que han vencido a los strelitz: las prisiones estaban

[31]Manuscritos de Le Fort.

llenas de estos desgraciados. Si su crimen fue, grande, el castigo lo fue también. Sus jefes, varios oficiales y algunos sacerdotes fueron condenados a muerte[32]; algunos sufrieron el suplicio de la rueda; dos mujeres, enterradas vivas. Se colgó alrededor de las murallas de la ciudad y se hizo perecer en otros suplicios a dos mil strelitz[33]; sus cuerpos permanecieron dos días expuestos en las carreteras, y sobre todo alrededor del monasterio donde residían las princesas Sofía y Eudoxia. Se erigieron columnas de piedra, donde fueron grabados el crimen y el castigo. Un número muy grande de los que tenían sus mujeres y sus hijos en Moscú fueron distribuidos con sus familias por la Siberia, el reino de Astracán, el país de Azof; por este lado, al menos, su castigo fue útil al Estado; sirvieron para trabajar y poblar tierras que carecían de habitantes y de cultivo.

Probablemente, si el zar no hubiese tenido necesidad de un ejemplo terrible, hubiese obligado a trabajar en las obras públicas a una parte de los strelitz que mandó ejecutar, y que fueron perdidos

32 Memorias del capitán e ingeniero Perri, empleado en Rusia por Pedro el Grande. Manuscritos de Le Fort.
33 Manuscritos de Le Port.

para él y para el Estado, valiendo tanto la vida de los hombres, sobre todo en un país en que la población exigía todos los cuidados de un legislador; pero creyó que debía sobrecoger y subyugar para siempre el espíritu público con la solemnidad y la multitud de los suplicios. El cuerpo entero de los strelitz, que ninguno de sus predecesores hubiera osado ni disminuir siquiera, fue disuelto definitivamente, y su nombre, abolido. Esta gran reforma se hizo sin la menor resistencia, porque había sido preparada. El sultán de los turcos, Osmán, como ya se ha indicado, fue depuesto en el mismo siglo y degollado, nada más que por haber hecho sospechar a los genízaros que intentaba disminuir su número. Pedro tuvo más suerte, por haber tomado mejor sus medidas. No quedaron de toda esta gran milicia de los strelitz más que algunos débiles regimientos que no eran peligrosos, y que, sin embargo, conservando todavía su antiguo espíritu, se sublevaron en Astracán en 1705; pero fueron bien pronto reprimidos.

*12 marzo 1699, n.c.* -Tan grande como la severidad desplegada por Pedro en este asunto de Estado fue el sentimiento de humanidad demostrado cuando perdió, algún tiempo después, a su favorito Le Fort, que murió prematuramente, a la

edad de cuarenta y seis años. Le hizo unas honras fúnebres como las de los grandes soberanos. Asistió él mismo al entierro con una lanza en la mano, marchando después de los capitanes, por la categoría de teniente que se había adjudicado en el gran regimiento del general, enseñando a la vez a su nobleza a respetar el mérito y los grados militares.

Se comprendió después de la muerte de Le Fort que las reformas preparadas en el Estado no procedían de él, sino del zar. Afirmó sus planes en las conversaciones con Le Fort; pero los había concebido todos, y los ejecutó sin él.

En cuanto disolvió a los strelitz estableció regimientos regulares según el modelo alemán; los dotó de trajes cortos y uniformes, en lugar de los incómodos sayos con que iban vestidos anteriormente; el ejército fue más regular.

Los guardias Preobazinski estaban ya creados; este nombre procedía de aquella primera compañía de cincuenta hombres que el zar, joven aún, había instruido en el retiro de Preobazinski, en la época en que su hermana Sofía gobernaba el Estado; el otro regimiento de guardias estaba también establecido.

Como él mismo había pasado por los grados militares inferiores, quiso que los hijos de sus boyardos y de sus knes comenzasen por ser soldados antes de ser oficiales. Colocó a otros en la escuadra en Veronisa y hacia Azof, exigiéndoles que hiciesen el aprendizaje de marinero. Nadie osaba desobedecer a un maestro que había dado el ejemplo. Los ingleses y los holandeses trabajaban en poner esta escuadra en condiciones, en construir esclusas, en establecer astilleros donde se pudiesen carenar los navíos en seco, en continuar la gran obra de la unión del Tanais y el Volga, abandonada por el alemán Brakel. Desde entonces comenzaron las reformas en su Consejo de Estado, en la Hacienda, en la Iglesia y en la sociedad misma.

La Hacienda estaba administrada casi como en Turquía. Cada boyardo, pagaba por sus tierras una suma convenida, que él cobraba de sus colonos siervos; el zar escogió para recaudadores a burgueses, burgomaestres, que no eran bastante potentes para arrogarse el derecho de no pagar al Tesoro público más que lo que quisieran. Esta nueva administración de la Hacienda fue lo que ,costó más trabajo; fue preciso ensayar más de un método antes de decidir.

La reforma de la Iglesia, que se creía por todos difícil y peligrosa, no lo fue para él. Los patriarcas habían combatido alguna vez la autoridad del trono, a semejanza de los strelitz: Nicón, con audacia; Joaquín, uno de los sucesores de Nicón, con astucia. Los obispos se habían arrogado el derecho de condenar a penas aflictivas y a muerte, derecho contrario al espíritu de la religión y al gobierno; esta usurpación antigua les fue suprimida. Habiendo muerto al final del siglo el patriarca Adrián, Pedro declaró que ya no habría otro más. Esta dignidad fue completamente abolida; los grandes bienes, afectos al patriarca fueron apropiados por el Tesoro público, que los necesitaba. Si el zar no se erigió en jefe de la Iglesia rusa, como los reyes de la Gran Bretaña lo son de la Iglesia anglicana, fue de hecho su amo, absoluto, porque los sínodos no osaban ni desobedecer a un soberano despótico ni disputar con un príncipe más ilustrado que ellos.

Basta echar una ojeada al preámbulo del edicto de sus reglamentos eclesiásticos, dado en 1.721, para ver que obraba como legislador y maestro: Nos creeríamos culpables de ingratitud hacia el Altísimo si, después de haber reformado el orden militar y el civil, olvidásemos el orden espiritual, etc. Por estas

razones, siguiendo el ejemplo de los más antiguos reyes, cuya piedad es célebre, hemos tomado sobre nosotros el cuidado de dar buenos reglamentos al clero. Es verdad que estableció un sínodo para hacer ejecutar sus leyes eclesiásticas; pero los miembros del sínodo debían comenzar su ministerio con un juramento, cuya fórmula había escrito y firmado él mismo, este juramento era el de obediencia, en los siguientes términos: Juré ser fiel y obediente servidor y vasallo de mi natural y verdadero soberano, de los augustos sucesores que él tenga a bien nombrar en virtud del poder incontestable que para ello tiene. Reconozco que es el juez supremo del gremio espiritual; juro por el Dios que lo ve todo que comprendo y explico este juramento en toda la fuerza y el sentido que las palabras presentan a los que lo leen o lo escuchan. Este juramento es todavía más fuerte que el de supremacía en Inglaterra. El monarca ruso no era, ciertamente, uno de los padres del sínodo, pero él dictaba sus leyes; no tocaba el incensario, pero dirigía las manos que lo llevaban.

En el desarrollo de esta gran empresa, creyó que en sus Estados, que tenían necesidad de ser poblados, el celibato de los monjes era contrario a la Naturaleza y al bien público. La antigua costumbre de

la Iglesia rusa es que los sacerdotes seculares se casen al menos una vez; hasta están obligados a ello, y antiguamente, cuando habían perdido a su mujer, dejaban de ser sacerdotes; pero una multitud de hombres y mujeres jóvenes que hacen voto en un claustro de ser inútiles y de vivir a expensas de los demás le pareció peligrosa; ordenó que no se pudiese entrar en un claustro hasta los cincuenta años, es decir, a una edad en que no se tiene esta tentación casi nunca, y prohibió que se recibiese en ellos, cualquiera que fuese la edad, a una persona que desempeñase un cargo público.

Este reglamento ha sido abolido después de él, cuando se creyó deber tener más condescendencia con los monasterios; pero la dignidad de patriarca no volvió a ser nunca restablecida, habiendo sido empleadas las grandes rentas del patriarcado en el pago de las tropas.

Estos cambios excitaron primeramente algunas murmuraciones: un sacerdote escribió que Pedro era el Anticristo, porque no quería patriarca; y el arte de la imprenta, que el zar fomentaba, sirvió para hacer imprimir libelos contra él; pero también otro sacerdote respondió que este príncipe no podía ser el Anticristo, porque el numero 666 no se encontraba

en su nombre y carecía además del signo de la bestia. Las quejas fueron reprimidas bien pronto. Pedro, en efecto, dio a su Iglesia mucho más de lo que le quitó, pues hizo al clero, poco a poco, más ordenado y más sabio. Fundó en Moscú tres colegios, donde se enseñaban lenguas y donde los que se dedicaban al sacerdocio estaban obligados a estudiar.

Una de las reformas más necesarias era la abolición o, al menos, la atenuación de cuatro grandes cuaresmas, antigua obligación de la Iglesia griega, tan perniciosa para los que trabajan en las obras públicas, y sobre todo para los soldados, como lo fue la antigua superstición de los judíos de no combatir el día del sábado. Así, el zar dispensó, al menos, a sus tropas y sus obreros de esas cuaresmas, en las cuales, por lo demás, si no estaba permitido comer, era costumbre emborracharse. Les dispensó también de la abstinencia los días de vigilia; los capellanes de barco y de regimiento estaban obligados a dar el ejemplo, y lo dieron sin repugnancia.

El calendario era un objeto importante. El año fue antiguamente ordenado en todos los países de la tierra por las autoridades religiosas, no solamente a causa de las fiestas, sino porque en aquellos tiempos la astronomía no era apenas conocida más que por

los sacerdotes. El año comenzaba entre los rusos el primero de septiembre; el zar ordenó que en adelante el año comenzase el primero de enero, como en nuestra Europa. Este cambio fue indicado para el año 1700, al principio del siglo, que hizo celebrar con un jubileo y grandes solemnidades. El vulgo admiraba que el zar hubiese podido cambiar el curso del Sol. Algunos obstinados, persuadidos de que Dios había creado el mundo en septiembre, continuaron con su antiguo cómputo, pero cambió en las oficinas, en las cancillerías, y muy pronto en todo el imperio. Pedro no adoptó el calendario gregoriano, que los matemáticos ingleses rechazaban, y que es muy necesario se admita un día en todos los países.

Desde el siglo V, en el que se conoció el uso de las letras, se escribía sobre rodillos, ya de corteza, ya de pergamino, y luego sobre papel. El zar se vio obligado a dar un edicto por el cual se ordenaba no escribir sino según nuestro procedimiento.

La reforma se extendió a todo. Los matrimonios se hacían en otro tiempo como en Turquía y en Persia, donde no se veía a la novia hasta que el contrato estaba firmado, y ya no podía deshacerse. Esta costumbre es buena en los pueblos en que la poligamia está establecida y donde las mujeres están encerra-

das; es mala para los países en que hay que limitarse a una sola mujer y donde el divorcio es raro.

El zar quiso introducir en su nación los usos y costumbres de los países por donde había viajado, y de los que había sacado todos los maestros que instruían entonces al suyo.

Era conveniente que los rusos no fuesen vestidos de distinta manera que los que les enseñaban las artes, por ser demasiado natural en los hombres el odio hacia los extranjeros y demasiado mantenido por la diferencia de las vestiduras. El traje de ceremonia, que tenía entonces algo de polaco, de tártaro y del antiguo húngaro, era, como se ha dicho, muy noble; pero el traje de los burgueses y del pueblo bajo se parecía a estos sayos plegados en la cintura que se dan todavía a ciertos pobres en algunos de nuestros hospitales. En general, la bata fue antiguamente el traje de todas las naciones; este traje exigía menos elegancia y menos arte; se dejaba crecer la barba por la misma razón. Al zar no le costó trabajo introducir en su Corte el traje de nuestras naciones y la costumbre de afeitarse; pero el pueblo fue más difícil; se vio obligado a crear un impuesto sobre las vestiduras largas y sobre las barbas. Se colgaban en las puertas de la ciudad modelos de casacas; se cor-

taba los vestidos y las barbas a los que no querían pagar. Todo esto se ejecutaba alegremente, y esta alegría misma evitó las sediciones.

La atención de todos los legisladores se dirigió siempre a hacer sociables a los hombres; pero para serlo no basta con estar juntos en una ciudad, es preciso comunicarse con cortesía; esta comunicación endulza en todas partes las amarguras de la vida. El zar introdujo las *reuniones,* en italiano *ridotti,* palabra que los periodistas han traducido con el término impropio de *reductos.* Hizo invitar a estas reuniones a las damas con sus hijas, vestidas a la moda de las naciones meridionales de Europa; llegó a dar reglamentas para estas pequeñas fiestas de sociedad. Así, hasta la cortesía de sus súbditos, todo fue obra suya y de su tiempo.

Para que agradasen más estas innovaciones, abolió la palabra *golut, esclavo,* de que se servían los rusos cuando querían hablar a los zares y cuando presentaban solicitudes; ordenó que se sirviesen de la palabra *raad,* que significa *súbdito.* Este cambio no mermaba en nada la obediencia y debía conciliar el afecto. Cada mes veía una fundación o un cambio nuevos. Llevó su atención hasta hacer colocar en el camino de Moscú a Veroneye postes pintados que

servían de columnas miliares de versta en versta, es decir, a la distancia de setecientos cincuenta pasos, e hizo construir una especie de posadas, para caravanas, de veinte en veinte verstas.

Extendiendo así sus cuidados sobre el pueblo, sobre los comerciantes, sobre los viajeros, quiso introducir algo de pompa en su Corte, odiando el fausto en su persona y creyéndolo necesario en los demás. Instituyó la Orden de San Andrés[34], a imitación de esas Ordenes de que todas las cortes de Europa están llenas. Gollowin, sucesor de Le Fort en la dignidad de gran almirante, fue el primer caballero de esta Orden. Se consideró el honor de ser admitido en ella como una gran recompensa. Es una muestra que se lleva sobre sí de ser respetado por el pueblo: esta marca de honor no cuesta nada a un soberano y lisonjea el amor propio de un súbdito, sin convertirlo en poderoso.

Tantas innovaciones útiles eran recibidas con el aplauso de la parte más sana de la nación; y las protestas de los partidarios de las antiguas costumbres eran sofocadas por las aclamaciones de los hombres razonables.

Mientras Pedro iniciaba esta creación en el interior de sus Estados, una tregua ventajosa con el imperio turco le colocaba en libertad de extender sus fronteras por otro lado. Mustafá II, vencido por el príncipe Eugenio en la batalla de Zenta, en 1697, habiendo perdido la Morea, conquistada por los venecianos, y no habiendo podido defender Azof, se vio obligado a hacer la paz con todos sus enemigos vencedores: fue concluida en Carlowitz, entre Petervaradin y Salankemen, lugares que han llegado a ser célebres por sus derrotas. Temisvar fue el límite de las posesiones alemanas y de los dominios otomanos. Kaminieck fue devuelto a los polacos; la Morea y algunas ciudades de la Dalmacia, tomadas por los venecianos, quedaron en poder de éstos por algún tiempo, y Pedro I quedó como dueño de Azof y de algunos fuertes construidos en las inmediaciones. Apenas le era posible al zar engrandecerse a expensas de los turcos, cuyas fuerzas, hasta entonces divididas, y reunidas ahora, hubieran caído sobre él. Sus proyectos de marina eran demasiado grandes para el Palus-Meotide. Las posiciones sobre el mar Caspio no soportaban una escuadra guerrera;

---

[34]10 de septiembre de 1698. Se sigue siempre el nuevo cóm-

volvió, pues, sus planes hacia el mar Báltico, sin abandonar la marina del Tanais y del Volga.

---

puto.

# CAPITULO XI

## Guerra contra Suecia. -Batalla de Narva.

Se abría entonces un gran escenario hacia las fronteras de Suecia. Una de las principales causas de todas las revoluciones acontecidas desde la Ingria hasta Dresde, y que desolaron tantos Estados durante diez y ocho años, fue el abuso del poder supremo en Carlos XI, rey de Suecia, padre de Carlos XII. No se repetirá nunca demasiado este hecho; interesa a todos los tronos y a todos los pueblos. Casi toda la Livonia, con Estonia entera, había sido abandonada por Polonia al rey de Suecia Carlos XI, que sucedió a Carlos X, precisamente durante el tratado de Oliva; fue cedida, como es costumbre, bajo reserva de todos sus privilegios. Carlos XI los respetó poco. Juan Reginold Patkul, gentilhombre

livoniano, vino a Estocolmo en 1692, a la cabeza de seis diputados de la provincia, para hacer llegar al pie del trono quejas respetuosas y enérgicas[35]; por toda respuesta, se encerró a los seis diputados en la cárcel y se condenó a Patku1 a perder el *honor y la vida:* no perdió ni el uno ni la otra; se escapó, y permaneció algún tiempo en el país de Vaud, en Suiza. Cuando supo después que Augusto, elector de Sajonia, había prometido, a su subida al trono de Polonia, recobrar las provincias arrebatadas al reino, corrió a Dresdei a demostrar la facilidad de recobrar la Livonia y de vengarse en un rey de diez y siete años de las conquistas de sus antepasados.

En aquella misma época, el zar Pedro pensaba en apoderarse de la Ingria y de la Carelia. Los rusos habían poseído antiguamente estas provincias. Los suecos se apoderaron de ellas, por derecho de conquista, en tiempo de los falsos Demetrios; luego las habían conservado mediante tratados. Una nueva guerra y nuevos tratados podían devolvérselas a

---

[35]Norberg, capellán y confesor de Carlos XII, dice en *Historia*: que tuvo la insolencia de quejarse de los agravios y que se le condenó a perder el honor y la vida . Esto es hablar con despotismo de clérigo. Debía saber que no se puede quitar el honor a un ciudadano que cumple su deber.

Rusia. Patkul fue de Dresde a Moscú, y, alentando a dos monarcas en su propia venganza, cimentó su unión y activó sus preparativos para apoderarse de todo lo que está al oriente y al sur de Finlandia.

Precisamente en el mismo tiempo, el nuevo rey de Dinamarca, Federico IV, se aliaba con el zar y el rey de Polonia contra el joven Carlos, que parecía tener que sucumbir. Patkul tuvo la satisfacción de sitiar a los suecos en Riga, capital de Livonia, y apretar el cerco en calidad de general en jefe.

*Septiembre 1700.* -El zar hizo marchar hacia la Ingria cerca de sesenta mil hombres. Es verdad que en este gran ejército apenas si había más que doce mil soldados aguerridos, que él mismo había disciplinado, tales como sus dos regimientos de guardias y algunos otros; el resto lo constituían milicias mal armadas; había algunos cosacos y tártaros circasianos; pero llevaban consigo ciento cuarenta y cinco cañones. Puso sitio a Narva, pequeña ciudad en Ingria, que tiene un puerto cómodo, y parecía muy probable que la plaza fuese tomada muy pronto.

Toda Europa sabe cómo Carlos XII, no habiendo cumplido aún los diez y ocho años, atacó a todos estos enemigos, uno tras otro; descendió a Dinamarca, acabó la guerra de Dinamarca en menos

de seis semanas, envió socorros a Riga, hizo levantar el sitio y marchó contra los rusos ante Narva, en medio de los hielos, en el mes de noviembre.

*18 noviembre 1700*. -El zar, seguro de la conquista de la ciudad, se había ido a Novgorod, llevando consigo a su favorito Menzikoff, entonces teniente en la compañía de granaderos del regimiento Preobazinsky, que llegó después a feldmariscal y príncipe, hombre cuya fortuna singular merece que se hable de él en otra parte con más atención.

Pedro dejó su ejército y sus instrucciones para el sitio al príncipe de Croi, oriundo de Flandes, que poco antes había pasado a su servicio[36]. El príncipe Dolgorouki era el comisario del ejército. La rivalidad entre estos dos jefes y la ausencia del zar fueron, en parte, causa de la derrota inaudita de Narva. Carlos XII, que había desembarcado en Pernau, en Livonia, con sus tropas, en el mes de octubre, avanza al Norte de Revel y derrota en estos lugares a un destacamento avanzado de los rusos. Prosigue su marcha, y todavía vence a otro. Los fugitivos regresan al campamento de Narva, llevando a él el espanto. Entre tanto, corría ya el mes de noviembre.

[36] Véase la Historia de Carlos XII.

Narva, aunque mal cercada, estaba ya a punto de rendirse. El joven rey de Suecia no tenía entonces consigo nueve mil hombres y no podía oponer más que diez piezas de artillería a ciento cuarenta y cinco cañones que guarnecían las trincheras de los rusos. Todas las narraciones de aquel tiempo, todas las historias, sin excepción, hacen ascender el ejército ruso ante Narva a ochenta mil combatientes. Las Memorias que se han proporcionado dicen sesenta; otras, cuarenta mil; sea lo que quiera, lo cierto es que Carlos no tenía nueve mil, y que esta jornada es una de las que prueban que las grandes victorias han sido frecuentemente obtenidas por el menor número desde la batalla de Arbelas.

*30 noviembre 1700.* -Carlos no titubeó en atacar con su reducida tropa a este ejército tan superior, y, aprovechando un violento viento y una espesa nevada que el viento llevaba contra los rusos, cayó sobre sus trincheras ayudado por algunos cañones ventajosamente apostados. Los rusos no tuvieron tiempo de reconocer, en medio de esta nube de nieve, quién les atacaba, aniquilados por los cañones, que no veían, y no sospechando el reducido número de los que les combatían.

El duque de Croi quiso dar órdenes, y el príncipe Dolgorouki no quiso recibirlas. Los oficiales rusos se sublevan contra los oficiales alemanes; asesinan al secretario del duque, al coronel Lyón, y a otros varios. Todos abandonan su puesto; el tumulto, la confusión, el pánico, se extienden por todo el ejército. Las tropas suecas no tuvieron que hacer sino matar soldados que huían. Unos corren a arrojarse al río Narva, donde se ahogaron multitud de soldados; otros tiran sus armas y se arrodillan ante los suecos. El duque de Croi, el general Allarf, los oficiales alemanes, que temían más a los rusos sublevados contra ellos que a los suecos, vinieron a rendirse al conde Steinbock; el rey de Suecia, dueño de toda la artillería, ve treinta mil vencidos a sus pies arrojando las armas, desfilando ante él con la cabeza descubierta. El knes Dolgorouki y todos los demás generales moscovitas se le rinden como los generales alemanes, y sólo después de haberse rendido conocieron que habían sido Vencidos por ocho mil hombres. Entre los prisioneros se encontró al hijo del rey de Georgia, que fue enviado a Estocolmo; se le llamaba Mitelleski, zarevitz, hijo del zar, lo que constituye una nueva prueba de que

este título de zar o tzar no traía su origen de los césares romanos.

Por parte de Carlos XII apenas si hubo más de mil doscientos soldados muertos en esta batalla. El diario del zar que me han enviado de Petersburgo dice que, contando los soldados que perecieron durante el sitio de Narva y en la batalla y los que se ahogaron en la huida, no se perdieron más que seis mil hombres. La indisciplina y el temor lo hicieron, pues, todo en esta jornada. Los prisioneros de guerra eran cuatro veces más numerosos que los vencedores; y, si se cree a Norberg[37], el conde Piper, que fue después prisionero de los rusos, les reprochó de que en esta batalla el número de prisioneros había excedido ocho veces al del ejército sueco. Si esto fuese verdad, los suecos habrían hecho setenta y dos mil prisioneros. Se ve por esto lo raro que es el estar enterado de los detalles. Lo que es indudable y singular es que el rey de Suecia permitió a la mitad de los soldados rusos que regresasen desarmados, y a la otra mitad, pasar el río con sus armas. Esta ex-

[37]Página 439, tomo primero, edición in 4 , en La Haya.

traña confianza devolvió al zar tropas que, después de disciplinadas, llegaron a ser formidables[38].

Todas las ventajas que se pueden obtener de una victoria las obtuvo Carlos XII: almacenes inmensos, barcos mercantes cargados de provisiones, lugares evacuados o tomados, todo el país a disposición de los suecos: he aquí el fruto de la victoria. Libertada Narva, desaparecidos los restos del ejército ruso, todo el país abierto hasta Pleskou, parecía el zar sin recursos para sostener la guerra; y el rey de Suecia, vencedor en menos de un año de los monarcas de Dinamarca, de Polonia y de Rusia, fue considerado como el Primer hombre de Europa, en una edad en que los demás no osan todavía aspirar a la fama. Pero Pedro, que tenía un carácter de una constancia inquebrantable, no desfalleció en ninguno de sus proyectos.

Un obispo de Rusia compuso una plegaria[39] a San Nicolás con motivo de esta derrota; se recitó en

[38]El capellán Norberg pretende que, inmediaramente después de la batalla de Narva, el gran turco escribió una carta de felicitación al rey de Suecia en estos términos: *El sultán bajá, por la gracia de Dios,* al rey Carlos XII , etcétera. La carta lleva fecha de la era de la creación del mundo.

toda Rusia. Esta composición, que muestra el espíritu del tiempo y de qué ignorancia libró Pedro a su país, decía que los feroces y espantables suecos eran hechiceros; se lamentaba en ella de haber sido abandonados por San Nicolás. Los obispos rusos de hoy no escribirían semejantes cosas, y, sin agraviar a San Nicolás, se comprende fácilmente que era a Pedro a quien había que dirigirse.

[39]Se halla impresa en la mayoría de los diarios y escritos de aquel tiempo y se encuentra en la *Historia de Carlos XII, rey de Suecia.*

# CAPITULO XII

## Remedios después de la batalla de Narva el desastre, enteramente reparado. -Conquista de Pedro cerca del mismo Narva. -Sus trabajos en su imperio. -La persona que fue después emperatriz, cogida en el saqueo de una ciudad. Exitos de Pedro su triunfo en Mosc .

El zar, que había dejado su ejército delante de Narva, hacia el fin de noviembre de 1700, para concertarse con el rey de Polonia, supo en el camino la victoria de los suecos. Su constancia era tan inquebrantable como el valor de Carlos XII era intrépido y tenaz. Difirió sus conferencias con Augusto para llevar un rápido remedio al desorden de sus asun-

tos. Las tropas dispersas se reunieron en Novgorod la Grande, y de allí fueron a Pleskou, sobre el lago Peipus.

Ya era mucho mantenerse a la defensiva después de tan rudo golpe. Sé muy bien decía- que los suecos serán durante mucho tiempo superiores; pero al fin ellos nos enseñarán a vencerlos.

Pedro, después de haber atendido a las primeras necesidades, después de haber ordenado levas en todas partes, corrió a Moscú a hacer fundir cañones. Había perdido todos los suyos ante Narva; como faltaba el bronce, recurre a las campanas de las iglesias y de los monasterios. Este rasgo no era un signo de superstición, pero tampoco de impiedad. Se fabrican entonces con estas campanas cien cañones grandes, ciento cuarenta y tres piezas de campaña, de proyectil de tres a seis libras; morteros, obuses; se envían a Pleskou. En otros países, un jefe ordena, y se ejecuta; pero entonces era necesario que el zar hiciese todo por sí mismo. Mientras apresura estos preparativos negocia con el rey de Dinamarca, que se compromete a proporcionarle tres regimientos de

---

[40]Tomado todo entero, así como los siguientes, del Diario de Pedro el Grande, enviado de Petersburgo.

infantería y tres de caballería; promesa que este rey no osó cumplir.

*27 febrero 1701*. -Apenas se firmó este Tratado, vuela al teatro de la guerra: va a encontrar al rey Augusto en Birzan, en la frontera de Curlandia y Lituania. Era preciso fortalecer a este príncipe en la resolución de sostener la guerra contra Carlos XII; era preciso comprometer a la Dieta polaca en esta guerra. Es bien sabido que un rey de Polonia no es más que el jefe de una república. El zar tenía la ventaja de ser obedecido siempre; pero un rey de Polonia, un rey de Inglaterra, y hoy un rey de Suecia, negocian siempre con sus súbditos. Patkul y los polacos partidarios de su rey asistieron a estas conferencias. Pedro prometió subsidios y veinte mil soldados. La Livonia debía ser devuelta a Polonia en el caso de que la Dieta quisiera unirse a su rey y ayudarle a recobrar esta provincia; pero las proposiciones del zar produjeron sobre la Dieta menos efecto que el miedo. Los polacos temieron verse a la vez enemistados con los sajones y con los rusos, y todavía temían más a Carlos XII. Así, el partido más numeroso acordó no servir a su rey y no combatir.

Los partidarios del rey de Polonia se irritaron contra la facción contraria, y, en fin, del deseo de

Augusto de devolver a Polonia una gran provincia resultó en este reino una guerra civil.

Pedro no tenía, pues, en el rey Augusto sino un aliado poco poderoso, y en las tropas sajonas más que un débil auxilio. El temor que inspiraba por todas partes Carlos XII decidía a Pedro a no sostenerse sino con sus propias fuerzas.

*1 marzo 1701*. -Habiendo corrido de Moscú a Curlandia para entrevistarse con Augusto, vuela después de Curlandia a Moscú para apresurar el cumplimiento de sus promesas. Hace, en efecto marchar al príncipe Repuin con cuatro mil hombres hacia Riga, a orillas del Duna, donde los sajones estaban atrincherados.

*Julio 1701*. -Este terror general aumentó cuando Carlos, pasando el Duna, a pesar de los sajones, acampados ventajosamente en la orilla opuesta, alcanzó una victoria completa; cuando, sin detenerse un momento, sometió la Curlandia, se le vio avanzar en Lituania, y que la acción polaca enemiga de Augusto fue alentada por el vencedor.

Pedro no dejó por ello de proseguir todos sus proyectos. El general Patkul, que había sido el alma de las conferencias de Birzan, y que había pasado a su servicio, le proporcionaba oficiales alemanes,

disciplinaba sus tropas y llenaba el vacío del general Le Fort; perfeccionaba lo que el otro había comenzado. El zar concedía licencias a todos los oficiales y aun a los soldados alemanes, o livonios, o polacos que venían a servir en sus ejércitos; entraba en los detalles de su armamento, de su equipo, de su alimentación.

En los confines de Livonia y Estonia, y al occidente de la provincia de Novgorod, está el gran lago Peipus, que recibe del mediodía de Livonia el río Velika, y del que sale hacia el norte el río Naiova, que baña los muros de esta ciudad de Narva, cerca de la cual los suecos habían alcanzado su célebre historia. Este lago tiene treinta de nuestras leguas comunes de largo; por unos lados, doce; por otros, quince de ancho: era necesario mantener en él una escuadra para impedir que los barcos suecos atacasen a la provincia de Novgorod, para estar en situación de entrar en sus costas, pero, sobre todo, para formar marineros. Pedro, durante todo el año 1701, hizo construir sobre este lago cien medias galeras, que llevaban alrededor de cincuenta hombres cada una; otros barcos fueron armados en guerra en el lago Ladoga. El mismo dirigió todas las obras e hizo maniobrar a sus nuevos marineros. Los que ha-

bían sido empleados en 1697 en el Palus-Meotide, lo estaban entonces cerca del Báltico. Dejaba con frecuencia sus obras para ir a Moscú y en sus demás provincias afirmar todas las innovaciones comenzadas y crear otras nuevas.

Los príncipes que han empleado sus épocas de paz en construir obras públicas han conseguido un nombre; pero que Pedro, después del desastre de Narva, se ocupase en unir con canales el mar Báltico, el mar Caspio y el Ponto Eusino merece mayor cantidad de gloria que si ganase una batalla. Fue en 1702 cuando empezó a construir el profundo canal que va del Tanais al Volga. Otros canales debían hacer comunicar por los lagos al Tanais con el Duna, cuyas aguas recibe el mar Báltico en Riga; pero este segundo proyecto estaba todavía muy lejano, pues Pedro estaba también muy lejos de tener a Riga en su poder.

Carlos asolaba a Polonia, y Pedro hacía venir de Polonia y de Sajonia a Moscú pastores y rebaños para tener lanas con que poder fabricar buenas telas; establecía manufacturas de lienzo, fábricas de papel; se hacía venir por orden suya obreros en hierro, en latón, armeros, fundidores; se explotaban minas en

la Siberia. Trabajaba en enriquecer sus estados y en defenderlos.

Carlos proseguía el curso de sus victorias y dejaba hacia los Estados del zar tropas bastantes, en su opinión, para conservar todas las posesiones de Suecia. Estaba ya trazado el plan de destronar al rey Augusto, y perseguir en seguida al zar hasta Moscú con sus armas victoriosas.

Hubo este año algunos pequeños combates entre los rusos y los suecos. Estos no fueron siempre superiores, y en los mismos encuentros en que teníian ventaja, los rusos se veían muy aguerridos. En fin, un año después de la batalla de Narva, el zar tenía tropas tan bien disciplinadas, que vencieron a uno de los mejores generales de Carlos.

*11 enero 1702.* -Pedro estaba entonces en Pleskou, y desde allí enviaba de todas partes numerosas tropas para atacar a los suecos. No fue un extranjero, sino un ruso, quien los provocó. Su general, Sheremeto, tomó cerca de Derpt, en las fronteras de la Livonia, varios campamentos al general sueco Slipenbak, mediante una maniobra hábil, y en seguida le derrotó él mismo. Por primera vez se ganaron banderas suecas, en número de cuatro, y ya era esto mucho entonces.

Los lagos de Peipus y de Ladoga fueron algún tiempo después teatro de batallas navales; los suecos tenían allí la misma ventaja que en tierra: la de la disciplina y una gran práctica; sin embargo, los rusos combatieron algunas veces con buen éxito en sus medias galeras (mayo 1702); y en un combate general en el lago Peipus, el feldmariscal Sheremeto apresó una fragata sueca.

*Junio y julio.* -Por este lago Peipus era por donde tenía el zar continuamente en alarma a Livonia y Estonia; sus galeras desembarcaban en ellas frecuentemente varios regimientos; se reembarcaban cuando los éxitos no eran favorables; y si lo eran, se proseguían sus ventajas. Se venció a los suecos dos veces en estos lugares cercanos a Derpt, mientras ellos eran los victoriosos en todas las demás partes.

Los rusos, en todas estas acciones, eran siempre superiores en número; esto es lo que hizo que Carlos XII, que combatía tan felizmente en otras partes, no se inquietase nunca con los triunfos del zar; pero debió considerar que este gran número diariamente se hacía más aguerrido, y que podía llegar a ser formidable por sí mismo.

Mientras se combate por tierra y por mar hacia Livonia, Ingria y Estonia, averigua el zar que una

escuadra sueca está preparada para ir a destruir a Arcángel , marcha hacia, allá. Todos se asombran al saber que está en las costas del mar Glacial, cuando se le creía en Moscú. Pone todo en situación de defenderse, previene el desembarco traza él mismo el plano de una ciudadela, llama la nueva Dwina, coloca la primera Piedra, regresa a Moscú, y desde allí al teatro de la guerra.

Carlos avanzaba en Polonia, pero los rusos avanzaban en Ingria y en Livonia. El feldmariscal Sheremeto va al encuentro de los suecos, mandados por Slipenbak; le presenta batalla cerca del pequeño río Embac, y la gana: toma diez y seis banderas y veinte cañones. Norberg pone como fecha de este combate el 1  de diciembre de1701, y el Diario de Pedro el Grande lo coloca el 19 de julio de 1702.

*Agosto 1702.* -Avanza; pone todo a contribución; toma la pequeña ciudad de Marienbourg, en los confines de la Livonia y de la Ingria. Hay en el Norte muchas ciudades de este nombre; pero ésta, aunque no existe ya, es, sin embargo, más célebre que todas las demás, por la aventura de la emperatriz Catalina.

Habiéndose rendido a discreción esta pequeña ciudad, los suecos, ya por inadvertencia, ya con in-

tención, prendieron fuego a los almacenes. Los rusos, irritados, destruyeron la ciudad y cogieron cautivos a todos los habitantes que encontraron. Entre ellos estaba una joven livoniana, criada en casa del ministro luterano del lugar, llamado Gluk; formaba parte de los cautivos; es la misma que llegó después a ser la soberana de los que la habían apresado, y que gobernó las Rusias con el nombre de emperatriz Catalina.

Anteriormente se habían visto simples ciudadanas subir al trono; nada más común en Rusia y en todos los reinos del Asia que los matrimonios de los soberanos con sus súbditas; pero que una extranjera cogida en las ruinas de una ciudad saqueada llegue a ser la soberana absoluta del imperio adonde fue llevada cautiva, esto es lo que la fortuna y el mérito no han hecho ver sino esta vez en los anales del mundo.

La serie de estos triunfos no disminuyó en la Ingria; la flota de las semigaleras rusas en el lago Ladoga obligó a la de los suecos a retirarse a Viborg, a un extremo de este gran lago; desde allí pudieron ver al otro extremo el sitio de la fortaleza de Notebourg, que el zar mandó realizar al general Sheremeto. Esta era una empresa mucho más importante

de lo que se creía. Podía proporcionar una comunicación con el mar Báltico, objeto constante de los proyectos de Pedro.

Notebourg era una plaza muy fuerte, construida en una isla del lago Ladoga, la cual, dominando este lago, hace a su poseedor dueño del curso del Neva, que se vierte en el mar; fue combatida noche y día, desde el 18 de septiembre hasta el 12 de octubre. Al fin, los rusos se lanzaron al asalto por tres brechas. La guarnición sueca estaba reducida a cien soldados que pudiesen defenderse, y, lo que es bien asombroso, se defendieron y consiguieron en la brecha misma una capitulación honrosa; todavía el coronel Slipenbak, que mandaba la plaza, no quiso rendirse sino a condición de que se le permitiese hacer venir dos oficiales suecos del puesto más próximo, para examinar las brechas y para dar cuenta al rey su señor de que ochenta y tres combatientes que quedaban entonces y ciento cincuenta y seis heridos o enfermos no se habían rendido a un ejército entero sino cuando fue imposible combatir por más tiempo y conservar la plaza. Este solo rasgo hace ver a qué clase de enemigos tenía el zar que hacer frente y cuán necesarios le habían sido sus esfuerzos y su disciplina militar.

Distribuyó medallas de oro a los oficiales y recompensó a todos los soldados; pero también hizo castigar a algunos que habían huido en un asalto: sus camaradas les escupieron en la cara y en seguida los fusilaron, para unir la vergüenza al suplicio.

Notebourg fue restaurado; se cambió su nombre por el de Shlusselbourg, *ciudad de la llave,* porque esta plaza es la llave de Ingria y Finlandia. El primer gobernador fue el mismo Menzikoff, que había llegado a ser un buen oficial y que, habiéndose distinguido, mereció este honor. Su ejemplo alentaba a todo el que tenía méritos y no tenía alta alcurnia.

*17 diciembre 1702.* -Después de esta campaña de 1702, el zar quiso que Sheremeto y todos los oficiales que se habían distinguido entrasen en triunfo en Moscú. Todos los prisioneros hechos en esta campaña marcharon a continuación de los vencedores; delante de ellos iban las banderas y estandartes de los suecos, con el pabellón de la fragata tomada en el lago Peipus. Pedro trabajó él mismo en los preparativos de la ceremonia, como había trabajado en las empresas que ésta festejaba.

Estas solemnidades debían excitar emulación, sin lo cual hubiesen sido vanas. Carlos las desde-

ñaba, y desde el día de Narva despreció a sus enemigos, sus esfuerzos y sus triunfos.

## CAPITULO XIII

### Reformas en Mosc . -Nuevos triunfos. - unda-ción de Petersburgo. -Pedro toma a Narva, etc.

La breve parada que el zar hizo en Moscú al principio del invierno de 1703 fue empleada en hacer ejecutar todos estos nuevos reglamentos y en perfeccionar así lo civil como lo militar; sus mismas diversiones fueron consagradas a hacer gustar el nuevo género de vida que introducía entre sus súbditos. Fue con esta intención con la que hizo invitar a todos los boyardos y a las señoras a la boda de uno de sus bufones; exigió que todo el mundo acudiese vestido a la moda antigua. Se sirvió una comida tal como se hacía en el siglo XVI[41]. Una antigua

[41]Tomado del Diario de Pedro el Grande.

superstición prohibía que se encendiese fuego el día de un matrimonio, aun durante los fríos más rigurosos; esta costumbre fue severamente observada el día de la fiesta. Los rusos no bebían vino antiguamente, sino hidromiel y aguardiente; no se permitió aquel día otra bebida; se protestaba inútilmente; el zar respondía, bromista:  Vuestros antepasados lo usaban así; las costumbres antiguas son siempre las mejores.  Esta broma contribuyó mucho a corregir a los que preferían siempre los tiempos pasados al presente, o, por lo menos, a desacreditar sus murmuraciones; todavía hay naciones que necesitarían un ejemplo análogo.

Un establecimiento más útil fue el de una imprenta con caracteres rusos y latinos, cuyos aparatos habían sido traídos todos de Holanda, y donde se comenzó desde entonces a imprimir traducciones rusas de algunos libros sobre moral y artes. Fergusson creó escuelas de geometría, astronomía y navegación.

Una fundación no menos necesaria fue la de un vasto hospital; no de estos hospitales que fomentan la holgazanería y perpetúan la miseria, sino tal como el zar los había visto en Amsterdam, donde se hacía

trabajar a los viejos y a los niños, y donde todo el que vive en él resulta útil.

Estableció varias manufacturas, y en cuanto hubo esto en marcha todas las nuevas artes que hizo nacer en Moscú corrió a Veroneye y mandó comenzar dos barcos de ochenta cañones, con grandes compartimentos, herméticamente cerrados bajo las varengas, para levantar el navío y hacerle pasar sin riesgo sobre las barras y bancos de arena que se encuentran cerca de Azof; artificio muy semejante al que se emplea en Holanda para franquear el Pampus.

*30 marzo 1703.* -Preparados sus proyectos contra los turcos, vuelve contra los suecos; va a ver los barcos que hacía construir en los astilleros de Olonitz, entre el lago Ladoga y el de Onega. Había establecido en esta ciudad fábricas de armas; en todo se respiraba allí la guerra, mientras él hacía florecer en Moscú las artes y la paz; un manantial de aguas minerales descubierto después en Olonitz aumentó su celebridad. De Olonitz marchó a fortificar Shlusselbourg.

Ya hemos dicho que había querido pasar por todos los grados militares: era teniente de Artillería, a las órdenes del príncipe Menzikoff, antes de que

este favorito fuese nombrado gobernador de Shusselbourg. Ascendió entonces a capitán y sirvió bajo el feldmariscal Sheremeto.

Había una fortaleza junto al lago Ladoga, llamada Niantz o Nya, cerca del Neva. Era preciso hacerse dueño de ella para asegurar sus conquistas y favorecer sus proyectas. Fue necesario sitiarla por tierra y evitar que recibiese socorros por mar. El zar mismo se encargó de conducir barcos llenos de soldados y de impedir los convoyes de los suecos. Sheremeto dirigió las trincheras; la ciudadela se rindió. Dos barcos suecos llegaron demasiado tarde para socorrerla; el zar los atacó con sus buques y se hizo dueño de ellos. Su Diario contiene que para recompensar este servicio, el capitán de Artillería fue hecho caballero de la Orden de San Andrés por el almirante Gollowin, primer caballero de la Orden .

Después de la conquista del fuerte de Nya resolvió al fin edificar su ciudad de Petersburgo en la desembocadura del Neva, en el golfo de Finlandia.

Los asuntos del rey Augusto iban desastrosamente: las victorias consecutivas de los suecos en Polonia habían enardecido al partido contrario, y sus mismos amigos le habían obligado a devolver al zar cerca de veinte mil rusos en que su ejército se

había engrandecido. Pretendían con este sacrificio quitar a los descontentos el pretexto de unirse al rey de Suecia; pero no se desarma a los enemigos más que por la fuerza, y se les alienta con la debilidad. Estos veinte mil hombres, que Patkul había disciplinado, sirvieron útilmente en la Livonia y en la Ingria, mientras Augusto perdía sus Estados. Este refuerzo, y, sobre todo, la posesión de Nya, pusieron al zar en condiciones de fundar su nueva capital.

Fue entonces, en este terreno desierto y pantanoso, que no comunica con la tierra firme más que por un solo camino, cuando echó[42] los primeros cimientos de Petersburgo, a los 60 grados de latitud y a los 44 1 2 de longitud. Los restos de algunos baluartes de Niantz fueron las primeras piedras de esta fundación. Se comenzó por elevar un pequeño fuerte en una de las islas que hoy está en medio de la ciudad. Los suecos no temían a esta fundación en una laguna donde los grandes buques no podían atracar; pero muy poco después vieron avanzar las fortificaciones, formarse una ciudad y, en fin, la pequeña isla de Cronslot, que está delante de ella, con-

vertirse, en 1704, en una fortaleza inexpugnable, bajo cuyos cañones pueden estar al abrigo las mayores escuadras.

Estas obras, que parecen exigir una época de paz, se ejecutaron en medio de la guerra, y obreros de todo género venían de Moscú, de Astracán, de Kazan, de Ukrania, a trabajar a la ciudad nueva. La dificultad del terreno, que era necesario afirmar y elevar; lo alejado de los auxilios; los obstáculos imprevistos que surgían a cada paso en toda clase de trabajos; en fin: las enfermedades epidémicas, que arrebataron un número prodigioso de obreros, nada desalentó al fundador: tuvo una ciudad en cinco meses. No era más que un conjunto de cabañas, con dos casas de ladrillos, rodeadas de murallas, y esto era lo que se necesitaba entonces; la constancia y el tiempo han hecho lo demás.

*Noviembre 1703.* -No hacía todavía más que cinco meses que Petersburgo estaba fundado, cuando un barco holandés llegó a él a comerciar; el patrón recibió gratificaciones, y los holandeses aprendieron bien pronto el camino de Petersburgo.

---

[42]1703. 27 de mayo, día de Pentecostés, fundación de Petersburgo.

Pedro, que dirigía esta colonia, la ponía diariamente en condiciones de seguridad mediante la conquista de los puestos vecinos. Un coronel sueco, llamado Croniort, se había apostado sobre el río Sestra y amenazaba a la naciente ciudad.

*9 julio 1703.* -Pedro corre hacia él con sus dos regimientos de guardias, lo derrota y le hace repasar el río. Teniendo ya así a su ciudad segura, va a Olonitz a disponer la construcción de varios buques pequeños, y regresa a Petersburgo, sobre una fragata que había hecho construir, con seis embarcaciones de transporte, esperando que se acaben las demás.

*Noviembre 1703.* -Durante todo este tiempo sigue ayudando al rey de Polonia; le envía doce mil hombres de infantería y un subsidio de trescientos mil rublos, que equivalen a más de un millón quinientos mil francos de nuestra moneda. Ya hemos indicado que no tenía más que unos cinco millones de rublos de renta; los gastos de sus escuadras, sus ejércitos y todas sus nuevas fundaciones debían agotarla. Había fortificado casi a la vez Novgorod, Pleskou, Kiev, Smolensko, Azof, Arcángel. Fundaba una capital. Sin embargo, todavía tenía para socorrer a su aliado con hombres y dinero. El holandés Corneille Le Bruyn, que viajaba por esta época por Rusia, y

con quien Pedro se entrevistó, como hacía con todos los extranjeros, refiere que el zar dijo que tenía todavía trescientos mil rublos de sobra en sus arcas, después de haber atendido a todos los gastos de la guerra.

Para poner su naciente ciudad de Petersburgo libre de todo ataque, va él mismo a sondar la profundidad del mar, designa él lugar donde debe elevarse el fuerte de Cronslot, hace de él un modelo en madera y encarga a Menzikoff el cuidado de hacer ejecutar la obra según su modelo. Desde allí va a pasar el invierno en Moscú para establecer en él insensiblemente todos los cambios introducía en las leyes, en los usos y costumbres. Arregla y pone en orden su hacienda; activa las obras emprendidas en el Veroneye, en Azof, en un puerto que establecía en el Palus-Meotide, bajo el fuerte de Taganrok.

*Enero 1704.* -La Puerta, alarmada, le envió un embajador para quejarse de tantos preparativos; le respondió que él era el amo en sus Estados, como el sultán en los suyos, y que no era alterar la paz el hacer a Rusia respetable en el Ponto Eusino.

*30 marzo.* -De regreso a Petersburgo, encuentra su nueva fortaleza de Cronslot fundada en el mar y acabada; la dotó de artillería. Se hacía preciso, para

afirmarse en la Ingría y para reparar completamente el desastre sufrido ante Nerva, tomar al fin esta ciudad. Mientras hacía los preparativos de este sitio, una pequeña flota de bergantines suecos apareció sobre el lago Peipus para oponerse a sus proyectos. Las semigaleras rusas van a su encuentro, la atacan y la toman toda entera; llevaba noventa y ocho cañones. Entonces se sitia a Narva por tierra y por mar, y, lo que es más singular, se cerca al mismo tiempo la ciudad de Derpt, en Estonia.

¿Quién creería que hubiese una Universidad en Derpt? Gustavo Adolfo la había fundado, pero esta no había hecho a la ciudad más célebre. Derpt no es conocida más que por la época de sus dos sitios. Pedro va incesantemente de uno a otro a activar los ataques y dirigir todas las operaciones. El general sueco Slipenbak estaba cerca de Derpt con unos dos mil quinientos hombres.

Los sitiados esperaban el momento de llegar auxilios a la plaza. Pedro imaginó un ardid de guerra que no se emplea lo bastante. Dio a dos regimientos de infantería y a uno de caballería uniforme, estandartes, banderas suecas. Estos supuestos suecos atacan las trincheras. Los rusos fingen huir; la guarnición, engañada por las, apariencias, hace una

salida; entonces, los falsos atacantes y los atacados se reúnen, caen sobre la guarnición, de la que matan una mitad, y la otra mitad entra en la plaza.

*27 junio 1704*. -Slipenbak llega en seguida, en efecto, para socorrerla, y es completamente derrotado. En fin, Derpt se ve obligada a capitular en el momento en que Pedro iba a dar un asalto general.

Un revés bastante grande que el zar sufre al mismo tiempo en el camino de su nueva ciudad de Petersburgo no le impide ni continuar la edificación de esta ciudad ni estrechar el sitio de Narva. Había enviado, como se ha visto, tropas y dinero al rey Augusto, que perdía su trono; estos dos auxilios fueron igualmente inútiles.

*31 julio*. -Los rusos, unidos a los lituanos del partido de Augusto, fueron absolutamente derrotados en Curlandia por el general sueco Levenhaupt. Si los vencedores hubiesen dirigido sus esfuerzos hacia la Livonia y la Ingria, podían aniquilar los trabajos del zar y hacerle perder todo el fruto de sus grandes empresas . Pedro minabadía a día el antemural de Suecia, y Carlos no se oponía a ello lo bastante; buscaba una gloria menos útil y más brillante.

Desde el 12 de julio de 1704, un simple coronel sueco, al frente de un destacamento, habla hecho elegir un nuevo rey por la nobleza polaca en el campo de elección, llamado Kolo, cerca de Varsovia. Un cardenal primado del reino y varios obispos se sometían a la voluntad de un príncipe luterano, a pesar de todas las amenazas y las excomuniones del Papa; todo cedía la fuerza. Nadie ignora cómo fue hecha la elección de Estanislao Leczinsky, y cómo Carlos XII lo hizo reconocer en gran parte de Polonia.

Pedro no abandonó al rey destronado; redobló sus auxilios a medida que fue más desgraciado; y mientras que su enemigo hacía rey es, él derrotaba separadamente a los generales suecos en la Estonia y la Ingria; corría al sitio de Narva y hacía dar asaltos. Había tres baluartes famosos, al menos por sus nombres: se les llamaba *la Victoria, el Honor y la Gloría.* El zar se apoderó de los tres espada en mano. Los asaltantes entran en la ciudad, la saquean y realizan en ella todas las crueldades, que no eran sino demasiado corrientes entre los suecos y los rusos.

*20 agosto 1704.* -Pedro dio entonces un ejemplo que debió conquistarle los corazones de sus nuevos súbditos: corre a todas partes para detener el saqueo

y el asesinato; arrebata mujeres de las manos de sus soldados; y habiendo matado a dos de éstos que no obedecían sus órdenes, entra en el Ayuntamiento, donde los ciudadanos se refugiaban en montón; allí, poniendo su espada ensangrentada sobre la mesa: No es con sangre de los habitantes -dijo- con la que esta espada está teñida, sino con la sangre de mis soldados, que yo he perdido para salvaros la vida.

N. B. -Los capítulos precedentes y todos los siguientes están tomados del Diario de Pedro el Grande y de las Memorias enviadas de Petersburgo, confrontadas con todas las demás Memorias.

# CAPITULO XIV

## Toda la Ingria pertenece a Pedro el Grande, mientras Carlos XII triunfa en otras partes. - Elevación de Menzi off. -Petersburgo, en seguridad. -Planes siempre realizados, a pesar de las victorias de Carlos.

Dueño de toda la Ingria, Pedro confirió su gobierno a Menzikoff y le dio el título de príncipe y la categoría de jefe del Estado Mayor General. El orgullo y el prejuicio podían en otra parte encontrar mal que un muchacho pastelero llegase a general, gobernador y príncipe; pero Pedro había ya acostumbrado a sus súbditos a no asombrarse de ver conceder todo al talento y nada a la simple nobleza. Menzikoff, sacado de su primitiva posición en su infancia por un azar feliz que le llevó a la casa del

zar, había aprendido varias lenguas, se había formado en los negocios y las armas; y habiendo sabido al principio hacerse agradable a su señor, supo después hacerse necesario: activaba los trabajos de Petersburgo; se construían allí ya varias casas de ladrillo y piedra, un arsenal, almacenes; se terminaban las fortificaciones; los palacios no vinieron hasta después.

*19 agosto 1704.* -Apenas establecido Pedro en Narva, ofreció nuevos auxilios al rey destronado de Polonia; le prometió todavía tropas, además de los doce mil hombres que había ya enviado, y, en efecto, hizo partir para las fronteras de Lituania al general Repnin, con seis mil hombres de caballería y seis mil de infantería. No perdió de vista un solo momento su colonia de Petersburgo: la ciudad se edificaba, la marina se engrandecía, se construían navíos y fragatas, en los astilleros de Olonitz; fue a hacerlos terminar y los condujo a Petersburgo.

Todo regreso a Moscú se celebraba con entradas triunfales; así ocurrió este año (30 diciembre), y no partió de allí sino para ir a lanzar al agua su primer buque de ochenta cañones, cuyas dimensiones había dado el año anterior en el Veroneye.

*Mayo 1705.* -En cuanto pudo comenzar la campaña en Polonia, corrió al ejército que había enviado a las fronteras de Lituania en socorro de Augusto; pero mientras él ayudaba así a su aliado, una escuadra sueca avanzaba para destruir Petersburgo y Cronslot, apenas construidas; estaba compuesta de veintidós navíos de cincuenta y cuatro a sesenta y cuatro cañones, de seis fragatas, dos galeotas bombardas y dos brulotes. Las tropas de transporte hicieron su desembarco en la pequeña isla de Kotin. Un coronel ruso, llamado To1boguin, que había hecho tender a su regimiento boca abajo mientras los suecos desembarcaban en la orilla, les hizo levantar de repente; y, el fuego fue tan vivo y tan bien dirigido, que los suecos, desordenados, se vieron obligados a ganar sus barcos, abandonar sus muertos y a dejar trescientos prisioneros.

Sin embargo, su flota permanecía siempre en estos parajes y amenazaba a Petersburgo. Hicieron todavía otro desembarco, y fueron rechazados igualmente: tropas de tierra avanzaban de Viborg, mandadas por el general sueco Meidel; marchaban por la parte de Shlusselbourg; ésta fue la mayor empresa que hubo hasta entonces realizado Carlos XII sobre los Estados que Pedro había conquistado o

creado; los suecos fueron rechazados por todas partes, y Petersburgo quedó tranquilo.

*25 junio 1705.* -Pedro, por su parte, avanzaba hacia Curlandia, y quería penetrar hasta Riga. Su plan consistía en apoderarse de Livonia, mientras Carlos XII acababa de someter Polonia al nuevo rey que él había dado. El zar estaba entonces en Vilna y Lituania, y su mariscal Sheremeto se aproximaba a Mittau, capital de Curlandia, pero encontró allí al general Levenhaupt, ya célebre por más de una victoria. Se dio una batalla en un lugar llamado Gemavershof o Gemavers.

*28 julio 1705.* -En estas empresas, en que la experiencia y la disciplina imperan, los suecos, aunque inferiores en número, llevaban siempre la ventaja: los rusos fueron completamente derrotados; toda su artillería, cogida. Pedro, después de tres batallas así perdidas, en Gemavers, en Jacobstadt y en Narva, reparaba siempre sus pérdidas y aun sacaba de ellas ventaja.

*14 septiembre 1705.* -Marcha con fuerzas a Curlandia después de la jornada de Gemavers; llega ante Mittau, se apodera de la ciudad, sitia la ciudadela y entra en ella por capitulación.

Las tropas rusas tenían entonces la fama de señalar todos sus triunfos con saqueos, costumbre demasiado antigua en todas las naciones. Pedro, en la conquista de Narva, había cambiado de tal manera esta costumbre, que los soldados rusos enviados para guardar en el castillo de Mittau las criptas donde estaban inhumados los grandes duques de Curlandia, viendo que los cuerpos habían sido sacados de sus tumbas y despojados de sus ornamentos, rehusaron tomar posesión de ellas, y exigieron que primeramente se hiciese venir un coronel sueco a reconocer el estado de aquellos lugares: vino, en efecto, uno, que les expidió un certificado en el cual confesaba que los suecos eran los autores de tal desorden.

El rumor, que corrió por todo el imperio, de que el zar había sido completamente derrotado en la jornada de Gemavers le hizo todavía más daño que la batalla misma. Algunos antiguos strelitz, de guarnición en Astracán, se decidieron, con esta falsa noticia, a sublevarse; mataron al gobernador de la ciudad, y el zar se vio obligado a enviar allí al mariscal Sheremeto con tropas para someterlos y castigarlos.

Todo conspiraba contra él: la fortuna y el valor de Carlos XII, las desgracias de Augusto, la neutralidad forzada de Dinamarca, las revoluciones de los antiguos strelitz, las murmuraciones de un pueblo que no sentía entonces más que las molestias de la reforma y no la utilidad, el descontento de los grandes, sometidos a la disciplina militar, el agotamiento del Tesoro; nada desalentó a Pedro ni un solo momento: él sofocó la revolución; y habiendo puesto en seguridad la Ingria, asegurado la ciudadela de Mittau, a pesar de Levenhaupt, vencedor, que no tenía bastantes tropas para oponerse a él, tuvo entonces libertad para atravesar la Samogitia y la Lituania.

Compartió con Carlos XII la gloria de dominar en Polonia; avanzó hasta Tykoezin; allí fue donde vio por segunda vez al rey Augusto; le consoló de sus infortunios, le prometió vengarle, le regaló algunas banderas tomadas por Menzikoff a las tropas de su rival; fueron en seguida a Grodno, capital de Lituania, y allí permanecieron hasta el 15 de diciembre.

*30 diciembre*. -Pedro, al partir, le dejó dinero y ejército, y, según su costumbre, fue a pasar una parte del invierno a Moscú, para hacer florecer allí las ar-

tes y las leyes, después de haber hecho una campaña muy difícil.

## CAPITULO XV

### Mientras que Pedro se sostiene en sus conquistas y civiliza sus Estados, su enemigo Carlos gana batallas, domina en Polonia y en Sajonia. -Augusto, a pesar de una victoria de los rusos, obedece a Carlos XII. -Renuncia a la corona  entrega a Pat  ul, embajador del zar. -Muerte de Pat  ul, condenado a la rueda.

Apenas llegado a Moscú, Pedro supo que Carlos XII, en todas partes victorioso, avanzaba por el lado de Grodno para combatir a su ejército. El rey Augusto se había visto obligado a huir de Grodno y se retiraba precipitadamente hacia Sajonia con cuatro regimientos de dragones rusos; así debilitaba el ejército de su protector y le desalentaba con su retirada;

el zar encontró todos los caminos de Grodno, ocupados por los suecos y su ejército dispersado.

Mientras que reunía sus destacamentos con extremo trabajo en Lituania, el célebre Schullembourg, que era el último recurso de Augusto, y que adquirió después tanta gloria por la defensa de Corfú contra los turcos, avanzaba del lado de la gran Polonia con unos doce mil sajones y seis mil rusos, sacados de las tropas que el zar había confiado a este desgraciado príncipe. Schullembourg tenía una razonada esperanza de sostener la fortuna de Augusto; veía a Carlos XII ocupado entonces del lado de Lituania; no había más que unos diez mil suecos, a las órdenes del general Renschild, que pudiesen detener su marcha; avanzaba, pues, con confianza hacia las fronteras de la Silesia, que es el paso de Sajonia a la alta Polonia. Cuando estuvo cerca del burgo de Fraustadt, en las fronteras de Polonia, encontró al mariscal Renschild, que venía a presentarle batalla.

Por más esfuerzos que haga para no repetir lo que ya he dicho en la historia de Carlos XII, tengo que volver a decir aquí que había en el ejército sajón un regimiento francés que, hecho prisionero todo entero en la famosa batalla de Hochstett, fue obligado a servir en las tropas sajonas. Mis Memorias di-

cen que se le había confiado la defensa de la artillería; añaden que, admirados de la gloria de Carlos XII, y descontentos del servicio de Sajonia, rindieron las armas en cuanto vieron a los enemigos y pidieron ser admitidos entre los suecos, a quienes sirvieron después, en efecto, hasta el fin de la guerra. Este fue el comienzo y la señal de una derrota completa; no se salvaron ni tres batallones rusos, y todavía todos los soldados que escaparon estaban heridos; todo el resto fue muerto, sin que se diese cuartel a nadie. El capellán Norberg pretende que la frase de los suecos en esta batalla era: *En el nombre de Dios;* y la de los rusos: *¡Destrozad todo!* Pero fueron los suecos quienes destrozaron todo en el nombre de Dios. El zar mismo asegura en uno de sus manifiestos[43] que muchos. prisioneros rusos, cosacos y calmucos, fueron muertos tres días después de la batalla. Las tropas irregulares de los dos ejércitos habían acostumbrado a los dos generales a estas crueldades; jamás se han cometido otras mayores en los tiempos bárbaros. El rey Estanislao me ha hecho el honor de decirme que en no de estos combates que se libraban con tanta frecuencia en

[43]Manifiesto del zar en Ukrania, 1709.

Polonia, un oficial ruso, que había sido su amigo, vino, después de la derrota de un cuerpo que el mandaba, a ponerse bajo su protección, y que el general sueco Steimbock lo mató de un pistoletazo entre sus brazos.

He aquí cuatro batallas perdidas por los rusos contra los suecos sin contar las otras victorias de Carlos XII en Polonia. Las tropas del zar que estaban en Grodno corrían el riesgo de sufrir un desastre mayor y ser envueltas por todos lados; era necesario procurar a la vez la seguridad de este ejército y la de sus conquistas en la Ingria. Hizo marchar a su ejército mandado por el príncipe Menzikoff, hacia el Oriente, y de allí al Mediodía, hasta Kiev.

*Agosto 1706.* Mientras marchaba el se vuelve a Shlusselbourg a Narva, a su colonia de Petersburgo; pone todo en seguridad, y de las orillas del mar Báltico corre a las del Borístenes, para entrar por Kiev en Polonia, dedicándose siempre a hacer inútiles las victorias de Carlos XII, que no había podido impedir, y aun preparado una conquista nueva: la de Viborg, capital de la Carelia. Sobre el golfo de Finlandia (octubre). Fue a sitiarla, pero esta vez resistió a sus armas; los socorros llegaron a punto, y

tuvo que levantar el sitio. Su rival, Carlos XII, no hacía realmente conquista alguna ganando batallas; perseguía entonces al rey Augusto en Sajonia, siempre más ocupado en humillar a este príncipe y agobiarle bajo el peso de su poder y de su gloria que en recuperar la Ingria a un enemigo vencido que se la había arrebatado.

Sembraba el terror en la alta Polonia, en Silesia, en Sajonia. Toda la familia del rey Augusto  su madre, su mujer, su hijo- y las familias principales del país se retiraban al corazón del imperio. Augusto imploraba la paz; deseaba más entregarse a discreción del vencedor que en los brazos de su protector. Negociaba un tratado que le arrebataba la corona de Polonia y le cubría de vergüenza; este tratado era secreto; era preciso ocultarlo a los generales del zar, con los que estaba entonces como refugiado en Polonia, mientras Carlos XII dictaba leyes en Léipzig y reinaba en todo su electorado.

*14 septiembre 1706.* -Ya estaba firmado por sus plenipotenciarios el fatal tratado por el cual renunciaba a la corona de Polonia, prometía no ostentar nunca el título de rey en este país, reconocía a Estanislao, renunciaba a la alianza del zar, su protector, y, para colmo de humillaciones, se compro-

metía a entregar a Carlos XII el embajador del zar, Juan Reginold Patkul, general de Las tropas rusas, que combatía por su defensa. Había hecho algún tiempo antes detener a Pakul, contra el derecho de gentes, por falsas sospechas, y, contra este mismo derecho de gentes, lo entregaba a su enemigo. Valla más morir con las armas en la mano que concluir tal tratado: no solamente perdía con él su corona y su gloria, sino que arriesgaba además su libertad, puesto que estaba entonces en las manos del príncipe Menzikoff, en Posnania, y los pocos sajones que tenía con él recibían entonces su sueldo con dinero de los rusos.

El príncipe Menzikoff tenía enfrente, en estos campamentos, un ejército sueco, reforzado con polacos del partido del nuevo rey Estanislao, mandado por él general Maderfeld; e ignorando que Augusto trataba con sus enemigos, le propuso atacarlos. Augusto no se atrevió a rehusar; la batalla se dio cerca de Kalish, en el palatinado mismo del rey Estanislao.

*19 octubre 1706.* -Esta fue la primer batalla campal que los rusos ganaron a los suecas; el príncipe Menzikoff tuvo esta gloria: se mataron al enemigo

cuatro mil hombres; se le tomaron dos mil quinientos noventa y ocho.

Es difícil comprender cómo Augusto pudo, después de esta victoria, ratificar un tratado que le privaba de todo su fruto; pero Carlos estaba en Sajonia, y allí era omnipotente; su nombre imprimía de tal modo el terror, se tenían en tan poco los triunfos obtenidos por parte de los rusos, el partido polaco contra el rey Augusto era tan fuerte, y, en fin, Augusto estaba tan mal aconsejado, que firmó este tratado funesto. No se detuvo aquí: escribió a su enviado, Finkstein, una carta, más triste que el mismo tratado, en la cual pedía perdón por su victoria, protestando de que la batalla se había dado a pesar suyo; que los rusos y los polacos de su partido le habían obligado a ello; que en esta empresa él había hecho maniobras para abandonar a Menzikoff; que Maderfeld hubiera podido vencerle si hubiese aprovechado la ocasión; que él devolvería todos los prisioneros suecos, o rompería con los rusos, y que, en fin, daría al rey de Suecia todas las satisfacciones convenientes... por haberse atrevido a derrotar sus tropas.

Todo esto es único, inconcebible, y, sin embargo, la verdad más exacta. Cuando se piensa que con

esta debilidad Augusto era uno de los príncipes mas bravos de Europa, se ve bien que es el valor espiritual el que hace perder o conservar los Estados, quien los eleva o los rebaja.

Dos nuevos rasgos que acaban de destacar el infortunio del rey de Polonia, elector de Sajonia, y el abuso que Carlos XII hacía de su fortuna: el primero fue una carta de felicitación que Carlos obligó a Augusto a escribir, dirigida al nuevo rey Estanislao; el segundo fue horrible: el mismo Augusto fue forzado a entregarle a Patkul, el embajador, el general del zar. Europa sabe muy bien que este ministro fue después muerto en la rueda, en Casimir, en el mes de septiembre de 1707. El capellán Norberg confiesa que todas las órdenes para esta ejecución fueron escritas por la propia mano de Carlos.

No hay ningún jurisconsulto en Europa, no hay siquiera ningún esclavo, que no sienta todo el horror de esta injusticia bárbara. El primer crimen de este infortunado fue el haber defendido respetuosamente los derechos de su patria a la cabeza de seis nobles livonianos, diputados del Estado; condenado por haber cumplido el primero de los deberes, el de servir a su país según las leyes, esta sentencia inicua le había colocado en el pleno dere-

cho natural que tienen todos los hombres de escoger una patria. Llegado a embajador de uno de los más grandes monarcas del mundo, su persona era sagrada. El derecho del más fuerte violó en él el derecho de la naturaleza y el de las naciones. En otro tiempo, el brillo de la gloria cubría tales crueldades; hoy, éstas obscurecen a aquélla.

# CAPITULO XVI

**Se quiere hacer un tercer rey en Polonia. -Carlos XII parte de Sajonia con un ejército floreciente y atraviesa Polonia vencedor. Crueldades realizadas. -Conducta del zar. -Triunfos de Carlos, que avanza al fin hacia Rusia.**

Carlos XII gozaba de sus triunfos en Altrabstad, cerca de Léipzig. Los principales protestantes del imperio de Alemania venían en tropel a ofrecerle sus homenajes y pedirle su protección. Casi todas las potencias le enviaban embajadores. El emperador José I accedía a todos sus deseos. Pedro, entonces, viendo que el rey Augusto había renunciado a su protección y al trono, y que una parte de Polonia reconocía a Estanislao, escuchó las proposiciones, que le hizo Yolkova de elegir un tercer rey.

*Enero 1707.* -Se propusieron varios palaciegos en una dieta en Lublín; se puso en lista el príncipe Ragotski; éste era el mismo Ragotski, mucho tiempo recluido en prisión en su juventud por el emperador Leopoldo, y que luego fue su competidor al trono de Hungría, después de haberse procurado la libertad. Esta negociación fue llevada muy lejos, y poco faltó para que se viesen tres reyes de Polonia a la vez. No habiendo podido conseguirlo el príncipe Ragotski, Pedro quiso dar el trono al gran general de la república, Siniawski, hombre poderoso, acreditado, jefe de un tercer partido, que no quería reconocer ni a Augusto destronado ni a Estanislao elegido por un partido contrario.

En medio de esta confusión, se habló de paz, como se hacía siempre. Puzenval, enviado de Francia en Sajonia, se entremetió para reconciliar al zar y al rey de Suecia. Se creía entonces en la corte de Francia que Carlos, no teniendo ya que combatir ni a los rusos ni a los polacos, podría volver sus armas contra el emperador José, de quien estaba descontento, y a quien imponía leyes duras durante su estancia en Sajonia; pero Carlos respondió que él tratarla de la paz con el zar en Moscú. Entonces fue cuando Pedro dijo:  Mi hermano Carlos quiere ha-

cer de Alejandro; pero no encontrará en mí un Darío.

Sin embargo, los rusos estaban todavía en Polonia, y hasta en Varsovia, mientras que el rey dado a los polacos por Carlos XII era apenas reconocido por ellos, y que Carlos enriquecía su ejército con los despojos de los sajones.

*22 agosto 1707.* -Al fin partió de su cuartel de Altrabstad al frente de un ejército de cuarenta y cinco mil hombres, al cual le parecía que su enemigo no podría resistir nunca, puesto que le había derrotado completamente con ocho mil en Narva.

*27 agosto.* -Fue al pasar ante los muros de Dresde cuando hizo al rey Augusto esta extraña visita que debe causar admiración a la posteridad como dice Norberg; por lo menos, puede causar algún asombro. Era mucho arriesgar el ponerse en las manos de un príncipe a quien había quitado un reino. Volvió a pasar por la Siberia y entró en Polonia.

Este país estaba completamente devastado por la guerra, arruinado por las facciones y presa de todas las calamidades. Carlos avanzaba por la Masovia y escogía el camino menos practicable. Los habitantes, refugiados en pantanos, quisieron, al menos, cobrarle el paso. Seis mil campesinos le en-

viaron un viejo como representante suyo: este hombre, de figura extraordinaria, todo vestido de blanco, y armado de dos carabinas, arengó a Carlos; y como no se entendía demasiado bien lo que decía, se tomó la resolución de matarlo a la vista del príncipe, en medio de su arenga. Los campesinos, desesperados, se retiraron y se armaron. Se capturó a todos los que se pudo encontrar; se les obligaba a ahorcarse ,unos a otros, y al último se le forzaba a pasarse él mismo la cuerda al cuello y ser su propio verdugo. Es el capellán Norberg quien certifica este hecho, del que fue testigo; no se puede ni recusarlo ni dejar de estremecerse.

*26 febrero 1708*. -Carlos llega a algunas leguas de distancia de Grodno, en Lituania; se le dice que el zar en persona está en esta ciudad con algunas tropas; sin deliberar, toma consigo ochocientos guardias solamente y corre a Grodno. Un oficial alemán, llamado Mulfels, que mandaba un destacamento en una puerta de la ciudad, no duda, al ver a Carlos XII, que no venga seguido de su ejército; le entrega el paso, en lugar de defenderlo; la alarma se extiende por la ciudad; todo el mundo cree que ha entrado el ejército sueco; los pocos rusos que quieren resistir son despedazados por la guardia sueca; todos los

oficiales confirman al zar que un ejército victorioso se hace dueño de todos los puestos de la ciudad. Pedro se retira más allá de las murallas y Carlos pone una guardia de treinta hombres en la puerta misma por donde el zar acaba de salir.

En esta confusión, algunos jesuitas, a quienes habían tomado la casa para alojar al rey de Suecia, porque era la más hermosa de Grodno, llegan por la noche junto al zar y le enseñan esta vez la verdad. Inmediatamente Pedro vuelve a entrar en la ciudad; fuerza la guardia sueca; se combate en las calles, en las Plazas; pero ya el ejército del rey llegaba. El zar se vio, al fin, obligado a ceder y dejar la ciudad en poder del vencedor, que hacía temblar a Polonia.

Carlos había aumentado, sus tropas en Finlandia, y todo era de temer en esta parte para las conquistas de Pedro, como del lado de Lituania para sus antiguos Estados y para el mismo Moscú. Era, pues, preciso fortificarse en todas de otras. Carlos no podía hacer progresos rápidos yendo hacia Oriente por la Lituania, en medio de una estación cruda, en países Pantanosos, infectados de enfermedades contagiosas, que la pobreza y el hambre habían extendido de Varsovia a Minski. Pedro apostó sus tropas en destacamentos sobre los pasos de los

ríos, guarneció los puestos importantes hizo todo lo que pudo para detener paso a paso la marcha de su enemigo (abril 1708) y corrió en seguida a poner orden en todo hacia Petersburgo.

Carlos, dominando a los Polacos, no obtenía de ellos nada; Pero Pedro, haciendo uso de su nueva marina, desembarcando en Finlandia (21 mayo 1708), tomando a Borgo, que destruyó, y cogiendo un gran botín a sus enemigos, conseguía ventajas útiles.

Carlos, detenido mucho tiempo en la Lituania por lluvias continuas, avanzó al fin por el pequeño río Berezine, a algunas leguas del Borístenes. Nada pudo resistir a su actividad; tendió un puente a la vista de los rusos; derrotó el destacamento que guardaba este paso, y llegó a Hollosin, sobre el río Vabis. Allí era donde el zar había puesto un núcleo considerable que debía detener la impetuosidad de Carlos. El pequeño río Vabis[44] no es más que un arroyo durante las sequías; pero entonces era un torrente impetuoso, profundo, engrosado por las lluvias. Más allá había un pantano y detrás de este pantano los rusos habían construido un atrinchera-

[44]En ruso. Bibitsch.

miento de un cuarto de legua, defendido, por un ancho foso y cubierto por un parapeto provisto de artillería. Nueve regimientos de caballería y once de infantería estaban ventajosamente dispuestos en estas líneas. El paso del río parecía imposible.

Los suecos, según los usos de guerra, prepararon pontones para pasar y dispusieron baterías de cañones para favorecer la marcha; pero Carlos no esperó a que los pontones estuviesen preparados; su impaciencia por combatir no sufría nunca el menor retraso. El mariscal de Shwerin, que ha servido mucho tiempo a sus órdenes, me ha confirmado varias veces que un día de acción decía a sus generales, ocupados del detalle de estas disposiciones: Habréis acabado pronto esas bagaletas? ; y entonces avanzaba el primero a la cabeza de sus drabanes; esto es sobretodo lo que hizo en esta memorable jornada.

Se lanzó al río seguido de regimiento de guardias. Esta multitud conseguía romper la impetuosidad de la corriente; pero le llegaba el agua hasta los hombros y no podía servirse de sus armas. Por poco bien servida que hubiese estado la artillería del parapeto y los batallones hubiesen tirado oportunamente no se hubiera escapado ni un solo sueco.

*25 julio 1708.* -El rey, después de haber atravesado el río pasó todavía el pantano a pie. En cuanto el ejército hubo franqueado estos obstáculos a la vista de los rusos, comenzó la batalla; siete veces atacaron las trincheras, y los rusos no cedieron hasta la séptima. No les cogieron más que doce piezas de campaña y veinticuatro morteros de granadas, según confesión propia de los historiadores suecos.

Era, pues, bien visible que el zar había logrado formar tropas aguerridas; y esta victoria de Holosin, llenando a Carlos XII de gloria, podía hacerle sentir todos los peligros que iba a correr al penetrar en países tan alejados; no se podía marcha, más que en grupos separados, de bosque en bosque, de pantano en pantano y teniendo que los combatir a cada paso; pero los suecos acostumbrados a derribar todo cuanto se les pusiese delante, no temieron ni al peligro ni a la fatiga.

## CAPITULO XVII

**Carlos XII pasa el Borístenes, se introduce en U rania, toma mal sus medidas uno de sus ejércitos es derrotado por Pedro el Grande pierde sus municiones. -Avanza en estos desiertos.**
**-Aventuras en U rania.**

Al fin, Carlos llegó a orillas del Borístenes, a una pequeña ciudad llamada Mohilov[45]. En este fatal lugar era donde había de saberse si se dirigiría al Oriente, hacia Moscú, o al Mediodía, hacia Ukrania. Su ejército, sus enemigos, sus amigos, esperaban que marcharía a la capital. Cualquiera que fuese el camino que tomase, Pedro le seguía desde Smolensko

[45]En ruso, Mogilew.

con un fuerte ejército; no se esperaba que tomase el camino de Ukrania; esta extraña resolución le fue inspirada por Mazeppa, hetmán de los cosacos; era un viejo de setenta años, quien, no teniendo hijos, parece que no debía pensar más que en acabar tranquilamente su vida; el agradecimiento también debía unirle al zar, a quien debía su puesto; pero sea que tuviese, en efecto, motivos de queja de este príncipe, sea que la gloria de Carlos XII le hubiese deslumbrado, sea más bien que tratase de hacerse independiente, él había traicionado a su bienhechor y se había entregado en secreto al rey de Suecia, lisonjeándose de hacer con él sublevar a toda la nación.

Carlos no dudó ya de triunfar en todo el imperio ruso cuando sus victoriosas tropas fuesen secundadas por un pueblo tan belicoso. El debía recibir de Mazzepa los víveres, las municiones, la artillería que pudiera faltarle; a este valioso auxilio debía unirse un ejército de diez y seis a diez y ocho mil combatientes que llegarían de Livonia, conducido por el general Levenhaupt, llevando tras de él una prodigiosa cantidad de provisiones de boca y guerra. A Carlos no le inquietaba si el zar estaría en situación de caer sobre este ejército y privarle de un auxilio tan necesario. No se informaba de si Mazzepa esta-

ba en condiciones de mantener todas sus promesas, si este cosaco tenía bastante crédito para hacer cambiar una nación entera que no se aconsejaba sino consigo misma, y si, en fin, en un desastre le quedarían bastantes recursos a su ejército; y en caso de que Mazzepa careciese de fidelidad o de poder, él contaba con su valor y su fortuna. El ejército sueco avanzó entonces más allá del Borístenes, hacia el Desna; entre estos dos ríos era donde Mazzepa estaría esperando. El camino era penoso y los dos grupos que recorrían que recorrían estos lugares hacían la marcha peligrosa.

*11 septiembre 1708.* Menzikoff, al frente de algunos regimientos de caballería y de dragones, atacó la vanguardia del rey, la puso en desorden, mató muchos suecos, perdió aún más de los suyos, pero no se desanimó. Carlos que acudió al campo de batalla, no rechazó a los rusos sino muy difícilmente, arriesgando mucho tiempo su vida y combatiendo contra varios dragones que le rodeaban. Entre tanto, Mazzepa no venía; los víveres empezaban a faltar. Los soldados suecos, viendo a su rey compartir todos sus peligros, sus fatigas y su penuria, no se desalentaban; pero, admirándole, le vituperaban y murmuraban.

La orden enviada por el rey a Levenhaupt para que saliese con su ejército y condujese municiones con prontitud había llegado con doce días de retraso, y este era mucho tiempo en tales circunstancias. Levenhaupt marchaba al fin; Pedro le dejó pasar el Borístenes, y cuando este ejército estuvo encajonado entre este río y los pequeños que a él afluyen, pasó el río después de él y le atacó con sus tropas reunidas, que se sucedían casi en escalones. La batalla se dio entre el Borístenes y el Sossa[46].

El príncipe Menzicoff venía con el mismo cuerpo de Caballería que se había batido con Carlos XII; el general Bauer le seguía, y Pedro conducía, por su parte, lo más escogido de su ejército. Los suecos creyeron habérselas con cuarenta mil combatientes, y esto se ha creído durante mucho tiempo bajo la fe de su narración. Mis Memorias recientes me enseñan que Pedro no tenía más de veinte mil hombres en esta jornada; ese número no era muy superior al de sus enemigos. la actividad del zar, su paciencia, su obstinación, la de sus tropas, animadas por su presencia, decidieron la suerte, no de esta jornada,

[46]En ruso, Socza.

sino de tres jornadas consecutivas, durante las cuales se combatió repetidamente.

Primeramente se atacó la retaguardia del ejército sueco cerca de la ciudad de Lesnau, que ha dado nombre a esta batalla. Este primer choque fue sangriento, sin ser decisivo. Levenhaupt se retiró a un bosque y conservó su bagaje. Al día siguiente fue necesario echar a los suecos de este bosque (7 octubre 1708) ; el combate fue más mortífero y más afortunado; fue allí donde el zar, viendo a sus tropas en desorden, gritó que se tirase sobre los fugitivos, y sobre él mismo si él se retiraba. Los suecos fueron rechazados, pero no derrotados.

Al fin llegó un refuerzo de cuatro mil dragones; se volvió a caer sobre los suecos por tercera vez; éstos se retiraron hacía un burgo llamado Prospok; todavía se les atacó allí; marcharon hacia el Desna, y allí se les persiguió. Nunca fueron completamente derrotados; pero perdieron más de ocho mil hombres, diez y siete cañones, cuarenta y cuatro banderas; el zar hizo prisioneros a cincuenta y seis oficiales y cerca de novecientos soldados. Todo el gran convoy que se enviaba a Carlos quedó en poder del vencedor.

Esta fue la primera vez que el zar desafió personalmente, en una batalla campal, a los que se habían distinguido por tantas victorias sobre sus tropas; daba gracias a Dios por este triunfo,
cuando supo que su general Apraxin acababa de obtener ventajas en Ingria, a algunas leguas de Narva (17 septiembre 1708); ventajas, ciertamente, menos considerables que la victoria de Lesnau; pero este concurso de acontecimientos felices fortificaba sus esperanzas y el valor de su ejército.

Carlos XII se enteró de todas estas funestas noticias cuando estaba a Punto de pasar el Desna, en Ukrania. Mazzepa vino al fin a su encuentro; debía traerle treinta mil hombres y provisiones inmensas, pero no llegó más que con dos regimientos, y más bien como fugitivo que piden socorro que como príncipe que viene a darlos. Este cosaco había marchado, en efecto, con quince o diez y seis mil de los suyos, habiéndoles dicho primeramente que iban contra el rey de Suecia, que tendrían la gloria de detener a este héroe en su marcha y que el zar les quedaría eternamente obligado por un servicio tan grande.

A algunas millas del Desna les declaró; al fin su proyecto; pero a estos bravos les horrorizó; no qui-

sieron hacer traición a un monarca de quien no tenían ninguna queja, para servir a un sueco que entraba a mano armada en su país, quien, después de haberlo abandonado, no podría ya defenderles, y les dejaría a discreción de los rusos, irritados, y de los Polacos, en otro tiempo sus señores y siempre sus enemigos; se volvieron a sus casas y dieron aviso al zar de la defección de su jefe. No quedaron con Mazeppa más que unos dos regimientos, cuyos oficiales iban  a sus expensas.

Todavía era dueño de algunas plazas en Ukrania, y sobre todo de Bathurin, lugar de su residencia, considerado como la capital de los cosacos; está situado junto a los bosques de la orilla del Desna, pero muy lejos del campo de batalla donde Pedro había vencido a Levenhaupt. Había siempre algunos regimientos rusos por estos sitios. El príncipe Menzikoff fue destacado del ejército del zar: llegó allí con grandes rodeos. Carlos no podía guardar todos los pasos; ni siquiera los conocía; no se había cuidado de apoderarse del importante puesto de Starodoub, que lleva derecho a Bathurin, a través de siete u ocho leguas del bosque que el Desna atraviesa. Su enemigo tenía siempre sobre él la ventaja de conocer el país.

*4 noviembre 1708*. -Menzikoff pasó fácilmente con el príncipe Gallitzin; se presentó delante de Bathurin, lo tomó casi sin resistencia, lo saqueó y lo redujo a cenizas. Se apoderó de un almacén destinado para el rey de Suecia y de los tesoros de Mazeppa. Los cosacos eligieron otro hetmán, llamado Skoropasky, que el zar aprobó; quiso que una ceremonia imponente hiciese sentir al pueblo la enormidad de la traición; el arzobispo de Kiev y otros dos excomulgaron públicamente a Mazeppa (22 noviembre); fue ahorcado en efigie, y algunos de sus cómplices murieron en el suplicio de la rueda.

Entre tanto, Carlos XII, al frente de veinticinco o veintisiete mil suecos, habiendo recibido además los restos del ejército de Levenhaupt, aumentado con dos o tres mil hombres que Mazeppa le había traído, y siempre seducido por la esperanza de atraerse toda la Ukrania, pasó el Desna lejos de Bathurin y cerca del Borístenes, a pesar de las tropas del zar, que le rodeaban por todos lados, de las cuales unas seguían su retaguardia, y las otras, extendidas más allá del río, se oponían a su paso.

Avanzaba, pero por desiertos, y no encontraba más que ciudades arruinadas e incendiadas. El frío se hizo sentir desde el mes de diciembre con un ri-

gor tan excesivo, que, en una de sus marchas, cerca de dos mil hombres cayeron muertos a su vista; las tropas del zar sufrían menos porque tenían más recursos; las de Carlos, careciendo casi de ropas, estaban más expuestas a los rigores de la estación.

En este estado deplorable, el conde Piper, canciller de Suecia, que nunca dio sino buenos consejos a su soberano, le conjuró para que se quedase, para que pasase al menos la época más rigurosa del invierno en una pequeña ciudad de Ukrania, llamada Romna, donde podría fortificarse y hacer algunas provisiones con el auxilio de Mazeppa. Carlos respondió que él no era hombre que se encerrase en una ciudad. Piper, entonces, le conjuró para volver a pasar el Desna y el Borístenes; volver a entrar en Polonia; dar allí a sus tropas cuarteles, de que tenían necesidad; ayudarse de la caballería ligera de los polacos, que le era absolutamente precisa; sostener al rey, que él había hecho nombrar, y contener al partido de Augusto, que comenzaba a levantar la cabeza. Carlos replicó que eso sería huir ante el zar, que la estación llegaría a ser más favorable, que era necesario subyugar a Ukrania y marchar a Moscú[47].

---

[47]Declarado por el capellán Norberg, tomo II. pág. 263.

Los ejércitos rusos y suecos estuvieron algunas semanas inactivos: tanto fue el frío violento del mes de enero de 1709; pero en cuanto el soldado pudo servirse de sus armas, Carlos atacó a todos los pequeños puestos que se encontraron a su paso. Era preciso enviar por todos lados partidas para buscar víveres, es decir, para ir a arrebatar a veinte leguas a la redonda las subsistencias de los campesinos. Pedro, sin apresurarse, vigilaba sus marchas y les dejaba consumirse.

Es imposible al lector seguir la marcha de los suecos por estos países; varios de los ríos que pasaron no se encuentran en los mapas; no se debe creer que los geógrafos conocen estos países como nosotros conocemos a Italia, Francia y Alemania; la Geografía es todavía, de todas las artes, la que tiene más necesidad de ser perfeccionada; y la ambición, hasta ahora, ha tenido más cuidado de devastar la tierra que de describirla.

Contentémonos con saber que Carlos, al fin, atravesó toda la Ukrania en el mes de febrero, incendiando ciudades por todas partes y encontrando las que los rusos habían quemado. Avanzó hacia el Sudeste hasta los áridos desiertos circundados por las montañas que separan los tártaros Nogais de los

cosacos de Tanais; al oriente de estas montañas es donde están los altares de Alejandro. Se encontraba entonces más allá de Ukrania, en el camino que siguen los tártaros para ir a Rusia, y cuando llegó allí tuvo necesidad de volver sobre sus pasos para poder subsistir; los habitantes se ocultaban en cuevas con sus ganados; se resistían algunas veces a entregar sus víveres a los soldados que venían a arrebatárselos; los campesinos que pudieron ser cogidos fueron condenados a muerte: ¡esos son, se dice, los derechos de la guerra! Debo transcribir aquí algunas líneas del capellán Norberg[48]. *Para hacer ver -dice- cuánto amaba el rey la justicia, insertaremos una carta de su propia mano al coronel Hielmen:* Señor coronel: Me alegro mucho de que hayan cogido a los campesinos que se habían apoderado de un sueco; cuando se les haya convencido de su crimen se les castigará, según lo exige el caso, condenándolos a morir. *Carlos*; y más abajo, *Budis.* Tales son los sentimientos de justicia y de humanidad del confesor de un rey; pero si los campesinos de Ukrania hubiesen podido hacer ahorcar a los campesinos de Ostrogodia militarizados que se creyesen con derecho a venir de tan

[48]Tomo II, pág. 279.

lejos a arrebatarles el alimento de sus mujeres y de sus hijos, los confesores y los capellanes de esos ukranianos ¿no habrían podido bendecir su justicia?

Mazeppa negociaba desde mucho antes con los zaporogos que viven en las dos orillas del Borístenes, y una parte de los cuales habita las islas de este río[49]. Esta parte es la que compone ese pueblo sin mujeres y sin familias, viviendo de la rapiña, amontonando sus provisiones en sus islas durante el invierno y yéndolas a vender en la primavera a la pequeña ciudad de Pultava; los otros habitan los burgos a derecha e izquierda del río. Todos juntos eligen un hetmán especial, y este hetmán está subordinado al de Ukrania. El que estaba entonces al frente de los zaporogos fue a encontrarse con Mazzepa; estos dos bárbaros se reunieron, haciendo llevar cada uno delante de sí una cola de caballo y una maza.

Para dar a conocer lo que era este hetmán de los zaporogos y su pueblo, no creo indigno de la historia referir cómo se verificó este tratado. Mazeppa dio un gran banquete, servido con vajilla de plata, al hetmán zaporogo y a sus principales oficiales; cuan-

[49]Véase el capítulo 1

do los jefes estuvieron borrachos de aguardiente, juraron en la mesa, sobre el Evangelio, que proporcionarían hombres y víveres a Carlos XII; después de lo cual se apoderaron de la vajilla y de todos los muebles. El mayordomo de la casa corrió hacia ellos, y demostró que esta conducta no estaba de acuerdo con el Evangelio, sobre el cual habían jurado; los criados de Mazeppa quisieron recuperar la vajilla; los zaporogos se reunieron; vinieron en corporación a quejarse a Mazeppa de la afrenta inaudita que se hacía a estos bárbaros, y pidieron que se les entregase al mayordomo, para castigarle según las leyes; se les entregó, y los zaparogos, según las leyes, lanzaron unos a otros a este pobre hombre, como se hace con un balón, después de lo cual se le clavó un cuchillo en el corazón.

Tales eran los nuevos aliados que se vio obligado a recibir Carlos XII; formó con ellos un regimiento de dos mil hombres; el resto marchó por grupos separados contra los cosacos y los calmucos del zar, distribuidos por estos lugares.

La ciudad de Pultava, en la que estos zaporogos trafican, estaba llena de provisiones, y podía servir a Carlos de plaza de armas; está situada sobre el río Vorskla, bastante cerca de una cadena de montañas

que la dominan por el Norte; el lado de Oriente es un vasto desierto; el de Occidente es más fértil y más poblado. El Vorskla va a perderse a quince leguas largas más abajo, en el Borístenes. Se puede ir de Pultava al Norte a ganar el camino de Moscú por los desfiladeros que sirven de paso a los tártaros; este camino es difícil; las precauciones del zar lo habían hecho casi impracticable; pero nada parecía imposible a Carlos, y contaba siempre con tomar el camino de Moscú después de haberse apoderado de Pultava; puso sitio a esta ciudad al principio de mayo.

## CAPITULO XVIII

### Batalla de Pultava.

Allí era donde Pedro le esperaba; había dispuesto sus cuerpos de ejército en condiciones de reunirse y marchar todos juntos contra los sitiadores. Había visitado todas las regiones que rodean a Ukrania; el ducado de Severia, que riega el Desna, que se hizo célebre por su victoria, y donde este río es ya profundo; el país de Balcho, en el que el Oca toma su origen; los desiertos y las montañas que conducen al Palus-Meotide; él estaba, en fin, cerca de Azof, y allí hacía limpiar el puerto, construir navíos, fortificar la ciudadela, de Taganrok, utilizando así en provecho de sus Estados el tiempo transcurrido entre las batallas de Desna y de Pultava.

En cuanto sabe que esta ciudad está sitiada, reúne sus destacamentos. Su caballería, sus dragones, su infantería, cosacos, calmucos, avanzan, de veinte lugares diferentes; nada falta a su ejército: ni cañones grandes, ni piezas de campaña, ni municiones de ningún género, ni víveres, ni medicamentos; ésta era todavía una superioridad que él se había procurado sobre su rival.

El 15 de junio de 1709 llega ante Pultava con un ejército de cerca de setenta mil combatientes. El río Vorskla estaba entre él y Carlos; los sitiadores, al Noroeste; los rusos, al Sudeste.

*3 julio 1709*. -Pedro remonta el río por encima de la ciudad; tiende sus puentes, hace pasar su ejército y construye una gran trinchera, que se empieza y se acaba en una sola noche, frente a frente del ejército enemigo. Carlos pudo juzgar entonces si aquel a quien despreciaba y esperaba destronar en Moscú entendía el arte de la guerra (6 julio). Dispuesto todo esto, Pedro apostó su caballería entre dos bosques y la cubrió con varios reductos provistos de artillería. Tomadas así todas las medidas, va a reconocer el campo de los sitiadores para planear su ataque.

Esta batalla iba a decidir el destino de Rusia, de Polonia, de Suecia y de los monarcas sobre quienes

Europa tenía puestos sus ojos. No se sabía, en la mayor parte de las naciones atentas a estos grandes intereses, ni dónde estaban estos dos príncipes ni cuál era su situación; pero después de haber visto partir de Sajonia a Carlos XII victorioso a la cabeza del ejército más formidable, después de haber sabido que perseguía por todas partes a su enemigo, no se dudaba de que pudiese exterminarlo, y que, habiendo dictado leyes en Dinamarca, en Polonia, en Alemania, no fuese a dictar también, en el Kremlín de Moscú, las condiciones de paz y hacer un zar después de haber hecho un rey de Polonia. Yo he visto cartas de muchos ministros que confirmaban sus creencias en esta opinión general.

El riesgo no era igual entre los dos rivales. Si Carlos perdía una vida tantas veces prodigada, esto, después de todo, sólo significaba un héroe menos. Las provincias de Ukrania, las fronteras; de Lituania y de Rusia dejarían de ser devastadas; Polonia recobraría, con su tranquilidad, su rey legítimo, ya reconciliado con el zar, su bienhechor. Suecia, en fin, agotada de hombres y dinero, podía encontrar motivos de consuelo; Pera si el zar perecía, inmensas empresas útiles a todo, el género humano serían sepultadas con él, y el más vasto imperio de la tierra

volvería a caer en el caos, del que apenas había empezado a salir.

*27 junio 1709.* -Algunos cuerpos suecos y rusos habían venido más de una vez a las manos bajo los muros de la ciudad. Carlos, en uno de esos encuentros, había sido herido de un tiro de carabina que le fracturó los huesos del pie; sufrió operaciones dolorosas, que soportó con su valor ordinario, y se vio obligado a guardar cama algunas días. En este estado, supo que Pedro iba a atacarle; sus ideas de gloria no le permitieron esperarle en sus trincheras; salió de ellas haciéndose llevar en una camilla. El Diario de Pedro el Grande confiesa que los suecos atacaron con un valor tan obstinado los reductos guarnecidos de cañones que protegían su caballería, que, a pesar de su resistencia y no obstante un fuego continuo, se hicieron dueños de dos reductos. Se ha escrito que la infantería sueca, dueña de dos reductos, creyó la batalla ganada y gritó: ¡victoria! El capellán Norberg, que estaba lejos del campo de batalla, en la ambulancia -donde debía estar-, pretende que esto es una calumnia; pero hayan gritado o no victoria los suecos, lo cierto es que no la obtuvieron. El fuego de los demás reductos no disminuyó y los rusos resistieron en todas partes con una firmeza tan

grande como el valor con que se les atacaba. No hicieron ningún movimiento irregular. El zar dispuso su ejército en batalla, fuera de sus trincheras, con orden y rapidez.

La batalla se hizo general. Pedro desempeñaba en su ejército las funciones de jefe de Estado Mayor general; el general Bauer mandaba la derecha; Menzikoff, la izquierda; Sheremeto, el centro. La acción duró dos horas. Carlos, con la pistola en la mano, iba de fila en fila en su camilla, llevado por sus drabanes; un cañonazo mató a uno de los guardias que lo conducían e hizo pedazos la camilla. Carlos se hizo llevar entonces sobre lanzas, pues es difícil, diga lo que quiera Norberg, que en una acción tan viva se hubiese encontrado unta nueva camilla preparada. Pedro recibió varios balazos en su traje y en su sombrero: los dos príncipes estuvieron continuamente en medio del fuego durante toda la acción. Al fin, después de dos horas de combate, los suecos fueron arrollados en todas partes; cundió entre ellos el desorden, y Carlos XII se vio obligado a huir ante aquel a quien había despreciado tanto. Se puso a caballo en su huida el mismo héroe que no había podido montar en él durante la batalla: la necesidad le dio un poco de fuerza; corrió, sufriendo

agudos dolores, todavía más acerbos por añadirse el de estar vencido sin remedio. Los rusos contaron nueve mil doscientos veinticuatro suecos muertos sobre el campo de batalla; hicieron durante la acción de dos a tres mil prisioneros, sobre todo en la caballería.

Carlos XII precipitaba su fuga con unos catorce mil combatientes, muy poca artillería de campaña, víveres, municiones y pólvora. Marchó hacia el Borístenes, al Mediodía, entre los ríos Vorskla y Sol[50], en el país de los zaporogos. Más allá del Borístenes hay en este lugar grandes desiertos, que conducen a las fronteras de Turquía. Norberg asegura que los vencedores no se atrevieron a perseguir a Carlos; sin embargo, confiesa que el príncipe Menzikoff se presentó en las alturas con diez mil hombres de caballería y un tren de artillería considerable cuando el rey pasaba el Borístenes (12 julio 1709). Catorce mil suecos se entregaron como prisioneros de guerra a estos diez mil rusos; Levenhaupt, que los mandaba, firmó esta fatal capitulación, por la cual entregaba al zar las zaporogos que, combatiendo por su rey, se encontraban en este ejército fugitivo. Los principa-

[50] Psol

les prisioneros hechos en la batalla, y por la capitulación, fueron el conde Piper, primer ministro, con dos secretarios de Estado y dos de gabinete; el feldmariscal Renschil, los generales Levenhaupt, Slipenbuk, Rosen, Stakelber, Creutzy Hámilton; tres ayudantes generales, el auditor general del ejército, cincuenta y nueve oficiales de Estado Mayor, cinco coroneles, entre los cuales estaba un príncipe de Wirtenberg; diez y seis mil novecientos cuarenta y dos soldados o suboficiales; en fin, comprendiendo en ellos los criados del rey y otras personas que seguían al ejército, un total de diez y ocho mil setecientos cuarenta y seis en poder del vencedor; lo que, unido a los nueve mil doscientos veinticuatro que murieron en la batalla, y a cerca de dos mil hombres que pasaron el Borístenes siguiendo al rey, hace ver que había, en efecto, veintisiete mil combatientes a sus órdenes en esta memorable jornada[51].

[51]Se han impreso en Amsterdam, en 1730, las Memorias de Pedro el Grande, por el supuesto boyardo Iván Nestesuranoy. Dice en las Memorias que el rey de Suecia, antes de pasar el Borístenes envió un oficial general a ofrecer la paz al zar. Los cuatro tomos de estas Memorias son un tejido de falsedades y de necedades parejas o de gacetillas coleccionadas.

Había partido de Sajonia con cuarenta y cinco mil combatientes; Levenhaupt le había traído más de diez y seis mil de Livonia; nada quedaba de este brillante ejército y de una numerosa artillería, perdida en las marchas, enterrada en los pantanos; no había conservado más que diez y ocho cañones fundidos, dos obuses y doce morteros. Con estas débiles fuerzas fue con las que emprendió el sitio de Pultava y el ataque a un ejército provisto de una artillería formidable; así se le acusa de haber demostrado desde su salida de Alemania más valor que prudencia. Por parte de los rusos no hubo más muertos que cincuenta y dos oficiales y mil doscientos noventa y tres soldados: esta es una prueba de que su posición era mejor que la de Carlos y que su fuego fue infinitamente superior.

Un ministro enviado a la corte del zar pretende en sus Memorias que, habiendo sabido Pedro el proyecto de Carlos de acogerse a los turcos, le escribió para conjurarle no tomase esta resolución desesperada y se entregase antes en sus manos que en las del enemigo natural de todos los príncipes cristianos. Le daba su palabra de honor de no retenerle prisionero y terminar sus diferencias con una paz razonable. La carta fue llevada por un enviado

especial hasta el río Bug, que separa los desiertos de Ukrania de los Estados del sultán. Llegó cuando Carlos estaba ya en Turquía y volvió a llevar la carta a su soberano. El ministro añade que él conoce este[52] suceso por el mismo que había sido encargado de la carta. Esta anécdota no es nada inverisímil; pero no se halla en el Diario de Pedro el Grande ni en ninguno de los documentos que se me han confiado. Lo más importante en esta batalla es que, de todas las que ensangrentaron la tierra, es la única que, en lugar de no producir más que la destrucción, haya servido para la felicidad del género humano, puesto que ha dado al zar libertad para civilizar una gran parte del mundo.

Se han dado en Europa más de doscientas batallas campales desde el comienzo de este siglo hasta el año en que escribo. Las victorias más famosas y más sangrientas no han tenido otras consecuencias que la conquista de algunas pequeñas provincias, cedidas en seguida mediante tratados y vueltas a tomar en otras batallas. Ejércitos de cien mil hombres han combatido con frecuencia; Pero los más violentos esfuerzos no han tenido más que éxitos

[52] Este suceso se encuentra también en una carta Impresa al

débiles y pasajeros; se han realizado las cosas más pequeñas con los mayores medios. No hay ejemplo en nuestras naciones modernas de ninguna guerra que haya compensado con un pequeño bien el mal que haya hecho; pero de la jornada de Pultava ha resultado la felicidad del más vasto imperio de la tierra.

---

principio de las *Anécdotas de Rusia.*

# CAPITULO XIX

## Consecuencias de la victoria de Pultava. -Carlos XII, refugiado entre los turcos. -Augusto, destronado por él, vuelve a entrar en sus Estado. -Conquistas de Pedro el Grande.

Entre tanto, se presentaban al vencedor todos los principales prisioneros; el zar les hizo entregar sus espadas y les invitó a su mesa. Ya es muy sabido que al brindar les dijo: Bebo a la salud de mis maestros en el arte de la guerra ; pero la mayor parte de sus maestros, por lo menos todos los oficiales subalternos y todos los soldados, fueron bien pronto enviados a Siberia. No había tratado alguno para el canje de prisioneros entre los rusos y los suecos; el zar había propuesto uno antes del sitio de

Pultava; Carlos lo rechazó, y sus suecos fueron totalmente las víctimas de su indomable fiereza.

Fue esta misma fiereza, siempre fuera de sazón, la que causó todas las aventuras de este príncipe en Turquía y todas sus calamidades, más dignas de un héroe del *Ariosto* que de un rey juicioso, pues en cuanto estuvo cerca de Bender se le aconsejó que escribiese al gran visir, según la costumbre, y él creyó que eso sería rebajarse demasiado. Semejante obstinación le malquistó con todos los ministros de la Puerta sucesivamente; no sabía acomodarse ni al momento ni a los lugares[53].

A las primeras noticias de la batalla de Pultava, hubo una revolución general en los espíritus y en los negocios en Polonia, en Sajonia, en Suecia, en Silesia. Carlos, cuando imponía las leyes, había exigido del emperador de Alemania, José I, que se despojase a los católicos de ciento cinco iglesias de los silesianos de la confesión de Augsburgo; los católicos recuperaron casi todos los templos luteranos en

---

[53]La Motraye, en el relato de sus viajes, copia una carta de Carlos XII al gran visir; pero esta carta es falsa, como la mayor parte de las referencias de este viajero mercenario, y el mismo Norberg confiesa que el rey de Suecia no quiso nunca escribir al gran visir.

cuanto se informaron del desastre de Carlos. Los sajones no pensaron más que en vengarse de las extorsiones de un vencedor que les había costado, según decían, veintitrés millones de escudos. Su elector, rey de Polonia, protestó inmediatamente contra la abdicación, que se le había arrancado a la fuerza; y, habiendo recobrado la gracia del zar, se apresuró a subir al trono de Polonia. Suecia, consternada, creyó por mucho tiempo a su rey muerto, y el Senado, indeciso, no sabía qué partido tornar.

Pedro tomó incontinenti el de aprovechar su victoria: hizo partir al mariscal Sheremeto con un ejército a la Livonia, en cuyas fronteras ese general se había distinguido tantas veces. El Príncipe Menzikoff fue enviado aceleradamente, con numerosa caballería, a las pocas tropas dejadas en Polonia, para alentar a toda la nobleza del partido de Augusto para expulsar al competidor, que no se le consideraba más que como un rebelde, y para dispersar algunas tropas suecas que todavía quedaban bajo el general sueco Crassan.

Pedro mismo parte inmediatamente, pasa por Kiev, por los palatinados de Chelm y de la Alta Volinia, llega a Lublín, se pone de acuerdo con el general de Lituania (18 septiembre 1709); ve en seguida

las tropas de la Corona que prestan juramento de fidelidad al rey Augusto (7 octubre); de allí se vuelve a Varsovia, y goza en Thorn del más hermoso de los triunfos: el de recibir las demostraciones de gratitud de un rey al cual le devolvía sus Estados. Allí concluyó un tratado contra Suecia con los reyes de Dinamarca, de Polonia y de Prusia. Se trataba ya de recuperar todas las conquistas de Gustavo Adolfo. Pedro hacía revivir las antiguas pretensiones de los zares sobre la Livonia, la Ingria, la Carelia y sobre una parte de Finlandia; Dinamarca reclamaba la Escania; el rey de Prusia, la Pomerania.

El valor desdichado de Carlos desmoronaba así todo el edificio que el valor, con fortuna, de Gustavo Adolfo había elevado. La nobleza polaca venía en montón a confirmar sus juramentos a su rey o a pedirle perdón por haberle abandonado; casi todos reconocían a Pedro por su protector.

A las armas del zar, a sus tratados, a esta revolución súbita, Estanislao no pudo oponer más que su resignación; hizo propagar un escrito, que se llama *Universal,* en el que dice que está dispuesto a renunciar a la corona si la república lo, exige.

Pedro, después de haber concertado todo con el rey de Polonia, y habiendo ratificado el tratado con

Dinamarca, partió incontinenti para concluir su negociación con el rey de Prusia. No era costumbre todavía entre los soberanos ir a hacer ellos mismos las funciones de sus embajadores; fue Pedro quien introdujo esta costumbre nueva y poco seguida. El elector de Brandeburgo, primer rey de Prusia, fue a conferenciar con el zar a Marienberder, pequeña ciudad situada en la parte Occidental. de la Pomerania, fundada por los caballeros teutónicos y enclavada en la raya de Prusia, convertida en reino. Este reino era pequeño y pobre; pero su nuevo rey ostentaba en él cuando viajaba la pompa más fastuosa; con este brillo había recibido a Pedro en su primera visita, cuando este príncipe dejó su imperio para ir a instruirse entre los extranjeros (20 octubre 1709). Recibió ahora al vencedor de Carlos XII todavía con más magnificencia. Pedro no concertó primeramente con el rey de Prusia más que un tratado defensivo, pero que consumó en seguida la ruina de los asuntos de Suecia.

*21 noviembre 1709*. -No se perdía ni un instante. Pedro, después de haber concluido rápidamente las negociaciones, que en todas las demás partes son tan largas, va a reunir su ejército delante de Riga, la capital de Livonia; comienza por bombardear la

plaza, dispara él mismo las tres primeras bombas, establece en seguida un bloqueo, y, en cuanto ve que Riga no puede ya escapársele, va a vigilar las obras de su ciudad de Petersburgo, la construcción de casas, su flota; pone con sus propias manos la quilla de un buque de cincuenta y cuatro cañones, y parte en seguida para Moscú. Se recreó en trabajar en los preparativos del triunfo, que ostentó en esta capital; ordenó toda la fiesta, trabajó él mismo, dispuso todo.

*1 enero.* -El año 1710 comenzó con esta solemnidad, necesaria entonces a sus pueblos, a los cuales inspiraba sentimientos de grandeza, y agradable a quienes habían temido ver entrar como vencedores por sus muros a aquellos de quienes se había triunfado; se vio pasar bajo siete arcos magníficos la artillería de los vencidos, sus banderas, sus estandartes, la camilla de su rey, los soldados, los oficiales, los generales, los ministros prisioneros, todos a pie, al son de las campanas, de las trompetas, de cien piezas de artillería y de las aclamaciones de innumerable gente, que se hacía oír cuando los cañones callaban. Los vencedores, a caballo, cerraban la marcha; los generales, a la cabeza, y Pedro, en su puesto de jefe del Estado Mayor general. En cada arco de

triunfo había representantes de los diferentes órdenes del Estado, y en el último, un grupo escogido de jóvenes hijos de boyardos, vestidos a la romana, que presentaban laureles al monarca victorioso.

A esta fiesta pública sucedió una ceremonia no menos halagüeña. Había ocurrido en 1708 una aventura tanto más desagradable cuanto que Pedro era entonces poco afortunado. Mateof, su embajador en Londres cerca de la reina Ana, con licencia para ausentarse, fue detenido con violencia por dos alguaciles, en nombre de algunos comerciantes ingleses, y conducido ante un juez de paz para el cobro de sus deudas. Los comerciantes ingleses pretendían que las leyes del comercio debían prevalecer sobre los privilegios de los ministros; el embajador del zar y todos los ministros públicos que se unieron a él decían que su persona debía ser siempre inviolable. El zar pidió enérgicamente justicia en sus cartas a la reina Ana; pero ella no podía hacérsela, porque las leyes de Inglaterra permiten a los comerciantes perseguir a sus deudores, y ninguna ley exceptúa a los ministros públicos de esta persecución. La muerte de Patkul, embajador del zar, ejecutado el año precedente por orden de Carlos XII, alentó al pueblo de Inglaterra a no res-

petar una jerarquía tan cruelmente profanada; los demás ministros que estaban entonces en Londres se vieron obligados a responder por el del zar; y al fin, todo lo que pudo hacer la reina en su favor fue recomendar al Parlamento aprobase un decreto por el cual en lo sucesivo no fuese posible detener a un embajador por deudas; pero después de la batalla de Pultava era necesario dar una satisfacción más auténtica. La reina le presentó públicamente sus excusas por medio de una embajada solemne (16 febrero 1710).

Míster De Widworth, designado para esta ceremonia, comenzó su arenga con estas palabras:

*Muy alto y muy poderoso emperador*. Le dijo que se había encarcelado a los que se habían atrevido a detener a su embajador y se les había declarado infames; no había nada de esto, pero bastaba con decirlo; y el título de emperador, que la reina no le daba antes de la batalla de Pultava, mostraba bien la consideración de que gozaba en Europa. Se le daba ya comúnmente este título en Holanda, y no sólo los que le habían visto trabajar con ellos en los astilleros de Sardam, y que se interesaban más en su gloria, sino todos los principales del Estado, le llamaban a porfía con el nombre de emperador y

celebraban su victoria con fiestas en presencia del ministro de Suecia.

Esta consideración universal de que gozaba por su victoria la aumentó no perdiendo un momento para aprovecharse de ella. Elbing es sitiado desde luego; ésta es una ciudad anseática de la Prusia real en Polonia; los suecos tenían todavía en ella una guarnición (11 marzo 1710.) Los rusos asaltan la ciudad, entran en ella, y toda la guarnición cae prisionera de guerra; esta plaza era uno de los grandes almacenes de Carlos XII; se encontraron allí ciento ochenta y tres cañones de bronce y ciento cincuenta y siete morteros. Inmediatamente, Pedro se apresura a ir de Moscú, a Petersburgo; apenas llegado se embarca bajo su nueva fortaleza de Cronslot, bordea las costas de la Carelia, y, a pesar de una violenta tempestad, conduce su flota ante Viborg, la capital de la Carelia en Finlandia, mientras que su ejército de tierra se aproxima sobre pantanos helados; la ciudad es cercada y se estrecha el bloqueo de la capital de la Livonia (23 junio). Víborg se rinde bien pronto después de abierta la brecha, y una guarnición, compuesta de unos cuatro mil hombres, capitula; pero sin poder obtener los honores de la guerra, fue hecha prisionera, a pesar de la capitula-

ción. Pedro se quejaba de varias infracciones por parte de los suecos; prometió devolver la libertad a estas tropas cuando los suecos hubiesen satisfecho sus quejas; era necesario en este asunto obtener las órdenes del rey de Suecia, siempre inflexible; Y estos soldados, que Carlos hubiera podido libertar, permanecieron cautivos. Así fue cómo el príncipe de Orange, rey de Inglaterra, Guillermo III, había detenido en 1695 al mariscal Boufflers, a pesar de la capitulación de Namur. Hay varios ejemplos de estas violaciones, y sería de desear que no volviese a haberlas.

Después de la conquista de esta capital, el sitio de Riga se convirtió bien pronto en un sitio regular, llevado con ardimiento; era necesario romper el hielo en el río Duna, que baña por el Norte los muros de la ciudad. La epidemia que desolaba desde algún tiempo antes estos lugares entró en el ejército sitiador y le arrebató nueve mil hombres; sin embargo, el sitio no aflojó por esto; fue largo, y la guarnición obtuvo los honores de guerra (15 julio 1710); pero se estipuló en la capitulación que todos los oficiales Y soldados livonianos entrasen al servicio de Rusia como ciudadanos de un país que había sido desmembrado de ella y que los antepasados

de Carlos XII habían usurpado; los privilegios de que su padre había despojado a los livonianos les fueron devueltos, y todos los oficiales entraron al servicio del zar; ésta fue la venganza más noble que pudo tomar de la muerte del livoniano Patkul, su embajador, condenado por haber defendido esos mismos privilegios. La guarnición estaba compuesta de unos cinco mil hombres. Poco tiempo después, la ciudadela de Pennamunde fue conquistada; se encontró, tanto en la ciudad como en el fuerte, más de ochocientas bocas de fuego.

Faltaba, para ser completamente dueño de la Carelia, la ciudad fuerte de Kexholm, sobre el lago Ladoga, situado en una isla, y que se consideraba como inexpugnable (19 septiembre 1710); fue bombardeada algún tiempo después, y bien pronto rendida (23 septiembre.) La isla de Oesel, en el mar que baña el Norte de la Livonia, fue sometida con la misma rapidez.

Por la parte de Estonia, en la provincia de Livonia, hacia el Septentrión, y sobre el golfo de Finlandia, están las ciudades de Pernau y de Revel; al hacerse dueño de ellas, la conquista de Livonia estaba acabada (25 agosto 1710). Pernau se rindió, después de un sitio de pocos días (10 septiembre), y

Revel se sometió, sin que se disparase contra la ciudad un solo cañonazo; pero los sitiados hallaron modo de escapar del vencedor, al mismo tiempo que caían prisioneros de guerra; algunos barcos de Suecia atracaron a la rada durante la noche; la guarnición se embarcó, así como la mayoría de los vecinos, y los sitiadores, al entrar en la ciudad, se asombraron de encontrarla desierta. Cuando Carlos XII ganó la victoria de Narva no esperaba que sus tropas tuviesen un día necesidad de recurrir a semejantes ardides de guerra.

En Polonia, Estanislao, viendo su partido aniquilado, se había refugiado en la Pomerania, que aun le quedaba a Carlos XII; Augusto reinaba, y era difícil decidir si Carlos había alcanzado más gloria al destronarlo que Pedro al reponerlo.

Los Estados del rey de Suecia eran todavía más desgraciados que él; esta enfermedad contagiosa que había asolado toda la Livonia pasó a Suecia y arrebató a treinta mil, personas sólo en la ciudad de Estocolmo; arrasó las provincias, ya demasiado despobladas de habitantes, pues durante diez años consecutivos la mayor parte había salido del país para ir a perecer en pos de su soberano.

Su mala fortuna le perseguía en la Pomerania. Sus tropas de Polonia se habían retirado allí, en número de once mil combatientes; el zar, el rey de Dinamarca, el de Prusia, el elector de Hannóver, el duque de Holstein, se unieron para inutilizar todos juntos este ejército y para forzar al general Crassan, que lo mandaba, a la neutralidad. La regencia de Estocolmo, no habiendo recibido noticias de su rey, se consideró muy feliz, en medio de la epidemia que devastaba la ciudad, por firmar esta neutralidad, que parecía, al menos, deber librar de los horrores de la guerra a una de sus provincias. El emperador de Alemania favoreció este singular tratado: se estipuló que el ejército sueco que estaba en Pomerania no pudiera salir de ella para ir a defender en otra parte a su monarca; se decidió además en el imperio de Alemania reclutar un ejército para hacer ejecutar este convenio, que no, tenía ejemplo; y es que el emperador, que estaba entonces en guerra con Francia, esperaba hacer entrar el ejército sueco a su servicio. Toda esta negociación fue conducida mientras Pedro se apoderaba de la Livonia, la Estonia y la Carelia.

Carlos XII, que durante todo ese tiempo hacía tocar, desde Bender a la Puerta Otomana, todos los

resortes posibles para comprometer al Diván a declarar la guerra al zar, recibió esta noticia como uno de los más funestos golpes que le deparaba la fortuna; no pudo soportar que su Senado de Estocolmo hubiese atado las manos a su ejército: fue entonces cuando escribió que enviaría una de sus botas para gobernarlo.

Los dinamarqueses, entre tanto, preparaban un desembarco en Suecia. Todas las naciones de Europa estaban entonces en guerra: España, Portugal, Italia, Francia, Alemania., Holanda, Inglaterra, combatían todavía por la sucesión del rey de España Carlos II, y todo el Norte estaba armado contra Carlos XII. Sólo faltaba una querella con la Puerta Otomana para que no hubiese ninguna ciudad de Europa que no estuviese expuesta a estos estragos. Esta querella llegó cuando Pedro estaba en el punto más alto de su gloria, y precisamente por estar en él.

# SEGUNDA PARTE

## CAP TULO PRIMERO

### Campa a del Pruth

El sultán Achmet III declaró la guerra a Pedro I; pero esto no fue para favorecer al rey de Suecia, sino, seguramente, por su propio interés. El kan de los tártaros de Crimea veía con temor un vecino que había llegado a ser tan poderoso. La Puerta recelaba de sus barcos sobre el Palus-Meótide y sobre el mar Negro; de la ciudad de Azof, fortificada, y del puerto de Tangarok, ya célebre; en fin, de tantos y tan grandes triunfos, y del aumento de ambición que los éxitos producen siempre.

No es ni verisímil ni verdadero que la Puerta Otomana hiciese la guerra al zar en el Palus-Meótide

porque un navío sueco hubiese apresado en el mar Báltico una barca en la que se encontró una carta de un ministro cuyo nombre nunca se ha dicho. Norberg ha escrito que esta carta contenía un plan de conquista del imperio turco; que la carta fue llevada a Carlos XII, en Turquía; que Carlos la envío al Diván, y que por esta carta se declaró la guerra. Esta fábula lleva consigo el carácter bastante marcado de fábula. El kan de los tártaros, más inquieto todavía que el Diván de Constantinopla por la vecindad de Azof, fue quien, a instancias suyas, consiguió que se emprendiese la campaña. Lo que refiere Norberg sobre las pretensiones del sultán no es menos falso ni menos pueril; dice que el sultán Achmet envió al zar las condiciones bajo las cuales concertaría la paz antes de haber comenzado la guerra. Estas condiciones eran, según el confesor de Carlos XII, restaurar a Estanislao, devolver la Livonia a Carlos, pagar a este príncipe, en dinero contante, lo que le había tomado en Pultava, y demoler a Petersburgo[54]. La Livonia no estaba aún toda entera en poder del zar

---

[54] Esto fue fraguado por un tal Brazey, autor famélico de una hoja titulada *Memorias satíricas, históricas y entretenidas*.

Norberg bebió en esa fuente. Parece que el confesor no era el confidente de Carlos XII.

cuando Achmet III tomó, en el mes de agosto, la resolución de decidirse. Apenas si podía saber la rendición de Riga. La proposición de restituir en dinero los efectos perdidos por el rey de Suecia en Pultava sería, de todas las ideas, la más ridícula, si la de demoler Petersburgo no lo fuese aún más. Hubo mucho de fantástico en la conducta de Carlos en Bender; pero la del diván hubiera sido más fantástica todavía si hubiese tenido tales exigencias.

*Noviembre 1710.* El kan de los tártaros, que era el gran motor de esta guerra, fue a ver a Carlos en su retiro. Los dos estaban unidos por los mismos intereses, puesto que Azof está frontero de la pequeña Tartaria. Carlos y el kan de Crimea eran quienes más habían perdido con el engrandecimiento del zar; pero el kan no mandaba los ejércitos del sultán; era como los príncipes feudatarios de Alemania, que sirvieron al imperio con sus propias tropas, subordinadas al general del emperador alemán.

*29 noviembre de 1710.* El primer paso del Diván fue hacer detener en las calles de Constantinopla al embajador del zar, Tolstoy, y a treinta de sus criados, y encerrarlos en el castillo de las Siete Torres. Esta costumbre bárbara, de la que los salvajes se avergonzarían, procede de que los turcos tienen

siempre ministros extranjeros residiendo continuamente allí, mientras que ellos no envían nunca embajadores ordinarios. Miran a los embajadores de los príncipes cristianos como cónsules de comerciantes; y no sintiendo menos desprecio por los cristianos que por los judíos, no se dignan observar con ellos el derecho de gentes sino cuando se ven forzados a ello; por lo menos hasta ahora han persistido en este orgullo feroz.

El célebre visir Achmet Couprougli, que tomó Candía bajo Mahomet IV, había tratado al hijo de un embajador de Francia afrentosamente, y, habiendo llevado la brutalidad hasta el punto de golpearle, le había reducido a prisión, sin que Luis XIV, tan orgulloso como era, hubiese mostrado su resentimiento más que enviando otro ministro a la Puerta. Los príncipes cristianos muy delicados entre sí en todo lo que toca al puntillo de honor, y que hasta lo han hecho entrar en el derecho público, parece que lo han olvidado con los turcos.

Nunca soberano alguno se vio más ofendido, en la persona de sus ministros que el zar de Rusia. En el transcurso de pocos años vio a su embajador en Londres reducido a prisión por deudas; a su plenipotenciario en Polonia y en Sajonia muerto en el

suplicio de la rueda, por orden del rey de Suecia; a su ministro en la Puerta Otomana cogido y llevado a la cárcel en Constantinopla como un malhechor.

La reina de Inglaterra, como ya hemos visto, le dio entera satisfacción por el ultraje de Londres. La terrible afrenta recibida en la persona de Patkul, fue lavada con la sangre de los suecos en la batalla de Pultava; pero la fortuna dejó impune la violación del derecho de gentes por los turcos.

*Enero 1711.* - El zar se vio obligado a dejar el teatro de la guerra en Occidente, para ir a combatir en las fronteras de Turquía[55]. Primeramente hace avanzar, hacia la Moldavia, diez regimientos que estaban en Polonia; ordena al mariscal Sheremeto salir de la Livonia con su cuerpo de ejército; y, dejando al príncipe de Menzikoff al frente de los asuntos de Petersburgo, va a Moscú a dictar todas las órdenes para la campaña que va a iniciarse.

*18 enero 1711.* -Se establece un senado de regencia; sus regimientos de guardias se ponen en marcha; ordena a los jóvenes nobles acudan a aprender bajo su mando el oficio de la guerra; coloca a unos en calidad de cadetes, a otros como ofi-

ciales subalternos. El almirante Apraxin va a Azof a encargarse del mando en tierra y mar. Tomadas todas estas medidas, ordena en Moscú que se reconozca una nueva zarina: ésta era aquella misma persona, hecha prisionera de guerra en Marienburgo en 1702. Pedro había repudiado, el año 1696, a Eudoxia Lapoukin[56], su esposa, de la que tenía dos hijos. Las leyes de su Iglesia permiten el divorcio; y si ellas lo hubiesen prohibido, él hubiese hecho una ley para permitirlo.

La joven prisionera de Marienburgo, a quien se había dado el nombre de Catalina, estaba por encima de su sexo y de su desgracia. Se hizo tan agradable por su carácter, que el zar quiso tenerla cerca de sí; le acompañó en sus viajes y en sus penosos trabajos, participando de sus fatigas endulzando sus penas con la alegría de su espíritu y su complacencia, no conociendo este aparato de lujo y de molicie, del que las mujeres han creado en otras partes necesidades reales. Lo que dio, más singularidad a esta benevolencia es que no se vio envidiada ni combatida, y que nadie pudo llamarse su víctima. Ella cal-

---

[55] Es muy extraño que tantos autores confundan la Valaquia y la Moldavia.

[56] Laponchin

mó con frecuencia la cólera del zar, y todavía le hizo más grande haciéndole más clemente. En fin, se le hizo tan necesaria, que se casó secretamente con ella en 1707. Tenía ya dos hijas de ella, y al año siguiente tuvo una princesa que después casó con el duque de Holstein. El matrimonio secreto de Pedro y de Catalina fue declarado el mismo día que el zar[57] partió con ella para ir a probar su fortuna con el imperio otomano.

*27 marzo 1711.* -Todas las disposiciones prometían un feliz resultado. El hetman de los cosacos debía contener a los tártaros que ya asolaban la Ukrania desde el mes de febrero; el ejército ruso avanzaba hacia el Niester; otro cuerpo de ejército, bajo el príncipe Gallitzin, marchaba por la Polonia. Todos los principios fueron favorables, pues Gallitzin, habiendo encontrado cerca de Kiev una partida numerosa de tártaros unidos a algunos cosacos y a algunos polacos del partido de Estanislao y aun de suecos, los derrotó completamente y les mató cinco mil hombres. Esos tártaros habían ya hecho diez mil esclavos en la llanura. Es de tiempo inmemorial la costumbre de los tártaros de llevar consigo más

[57] Diario de Pedro el Grande.

cuerdas que cimitarras para atar a los desgraciados a quienes sorprenden. Los cautivos fueron todos libertados y sus raptores pasados a cuchillo. Todo el ejército, si hubiese estado reunido, debía ascender a sesenta mil hombres. Todavía debería ser aumentado con las tropas del rey de Polonia. Este príncipe, que todo lo debía al zar, fue a encontrarle, el 3 de junio, en Iaroslau, sobre el río Sane, y le prometió valiosos socorros. Se proclamó la guerra contra los turcos en nombre de los dos reyes; pero la Dieta de Polonia no ratificó lo que Augusto había prometido: no quiso romper con los turcos. Era el sino del zar tener en el rey Augusto un aliado que no podía ayudarle nunca. Las mismas esperanzas tuvo en la Moldavia y en la Valaquia, y sufrió igual equivocación.

La Moldavia y la Valaquia debían sacudir el yugo de los turcos. Esos países son los de los antiguos dacios, quienes, unidos a los gépidos, inquietaron durante mucho tiempo al imperio romano; Trajano los sometió; el primer Constantino los hizo cristianos. La Dacia fue una provincia del imperio de Oriente; pero bien poco después, estos mismos pueblos contribuyeron a la ruina del de Occidente, sirviendo bajo los Odoacros y Teodorico.

Estos países quedaron después unidos al imperio griego; y cuando los turcos tomaron Constantinopla, fueron gobernados y oprimidos por príncipes especiales. Al fin han sido sometidos enteramente por el padishá o emperador turco, que es quien da la investidura. El hospodar o vaivoda que la Puerta escoge para gobernar esas provincias es siempre un cristiano griego. Los turcos, con esta elección, muestran su tolerancia, mientras que nuestros charlatanes ignorantes les reprochan la persecución. El príncipe que la Puerta nombra es tributario, o más bien arrendatario; ella confiere, esta dignidad a quien más ofrece y al que hace mas regalos al visir, lo mismo que confiere el patriarcado griego de Constantinopla. Algunas veces es un drogman, es decir, un intérprete del diván, quien obtiene este cargo. Rara vez la Moldavia y la Valaquia están reunidas bajo un mismo vaivoda; la Puerta separa estas dos provincias para estar más segura de ellas. Demetrio Cantemir había obtenido la Moldavia. Este vaivoda Kantemir se hacía descender de Tamerlán, porque el nombre de Tamerlán era Timur, y este Timur era un kan tártaro; y del nombre de Timur-kan procede, decían, la familia de Kantemir.

Bassaraba Brancovan había sido encargado del gobierno de la Valaquia. Este Bassaraba no encontró ningún genealogista que le hiciese descender de un conquistador tártaro. Kantemir creyó que había llegado el momento de sacudir la dominación de los turcos y hacerse independiente con la protección del zar. Hizo precisamente con Pedro lo que Mazeppa había hecho con Carlos. Comprometió también primeramente al hospodar de Valaquia, Bassaraba, a entrar en la conspiración, de la que esperaba recoger todo el fruto. Su plan era hacerse dueño de las dos provincias. El obispo de Jerusalén, que estaba entonces en Valaquia, fue el alma del complot. Kantemir prometió al zar tropas y víveres, como Mazeppa había prometido al rey de Suecia, y no cumplió mejor su palabra.

El general Sheremeto avanzó hasta Yassi, capital de la Moldavia, para observar y contribuir a la ejecución de esos grandes proyectos. Kantemir acudió a encontrarle y fue recibido como un príncipe; pero él no obró como príncipe más que publicando un manifiesto contra el imperio turco. El hospodar de Valaquia, que muy pronto descubrió sus miras ambiciosas, abandonó el partido y volvió a la legalidad. El obispo de Jerusalén, temiendo, con razón, por su

cabeza, huyó y se ocultó; los pueblos de la Valaquia y la Moldavia permanecieron fieles a la Puerta Otomana, y los que debían suministrar víveres al ejército ruso los llevaron al ejército turco.

Ya el visir Baltagi-Mehemet había pasado el Danubio al frente de cien mil hombres, y marchaba hacia Yassi a lo largo del Pruth, en otro tiempo el río Hieraso, que vierte en el Danubio, y que está aproximadamente en la frontera de la Moldavia y de la Besarabia. Envió entonces al conde Poniatowski, gentilhombre polaco, agregado al partido del rey de Suecia, a rogar a este príncipe fuese a visitarle y a ver su ejército. Carlos no pudo decidirse a ello; exigió que el gran visir le visitase primero en su asilo próximo a Bender: su orgullo podía más que su interés. Cuando Poniatowski volvió al campo turco y expuso la negativa de Carlos XII: *Ya esperaba yo,* dijo el visir al kan de los tártaros, *que ese orgulloso pagano procedería así***.** Esta soberbia recíproca que enloquece siempre a todos los hombres con  cargo, no benefició los asuntos del rey de Suecia; él debió, por otra parte, observar bien pronto que los turcos no obraban más que en provecho de ellos y no en el de él.

Mientras que el ejército otomano pasaba el Danubio, el zar avanzaba por las fronteras de Polonia,

pasaba el Borístenes para ir a salvar al mariscal Sheremeto, quien al sur de Yassi, en las orillas del Pruth, estaba amenazado de verse muy pronto rodeado por cien mil turcos y un ejército de tártaros. Pedro, antes de pasar el Borístenes, tenía miedo de exponer a Catalina a un peligro que cada día se hacía más terrible; pero Catalina miraba esta atención del zar como un ultraje a su cariño y a su valor; instó tanto, que el zar no pudo prescindir de ella: el ejército la veía con alegría a caballo a la cabeza de las tropas; rara vez utilizaba un carruaje. Fue preciso marchar más allá del Borístenes por algunos desiertos, atravesar el Bog, y en seguida el río Tiras, que hoy se llama Niester; después de lo cual se encontraba todavía otro desierto antes de llegar a Yassi, a orillas del Pruth. Ella animaba al ejército, repartía en todo él la alegría, enviaba socorros a los oficiales enfermos y extendía sus cuidados a los soldados.

*4 julio 1711*. -Se llegó al fin a Yassi, donde había que establecer almacenes. El hospodar de Valaquia, Bessaraba, volvió a ingresar en el bando de la Puerta, y, fingiendo pertenecer al del zar, le propuso la paz, aunque el gran visir no le hubiese encargado de ello; se comprendió en seguida la asechanza; se

limitaron a pedirle víveres, que no podía ni quería suministrar. Era difícil hacerlos venir de Polonia; las provisiones que Kantemir había prometido, y que esperaba en vano sacar de la Valaquia, no podían llegar; la situación se hacía inquietante. Una peligrosa plaga se unió a todos estos contratiempos, nubes de langostas cubrieron los campos, los devoraron y los infectaron; faltaba el agua con frecuencia durante la marcha, bajo un Sol abrasador y en desiertos áridos; hubo necesidad de llevar al ejército agua en toneles.

Pedro, en esta expedición, se encontraba, una fatalidad singular, al alcance de Carlos XII, pues Bender no está alejado más que veinticinco leguas comunes del sitio en que el ejército ruso acampaba cerca de Yassi. Algunas partidas de cosacos penetraron hasta el retiro de Carlos; pero los tártaros de Crimea, que merodeaban por estos lugares, pusieron al rey de Suecia a cubierto de una sorpresa. Este esperaba con impaciencia Y sin miedo, en su campo, el resultado de la guerra.

Pedro se apresuró a marchar sobre la orilla derecha del Pruth en cuanto hubo establecido algunos almacenes. El objeto decisivo era impedir a los turcos, apostados más abajo de la orilla izquierda, pa-

sar el río y llegar hasta él. Esta maniobra debía hacerle dueño de la Moldavia y de la Valaquia; envió al general Janus con la vanguardia para oponerse a ese paso de los turcos; pero el general no llegó hasta el momento preciso en que aquéllos pasaban sobre sus pontones; se retiró, y su infantería fue perseguida hasta que el mismo zar vino a salvarle.

El ejército del gran visir avanzó entonces rápidamente hacia el del zar, a lo largo del río. Estos dos ejércitos eran muy diferentes: el de los turcos, reforzado con tártaros, era, dicen, de casi doscientos cincuenta mil hombres; el de los rusos no era entonces más que de unos treinta y siete mil combatientes. Un cuerpo bastante considerable, bajo el general Renne, estaba más allá de las montañas de la Moldavia, sobre el río Sireth, y los turcos le cortaron la comunicación.

El zar empezaba a carecer de víveres, y apenas si sus tropas, acampadas no lejos del río, podían tener agua; estaban expuestas a una numerosa artillería colocada por el gran visir en la orilla izquierda, con un conjunto de tropas que tiraba sin cesar sobre los rusos. Parece, por esta narración muy detallada y muy fiel, que el visir Baltagi-Mehemet, lejos de ser un imbécil, como los suecos le han presentado, se

había conducido con mucha inteligencia. Pasar el Pruth a la vista del enemigo, obligarle a retroceder y perseguirle, cortar de una vez la comunicación entre el ejército del zar y una masa de caballería, encerrar este ejército sin dejarle retirada alguna, privarle del agua y los víveres, mantenerle bajo las baterías de artillería que le amenazaban desde la orilla opuesta: todo esto no era propio de un hombre sin actividad y sin previsión.

Pedro se encontró entonces en una situación peor que la de Carlos XII en Pultava: rodeado como él por un ejército superior, experimentando más que él la escasez, y habiéndose fiado como él de las promesas de un príncipe demasiado poco poderoso para cumplirlas, tomó la resolución de retirarse, e intentó ir a escoger un campo conveniente, volviéndose hacia Yassi.

*20 julio 1711.* - Levantó el campo por la noche; pero apenas se pone en marcha, los turcos caen sobre su retaguardia al amanecer. El regimiento de guardias Preobazinski detuvo mucho tiempo su ímpetu. Se formó, se hicieron atrincheramientos con los carros y la impedimenta. El mismo día todo el ejército turco atacó a los rusos. Una prueba de que éstos podían defenderse, dígase lo que se diga, es

que lo hicieron durante mucho tiempo, que mataron a muchos enemigos y que no fueron cortados.

Había en el ejército otomano dos oficiales del rey de Suecia: uno, el conde Poniatowski; el otro, el conde de Sparre, con algunos cosacos partidarios de Carlos XII. Mis Memorias dicen que esos generales aconsejaron al gran visir que no combatiese, que cortase el agua y los víveres a los enemigos y les obligase a entregarse prisioneros o a morir. Otras Memorias pretenden que, por el contrarío, animaron al gran visir a destruir con las armas a un ejército fatigado y débil que ya padecía de escasez. La primera idea parece más circunspecta; la segunda más conforme al carácter de los generales formados por Carlos XII.

El hecho es que el gran visir cayó sobre la retaguardia al amanecer. Esta retaguardia estaba en desorden. Los turcos no encontraron primeramente ante ellos más que una línea de cuatrocientos hombres; se formó apresuradamente. Un general alemán, llamado Allard, tuvo la gloria de dictar disposiciones tan rápidas y tan buenas, que los rusos resistieron durante tres hora al ejército otomano, sin perder terreno.

La disciplina a que el zar había acostumbrado a sus tropas le compensó bien de sus trabajos. Se había visto en Nerva sesenta, mil hombres deshechos por ocho mil, porque estaban indisciplinado; y aquí se ve una retaguardia de ocho mil rusos sostener los esfuerzos de ciento cincuenta mil turcos, matarles siete mil hombres y obligarles a retroceder.

Después de este rudo combate, los dos ejércitos se atrincheraron durante la noche; pero el ejército ruso permanecía siempre encerrado y privado de provisiones y hasta de agua. Estaba cerca de las orillas del Pruth y no podía aproximarse al río; pues tan pronto como algunos soldados se atrevían a ir a coger agua, una masa de turcos, apostada en la orilla opuesta, hacía llover sobre ellos el plomo y el hierro de una numerosa artillería, bien provista de cartuchos. El ejército turco, que había atacado a los rusos, continuaba siempre por su parte hostigándole a cañonazos.

Era muy probable que al fin los rusos se viesen perdidos sin remedio por su posición, por la desigualdad del número y por la escasez. Las escaramuzas continuaban siempre; la caballería del zar, casi toda desmontada, no podía ya ser de utilidad alguna, a menos que no combatiese a pie; la situa-

ción parecía desesperada. No hace falta más que echar una ojeada sobre la carta exacta del zar y del ejército otomano para ver que no hubo nunca una posición más peligrosa, que la retirada era imposible, que era necesario conseguir una victoria completa o perecer hasta el último o ser esclavos de los turcos[58].

Todas las referencias, todas las Memorias de la época convienen unánimemente en que el zar, dudando si tentar al día siguiente la suerte de una nueva batalla, sin exponer a su mujer, su ejército, su imperio y el fruto de tantos trabajos a una pérdida que parecía inevitable, se retiró a su tienda, abrumado de dolor y agitado por convulsiones, de que él se veía atacado algunas veces y que sus infortunios aumentaban. Solo, presa de tantas inquietudes crueles, no queriendo que nadie fuese testigo de su esta-

[58] El autor de la nueva historia de Rusia supone que el zar envió un correo a Moscú, para recomendar a los senadores continuasen gobernando si llegaban a saber que hubiese sido hecho prisionero, para prohibirles ejecutar, de las órdenes que diese durante su cautiverio, las que les pareciesen contrarias al interés del imperio, y ordenarles elegir otro soberano, si creían esta elección necesaria a la salud del Estado; sin embargo, el zarewitz Alejo vivía entonces y estaba en edad de gobernar; pero no aparece esta orden ni en el Diario de Pedro I, ni en ninguna compilación auténtica.

do, prohibió que entrasen en su tienda. Entonces vio cuál había sido su fortuna al permitir que Catalina le siguiese. Catalina entró, a pesar de la prohibición.

Una mujer que había afrontado la muerte durante todos los combates, expuesta como cualquiera al fuego de la artillería de los turcos, tenía derecho a hablar: convenció a su esposo de que debía intentar la vía de la negociación.

Es costumbre inmemorial en todo el Oriente, cuando se pide audiencia a los soberanos o a sus representantes, no llegar a ellos sino con regalos. Catalina reunió las pocas piedras preciosas que había llevado consigo en esta expedición guerrera, donde toda magnificencia y todo lujo estaban desterrados; pero añadió a ello dos abrigos de pieles de zorro negro; el dinero que pudo reunir fue destinado al kiaia. Escogió ella misma un oficial inteligente que debía, con dos criados, llevar los regalos al gran visir, y en seguida hizo enviar al kiaia, por medio seguro, el presente que le había reservado. Este oficial se encargó de una carta del mariscal Sheremeto a Mehemet-Baltagi. Las Memorias de Pedro están conformes con la carta, pero no dicen nada de los detalles en que entró Catalina; mas todo

esto está suficientemente confirmado por la declaración del mismo Pedro, dada en 1723, cuando hizo coronar emperatriz a Catalina. Ella nos ha prestado dice- valioso auxilio en todos los peligros, y particularmente en la batalla del Pruth, donde nuestro ejército estaba reducido a veintidós mil hombres. Si el zar, en efecto, no tenía entonces más que veintidós mil combatientes, amenazados de perecer por el hambre o por el hierro, el servicio prestado por Catalina era tan grande como los beneficios de que su esposo la había colmado. El diario manuscrito[59] de Pedro el Grande dice que el mismo día del gran combate del 20 de julio había treinta y un mil quinientos cincuenta y cuatro hombres de infantería y seis mil seiscientos noventa y dos de caballería, casi todos desmontados: había entonces perdido diez y seis mil doscientos cuarenta y seis combatientes en esta batalla. Las mismas Memorias aseguran que las pérdidas de los turcos fueron mucho más considerables que las suyas, y que como atacaban en montón y sin orden no se perdió ninguno de los tiros disparados por ellos. Si es así, la jornada del Pruth

[59] Página 177 del Diario de Pedro el Grande.

del 20 al 21 de julio fue una de las más mortíferas que se han visto desde hace varios siglos.

Es necesario o sospechar que Pedro el Grande se ha equivocado cuando al coronar a la emperatriz le testimonió su agradecimiento por haber salvado a su ejército reducido a veintidós mil combatiente, o acusar de falso su diario, en el que se dice que el día de esta batalla, su ejército del Pruth, independientemente del que acampaba sobre el Sireth, ascendía a treinta y un mil quinientos cincuenta y cuatro hombres de infantería y a seis mil seiscientos noventa y dos de caballería. Según este cálculo, la batalla hubiese sido más terrible de que todos los historiadores y todas las Memorias, de uno a otro bando, han referido hasta aquí. Hay, ciertamente, algún error, y eso es muy corriente en las narraciones de campañas cuando se entra en los detalles. Lo más seguro es atenerse siempre al acontecimiento principal, al a victoria y a la derrota: se sabe rara vez con precisión lo que una y otra han costado.

Cualquiera fuese el pequeño número a que el ejército ruso se hubiera reducido, hay que convencerse de que una resistencia tan intrépida y tan sostenida impondría al gran visir; que se obtendría la paz en condiciones honorables para la Puerta Oto-

mana; que este tratado, haciendo al visir agradable a su soberano, no sería demasiado humillante para el imperio de Rusia. El gran mérito de Catalina consistió, al parecer, en haber visto esta posibilidad en un momento en que los generales no parecían ver más que un desastre inevitable.

Norberg, en su *Historia de Carlos XII*, copia una carta del zar al gran visir, en la cual se expresa en estas palabras: si, contra mi deseo, he tenido la desgracia de disgustar a su alteza, estoy pronto a reparar los motivos de queja que pueda tener contra mí. Yo os conjuro, muy noble general, que impidáis se derrame más sangre y os suplico hagáis cesar al momento el excesivo fuego de vuestra artillería. Recibid los rehenes que acabo de enviaros.

Esta carta tiene todos los caracteres de falsedad, como la mayor parte de los documentos referidos a la ventura de Norberg: está fechada el 11 de julio, nuevo cómputo, y no se escribió a Baltagi-Mehemet hasta el 21, también nuevo cómputo. No fue el zar quien escribió: fue el mariscal Sheremeto; no se sirvió en esa carta de las expresiones el zar ha tenido la desgracia de disgustar a su alteza ; estas palabras no convienen más que a una persona que pide perdón a su señor; no había nada de rehenes; no se en-

vió ninguno: la carta fue llevada por un oficial, mientras la artillería disparaba en los dos bandos. Sheremeto, en su carta, únicamente recordaba al visir algunas ofertas de paz que la Puerta había hecho al principio de la campaña por los ministros de Inglaterra y Holanda, cuando el diván pedía la cesión de la ciudadela y del puerto de Tangarok, que eran los verdaderos motivos de la guerra.

*21 julio 1711.* Pasaron algunas horas antes de obtener una respuesta del gran visir; se temía ya que el portador hubiese sido muerto por los cañones, o hubiese sido apresado por los turcos. Se despachó un segundo correo con un duplicado, y se celebró un Consejo de guerra en presencia de Catalina. Diez oficiales generales firmaron lo acordado, que fue lo siguiente:

Si el enemigo no quiere aceptar las conclusiones que se le ofrecen y pide que entreguemos las armas y nos rindamos a discreción, todos los generales y ministros unánimemente son de opinión de abrirse paso a través de los enemigos.

En consecuencia de esta resolución se rodeó la impedimenta de trincheras, y se avanzó hasta cien pasos del ejército turco, cuando al fin el gran visir hizo publicar una suspensión de hostilidades.

Todo el partido sueco ha tratado, en sus Memorias, a este visir de cobarde y de infame, que se había dejado corromper. Es lo mismo que cuando tantos escritores han acusado al conde Piper de haber recibido dinero del duque de Malborough para comprometer al rey de Suecia a continuar la guerra contra el zar, y cuando se ha imputado a un ministro de Francia haber hecho, a cambio de dinero, el tratado de Séville. Tales acusaciones no deben ser lanzadas sino con pruebas evidentes. Es muy raro que los primeros ministros se rebajen a tan vergonzosas flaquezas, descubiertas tarde o temprano por los que han dado el dinero y por los documentos que dan fe de ello. Un ministro es siempre un hombre muy ostensible ante Europa; su honor es la base de su crédito; es siempre bastante rico para no tener necesidad de ser un traidor.

El cargo de virrey del imperio otomano es tan bueno; las utilidades tan inmensas en tiempo de guerra; la abundancia y la magnificencia reinaban en tan alto grado en las tiendas de Baltagi-Mehemet; la sencillez y, sobre todo, la penuria eran tan grandes en el ejército del zar, que el visir estaba en mejores condiciones de dar que de recibir. Una ligera atención de una mujer que enviaba y algunas sortijas,

como es costumbre en todas las cortes o más bien en todas las Puertas orientales, no podía ser considerada como una corrupción. La conducta franca y abierta de Baltagi-Mehemet parece confundir las acusaciones de que se han manchado tantos escritos relativos a este asunto. El vicecanciller Schaffirof fue a su tienda con gran aparato; todo se hizo públicamente y no podía hacerse de otro modo. La negociación misma fue entablada en presencia de un hombre unido al rey de Suecia y servidor del conde Poniatowski, oficial de Carlos XII, el cual ofició desde luego de intérprete; y los artículos fueron redactados públicamente por el primer secretario del visir, llamado Hummer-Effendi. El conde Poniatowski mismo estaba presente; el regalo que se hacía al kiaia fue ofrecido públicamente y con ceremonia; todo ocurrió según las costumbres orientales; se cambiaron regalos recíprocos: nada menos parecido a una traición. Lo que determinó al visir a concluir, fue que en aquel tiempo mismo el cuerpo de ejército mandado por el general Renne, sobre el río Sireth, en Moldavia, había pasado tres ríos, y se hallaba entonces hacia el Danubio, donde Renne acababa de tomar la ciudad y el castillo de Brahila, defendidos por una numerosa guarnición, mandada por un

bajá. El zar tenía otro cuerpo de ejército que avanzaba desde las fronteras de Polonia. Es además, muy verisímil que el visir no estuviese enterado de la escasez que sufrían los rusos: la cuenta de los víveres y municiones no se comunica al enemigo; se aparenta, por el contrario, ante él, estar en abundancia en los momentos de mayor escasez. No hay desertores entre los turcos y los rusos; la diferencia del traje, de religión y de lenguaje no lo permite. No conocen, como nosotros, la deserción; así el gran visir no sabía con exactitud en qué estado deplorable se encontraba el ejército de Pedro.

Baltagi, a quien no gustaba la guerra, y que, sin embargo, la había hecho bien, creyó que su expedición era va bastante afortunada si volvía a poner en manos del sultán las ciudades y puertos por los que se combatía; si devolvía a Rusia, desde las orillas del Danubio, el ejército victorioso del general Renne, y si cerraba para siempre la entrada del Palus-Meótide, el Bósforo Cimeriano, el mar Negro a un príncipe emprendedor; en fin, si oponía ventajas ciertas al riesgo de una batalla que, después de todo, la desesperación podía ganar contra la fuerza; él había visto a sus genízaros rechazados la víspera, y conocía más de un ejemplo de victorias conseguidas

por los menos contra los más. Tales fueron sus razones: ni los oficiales de Carlos, que estaban en su ejército, ni el kan de los tártaros las desaprobaron. El interés de los tártaros estribaba en poder realizar sus robos en las fronteras de Rusia y Polonia; el de Carlos XII, en vengarse del zar; pero el general, el primer ministro del imperio otomano, no estaba animado ni por la venganza particular de un príncipe cristiano ni por el amor al botín que conducía a los tártaros. En cuanto se hubo convenido una suspensión de hostilidades, los rusos compraron a los turcos los víveres de que carecían. Los artículos de esta paz no fueron redactados como refiere el viajero La Motraye, ni como Norberg copia de éste. El visir, entre las condiciones que exigía, quería primeramente que el zar se comprometiese a no inmiscuirse en los asuntos de Polonia, y en esto es en lo que insistía Poniatowski; pero, en el fondo, al imperio turco le convenía que Polonia continuase desunida e impotente; así, este artículo se redujo a retirar las tropas rusas de las fronteras. El kan de los tártaros pedía un tributo de cuarenta mil cequíes: este punto fue discutido durante muchos días y pasó al fin.

El visir exigió durante largo tiempo que se le entregase a Kantemir, como el rey de Suecia había hecho con Patkul. Kantemir se encontraba precisamente en el mismo caso de Mazeppa. El zar había seguido a Mazeppa un proceso criminal, y le había hecho ejecutar en efigie. Los turcos no procedieron así; ellos no conocen ni los procesos por rebeldía, ni las sentencias públicas. Estas condenas públicas y las ejecuciones de efigie tanto menos figuran entre sus costumbres cuanto que su ley les prohibe las representaciones humanas, de cualquier género que sean. Insistieron inútilmente en la extradición de Kantemir; Pedro escribió estas propias palabras al vicecanciller Schaffirof:  Antes abandonaría a los turcos todo el terreno que se extiende hasta Cursk; siempre me quedaría la esperanza de recobrarlo; pero la pérdida de mi fe es irreparable: no puedo violarla. Nosotros, propiamente nuestro, no tenernos sino el honor; renunciar a él, es dejar de ser monarca.

En fin: el tratado fue concluido y firmado cerca de la ciudad llamada Falksen, a orillas del Pruth. Se convino en el tratado que Azof y su territorio serían devueltos con las municiones y la artillería de que estaba provisto antes de que el zar lo hubiese toma-

do en 1696; que el puerto de Tangarok, sobre el mar de Zabache, sería demolido, así como el de Samara, sobre el río de su nombre, y otras pequeñas ciudadelas. Se añadió, en fin, un artículo referente al rey de Suecia, y este artículo mismo dejaba ver bien cuán descontento estaba el visir de él. Se estipuló que este príncipe no sería inquietado por el zar si regresaba a sus Estados, y que además el zar y él podían ajustar la paz si así lo deseaban.

Es bien evidente, por la redacción singular de este artículo, que Baltagi-Mehemet se acordaba de la grandeza de Carlos XII. ¿Quién sabe si esta grandeza no había inclinado a Mehemet del lado de la paz? La derrota del zar era la victoria de Carlos, y no es propio del corazón humano hacer poderosos a los que nos desprecian. En fin: este príncipe, que no había querido venir al ejército del visir cuando estaba obligado a considerarlo, acudió cuando la obra que le mataba todas sus esperanzas iba a ser consumada. El visir no fue a su encuentro, y se contentó con enviarle dos bajeos; no salió a recibir a Carlos sino a poca distancia de su tienda.

La conversación, como ya se sabe, no contuvo más que mutuos reproches. Varios historiadores han creído que la respuesta del visir al rey, cuando

este príncipe le reprochó haber podido coger al zar prisionero y no haberle hecho, era la respuesta de un imbécil: Si yo hubiese apresado al zar -dijo-, ¿quién habría gobernado su imperio? Es fácil, sin embargo, comprender que ésta era la respuesta de un hombre ofendido; y estas palabras que añadió: No es conveniente que todos los reyes salgan de sus reinos , muestran claramente cuánto deseaba mortificar al huésped de Bender.

No obtuvo Carlos más resultado de su viaje que el desgarrar la túnica del gran visir con las espuelas de sus botas. El visir, que podía hacerle arrepentir de ello, fingió no darse cuenta, y en eso fue muy superior a Carlos. Si algo pudo hacer sentir a este monarca, en su vida brillante y tumultuosa cuando la fortuna puede confundir a la grandeza, fue que en Pultava un pastelero hubiese hecho entregar las armas a todo su ejército, y que en el Pruth un leñador hubiese decidido de la suerte del zar y de la suya: pues este visir Baltagi-Mehemet, había, sido leñador en el serrallo, como su nombre significa; y, lejos de avergonzarse de ello, lo tenía a gran honor; tanto las costumbres orientales difieren de las nuestras.

El sultán y toda Constantinopla se mostraron desde luego muy satisfechos de la conducta del visir:

se celebraron regocijos públicos durante una semana entera; el kiaia de Mehemet, que llevó el tratado al Diván, fue elevado incontinenti a la dignidad de boujouk-imraour, caballerizo mayor: no es así como se trata a aquellos de quienes se cree que no han servido bien.

Parece que Norberg conocía poco el gobierno otomano, pues dice que  el sultán halagaba a su visir, y que Baltagi-Mehemet era de temer . Los genízaros han sido con frecuencia peligrosos a os sultanes; pero no hay ejemplo de un solo visir que no haya sido fácilmente sacrificado a una orden de su señor, y Mehemet no estaba en condiciones de sostenerse por sí solo. Es además contradecirse el asegurar en la misma página que los genízaros estaban irritados contra Mehemet y que el sultán temía su poder.

El rey de Suecia fue reducido al recurso de intrigar en la Corte otomana. Se vio a un rey que había hecho reyes ocuparse en hacer presentar al sultán documentos y memoriales que no se querían recibir. Carlos empleó todas las intrigas como un sujeto que quiere desacreditar a un ministro ante su señor; así fue como se condujo contra el visir Mehemet y contra todos sus sucesores: tan pronto se dirigía a la

madre del sultán por medio de una judía, tan pronto empleaba un eunuco; hubo, en fin, un hombre que, mezclándose entre los guardias del sultán, se fingió loco a fin de atraer sus miradas y poder entregarle un escrito del rey. De todas estas maniobras, Carlos no obtuvo desde luego más que la mortificación de verse privado de su thaim; es decir, la subvención que la generosidad de la Puerta le proporcionaba diariamente y que ascendía a mil quinientas libras, moneda de Francia. El gran visir, en lugar del thaim, le despachó una orden, en forma de consejo, para que saliese de Turquía.

Carlos se obstinó más que nunca en quedarse, imaginando siempre que volvería a entrar en Polonia y en el imperio ruso con un ejército otomano. Nadie ignora cuál fue, al fin, la conclusión de su audacia inflexible; cómo se batió contra un ejército de genízaros, de spahis y de tártaros, con sus secretarios, sus ayudas de cámara, sus servidores de cocina y de caballerizas; cómo estuvo cautivo en el país en que había gozado de la más generosa hospitalidad; cómo regresó luego a sus Estados disfrazado de correo, después de haber permanecido cinco años en Turquía. Es preciso confesar que, si tuvo razón

en la conducta que observó, esta razón no era como la de los demás hombres.

# CAPITULO II

## Continuación del asunto del Pruth

Conviene recordar aquí un suceso ya referido en la Historia de Carlos XII. Ocurrió durante la suspensión de hostilidades que precedió al tratado del Pruth, que dos tártaros sorprendieron a dos oficiales italianos del ejército del zar y fueron a venderlos a un oficial de los genízaros; el visir castigó este atentado contra la fe pública con la muerte de los dos tártaros. ¿Cómo acordar esta delicadeza tan severa con la violación del derecho de gentes en la persona del embajador Tolstoy, que el mismo gran visir había hecho detener en las calles de Constantinopla? Siempre hay una razón de las contradicciones en la conducta de los hombres. Baltagi-Mehemet estaba disgustado con el kan de

los tártaros. que no quería oír hablar de paz, y quiso hacerle sentir que él era el amo.

El zar, después de firmada la paz, se retiró por Yassi hasta la frontera seguido de un cuerpo de ocho mil turcos que el visir envió, no sólo para impedir la marcha del ejército ruso, sino para evitar que los tártaros vagabundos le inquietasen.

Pedro cumplió, desde luego, el tratado haciendo demoler la fortaleza de Samara y de Kamienska; pero la rendición de Azof y la demolición de Tangarok tropezaron con mas dificultades: era preciso, según el tratado distinguir la artillería y las municiones de Azof, que pertenecían a los turcos, de las que el zar había llevado allí desde que había conquistado esta plaza. El gobernador fue dando largas a esta negociación, y la Puerta se irritó con razón por ello. El sultán estaba impaciente por recibir las llaves de Azof; el visir se las prometía; el gobernador siempre lo retrasaba. Baltagi-Mehemet perdió el favor de su soberano y su cargo; el kan de los tártaros y sus demás enemigos prevalecieron contra él -noviembre 1711- : cayó en desgracia con varios bajaes; pero el sultán, que conocía su fidelidad, no le quitó ni sus bienes ni su vida; fue enviado a Mitilene, donde gobernó. Esta disposición sencilla, esta conservación

de su fortuna y, sobre todo, ese mando en Mitilene, desmiente evidentemente todo lo que Norberg anticipa para hacer creer que el visir había sido vendido al dinero del zar.

Norberg dice que el jefe de los jardineros de serrallo, que fue a comunicarle la orden del imperio y a notificarle su sentencia, le declaró traidor y desobediente a su señor, vendido a los enemigos por dinero y culpable de no haber velado por los intereses del rey de Suecia . Primeramente, esta clase de declaraciones no están, de ningún modo, en uso en Turquía; las órdenes del sultán son dadas en secreto y ejecutadas en silencio. En segundo lugar, si el visir fuese declarado traidor, rebelde y vendido, tales crímenes hubiesen sido castigados con la muerte en un país donde no son jamás perdonados. En fin, si hubiese sido castigado por no haber defendido bastante los intereses de Carlos XII, es natural que este príncipe hubiese tenido, en efecto, en la Puerta Otomana un poder que debía hacer temblar a los demás ministros; deberían, en ese caso, implorar su favor y prevenir sus deseos; pero, por el contrario, Jusuf-Bajá, agá de los genízaros, que sucedió, a Mehemet-Baltagi en el visiriato, pensó elevadamente, como su predecesor, en la conducta de este prín-

cipe. Lejos de servirle, sólo soñó en deshacerse, de un huésped peligroso; y cuando Poniatowski, el confidente y compañero de Carlos XII, fue a cumplimentar al visir por su nueva dignidad, éste le dijo: Te advierto, infiel, que a la primera intriga que pretendas urdir, te haré arrojar al mar con una piedra al cuello.

Ese cumplimiento, que el conde Poniatowski refiere él mismo en las Memorias que hizo a petición mía, no deja duda alguna sobre la poca influencia que Carlos XII tenía en la Puerta. Todo lo que Norberg ha referido de los asuntos de Turquía parece propio de un hombre apasionado y mal informado. Es necesario colocar entre los errores del espíritu de partido, y entre las mentiras políticas, todo lo que anticipa, sin prueba, referente a la supuesta corrupción de un gran visir, es decir, de un hombre que disponía de más de sesenta millones anuales, sin tener que rendir cuentas. Yo tengo aún en mi poder la carta que el conde Poniatowski escribió al rey Estanislao inmediatamente, después de la paz de Pruth: en ella reprocha a Baltagi-Mehemet su alejamiento del rey de Suecia, su poco gusto por la guerra, su falta de carácter; pero se guarda mucho de acusarle, de corrupción demasiado sabía lo que es el

cargo de un gran visir, para suponer que el zar pudiese poner precio a la traición del virrey del imperio otomano.

Schaffirof y Sheremeto, conservados en rehenes, en Constantinopla, no fueron tratados como lo serían si hubiese el convencimiento de que habían comprado la paz y engañado al sultán, de acuerdo con el gran visir; permanecieron libres en la ciudad, escoltados por dos compañías de genízaros.

Habiendo salido el embajador Tolstoy de las Siete Torres inmediatamente después de la paz del Pruth, los ministros de Inglaterra y de Holanda intervinieron cerca del gran visir para la ejecución de los artículos.

Azof acababa, al fin, de ser devuelto a los turcos; se demolían las fortalezas estipuladas en el tratado. Aunque la Puerta Otomana apenas interviene en las diferencias de los príncipes cristianos, estaba, entonces, sin embargo, orgullosa de verse árbitro entre Rusia, Polonia y el rey de Suecia; quería que, el zar retirase sus tropas de Polonia librase a Turquía de vecindad tan peligrosa; deseaba que Carlos regresase a sus Estados a fin de que los príncipes cristianos estuviesen constantemente divididos; pero nunca tuvo intención de proporcionarle un ejército.

Los tártaros quieren siempre la guerra, como los artesanos quieren ejercer sus profesiones lucrativas; los genízaros la deseaban, pero más por odio contra los cristianos, por fiereza, por amor a la licencia, que por otros motivos. Sin embargo, las negociaciones de los ministros ingleses y holandeses prevalecieron contra el partido opuesto. La paz del Pruth fue ratificada; pero se añadió en el nuevo tratado, que el zar retiraría en tres meses todas sus tropas de Polonia y que el emperador turco devolvería inmediatamente a Carlos XII.

Por este tratado se puede juzgar si el rey de Suecia tenía en la Puerta tanto poder como se ha dicho. Evidentemente era sacrificado por el nuevo visir, Jussuf-Bajá, lo mismo que por Baltagi-Mehemet. Sus historiadores no tuvieron otro recurso, para ocultar esta nueva afrenta, que acusar a Jussuf de haber sido comprado, como su predecesor. Semejantes imputaciones, tantas veces renovadas sin pruebas, son más bien los gritos de una intriga impotente que, los testimonios de la Historia. El espíritu de partido, obligado a confesar los hechos, altera sus circunstancias y motivos, y, desgraciadamente, así es como todas las historias contemporáneas resultan falsificadas

para la posteridad, que apenas puede separar la verdad de la mentira.

# CAPITULO III

## Casamiento del are itz y declaración solemne del de Pedro con Catalina, quien reconoce a su hermano.

Esta desgraciada campaña del Pruth fue más funesta para el zar que lo había sido la batalla de Nerva; pues después de Nerva, había sabido sacar partido de su misma derrota, reparar todas sus pérdidas, y arrebatar la Ingria a Carlos XII; pero después de haber perdido, por el tratado de Falksen con el sultán, sus puertos y sus fortalezas sobre el Palus-Meótide, era necesario renunciar al dominio sobre el mar Negro. Le quedaba aún un campo bastante vasto para sus empresas; tenía que perfeccionar todos sus establecimientos en Rusia, proseguir sus conquistas sobre Suecia, reafirmar en

Polonia al rey Augusto y ocuparse de sus aliados. Las fatigas habían alterado su salud; necesitó ir a las aguas de Carlsbad, en Bohemia; pero mientras tomaba las aguas, hacía atacar a Pomerania; Stralsund fue bloqueado, y cinco pequeñas ciudades tomadas. La Pomerania es la provincia más septentrional de Alemania, limitada al Oriente por Prusia y Polonia, al Occidente por el Brandeburgo, al Sur por el Mecklemburgo, y al Norte por el mar Báltico; casi de siglo en siglo estuvo en poder de diferentes dueños. Gustavo Adolfo se apoderó de ella en la famosa guerra de treinta años, y al fin fue cedida solemnemente a los suecos por el tratado de Westfalia, a excepción del obispado de Camin y de algunas pequeñas plazas situadas en la Pomerania ulterior. Todavía esta provincia debía pertenecer naturalmente, al elector de Brandeburgo, en virtud de los pactos de familia hechos con los duques, de Pomerania. La familia de estos duques se había extinguido en 1637; por consiguiente, según las leyes del imperio, la casa de Brandeburgo tenía un derecho evidente sobre esta provincia; pero la necesidad, la primera de las leyes, venció en el tratado de Osnabruck a los pactos de familia, y desde esa época la Pomerania, casi entera, había sido el premio del valor sueco.

El proyecto del zar consistía en despojar a la Corona de Suecia de todas las provincias que poseía en Alemania; era preciso, para realizar este designio, unirse con los electores de Brandeburgo Hannover, y con Dinamarca. Pedro escribió todos los artículos del tratado que proyectaba con estas potencias y todos los detalles de las operaciones necesarias para hacerse dueño de la Pomerania.

*25 octubre 1711.* -En aquel mismo tiempo casó a su hijo Alejo, en Torgan, con la princesa de Volfenbuttel, hermana de la emperatriz de Alemania, esposa de Carlos VI; casamiento que fue después tan funesto y costó la vida a los dos esposos.

El zarewitz había nacido del primer matrimonio de Pedro con Eudoxia Lapoukin, celebrado, como se ha dicho, en 1689. Esta estaba recluida en un convento en Susdal. Su hijo Alejo Petrowitz, nacido el 1 de marzo de 1690, tenía veintidós años; este príncipe no era conocido todavía en Europa. Un ministro, de quien se han impreso sus Memorias sobre la Corte de Rusia, dice, en una carta escrita a su soberano, fechada en 25 de agosto de 1711, que este príncipe era alto y bien formado; que se parecía mucho a su padre; que tenía buen corazón; que era muy piadoso; que había leído cinco veces las sagra-

das escrituras; que se complacía mucho en la lectura de las antiguas historias griegas; lo encuentra de talento extenso y claro; dice que este príncipe sabe matemáticas; que entiende bien el arte de la guerra, la navegación, la ciencia de la hidráulica; que sabe alemán; que aprende francés; pero que su padre nunca quiso que hiciese lo que se llama, *sus ejercicios* .

He aquí un retrato bien diferente del que el zar mismo hizo, algún tiempo después, de este hijo infortunado; ya veremos con qué dolor su padre le reprochó todos los defectos contrarios a las buenas cualidades que este ministro admira en él.

A la posteridad corresponde, decidir entre un extranjero que pueda juzgar ligeramente o lisonjear el carácter de Alejo, y un padre, que ha creído deber sacrificar los sentimientos de la naturaleza al bien de su imperio. Si el ministro no ha conocido mejor el espíritu de Alejo que su figura, su testimonio tiene poco peso; él dice que este príncipe era alto y bien formado; los documentos que yo he recibido de Petersburgo dicen que no era ni lo uno ni lo otro.

Catalina, su madrastra, no asistió a esta boda; pues, aunque ella fue considerada como zarina, no estaba reconocida solemnemente en esta categoría; y el título de Alteza, que se le daba en la Corte del zar,

le concedía todavía una jerarquía demasiado equívoca para que firmase en el contrato y para que el ceremonial alemán le adjudicase un puesto conveniente a su dignidad de esposa del zar Pedro. Ella estaba entonces en Thorn, en la Prusia polaca. El zar envió desde luego a los dos nuevos esposos a Volfenbuttel, y condujo en seguida a la zarina a Petersburgo con esa rapidez y esa sencillez de aparato que ponía en todos sus viajes.

Una vez efectuado el matrimonio de su hijo, declaró más solemnemente el suyo, y lo celebró en Petersburgo -19 febrero 1711-. La ceremonia fue tan augusta como era posible en un país recién creado, en una época en que la hacienda estaba arruinada por la guerra sostenida contra los turcos y por la que se mantenía todavía contra el rey de Suecia. El zar ordenó por sí solo la fiesta, y trabajó él mismo en ella, según su costumbre. Así fue Catalina reconocida públicamente como zarina, en premio de haber salvado a su esposo y a su ejército.

Las aclamaciones con que fue recibido este matrimonio en Petersburgo eran sinceras; pero los aplausos de los súbditos a las acciones de un príncipe absoluto son siempre sospechosos; fueron confirmados por todos los espíritus prudentes de

Europa, que vieron con placer, casi al mismo tiempo, de un lado al heredero de esta vasta monarquía, cuya única gloria consistía en su nacimiento casado con una princesa; y del otro, un conquistador, un legislador, partiendo públicamente su tálamo y su trono con una desconocida cautiva en Marienburgo, y que no tenía más que méritos. La misma aprobación ha llegado a ser más general a medida que los espíritus se han iluminado más por esta sana filosofía que ha hecho tantos progresos desde hace cuarenta años; filosofía sublime y circunspecta, que enseña a no conceder más que respetos exteriores a toda clase de grandeza y poder, y a reservar los respetos verdaderos para el talento y las buenas obras.

Debo referir fielmente lo que encuentro respecto a este casamiento en los despachos del conde Bassevitz, consejero áulico en Viena, y mucho tiempo ministro de Holstein en la Corte de Rusia. Era un hombre de mérito, lleno de rectitud y candor, y que ha dejado en Alemania un hermoso recuerdo. La zarina había sido, no solamente necesaria a la gloria de Pedro, sino también a la conservación de su vida. Este príncipe estaba sujeto, desgraciadamente, a dolorosas convulsiones, que se creían efecto de un veneno que le habían dado en su juventud. Sólo

Catalina había encontrado el secreto de aliviar sus dolores con penosos cuidados y rebuscadas atenciones, de la que sólo ella, era capaz, y se entregaba toda entera a la conservación de una salud tan preciosa, para el Estado como a ella misma. Así, no pudiendo el zar, vivir sin ella, la hizo compañera de su tálamo y de su trono. Yo me limito a copiar sus propias palabras.

La fortuna, que en esta parte del mundo había, presentado tantas escenas extraordinarias ante nuestros ojos, y que había ascendido a la emperatriz Catalina de la humildad y el estado más calamitoso al mayor grado de elevación, la sirvió todavía singularmente algunos años después de la solemnidad de su matrimonio.

He aquí lo que encuentro en el curioso manuscrito de un hombre que estaba, entonces al servicio del zar, y que habla como testigo:

Un enviado del rey Augusto en la Corte del zar, al regresar a Dresde por la Curlandia, oyó en una taberna a un hombre que parecía estar en la miseria, y a quien hacían la insultante acogida que este estado inspira con demasiada frecuencia a los hombres. Este desconocido, indignado, dijo que no le tratarían de ese modo si pudiese conseguir ser presenta-

do al zar, y que acaso tuviese en la Corte más poderosas protecciones de lo que se creía.

El enviado del rey Augusto, que oyó este discurso, tuvo la curiosidad de interrogar a este hombre, y, tras de algunas vagas respuestas que recibió de él, al observarle atentamente, creyó distinguir en sus rasgos alguna semejanza con la emperatriz. No pudo cuando llegó a Dresde, dejar de escribir sobre ello a uno de sus amigo en Petersburgo. La carta cayó en manos del zar, quien dio órdenes al príncipe Repnin, gobernador de Riga, para tratar de descubrir al hombre de que se hablaba en la carta. El príncipe Repnin hizo partir un hombre de confianza para Mittau, en Curlandia; se encontró al hombre: se llamaba Carlos Scavronski; era hijo de un gentilhombre de Lituania, muerto en las guerras de Polonia, y que había dejado dos hijos pequeños, un niño y una niña. Uno y otra no tuvieron más educación que la que se puede recibir de la Naturaleza en un abandono general completo, Scavronski, separado de su hermana desde la más tierna infancia, sabía solamente que había sido cogida en Marienburgo, en 1704, NI la suponía todavía junto al príncipe Menzikoff, donde él creía que había hecho alguna fortuna.

El príncipe Repnin, siguiendo las órdenes expresas de su señor, hizo conducir a Scavronski a Riga, con pretexto de algún delito de que se le acusaba, haciéndose contra él una especie de información, y se le envió con una buena guardia a Petersburgo, con orden de tratarle bien en el camino.

Cuando llegó a Petersburgo se le condujo a casa de un mayordomo del zar, llamado Shepleff. Este mayordomo, enterado del papel que debía representar, sacó de este hombre muchas noticias sobre su estado, y le dijo, al fin, que la acusación que se había hecho contra él en Riga era muy grave, pero que obtendría justicia; que debía presentar un memorial a su majestad; que compondrían este memorial en su nombre, y que se liaría de modo que él mismo pudiese entregarlo.

Al día siguiente el zar fue a comer a casa de Shepleff; se le presentó a Scavronski; el príncipe le hizo muchas preguntas, quedó convencido por la sencillez de sus respuestas, de que era el propio hermano de la zarina. Los dos habían estado en su infancia en Livonia. Todas las respuestas que dio Scavronski a las preguntas del zar estaban confor-

mes con lo que su mujer le había dicho de su nacimiento y de las primeras desgracias de su vida.

El zar, no dudando ya de la verdad, propuso al día siguiente a su mujer ir a comer con él a casa del mismo Shepleff; hizo venir, al levantarse de la mesa, al mismo hombre que había interrogado la víspera. Vino vestido con las mismas ropas que había llevado en el viaje; el zar no quiso que se presentase en otro estado que en aquel a que su mala fortuna le había acostumbrado.

Le interrogó de nuevo delante de su mujer. El manuscrito consigna que al fin le dijo estas propias palabras: Este hombre es tu hermano; vamos Carlos, besa la mano de la emperatriz y abraza a tu hermana .

El autor del relato añade que la emperatriz cayó desmayada, y que cuando recobró el sentido, el zar le dijo: No hay nada más sencillo: este hidalgo es mi cuñado; si él tiene mérito, haremos de él algo; si no lo tiene, no haremos nada.

Me parece que un discurso semejante muestra tanta grandeza como sencillez, Y que esta grandeza es muy poco común. El autor dice que Scavronski permaneció mucho tiempo en casa de Shepleff, que se le asignó una pensión considerable y que vivió

muy retirado. No lleva más adelante el relato de esta aventura, que sirvió solamente para descubrir el nacimiento de Catalina, pero se sabe por otra parte que este hidalgo fue hecho conde, que casó con una dama de calidad y que tuvo dos hijas que casaron con señores principales de Rusia. Dejo a las pocas personas que pueden estar enteradas de esos detalles discernir lo que hay de verdadero en esta aventura y lo que pudo haberse añadido. El autor del manuscrito no parece haber contado estos sucesos con objeto de maravillar a sus lectores, puesto que esta Memoria no estaba destinada a la publicidad. El escribe a un amigo con sencillez lo que dice haber visto. Puede equivocarse en algunos detalles, pero el fondo parece muy verdadero; pues si este hidalgo hubiese sabido que era hermano de una persona tan poderosa, no hubiera esperado tantos años para hacerse reconocer. Este reconocimiento, por singular que parezca, no es tan extraordinario como la elevación de Catalina: uno y otro son una prueba patente del Destino, Y pueden servir para hacernos suspender nuestro juicio cuando creemos ser fábulas tantos acontecimientos de la antigüedad, menos opuestos acaso al orden corriente de las cosas que toda la historia de esta emperatriz.

Las fiestas que celebró Pedro por el matrimonio de su hijo y el suyo no fueron de esas diversiones pasajeras que agotan el Tesoro y de las que apenas si queda el recuerdo. Acabó la fundición de cañones y los buques del Almirantazgo; las carreteras fueron perfeccionadas, construidos nuevos barcos, trazó canales, la Bolsa y los almacenes fueron terminados, y el comercio marítimo de Petersburgo comenzó a estar en todo su vigor. Ordenó que el Senado de Moscú fuese transportado a Petersburgo, lo que se ejecutó en el mes de abril de 1712. Por entonces, esta nueva ciudad vino a ser como la capital del imperio. Muchos prisioneros suecos fueron empleados en el embellecimiento de esta ciudad, cuya fundación era el fruto de su derrota.

## CAPITULO IV

### Toma de Stetin. -Desembarco en inlandia. Acontecimientos de 1 12.

Viéndose Pedro feliz en su casa, en su gobierno, en sus guerras contra Carlos XII, en sus negociaciones con todos los príncipes que querían expulsar a los suecos del continente y encerrarlo para siempre en la península de Escandinavia, dirigía todas sus miradas a las costas occidentales del norte de Europa y olvidaba el Palus-Meótide y el mar Negro. Las llaves de Azof, por mucho tiempo negadas al baja que debía entrar en esta plaza en nombre del sultán, habían sido al fin entregadas, y a pesar de todas las solicitudes de Carlos XII, a pesar de todas las intrigas de sus partidos en la Corte otomana, a

pesar también de algunas demostraciones de una nueva guerra, Rusia y Turquía estaban en paz.

Carlos XII, obstinado siempre en seguir permaneciendo en Bender, hacía depender su fortuna y sus esperanzas, del capricho de un gran visir; mientras el zar amenazaba todas sus provincias, armaba contra él a Dinamarca y el Hannover, estaba a punto de hacer decidir a Prusia y reanimaba a Polonia y Sajonia.

La misma soberbia inflexible que Carlos usaba en su conducta con la Puerta, de la que dependía, la desplegaba contra sus alejados enemigos, reunidos para destruirlo. Desafiaba desde el fondo de su retiro, en los desiertos de la Besarabia, al zar y a los reyes de Polonia, de Dinamarca y de Prusia, y al elector de Hannover, bien poco después rey de Inglaterra, y al emperador de Alemania, a quien tanto había ofendido cuando atravesó la Silesia como vencedor. El emperador se vengó de ello abandonándole a su mala fortuna y no concediendo ninguna protección a los Estados que Suecia poseía en Alemania.

Hubiese sido fácil deshacer la liga que se formaba contra él. No había más que ceder Stetin al primer rey de Prusia, Federico, elector de Bran-

deburgo, que tenía derechos muy legítimos sobre esta parte de la Pomerania; pero no consideraba entonces a Prusia como una potencia preponderante; ni Carlos ni nadie podía prever que el pequeño reino de Prusia, casi desierto, y el electorado de Brandeburgo, llegasen a ser formidables. No quiso consentir en ninguna reconciliación; y, resuelto a romper antes que doblegarse, ordenó que se resistiese en todas partes por mar y por tierra. Sus Estados estaban casi agotados de hombres y de dinero; sin embargo, se obedeció. El Senado de Estocolmo equipó una escuadra de trece buques de línea; se armaron milicias; cada habitante se convirtió en soldado. El valor y la soberbia de Carlos XII parecieron animar a todos sus súbditos, casi tan desgraciados como su señor.

Es difícil creer que Carlos tuviese un plan ordenado de conducta. Tenía todavía un partido en Polonia, el cual, ayudado por los tártaros de Crimea, podía asolar este desgraciado país, pero no reponer al rey Estanislao en su trono; su esperanza de comprometer a la Puerta Otomana en sostener este partido y convencer al Diván que debía enviar doscientos mil hombres en su auxilio, con pretexto

de que el zar defendía en Polonia a su aliado Augusto, era una esperanza quimérica.

*Septiembre 1712.* -Esperaba en Bender el efecto de tantas vanas intrigas; y los rusos, los daneses, los sajones estaban en Pomerania. Pedro llevó a su esposa a esta expedición. Ya el rey de Dinamarca se había apoderado de Stade, ciudad marítima del ducado de Breme; los ejércitos ruso, sajón y danés estaban ante Stralsund.

*Octubre 1712.* -Entonces fue cuando el rey Estanislao, viendo el deplorable estado de tantas provincias, la imposibilidad de volver a subir al trono de Polonia, y todo en desorden por la ausencia obstinada de Carlos XII, reunió a los generales suecos que defendían la Pomerania con un ejército de unos diez a once mil hombres, único y último recurso de Suecia en esas provincias.

Les propuso una reconciliación con el rey Augusto y se ofreció él como víctima. Les habló en francés; he aquí las propias palabras de que se sirvió y que consignó en un escrito que firmaron nueve oficiales generales, entre los que se encontraba un tal Patkul, primo carnal de aquel infortunado Patkul que Carlos XII había hecho morir en la rueda:

Yo he servido hasta aquí de instrumento a la gloria de las armas de Suecia; no pretendo ser la causa funesta de su pérdida. Yo me declaro sacrificar mi corona[60] y mis propios intereses a la conservación de la persona sagrada del rey, no viendo humanamente otro medio de apartarlo del lugar en que se encuentra. Hecha esta declaración, se dispuso a partir para Turquía, con la esperanza de vencer la obstinación de su bienhechor y de conmoverle por el sacrificio. Su mala suerte le hizo llegar a Besarabia precisamente en el momento en que Carlos, después de haber prometido al sultán abandonar su asilo, y habiendo recibido el dinero y la escolta necesarios para su regreso, se obstinó de nuevo en quedarse y en desafiar a los turcos y los tártaros, sosteniendo contra un ejército entero, ayudado no más de sus criados, aquel combate desdichado de Bender, donde los turcos, pudiendo fácilmente matarle, se contentaron con hacerle prisionero. Estanislao, llegando en estas extrañas circunstancias,

[60]Se ha creído conveniente dejar la declaración del rey Estanislao tal como él la consignó palabra por palabra: hay faltas de lenguaje: *Yo me declaro sacrificar (je me declare de sacrifier)* no es francés; pero el documento es así más auténtico y no menos respetable.

fue también detenido; así dos reyes cristianos fueron a la vez cautivos de los turcos.

En ese tiempo en que toda Europa estaba conturbada, y en que Francia acababa contra una parte de Europa una guerra no menos funesta, para poner en el trono de España al nieto de Luis XIV, Inglaterra concedió la paz a Francia, y la victoria que el mariscal Villars obtuvo en Denain, en Flandes, salvó a este Estado de sus demás enemigos. Francia era, desde un siglo antes, la aliada de Suecia; le interesaba que su aliada no fuese privada de sus posesiones en Alemania. Carlos, demasiado alejado, ignoraba todavía en Bender lo que ocurría en Francia.

La regencia de Estocolmo se aventuró a pedir dinero a la agotada Francia, en una época en que Luis XIV no tenía ni con qué pagar a sus criados. Aquélla hizo partir a un tal conde de Sparre, encargado de esta negociación, que no podía obtener buen éxito. Sparre vino a Versalles y expuso al marqués de Torey la impotencia en que se encontraba para pagar al pequeño ejército sueco que le quedaba a Carlos XlI en Pomerania; que estaba ya a punto de disolverse por falta de pago; que el único aliado de Francia iba a perder provincias cuya con-

servación era necesaria al equilibrio general; que Carlos XII, en sus victorias, había olvidado, ciertamente, demasiado al rey de Francia, pero que la generosidad de Luis XIV era tan grande como las desgracias de Carlos. El ministro francés hizo ver al sueco la imposibilidad de auxiliar a su soberano, y Sparre desesperaba ya del resultado.

Un particular de París hizo lo que Sparre desesperaba de obtener. Había en París un banquero, llamado Samuel Bernard, que había hecho una fortuna prodigiosa, tanto por la remesa de la Corte a los países extranjeros, como por otras empresas; éste era un hombre embriagado de una especie de gloria, rara vez unida a su profesión; que amaba apasionadamente todo brillo y que sabía que, tarde o temprano, el ministerio de Francia devolvería con creces lo que se aventurase por él. Sparre fue a comer con él; le convenció, y, al levantarse de la mesa, el banquero hizo entregar al conde de Sparre seiscientas mil libras; después de lo cual fue a casa del ministro, marqués de Torey, y le dijo: He dado en vuestro nombre doscientos mil escudos a Suecia; haréis que me los devuelvan cuando podáis.

*9 diciembre 1712.* - El conde de Steinbock, general del ejército de Carlos, no esperaba tal auxilio;

veía a sus tropas a punto de amotinarse; y no teniendo que darles más que promesas; viendo formarse la tempestad a su alrededor; temiendo, en fin, ser envuelto por tres ejércitos de rusos, daneses y sajones, pidió un armisticio, juzgando que Estanislao iba a abdicar; que él doblegaría la altivez de Carlos XII; que era preciso, por lo menos, ganar tiempo y salvar a sus tropas mediante negociaciones. Envió, pues, un correo a Bender para exponer al rey el estado, deplorable de su hacienda, de sus asuntos y de sus tropas, y para enterarle de que se veía obligado a este armisticio que sería una gran felicidad obtener. No haría tres días que había salido este correo, y Estanislao no lo había hecho todavía, cuando Steinbock recibió los doscientos mil escudos del banquero de París; esto era entonces un tesoro prodigioso para un país arruinado. Fortalecido con este auxilio, con el cual se remedia todo, alentó a su ejército, tuvo municiones, reclutas, se vio a la cabeza de doce mil hombres y, renunciando a toda suspensión de hostilidades, no trató más que de combatir.

Este era aquel mismo Steinbock que en 1710, después de la derrota de Pultava, había vengado a Suecia de los dinamarqueses, en una irrupción que

había hecho en Scania; marchó contra ellos con simples milicias que llevaban cuerdas por bandoleras, y que había conseguido una victoria completa. Era, como todos los demás generales de Carlos XII, activo e intrépido; pero su valor se veía mancillado por su ferocidad. Fue él quien, después de un combate contra los rusos, habiendo ordenado que se matase a todos los prisioneros, observó a un oficial polaco del partido del zar que se cogía al estribo de Estanislao y que este príncipe le tenía abrazado para salvarle, la vida; Steinbock le mató de un pistoletazo entre los brazos del príncipe, como se ha referido ya en la vida de Carlos XII; y el rey Estanislao ha dicho al autor que él hubiera roto la cabeza a Steinbock, si no le hubiese contenido su respeto y su agradecimiento al rey de Suecia.

El general Steinbock marchó, pues, por el camino de Vismar, contra los rusos, los sajones y los daneses reunidos. Se encontró frente a frente del ejército danés y sajón que precedía a los rusos, alejados aún tres leguas. El zar envió tres correos uno tras otro al rey de Dinamarca para rogarlo que le esperase y para advertirle del peligro que corría si combatía con los suecos sin contar con fuerzas superiores. El rey de Dinamarca no quiso repartir el

honor de una victoria que consideraba segura; avanzó contra los suecos y les atacó cerca de un lugar llamado Gadebesck. Se vio todavía en esta jornada cuánta era la enemista d natural entre los suecos y los daneses. Los oficiales de estas dos naciones se encarnizaban unos contra otros y caían muertos acribillados de heridas.

Steinbock consiguió la victoria antes de que los rusos pudiesen llegar al campo de batalla; algunos días después recibió la respuesta del rey su señor, condenando toda idea de armisticio. decía que no perdonaría esta conducta vergonzosa sino en el caso en que fuese reparada, y que, fuerte o débil, era preciso vencer o morir. Steinbock había ya prevenido esta orden con la victoria.

Pero esta victoria fue semejante a la que había consolado un momento al rey Augusto, cuando, en la serie de sus infortunios, ganó la batalla de Calish contra los suecos, vencedores en todas partes. La victoria de Calish no hizo más que agravar la desgracia de Augusto, y la de Gadebesck retardó solamente la pérdida de Steinbock y de su ejército.

El rey de Suecia, al saber la victoria de Steinbock, creyó sus asuntos restablecidos; se convenció de que haría decidir al imperio otomano, que ame-

nazaba todavía al zar con una nueva guerra; y, con esta esperanza, ordenó a su general Steinbock pasase a Polonia, creyendo siempre, al menor triunfo, que los tiempos de Nerva y aquellos en que él dictaba leyes, iban a renacer. Estas ideas fueron bien pronto trastornadas por el asunto de Bender y por su cautividad entre los turcos.

Todo el fruto de la victoria de Gadebesck consistió en ir a reducir a cenizas, durante la noche, la pequeña ciudad de Altona, habitada por comerciantes e industriales; ciudad indefensa que, no habiendo tomado las armas, no debería ser sacrificada: fue enteramente destruida; muchos habitantes perecieron en las llamas huyendo desnudos del incendio; viejos, mujeres, niños perecieron de frío y de fatiga a las puertas de Hamburgo[61]. Tal ha sido, con frecuencia, la suerte de millares de personas por las querellas de dos hombres. Steinbock no recogió sino esta horrible ventaja. Los rusos, los daneses los sajones lo persiguieron tan vivamente después de su victoria, que se vio obligado a pedir auxilio en To-

[61]El capellán confesor Norbery dice fríamente en su historia que el general Steinbock no prendió fuego a la ciudad más que por no tener vehículos para llevar los muebles.

ninge, fortaleza de Holstein, para él y para su ejército.

El país de Holstein era, entonces uno de los más devastados del Norte, y su soberano uno de los príncipes más infortunados. Era el propio sobrino de Carlos XII; fue, por su padre, cuñado de este monarca, por quien Carlos había llevado sus armas hasta Copenhague antes de la batalla de Nerva; por él hizo el tratado de Travendal, por el cual los duques de Holstein habían recuperado sus derechos.

Este país es, en parte, la cuna de los cimbrios y de los antiguos normandos que conquistaron la Neustria en Francia y la Inglaterra entera, Nápoles y Sicilia. No se puede estar hoy en situación menos favorable para hacer conquistas que ésta en que se halla esta parte del antiguo Quersoneso, Címbrico; dos pequeños ducados lo componen: Slesvick, que pertenece al rey de Dinamarca y al duque en común; Gottorp, al duque de Holstein solo. Slesvick es un principado soberano; Holstein es miembro del imperio de Alemania, que se llama imperio romano.

El rey de Dinamarca y el duque de Holstein--Gottorp eran de la misma casa; pero el duque, sobrino de Carlos XII y su presunto heredero, se había hecho enemigo del rey de Dinamarca, que

oprimía su infancia. Un hermano de su padre, obispo de Lubec, administrador de los Estados de este infortunado pupilo, se veía ante el ejército sueco, al que no se atrevía a socorrer, y los ejércitos ruso, danés, sajón, que amenazaban.

Era necesario, sin embargo, tratar de salvar las tropas de Carlos XII sin ofender al rey de Dinamarca convertido en dueño del país, del que exprimía toda la substancia.

El obispo administrador del Holstein estaba completamente gobernado por el famoso barón de Gortz[62], el más agudo y el más emprendedor de los hombres, de un talento vasto, y fecundo en recursos; no encontrando nunca nada demasiado difícil; tan insinuante en las negociaciones como audaz en los proyectos; sabiendo agradar, sabiendo convencer y arrastrando tras sí los corazones con el calor de su genio, después de haberlos ganado con la dulzura de sus palabras. El tuvo después sobre Carlos XII el mismo ascendiente con que sometía al obispo administrador de Holstein, y ya se sabe que pagó con su cabeza el honor que disfrutó de gobernar al

[62]Nosotros pronunciamos Gueurts.

más inflexible y más obstinado soberano que jamás haya subido al trono.

*21 enero 1713*. -Gortz[63] se entrevistó secretamente en Usum con Steinbock, y le prometió que le entregaría la fortaleza de Tonninge, sin comprometer al obispo administrador, su dueño; y al mismo tiempo hizo asegurar al rey de Dinamarca que no se la entregaría. Así es como se conducen casi todas las negociaciones, siendo los negocios de Estado de distinto orden que los de los particulares, haciendo consistir el honor de los ministros únicamente en el buen éxito, y el honor de los particulares en el cumplimiento de sus palabras.

Steinbock se presentó delante de Tonninge; el comandante de la ciudad se niega a abrirle las puertas; de este modo se evita que el rey de Dinamarca se queje al obispo administrador; pero Gortz hace dar una orden a nombre del duque menor, para dejar entrar al ejército sueco en Tonninge. El secretario particular del soberano, llamado Stamke, firma el nombre del duque de Holstein, así Gortz no compromete sino a un niño que no tenía aún el derecho de dar órdenes; sirve a la vez al rey de Suecia, con el

[63]Memorias secretas de Bassevitz.

cual quiere hacerse valer, y al obispo administrador, su señor, quien parece no consentir la admisión del ejército sueco. El comandante de Tonninge, fácilmente ganado entregó la ciudad a los suecos, y Gortz se justificó como pudo ante el rey de Dinamarca, protestando de que todo se había hecho a pesar de él.

El ejército sueco[64], parte en la ciudad y parte al amparo de sus cañones, no se salvé a pesar de esto; el general Steinbock se vio obligado a entregarse prisionero de guerra con once mil hombres, lo mismo que diez y seis mil se habían rendido cerca de Pultava.

Se estipuló que Steinbock, sus oficiales y soldados pudieran ser rescatados o canjeados; se fijó el rescate de Steinbock en ocho mil escudos de imperio; es una suma bien pequeña; sin embargo, no se pudo obtener, y Steinbock permaneció cautivo en Copenhague hasta su muerte.

Los Estados de Holstein quedaron a discreción de un vencedor justamente irritado; el joven duque fue objeto de la venganza del rey de Dinamarca como premio del abuso que Gortz había cometido en

[64]Memorias de Steinbock.

su nombre; las desgracias de Carlos XII recaían sobre toda su familia.

Viendo Gortz desvanecidos sus proyectos, siempre preocupado por desempeñar un gran papel en esta confusión, volvió a la idea que había ya tenido de establecer una neutralidad en los Estados de Suecia en Alemania.

El rey de Dinamarca estaba a punto de entrar en Tonninge; Jorge, elector de Hannover, quería poseer los ducados de Brema y de Verden con la ciudad de Stade; el nuevo rey de Prusia, Federico-Guillermo, le echaba el ojo a Stetin; Pedro I se disponía a hacerse dueño de Finlandia; todos los Estados de Carlos XII, fuera de Suecia, eran despojos que se trataban de repartir: ¿cómo acordar tantos intereses con una neutralidad? Gortz negoció al mismo tiempo con todos los príncipes que tenían interés en este reparto; corría día y noche de una provincia a otra; comprometió al gobernador de Brema y de Verden a entregar en secreto estos dos ducados al elector de Hannover, a fin de que los dinamarqueses no los tomasen para sí; hizo tanto, que consiguió del rey de Prusia que se encargase, juntamente con el Holstein, del secuestro de Stetin y de Vismar; mediante lo cual, el rey de Dinamarca

dejaría el Holstein en paz y no entraría en Tonninge. Para Carlos XII era seguramente un servicio un poco extraño éste de poner sus plazas en manos de quienes podrían guardarlas para siempre; pero Gortz, entregándoles estas ciudades como en rehenes, les forzaba a la neutralidad, al menos por algún tiempo; esperaba que en seguida pudiese hacer declarar el Hannover y el Brandeburgo a favor de Suecia; hacía entrar en sus proyectos al rey de Polonia, cuyos Estados arruinados tenían necesidad de paz; en fin, él quería hacerse necesario a todos los príncipes. Disponía de los dominios de Carlos XII como un tutor que sacrifica una parte de los bienes de un pupilo arruinado para salvar la otra, y, de un pupilo que no puede realizar sus asuntos por sí mismo; todo esto sin estar comisionado para ello, sin otra garantía de su conducta que un poder pleno de un obispo de Lubec, que tampoco estaba de ningún modo autorizado por Carlos XII.

Tal ha sido este Gortz, que hasta aquí no ha sido bastante conocido. Se han visto primeros ministros de grandes Estados, como un Oxenstiern, un Richelieu, un Alberoni, poner en movimiento una parte de Europa; pero que el consejero privado de

un obispo de Lubec haya hecho tanto como ellos, sin estar autorizado por nadie, era una cosa inaudita.

*Junio 1713.* -Consiguió desde luego lo que deseaba; hizo un tratado con el rey de Prusia, por61 el cual este monarca se comprometía, guardando a Stetin en secuestro, a conservar a Carlos XII el resto de la Pomerania. En virtud de este tratado, Gortz hizo proponer al gobernador de la Pomerania (Mayerfeld) entregase la plaza de Stetin al rey de Prusia en bien de la paz, creyendo que el sueco, gobernador de Stetin, pudiera ser tan fácil como lo había sido el de Holstein, gobernador de Tonninge. Pero los oficiales de Carlos XII no estaban acostumbrados a obedecer semejantes órdenes. Mayerfeld respondió que no se entraría en Stetin sino pasando sobre su cuerpo y sobre ruinas. Informó a su soberano de esta extraña proposición. El correo encontró a Carlos XII cautivo en Demirtash, después de su aventura de Bender. No se sabía entonces si Carlos permanecería prisionero de los turcos toda su vida, si se le confinaría en alguna isla del archipiélago o del Asia. Carlos, desde su prisión, mandó a Mayerfeld lo que había mandado a Steinbock: que era preciso morir antes que someterse a sus enemi-

gos, y le ordenó ser tan inflexible corno lo era él mismo.

Viendo Gortz que el gobernador de Stetin destruía sus planes, y que no quería oír hablar de neutralidad ni de secuestro, se le antojó no solamente secuestrar esta ciudad de Stetin, sino también Stralsund; y encontró el medio de hacer con el rey de Polonia, elector de Sajonia, el mismo tratado para Stralsund que había hecho con el elector de Brandeburgo para Stetin. Veía claramente la impotencia de los suecos para guardar sus plazas sin dinero y sin ejército mientras el rey estuviese cautivo en Turquía; y contaba con alejar el azote de la guerra de todo el Norte por medio de estos secuestros. La misma Dinamarca se prestaba al fin a las negociaciones de Gortz; ésta ganó por completo al príncipe Menzikoff, general y favorito del zar; le convenció de que se podría ceder el Holstein a su soberano; halagó al zar con la idea de abrir un canal del Holstein al mar Báltico, empresa tan conforme con el gusto de este fundador, y sobre todo con obtener un nuevo poder, consiguiendo ser uno de los príncipes del imperio de Alemania, y adquiriendo en las Dietas de Ratisbona un derecho de sufragio que siempre sería sostenido por el derecho de las armas.

No es posible ni plegarse de más maneras ni tomar más formas diferentes, ni desempeñar más papeles, que a lo que hizo este negociador voluntario; llegó hasta a comprometer al príncipe Menzikoff a destruir esta misma ciudad de Stetin que quería salvar, a bombardearla, a fin de obligar al comandante Mayerfeld a entregarle en secuestro; y se atrevía así a ultrajar al rey de Suecia, a quien quería agradar, y a quien, en efecto, agradó demasiado en lo sucesivo, por su desgracia.

Cuando el rey de Prusia, vio que un ejército ruso bombardeaba Stetin, temió perder esta ciudad y que quedase en poder de Rusia. Esto era lo que Gortz esperaba. El príncipe Menzikoff carecía de dinero; aquél hizo que el rey de Prusia le prestase cuatrocientos mil escudos; en seguida hizo decir al gobernador de la plaza: ¿Qué queréis mejor, ver a Stetin convertido en cenizas bajo el dominio de Rusia, o confiarla al rey de Prusia, que la devolverá al rey vuestro señor? El comandante se dejó al fin convencer: se rindió; Menzikoff entró en la plaza; y mediante los cuatrocientos mil escudos, la puso, con todo el territorio, en manos del rey de Prusia, quien, por fórmula, dejó entrar en ella dos batallones de

Holstein, y que no ha devuelto nunca más esta parte de la Pomerania.

Desde entonces el segundo rey de Prusia, sucesor de un rey débil y pródigo, puso los cimientos de la grandeza a que llegó su país en lo sucesivo por la disciplina militar y por la economía.

*Septiembre 1713*. - El barón de Gortz, que hizo mover tantos resortes, no pudo llegar a conseguir que los daneses perdonasen a la provincia de Holstein, ni que renunciasen a apoderarse de Tenninge; faltó lo que parecía ser su primer objeto, pero logró todo el resto, y sobre todo convertirse en un importante personaje en el Norte, que era, en efecto, su proyecto principal.

Ya el elector de Hannover estaba seguro, respecto a Brema y Verden, de que se había despojado a Carlos XII; los sajones estaban ante una ciudad de Vismar; Stetin en manos del rey de Prusia; los rusos iban a sitiar a Stralsund con los sajones, y éstos estaban ya en la isla de Rugen; el zar, en medio de tantas negociaciones, había desembarcado en Finlandia, mientras en otras partes se disputaba sobre la neutralidad y sobre el reparto. Después de haber emplazado él mismo la artillería, ante Stralsund abandonando el resto a sus aliados y al príncipe

Menzikoff, se embarcó en el mes de mayo, en el mar Báltico; y, mandando un navío de cincuenta cañones que había hecho construir él mismo en Petersburgo, navegó hacia Finlandia, seguido de noventa y dos galeras y ciento diez semigaleras, que llevaban diez y seis mil combatientes.

*22 mayo 1713.* -El desembarco se hizo en Elsinford, que está en la parte más meridional de este frío y estéril país, hacia el grado sesenta y uno.

Este desembarco tuvo buen éxito a pesar de todas las dificultades. Se fingió atacar por un sitio, se desembarcó por otro, bajaron las tropas a tierra, y se tomó la ciudad. El zar se apoderó de Borgo, de Abo y fue dueño de toda la costa. Parecía que los suecos no tuviesen en lo sucesivo remedio alguno; pues todo esto ocurría en la época en que el ejército sueco, mandado por Steinbock, se entregaba prisionero de guerra.

Todos estos desastres de Carlos XII fueron seguidos, como ya hemos visto, de la pérdida de Brema, de Verden, de Stetin, de una parte de la Pomerania; y, en fin, el rey Estanislao y Carlos mismo estaban prisioneros en Turquía; sin embargo, no se había desengañado todavía de la idea de volver a Polonia al frente de un ejército otomano, de reponer

a Estanislao en el trono y de hacer temblar a todos sus enemigos.

## CAPITULO V

### Triunfos de Pedro el Grande. - Regreso de Carlos XII a sus Estados.

Pedro, a la vez que proseguía la serie de sus conquistas, perfeccionaba la creación de su marina, hacía venir doce mil familias a Petersburgo, tenía a todos sus aliados unidos a su fortuna y a su persona, aunque todos tuviesen intereses diversos y opuestas miras. Su flota amenazaba a la vez a todas las costas de Suecia en los golfos de Finlandia y de Bothnia.

Uno de sus generales de tierra, el príncipe Gallitzin, formado por él mismo, como lo eran todos, avanzaba desde Elsinford, donde el zar había desembarcado, hasta el interior de la tierra, hacia el burgo de Tavastus. Este era un puesto que dominaba la Bothnia; algunos regimientos suecos, con ocho

mil hombres de milicias, lo defendían. Fue preciso librar una batalla -13 marzo 1714-; los rusos la ganaron completamente; dispersaron a todo el ejército sueco y penetraron hasta Vasa: de suerte que se hicieron dueños de ochenta leguas de terreno.

A los suecos les quedaba la escuadra, con la que dominaban el mar. Pedro ambicionaba desde mucho antes mostrar la marina que había creado. Había partido de Petersburgo y había reunido, una escuadra de diez y seis navíos de línea y ciento ochenta galeras a propósito para maniobrar a través de los peñascos que rodean la isla de Aland y las demás del mar Báltico, no lejos de las costas de Suecia, hacia las cuales encontró la escuadra sueca. Esta escuadra era superior a la suya en buques grandes, pero inferior en galeras; más propia para combatir en alta mar que en medio de peñas. Era una superioridad que el zar debía sólo a su genio. El servía en su escuadra en calidad de contraalmirante, y recibía las órdenes del almirante Apraxin. Pedro quería apoderarse de la isla de Aland, que sólo estaba alejada de Suecia unas doce leguas; era preciso pasar a la vista de la escuadra de los suecos. El atrevido plan fue ejecutado; las galeras se abrieron paso bajo el cañón enemigo, que no era bastante eficaz;

se entró en Aland, y como esta costa casi toda ella estaba erizada de escollos, el zar hizo transportar a brazo ochenta galeras pequeñas por una lengua de tierra, y se las volvió a poner a flote en el mar que se denomina de Hango, donde estaban sus grandes navíos. Erenschild, contraalmirante de los suecos, creyó que iba a apresar fácilmente o echar a pique estas ochenta galeras. Avanzó por este lado para reconocerlas; pero fue recibido con un fuego tan vivo, que vio caer a casi todos sus soldados y todos sus marineros. Le apresaron las galeras y las embarcaciones de un puente que había traído y el navío que mandaba -8 agosto 1714-; se salvó en una chalupa, pero fue herido en ella. En fin, obligado a rendirse, se le llevó a la galera en que el mismo zar maniobraba. El resto de la escuadra volvió a ganar la Suecia. Hubo consternación en Estocolmo y nadie se creyó allí seguro.

En aquel mismo tiempo el coronel Schouvalow Neushlof atacaba la única fortaleza que quedaba por tomar en las costas occidentales de Finlandia y la sometía al zar, a pesar de la más obstinada resistencia.

Esta jornada de Aland fue, después de la de Pultava, la más gloriosa de la vida de Pedro. Dueño

de Finlandia, cuyo gobierno encomendó al príncipe Gallitzin, vencedor de todas las fuerzas navales de Suecia y más respetado que nunca por sus aliados -5 septiembre-, regresó a Petersburgo cuando la estación, que se hizo muy tormentosa, no le permitió ya permanecer en los mares de Finlandia y de Bothnia. Su buena suerte quiso además que, al llegar a su nueva capital, la zarina diese a luz una princesa, que murió un año después. Instituyó la Orden de Santa Catalina en honor de su esposa, y celebró el nacimiento de su hija con una entrada triunfal. sta era, de todas las fiestas a que había acostumbrado a sus pueblos, la que más les agradaba. El comienzo de esta fiesta fue llevar al puerto de Cronslot nueve galeras suecas llenas de prisioneros y el navío del contraalmirante Erenschild.

El buque almirante de Rusia estaba cargado con todos los cañones, banderas y estandartes cogidos en la conquista de Finlandia. Se llevaron todos estos trofeos a Petersburgo, a donde se llegó en orden de batalla. Un arco de triunfo, que el zar había dibujado según su costumbre, fue decorado con los emblemas de todas sus victorias; los vencedores pasaron bajo este arco triunfal; el almirante Apraxin marchaba a la cabeza; en seguida el zar en calidad

de contraalmirante, y todos los demás oficiales según su categoría; se presentaron todos al virrey Romadonoski, quien en estas ceremonias representaba al soberano del imperio. Este vicezar distribuyó entre los oficiales medallas de oro; todos los soldados y marineros las recibieron de plata. Los prisioneros suecos pasaron bajo el arco triunfal, y el almirante Erenschild seguía inmediatamente al zar, su vencedor. Cuando se hubo llegado al trono donde estaba el vicezar, el almirante Apraxin le presentó al contraalmirante Pedro, quien pidió ser ascendido a vicealmirante en premio de sus servicios; se procedió a la votación, y no se dudará de que todos los votos le fueron favorables.

Después de esta ceremonia, que llenaba de alegría a todos los asistentes, y que inspiraba a todo el mundo la emulación, el amor de la patria y el de la gloria, el zar pronunció este discurso que merece pasar a la más lejana posteridad:

Mis hermanos: ¿Hay alguno entre vosotros que haya pensado, hace veinte años, que había de combatir conmigo en el mar Báltico, en navíos construidos por vosotros mismos, y que habíamos de establecernos en estas regiones adquiridas con nuestras fatigas y por nuestro valor?... Se coloca el

antiguo asiento de las ciencias en Grecia; en seguida pasaron a Italia, de donde se extendieron a todas partes de Europa: a nosotros nos toca ahora nuestro turno, si queréis secundar mis planes, uniendo el estudio a la obediencia. Las artes circulan en el mundo, como la sangre en el cuerpo humano; y acaso establezcan su imperio entre nosotros, para regresar a Grecia, su antigua patria. Yo me atrevo a esperar que haremos un día sonrojar a las naciones más civilizadas, por nuestros trabajos y nuestra sólida gloria.

Este es el resumen verdadero de este discurso digno de un fundador. Se le ha empobrecido en todas las traducciones; pero el mayor mérito de esta elocuente arenga es haber sido pronunciada por un monarca victorioso, fundador y legislador de su imperio.

Los viejos boyardos escucharon esta arenga con más pesar por sus antiguas costumbres que admiración por la gloria de su soberano; pero los jóvenes se emocionaron hasta verter lágrimas.

Todavía se señalaron estos tiempos por la llegada de los embajadores rusos que volvieron de Constantinopla con la ratificación de la paz con los tarcos -15 diciembre 1714-. Un embajador de Persia

había llegado un poco antes comisionado por Cha-Ussin; había traído al zar un elefante y cinco leones. Recibió al mismo tiempo una embajada del kan de los usbecks, Mehemet-Bahadir, que le imploraba su protección contra otros tártaros. Del interior del Asia y de Europa todo prestaba homenaje a su gloria.

La regencia de Estocolmo, desesperada por el estado deplorable de sus asuntos y la ausencia de su rey que abandonaba el cuidado de sus Estados, había tomado al fin la resolución de no consultarle más; e inmediatamente después de la victoria naval del zar, pidió un pasaporte al vencedor para un oficial encargado de proposiciones de paz. El pasaporte, fue enviado; pero en aquella misma época la princesa UIrica-Eleonora, hermana de Carlos XII, recibió la noticia de que el rey su hermano se disponía al fin a abandonar Turquía y a regresar para defenderse. No se atrevieron entonces a enviar al zar el comisionado que se había nombrado en secreto; se soportó la mala fortuna, y se esperó a que Carlos XII se presentase para repararla.

En efecto, Carlos, después de cinco años y algunos meses de estancia en Turquía, partió de allí hacia fines de octubre de 1714. Se sabe que puso en

su viaje la misma singularidad que caracterizaba todas sus acciones. Llegó a Stralsund el 22 de noviembre de 1714. Desde que llegó, el barón de Gortz se acercó a él; había sido el instrumento de una parte de sus desgracias, pero se justificó con tanta habilidad y le hizo concebir esperanzas tan altas, que ganó su confianza como había ganado la de todos los ministros y todos los príncipes con los que había negociado; le hizo esperar que desuniría a los aliados del zar, y que entonces se podría hacer una paz honrosa, o al menos una guerra igual. Desde este momento tuvo sobre Carlos mucho más ascendiente que había tenido nunca el conde Piper.

Lo primero que hizo Carlos al llegar a Stralsund fue pedir dinero a los burgueses de Estocolmo. Lo poco que tenían fue entregado; no se sabía negar nada a un príncipe que no pedía más que para dar, que vivía tan duramente como los simples soldados, que exponía como ellos su vida. Sus desgracias, su cautiverio, su regreso emocionaban a sus súbditos y a los extranjeros; no se podía evitar el vituperarle, ni admirarle, ir compadecerle, ni socorrerle. Su gloria era de un género completamente opuesto a la de Pedro; no consistía en el fomento de las artes, ni en la legislación, ni en la política, ni en el comercio; no

se extendía más allá de su persona; su mérito consistía en un valor superior al ordinario; defendía sus Estados con una grandeza de alma igual a este valor intrépido, y esto era bastante para que las naciones fuesen arrastradas por el respeto hacia él. Tenía más partidarios que aliados.

# CAPITULO VI

## Estado de Europa al regreso de Carlos XII. Sitio de Stralsund, etc.

Cuando Carlos XII volvió al fin a sus Estados al terminarse el año 1714, encontró la Europa cristiana en una situación muy diferente de aquella en que la había dejado. La reina Ana de Inglaterra había muerto después de haber hecho la paz con Francia; Luis XIV aseguraba en España a su nieto y forzaba al emperador de Alemania, Carlos VI, y a los holandeses a suscribir una paz necesaria; así, todos los asuntos del mediodía de Europa tomaban un aspecto nuevo.

Los del norte habían cambiado más todavía; Pedro había venido a ser su árbitro. El elector de Hannover, llamado al trono de Inglaterra, quería

extender sus posesiones de Alemania a expensas de Suecia, que no había adquirido dominios alemanes sino por las conquistas del gran Gustavo. El rey de Dinamarca pretendía recobrar la Escania, la mejor provincia de Suecia, que había pertenecido en otro tiempo a los daneses. El rey de Prusia, heredero de los duques de Pomerania pretendía volver a entrar, al menos, en una parte de esta provincia. De otro lado, la casa de Holstein, oprimida por el rey de Dinamarca, y el duque de Mecklemburgo casi en franca guerra con sus súbditos, imploraba la protección de Pedro I. El rey de Polonia, elector de Sajonia, deseaba que se anexionase la Curlandia a Polonia; así, desde el Elba hasta el mar Báltico, Pedro era el apoyo de todos los príncipes, como Carlos había sido su terror.

Se negoció mucho desde el regreso de Carlos, y no se avanzó nada. Este creyó que podría tener bastantes buques de guerra y corsarios para no temer al nuevo poder marítimo del zar. Respecto a la guerra por tierra, contaba con su valor; y Gortz, convertido de golpe en su primer ministro, le convenció de que podría subvenir a los gastos con una moneda de cobre, a la que se le dio un valor noventa y seis veces mayor que el natural, lo que es un

prodigio en la historia de los gobiernos. Pero desde el mes de abril de 1715, los buques de Pedro apresaron a los primeros barcos suecos armados en corso que se echaron al mar, y un ejército ruso marchó a la Pomerania.

Los prusianos, los dinamarqueses y los sajones, se unieron ante Stralsund. Carlos XII vio que no había regresado de su prisión de Demirtash y de Demirtoca hacia el mar Negro, más que para ser sitiado a orillas del mar Báltico.

Ya se ha visto en su historia con qué fiero y sereno valor desafió en Stralsund a todos sus enemigos reunidos. No se añadirá aquí más que una pequeña particularidad que marca bien su carácter. Muertos o heridos en el sitio casi todos sus principales oficiales, el coronel barón de Reichel, después de un largo combate, agobiado de sueño y de fatigas, se había tendido sobre un banco para procurarse una hora de descanso, cuando fue llamado para hacer la guardia en la muralla; se hizo el remolón, maldiciendo de la terquedad del rey y de tantas fatigas intolerables e inútiles. El rey, que le oía, se apresuró a presentarse, y despojándose de su manto, que extendió ante él:  No podéis más -le dijo- , mi querido Reichel; yo he dormido una hora, estoy fresco y

voy a hacer la guardia en vuestro lugar: dormid; ya os despertaré cuando sea la hora . Dicho esto, le envolvió en el manto, a pesar suyo; le dejó dormir y fue a hacer la guardia.

*Octubre 1715.* -Durante este sitio de Stralsund el nuevo rey de Inglaterra, elector de Hannover, compró del rey, de Dinamarca la provincia de Brema y Verden, con la ciudad de Stade, que los daneses habían tomado a Carlos XII. Le costó esto al rey Jorge ochocientos mil escudos de Alemania. Así se traficaba con los Estados de Carlos, mientras él defendía a Stralsund palmo a palmo. Al fin, no siendo ya esta ciudad más que un montón de ruinas, sus oficiales le obligaron a salir de ella -diciembre 1715- Cuando estuvo en salvo, su general, Duker, entregó estas ruinas al rey de Prusia.

Algún tiempo después. habiéndose presentado Duker ante Carlos, XII, este príncipe le reprochó el haber capitulado con sus enemigos. Amo demasiado vuestra gloria - le respondió Dulcer - para haceros la afrenta de permanecer en una ciudad de la que Vuestra Majestad había salido. Por lo demás, esta plaza no permaneció sino hasta 1721 en poder de los prusianos, quienes la devolvieron en la paz del Norte.

Durante este sitio de Stralsund, Carlos recibió todavía una mortificación que hubiese sido más dolorosa si su corazón fuese tan sensible a la amistad como lo era a la gloria. Su primer ministro, el conde Piper, hombre célebre, en Europa, siempre fiel a su rey (digan lo que quieran tantos autores indiscretos, bajo la fe de uno solo mal informado); Piper, digo, era su víctima desde la batalla de Pultava. Como no había canje de prisioneros entre los rusos Y los suecos, quedó prisionero en Moscú, y aunque no hubiese sido enviado a Siberia como tantos otros, su estado era lamentable. La hacienda del zar no estaba entonces administrada tan fielmente como debía, y todos sus nuevos establecimientos exigían gastos a los que costaba mucho trabajo atender; además debía, una cantidad de dinero bastante considerable a los holandeses, con motivo de dos de sus barcos mercantes incendiados en las costas de Finlandia. El zar pretendió que eran los suecos quienes debían pagar esta suma, y quiso comprometer al conde Piper a encargarse de esta deuda; se le hizo venir de Moscú a Petersburgo; se le ofreció la libertad en caso de que pudiese girar sobre Suecia unos setenta mil escudos en letras de cambio. Se dice que él giró, en efecto, esa cantidad

contra su mujer en Estocolmo; que ella no estaba en situación ni acaso con voluntad de entregarla, y que el rey de Suecia no hizo tampoco nada para pagarla. Sea como quiera, el conde Piper fue encerrado en la fortaleza de Shlusselbourg, donde murió al año siguiente, a los setenta años de edad. Se envió su cuerpo al rey de Suecia, quien mandó hacerle magníficas exequias; triste e inútil indemnización a tantos infortunios y a fin tan deplorable.

Pedro estaba satisfecho por poseer la Livonia, la Estonia, la Carelia, la Ingria, que consideraba como provincias de sus Estados, y de haber añadido a ellas casi toda la Finlandia, que serviría de prenda en caso de que se pudiese llegar a la paz. Había casado una hija de su hermano con el duque de Mecklemburgo, Carlos Leopoldo, en el mes de abril de aquel mismo año; de modo que todos los príncipes del Norte eran sus aliados o creación suya. En Polonia contenía a los enemigos del rey Augusto: uno de sus ejércitos, de unos diez y ocho mil hombres, disolvía allí sin trabajo todas las confederaciones con tanta frecuencia renacientes en esta patria de la libertad y de la anarquía. Los turcos, fieles al fin a los tratados, dejaban en su poder y a su voluntad todos sus dominios.

En este estado floreciente casi no había día que no se distinguiese por alguna nueva creación para la marina, las tropas, el comercio, las leyes; él mismo compuso un código militar para la infantería.

*8 noviembre 1715.* -En Petersburgo fundaba una academia de marina. Lange, encargado de los intereses del comercio, partía para la China por la Siberia; los ingenieros levantaban cartas en todo el imperio; se construía la quinta de recreo de Petershoff, y al mismo tiempo se hacían fuertes sobre el Irtish; se contenía el pillaje de los pueblos de la Boukaria, y, por otra parte, los tártaros de Kouban eran reprimidos.

Pareció el colmo de la prosperidad el nacimiento, en el mismo año, de un hijo de su mujer Catalina y de un heredero de sus Estados en un hijo del príncipe Alejo; pero el hijo que le dio la zarina fue bien pronto arrebatado por la muerte; y ya veremos que la suerte de Alejo fue demasiado funesta para que el nacimiento de un hijo de este príncipe pudiese ser mirado como una dicha.

El parto de la zarina interrumpió los viajes que hacía constantemente con su esposo por tierra y por mar; pero en cuanto se levantó, volvió a acompañarle en excursiones nuevas.

# CAPITULO VII

## Toma de Vismar. -Nuevos viajes del zar.

Vismar estaba entonces sitiada por todos los aliados del zar. Esta ciudad, que debía naturalmente pertenecer al duque de Mecklemburgo, está situada sobre el mar Báltico, a siete leguas de Lubec, y podría disputarle su gran comercio; era en otro tiempo una de las más importantes ciudades anseáticas, y los duques de Mecklemburgo ejercían allí el derecho de protección mucho más que el de soberanía. Esta era una de las posesiones de Alemania que habían quedado a los suecos por la paz de Westfalia. Tuvieron al fin que entregarla como Stralsund: los aliados del zar se apresuraron a hacerse dueños de ella antes de que hubiesen llegado sus tropas: pero Pedro, que vino él mismo ante la plaza después de la ca-

pitulación que había sido hecha sin él, hizo a la guarnición prisionera de guerra -Febrero 1715.- Le indignó que sus aliados dejasen al rey de Dinamarca una ciudad que debía pertenecer al príncipe a quien él había dado su sobrina, y este disgusto, del que el ministro Gortz se aprovechó inmediatamente, fue el primer origen de la paz que proyectó hacer entre el zar y Carlos XII.

Gortz, desde este momento, hizo comprender al zar que Suecia estaba ya bastante hundida, que no convenía elevar demasiado a Dinamarca y Prusia. El zar participaba de su opinión; él no había hecho nunca la guerra más que como político, mientras que Carlos XII no la había hecho sino como guerrero. Desde entonces no procedió más que muy flojamente contra Suecia; y Carlos XII, desgraciado por todas partes en Alemania, resolvió, por uno de esos golpes desesperados que sólo el buen éxito puede justificar, ir a llevar la guerra a Noruega.

El zar, entre tanto, quiso hacer un segundo viaje a Europa. Había hecho el primero como hombre que había querido instruirse en las artes; hizo el segundo como príncipe que trataba de penetrar el secreto de todas las cortes. Llevó a su mujer a Copenhague, a Lubec, a Schwerin, a Neustadt; vio al

rey de Prusia en la pequeña ciudad de Aversberg; de allí pasaron a Hamburgo, a aquella ciudad de Altona que los suecos habían incendiado y que se reedificaba. Bajando por el Elba hasta Stade, pasaron por Brema, donde las autoridades les obsequiaron con fuegos de artificio y una iluminación cuyo dibujo formaba en cien lugares diferentes estas palabras: *Nuestro libertador viene a vernos* -17 diciembre 1716-. En fin, volvió a ver Amsterdam y aquella pequeña choza de Sardam, donde había aprendido el arte de la construcción de barcos hacía unos diez y ocho años; encontró esta choza transformada en una casa agradable y cómoda, que subsiste todavía y que se llama la *Casa del príncipe*.

Se puede suponer con qué idolatría fue recibido por un pueblo de comerciantes y marinos, de quienes había sido compañero; creían ver en el vencedor de Pultava a su discípulo, que había fundado en sus Estados el comercio y la marina, que había aprendido de ellos a ganar batallas navales; le miraban como a uno de sus conciudadanos llegado a emperador.

Parece que en la vida, en los viajes, en las acciones de Pedro el Grande, como en las de Carlos XII, todo está alejado de nuestras costumbres, acaso

demasiado afeminadas; por esto mismo es por lo que la historia de estos dos hombres célebres excita tanto nuestra curiosidad.

La esposa del zar residía en Schverin, enferma, muy avanzada en su nuevo embarazo; sin embargo, en cuanto pudo ponerse en camino, quiso ir a encontrar al zar en Holanda -14 enero 1717-; los dolores la sorprendieron en Vesel, donde dio a luz un príncipe que no vivió más que un día. No está dentro de nuestras costumbres que una mujer enferma viaje inmediatamente después de haber dado a luz: la zarina, al cabo de diez días, llegó a Amsterdam; quiso ver la choza de Sardam, en la que el zar había trabajado con sus manos; los dos fueron sin ceremonias, sin séquito, con dos criados, a comer a casa de un rico carpintero de barcos de Sardam, llamado Kalf, el primero que había comerciado en Petersburgo.

El hijo había regresado de Francia, adonde Pedro quería ir; la zarina y él escucharon con placer la aventura de este joven, que yo no referiría si no diese a conocer costumbres completamente opuestas a las nuestras.

El hijo del carpintero Kalf había sido enviado a París para aprender en él el francés, y su padre había

querido que viviese allí honorablemente. Ordenó que el joven abandonase el traje más que sencillo, que todos los ciudadanos de Sardam llevan, y que hiciese en París un gasto más conveniente fortuna que a su educación, conociendo bastante a su hijo para esperar que este cambio no corrompiera su frugalidad y bondad de su carácter.

Kalf significa becerro en todas las lenguas del Norte; el viajero tomó en París el nombre Becerro; vivió con alguna magnificencia; entró en sociedad. Nada más común en París que prodigar los títulos de marqués y de conde a los que no tienen ni una tierra señorial, y que son apenas hidalgos; esta ridiculez ha sido siempre tolerada por el Gobierno a fin de que, estando las clases más confundidas y la nobleza menos encumbrada, se estuviese en lo sucesivo al abrigo de las guerras civiles, en otro tiempo tan frecuentes. El título de alto y poderoso señor ha sido adquirido por ennoblecidos por plebeyos que habían comprado a altos precios los cargos. En fin, los nombres de marqués, de conde, sin marquesado y sin conde marqués, como de caballero sin orden, y de abad sin abadía no tiene consecuencia alguna en la nación.

Los amigos Y los criados de Kalf le llamaban siempre el conde del Becerro; él cenó en casa de las princesas y figuró en la de la duquesa de Berry; pocos extranjeros fueron más festejados. Un joven marqués, que le había acompañado en todas sus diversiones, le prometió ir a verle a Sardam, y cumplió su palabra. Al llegar a este pueblo preguntó por la casa del conde de Kalf; encontró un taller de constructores de navíos y al joven Kalf, vestido de marinero holandés, el hacha en la mano, trabajando en las obras de su padre. Kalf recibió a su huésped con toda su sencillez antigua, que había recobrado, y de la que no se desprendió ya más. Un lector juicioso puede perdonar esta pequeña digresión, que no es sino la condenación de las vanidades y el elogio de las costumbres.

El zar permaneció tres meses en Holanda. Ocurrieron durante su estancia cosas más serias que la aventura de Kalf. La Haya, desde la paz de Nimega, de Rysvyk y de Utrecht, había conservado la reputación de ser el centro de las negociaciones de Europa: esta pequeña ciudad, o más bien villorrio, el más agradable del Norte, estaba principalmente habitada por ministros de todas las cortes y por viajeros que venían a instruirse en esta escuela. Se, ponían en-

tonces las bases de una gran revolución en Europa. El zar, informado de los orígenes de estas tormentas, prolongó su estancia en los Países Bajos para estar más al alcance de lo que se tramaba a la vez en el Mediodía y en el Norte, y para decidir el partido que debía tomar.

## CAPITULO VIII

### Continuación de los viajes de Pedro el Grande. -Conspiración de Gortz. -Recepción de Pedro en rancia.

El veía cuán celosos estaban sus aliados de su poder, y que frecuentemente se tienen más disgustos con los amigos que con los enemigos.

El Mecklemburgo era uno de los principales motivos de estas discusiones, casi siempre inevitables entre príncipes vecinos que reparten sus conquistas. Pedro no había querido que los daneses tomasen Vismar para sí y menos aún que demoliesen las fortificaciones; sin embargo, habían hecho lo uno y lo otro.

El duque de Mecklemburgo, casado con su sobrina, y a quien consideraba como yerno, era fran-

camente protegido por él contra la nobleza del país; y el rey de Inglaterra protegía a la nobleza. En fin, comenzaba a estar muy, descontento del rey de Polonia, o más bien de su, primer ministro, el conde Flemming, quien quería sacudir el yugo de la dependencia, impuesto por los beneficios y por la fuerza.

Las cortes de Inglaterra, de Polonia, de Dinamarca, de Holstein, de Mecklemburgo, de Brandeburgo estaban agitadas por intrigas y conjuraciones.

A fines de 1716 y a principios de 1717, Gortz, que, como dicen las Memorias de Bassevitz, estaba cansado de no tener más que el título de consejero de Holstein y de no ser más que un plenipotenciario secreto de Carlos XII, había hecho nacer la mayor parte de estas intrigas, y resolvió aprovecharse de ellas para conmover a Europa. Su plan era aproximar a Carlos XII al zar, no sólo para terminar su guerra, sino para unirlos, reponer a Estanislao en el trono de Polonia y quitar al rey de Inglaterra, Jorge I, Brema y Verden, y aun el trono mismo de Inglaterra, a fin de ponerle en situación de no poder apropiarse los despojos de Carlos.

En la misma época había un ministro de igual carácter, cuyo proyecto era trastornar Inglaterra y

Francia; era el cardenal Alberoni, más dueño entonces de España de lo que era Gortz en Suecia, - hombre tan audaz y tan emprendedor como él pero mucho más poderoso, porque estaba al frente de un reino más rico y porque no pagaba a sus favorecidos en moneda de cobre.

Gortz, desde las costas del mar Báltico, se unió en seguida a la Corte de Madrid. Alberoni y él estuvieron igualmente en inteligencia con todos los ingleses errantes adictos a la casa Estuardo. Gortz acudió a todos los Estados en que podía encontrar enemigos del rey Jorge: Alemania, Holanda, Flandes, Lorena y al fin París, a fines del año 1716. El cardenal Alberoni comenzó por enviarle al mismo París un millón de libras de Francia para empezar a prender fuego a la pólvora ésta era la expresión de Alberoni.

Gortz quería que Carlos cediese mucho a Pedro, para recobrar todo lo demás de sus enemigos, y que pudiese libremente hacer un desembarco en Escocia, mientras que los partidarios de los Estuardos se decidieran eficazmente después de tantas demostraciones inútiles. Para realizar estos proyectos era necesario privar al rey de Inglaterra de su mayor apoyo, y este apoyo era el regente de Francia. Era

extraordinario ver a Francia unida con un rey de Inglaterra contra el nieto de Luis XIV, que esta misma Francia había puesto en el trono de España a costa de su tesoro, de su sangre, a pesar de tantos enemigos conjurados. Pero todo se había desviado entonces de su cauce natural, y los intereses del regente no eran los intereses del reino. Alberoni preparó desde entonces una conspiración en Francia contra este regente. Los cimientos de toda esta vasta empresa fueron echados casi inmediatamente de haberse terminado el plan. Gortz fue el primero que estuvo en el secreto, y le correspondía entonces ir, disfrazado, a Italia, para entrevistarse con el pretendiente cerca de Roma, y de allí salir para La Haya, ver en ella al zar y terminar todo junto al rey de Suecia.

El que escribe esta historia está muy enterado de lo que expone, puesto que Gortz le propuso acompañarle en sus viajes y porque, a pesar de lo joven que era entonces, fue uno de los primeros testigos de gran parte de estas intrigas.

Gortz había vuelto a Holanda a fines de 1716, provisto de las letras de cambio de Alberoni y de plenos poderes de Carlos. Es seguro que el partido del pretendiente debía levantarse mientras que Car-

los descendería de Noruega al norte de Escocia. Este príncipe, que no había podido conservar sus Estados en el continente, iba a invadir y a trastornar los de otro; y de la prisión de Demirtash, en Turquía, y de las cenizas de Stralsund, se hubiese podido verle ir a coronar al hijo de Jacobo II, en Londres, como había coronado a Estanislao, en Varsovia.

El zar, que sabía una parte de las empresas de Gortz, esperaba su desarrollo, sin entrar en ninguno de sus planes y sin conocerlos todos; amaba lo grande y lo extraordinario tanto como Carlos XII, Gortz y Alberoni; pero lo amaba como fundador de un Estado, como legislador, como verdadero político; y acaso Alberoni, Gortz y el mismo Carlos eran más bien hombres inquietos que intentaban grandes aventuras, que hombres profundos que toman medidas razonables; puede ser, sin embargo, que por sus malos éxitos se les acuse de temeridad.

Cuando Gortz fue a La Haya, el zar no lo vio; hubiera infundido demasiadas sospechas a los Estados generales, sus amigos, unidos al rey de Inglaterra; sus ministros no vieron a Gortz más que en secreto, con las mayores precauciones, con orden de escuchar todo y de dar esperanzas, sin contraer nin-

guna obligación y sin comprometerle. Sin embargo, los perspicaces notaban bien su inacción, ya que él hubiese podido bajar a Escania con su flota y la de Dinamarca, en su frialdad hacia sus aliados, en las quejas que se escapaban de sus cortes y, en fin, en su viaje mismo; que en los asuntos se verificaba un gran cambio que no tardaría en manifestarse.

En el mes de enero de 1717, un paquebote sueco que conducía cartas a Holanda se vio obligado por el temporal a arribar a Noruega, y las cartas fueron cogidas. Se encontraron en las de Gortz y algunos ministros los hilos de la revolución que se tramaba. La Corte de Dinamarca comunicó las cartas a la de Inglaterra. Inmediatamente se hizo detener en Londres al ministro sueco Gyllembourg; se apoderaron de sus papeles, y entre ellos se encontró una parte de su correspondencia con los jacobitas.

*Febrero 1717*. -El rey Jorge escribe incontinenti a Holanda; exige que, según los tratados que ligan a Inglaterra y los Estados generales para su seguridad común, el barón de Gortz sea detenido. Este ministro, que en todas partes tenía adictos a su persona, fue advertido de tal orden, y partió incontinenti; estaba ya en Arnhein, en la frontera, cuando los oficiales y los guardias que corrían detrás de él con una

celeridad poco común en aquel país, le prendieron, se apoderaron de sus papeles, tratándolo además duramente; el secretario, Stamke, aquel mismo que había falsificado la firma del duque de Holstein en el asunto de Tonninge, más maltratado todavía. En fin, el conde de Gyllembourg, diplomático de Suecia en Inglaterra, y el barón de Gortz con cartas del ministro plenipotenciario de Carlos XII, fueron interrogados, uno en Londres, el otro en Arnheim, como criminales. Todos los ministros de los soberanos clamaron contra la violación del derecho de gentes.

Este derecho, que es con más frecuencia reclamado que bien conocido, y del que nunca han sido determinados su extensión y límites, ha sido en todo tiempo víctima de atentados. Se han expulsado varios ministros de las cortes en que residían; más de una vez se les ha detenido; pero nunca se había visto hasta ahora interrogar a los ministros extranjeros como súbditos del país. La corte de Londres y los Estados saltaron por encima de todas las reglas, en vista del peligro que amenazaba a la casa de Hannover; pero, al fin, estando ya el peligro al descubierto, dejaba de ser peligro, al menos en la presente ocasión.

Es preciso que el historiador Norberg haya estado muy mal informado, que haya conocido muy mal a los hombres y los asuntos, o que haya sido cegado por la parcialidad, o por lo menos muy atado por su Corte, para tratar de hacer comprender que el rey de Suecia no había entrado mucho antes en el complot.

La afrenta hecha a sus ministros le afirmó en la resolución de intentar todo para destronar al rey de Inglaterra. Entre tanto, fue necesario que una vez en su vida usase el disimulo, que desaprobase a sus ministros cerca del regente de Francia, que le concedía un subsidio, y cerca de los estados generales, a quienes quería halagar; dio menos satisfacciones al rey Jorge. Gortz y Gyllembourg, sus ministros, estuvieron presos cerca de seis meses, y este largo ultraje confirmó en él todos sus intentos de venganza.

Pedro, en medio de tantas alarmas y de tantos recelos, no exponiéndose en nada, esperando toda del tiempo, y habiendo puesto en bastante buen orden sus vastos Estados, para no tener nada que temer ni de dentro ni de fuera, resolvió al fin ir a Francia; no entendía la lengua del país, y por ello perdía el principal fruto de su viaje; pero pensaba que tenía mucho que ver, y quiso, saber en qué si-

tuación estaba el regente de Francia, con Inglaterra, y si ese príncipe estaba seguro.

Pedro el Grande fue recibido en Francia como, debía serlo. Se envió desde luego al mariscal de Tessé, con un gran número de señores, un escuadrón de guardias y las carrozas del rey, a su encuentro. Había procedido, según su costumbre, con tal celeridad, que estaba él ya en Gournay cuando los equipajes llegaron a Elbeuf. Se le regaló en el camino con todas las fiestas que tuvo, a bien aceptar. Se le recibió primeramente en el Louvre, donde un gran aposento estaba destinado para él, y otros para todo su séquito, para los príncipes Kourakin y Dolgorouki, para el vicecanciller barón Schaffirof, para el embajador Tolstoy, el mismo que había sufrido tantas violaciones del derecho de gentes en Turquía. Toda esta corte debía estar magníficamente alojada y servida; pero como Pedro había venido para ver lo que podía serle útil y no para aguantar vanas ceremonias que molestaban su sencillez y que consumían un tiempo precioso, fue a alojarse aquella misma noche al otro extremo de la ciudad, al palacio u hotel de Lesdiguieres, que pertenecía al mariscal de Villeroi, donde fue tratado y agasajado como en el Louvre. (8 mayo 1717). Al día siguiente,

el regente de Francia fue a saludarle a este hotel; a los dos días se le llevó el rey todavía niño, conducido por el mariscal Villeroi, su ayo, cuyo padre había sido ayo también de Luis XIV. Se evitó hábilmente al zar la molestia de devolver la visita inmediatamente después de haberla recibido; hubo dos días de intervalo; recibió los saludos del Ayuntamiento, y fue por la tarde a ver al rey; la servidumbre del rey estaba toda formada. Se condujo al joven príncipe hasta la carroza del zar; Pedro, sorprendido e inquieto por la multitud que se apretaba alrededor del rey niño, lo cogió y, lo llevó algún tiempo en sus brazos.

Algunos ministros, más maliciosos que sensatos, han escrito que, queriendo el mariscal de Villeroi conceder al rey de Francia la preferencia y la prioridad, el emperador de Rusia se sirvió de esta estratagema para impedir tal ceremonia con un rasgo de cariño y ternura; esta es una suposición completamente errónea; la cortesía francesa y lo que se debía a Pedro el Grande no permitían que se trocasen en disgustos los honores que se le tributaban. La ceremonia consistía en hacer por un gran monarca y gran hombre lo que él mismo hubiese deseado si hubiese prestado atención a esos pormenores. Los

viajes de los emperadores Carlos IV, Segismundo y Carlos V a Francia distaron mucho de haber tenido una celebridad comparable a la de la estancia en ella de Pedro el Grande. Esos emperadores no fueron allí sino por intereses políticos y en un tiempo en que la perfección de las artes no podía hacer de su viaje una época memorable; pero cuando Pedro el Grande fue a comer a casa del duque de Antin, en el palacio de Petitbourg, a tres leguas de París, y al final de la comida vio su retrato, que se acababa de pintar, colocado de pronto en la sala, comprendió que los franceses sabían recibir un huésped tan digno, mejor que ningún pueblo del mundo.

Todavía se sorprendió más cuando al ir a ver acuñar medallas en esta gran galería del Louvre donde todos los artistas del rey están honorablemente alojados, habiéndose caído una medalla que se acuñaba, y apresurándose el zar a recogerla, se vio grabado en ella, con una Fama en el reverso, poniendo un pie sobre el globo, y estas palabras de, Virgilio, tan apropiadas a Pedro el Grande: *Vires acquirit eundo;* alusión igualmente fina y noble e igualmente concerniente a sus viajes y a su gloria; los ofrecieron de estas medallas de oro a él y a todos los que le acompañaban. ¿Iba a casa de los ar-

tistas? Ponían a sus pies todas las obras maestras y le suplicaban se dignase, recibirlas. ¿Iba a ver los lizos altos de los Gobelinos, los tapices de la Jabonería, los talleres de los escultores, de los pintores, de los orfebres del rey, de los fabricantes de instrumentos de matemáticas? Todo lo que parecía merecer su aprobación lo era ofrecido de parte del rey.

Pedro era mecánico, artista, geómetra. Fue a la Academia de Ciencias, que se engalanó para recibirle con todo lo que tenía de más extraordinario; pero no hubo nada tan extraordinario como él mismo: él corrigió con su propia mano varios errores geográficos en las cartas que había de sus Estados, y sobre todo en las del mar Caspio. En fin, se dignó ser uno de los miembros de esta Academia, y mantuvo después correspondencia, seguida de experiencias y de descubrimientos, con aquellos de quienes accedía a ser un simple colega. Es preciso remontarse a los Pitágoras y a los Anacarsis para encontrar semejantes viajeros, y ellos no habían dejado un imperio para instruirse.

No se puede dejar de poner aquí ante los ojos del lector el entusiasmo que le sobrecogió al contemplar la tumba del cardenal Richelieu. Poco impresionado por la belleza de esta obra maestra de

escultura, lo fue únicamente por la imagen de un ministro que se había hecho célebre en Europa trastornándola toda, y que había devuelto a Francia su gloria, perdida después de la muerte de Enrique IV. Se sabe que abrazó esta estatua, y que exclamó: ¡Gran hombre! Yo te hubiera cedido la mitad de mis Estados para aprender de ti a gobernar la otra.

En fin, antes de partir quiso ver a la célebre madame de Maintenon, que él sabía que era efectivamente viuda de Luis XIV y que estaba próxima a su fin. Esta especie de analogía entre el casamiento de Luis XIV y el suyo excitaba vivamente su curiosidad; pero había entre el rey de Francia y él esta diferencia: que él se había casado públicamente con una heroína, y Luis XIV no había tenido en secreto sino una mujer amable. La zarina no le había acompañado en este viaje; Pedro había temido demasiado las molestias del ceremonial y la curiosidad de una corte poco hecha para apreciar el mérito de una mujer que desde las orillas del Pruth a las de Finlandia había afrontado la muerte al lado de su esposo por mar y por tierra.

## CAPITULO IX

### Regreso del zar a sus Estados. -Su política, sus ocupaciones.

La conducta observada por la Sorbona con él cuando fue a ver el mausoleo del cardenal Richelieu merece ser tratada aparte.

Algunos doctores de la Sorbona quisieron tener la gloria de reunir la Iglesia griega con la Iglesia latina. Los que conocen la historia antigua, saben muy bien que el cristianismo ha venido al Occidente por intermedio de los griegos del Asia y que en Oriente es donde ha nacido; que los primeros Padres, los primeros concilios, las primeras liturgias, los primeros ritos, todo es de Oriente; que no hay ni un solo nombre de dignidad o de empleo que no sea griego, que no declare todavía hoy la fuente de donde nos

ha venido todo. Habiéndose dividido el imperio romano, era imposible que no llegase a haber en él, tarde o temprano, dos religiones, como dos imperios, y que no se produjese entre los cristianos de Oriente y de Occidente el mismo cisma que entre los osmanlíes y los persas.

Este cisma es el que algunos doctores de la Universidad de París creyeron apagar de repente entregando una memoria a Pedro el Grande. El Papa León IX y sus sucesores no lo habían conseguido con legados, concilios, y hasta con dinero. Esos doctores hubieran debido saber que Pedro el Grande, que dirigía su Iglesia, no era hombre capaz de reconocer al Papa. En vano hablaron en su memoria de las libertades de la Iglesia galicana, de la que el zar apenas se cuidaba; en vano dijeron que los papas deben estar sometidos a los concilios y que la opinión de un Papa no es un dogma de fe: no consiguieron más que disgustar a la corte de Roma con su escrito, sin agradar al emperador de Rusia ni a la Iglesia rusa.

Había en ese plan un conjunto de asuntos políticos que no entendían, y puntos de controversia que decían entender, y que cada partido explica como quiere. Se trataba del Espíritu Santo, que proce-

de del Padre y del Hijo, según los latinos, y que procede hoy del Padre por intermedio del Hijo, según los griegos, después de no haber procedido durante mucho tiempo más que del Padre; citaban a San Epifanio, quien dijo que, el Espíritu Santo no es hermano del Hijo ni nieto del Padre .

Pero el zar, al partir de París, tenía otros asuntos que no consistían en verificar pasajes de San Epifanio. Recibió con bondad las memorias de los doctores. Estos escribieron a algunos obispos rusos, que enviaron una respuesta cortés; pero la mayoría se indignó con la proposición.

Para disipar los temores de este proyecto de unión fue para, lo que instituyó algún tiempo después la fiesta cómica del conclave, cuando hubo expulsado a los jesuitas de sus Estados, en 1718.

Había en su corte un viejo loco, llamado Sotof, que le había enseñado a escribir y que se imaginaba haber merecido por ese servicio las dignidades más importantes. Pedro, que endulzaba de vez en cuando los sinsabores del gobierno con bromas adecuadas a un pueblo no enteramente reformado todavía por él, prometió dar a su maestro de escritura una de las primeras dignidades del mundo: le hizo knés papa, con dos mil rublos de sueldo, y le destinó una

casa en Petersburgo, en el barrio de los tártaros; unos bufones lo instalaron con gran ceremonia; fue arengado por cuatro tartamudos; creó cardenales, y marchó en procesión al frente de ellos. Todo este sagrado colegio estaba borracho de aguardiente. Después de la muerte de este Sotof, un empleado llamado Buturlin fue nombrado papa. Moscú y Petersburgo han visto renovar por tres veces esta ceremonia, cuya ridiculez parecía no tener consecuencias, pero, que, en realidad, confirmaba a las gentes en su aversión por una Iglesia que aspiraba a un poder supremo y cuyo jefe había anatematizado tantos reyes. El zar, en broma, vengaba a veinte emperadores de Alemania, diez reyes de Francia y una multitud de soberanos. Ese fue todo el fruto que, la Sorbona recogió de la idea poco política de reunir las Iglesias griega y latina.

El viaje del zar a Francia fue más útil por su relación con este reino, comerciante y poblado de industriales, que por la pretendida unión de dos Iglesias rivales, de las cuales una mantendrá siempre su antigua independencia, y la otra su nueva superioridad.

Pedro llevó consigo varios artesanos franceses, así como había llevado otros de Inglaterra; pues to-

das las naciones por donde viajaba tuvieron a gran honor secundarle en su proyecto de llevar todas las artes a una patria nueva y concurrir a esta especie de creación.

Trazó entonces un tratado de comercio con Francia, y lo entregó a sus ministros en Holanda en cuanto estuvo de regreso. No pudo ser firmado por el embajador de Francia, Chateauneuf, hasta el 15 de agosto de 1717, en La Haya. Este tratado no se reducía solamente al comercio; atendía también a la paz del Norte. El rey de Francia, el elector de Brandeburgo, aceptaron el título de mediadores que se les asignó; era bastante para hacer ver al rey de Inglaterra que no estaba contento de él y para colmar las esperanzas de Gortz, quien desde entonces puso todo en obra para reunir a Pedro y Carlos, para suscitar a Jorge nuevos enemigos y para dar la mano al cardenal Alberoni de un extremo al otro de Europa. El barón de Gortz vio entonces públicamente en La Haya a los ministros del zar, y les declaró que tenía plenos poderes para concluir la paz con Suecia.

El zar dejaba a Gortz preparar todas sus baterías sin mezclarse en ello, presto a hacer la paz con el rey de Suecia, pero también a continuar la guerra,

siempre aliado con Dinamarca, Polonia, Prusia y aun, en apariencia, con el elector de Hannover.

Parece evidente que no tenía formado más proyecto que el de aprovechar las ocasiones. Su principal objeto era perfeccionar todas sus nuevas fundaciones. Sabía que las negociaciones, los intereses de los príncipes, sus alianzas, sus amistades, sus desconfianzas, sus enemistades, experimentan casi todos los años vicisitudes, y con frecuencia no queda rastro alguno de tantos esfuerzos políticos. Una sola manufactura bien establecida hace muchas veces más bien a un Estado que veinte tratados.

Una vez reunido Pedro con su mujer, que le esperaba en Holanda, continuó sus viajes con ella; atravesaron juntos Westfalia y llegaron a Berlín sin ningún aparato. El nuevo rey de Prusia no era menos enemigo de las vanidades del ceremonial y de la magnificencia que el monarca, de Rusia. Era un espectáculo instructivo para la etiqueta de Viena y de España, para el *punctilio* de Italia y para la afición al lujo que reina en Francia, el de un rey que no se servía nunca más que de un sillón de madera, que no vestía sino de simple soldado y que se había prohibido todas las delicadezas de la mesa y todas las comodidades de la vida. El zar y la zarina llevaban

una vida tan sencilla y tan dura; y si Carlos XII se hubiese encontrado entre ellos se hubiesen visto juntas cuatro testas coronadas acompañadas de menos fausto que un obispo alemán o que un cardenal de Roma. Jamás el lujo y la molicie han sido combatidos con tan nobles ejemplos.

Es preciso confesar que uno de nuestros ciudadanos se atraería toda nuestra consideración y sería mirado como un hombre extraordinario si hubiese hecho una vez en su vida, por curiosidad, la quinta parte de los viajes que hizo Pedro por el bien de sus Estados. Desde Berlín va a Danzik con su mujer; protege en Mittau a la, duquesa de Curlandia, su sobrina, que había enviudado; visita todas sus conquistas; da nuevos reglamentos en Petersburgo; va a Moscú; allí hace reconstruir algunas casas particulares convertidas en ruinas; de allí se traslada a Czarisin, sobre el Volga, para detener las incursiones de los tártaros de Kouban; construye trincheras del Volga al Tanais y hace erigir fuertes de trecho en trecho, de un río al otro. Durante ese mismo tiempo hace imprimir el código militar que ha compuesto. Establece una sala de justicia para examinar la conducta de sus ministros y para poner orden en la hacienda; perdona a algunos culpables; castiga a otros;

el príncipe Menzikoff fue también uno de los que necesitaron su clemencia; pero un proceso más severo que se creyó obligado a emprender contra su propio hijo llenó de amargura una vida tan gloriosa.

# CAPITULO X

## Condena del príncipe Alejo Petro   itz.

Pedro el Grande había casado en 1689, a la edad de diez y siete años, con Eudoxia-Teodora, o Teodorouna Lapoukin, educada en todos los prejuicios de su país e incapaz de elevarse sobre ellos como su esposo. Las mayores contrariedades que experimentó cuando quiso crear un imperio y formar hombres procedieron de su mujer; estaba dominada por la superstición, con tanta frecuencia unida a su sexo. Todas las novedades útiles le parecían sacrilegios, y todos los extranjeros de que el zar se servía para ejecutar sus grandes proyectos le parecían corruptores.

Sus lamentaciones públicas alentaban a los facciosos y partidarios de las antiguas costumbres: su

conducta, por otra parte, no reparaba faltas tan graves. En fin: el zar se vio obligado a repudiarla en 1696, y a encerrarla en un convento en Susdal, donde se le hizo tomar el velo bajo el nombre de Elena.

El hijo que lo había dado en 1690 nació, desgraciadamente, con el carácter de su. madre, y ese carácter se fortificó por la primera educación recibida. Mis Memorias dicen que ésta fue confiada a supersticiosos, que le dañaron el espíritu para siempre. Inútilmente se creyó corregir esas primeras impresiones nombrándole preceptores extranjeros, y hasta esta misma cualidad de extranjeros le sublevó. Y no es que hubiese nacido sin lucidez de espíritu; hablaba y escribía bien el alemán; dibujaba; aprendió un poco de matemáticas; pero estas mismas Memorias que se me han confiado aseguran que la lectura de libros eclesiásticos fue lo que le perdió. El joven Alejo creyó ver en estos libros la reprobación de todo lo que hacía su padre. Había varios sacerdotes al frente de los descontentos y él se dejó gobernar por estos sacerdotes.

Estos le persuadían de que toda la nación veía con horror las empresas de Pedro; que las frecuentes enfermedades del zar no le prometían una larga vida; que su hijo no podía esperar agradar a la na-

ción sino demostrando su aversión por todo lo nuevo. Estas murmuraciones y estos consejos no llegaban a formar una facción abierta, una conspiración; pero todo parecía tender a ello y los ánimos estaban caldeados.

El casamiento de Pedro con Catalina en 1707, y los hijos que tuvo de ella, acabaron de agriar el carácter del joven príncipe. Pedro intentó todos los medios para atraerle: hasta le puso al frente de la regencia durante un año; le hizo viajar; le casó en 1711, al final de la batalla del Pruth, con la princesa de Volfenbuttel, como ya hemos referido. Este matrimonio fue muy desgraciado.

Alejo, a la edad de veintidós años, se entregó a todos los desórdenes de la juventud y a todas las groserías de las antiguas costumbres, que le eran tan queridas; estos desórdenes le embrutecieron. Su mujer, despreciada, maltratada, careciendo de lo necesario, privada de todo consuelo, languideció con la pena, y murió al fin de dolor en 1715, el 1 de noviembre.

Dejaba al príncipe Alejo un hijo que acababa de dar a luz, y este hijo debía ser un día el heredero del imperio, según el orden natural. Pedro presentía con dolor que, después de él, todos sus trabajos serían

destruidos por su propia sangre. Escribió a su hijo después de la muerte de la princesa una carta igualmente patética y amenazadora; acababa con estas palabras: Todavía esperaré un poco tiempo, para ver si queréis corregiros; si no, sabed que os privaré de la sucesión, como se cercena un miembro inútil. No imaginéis que sólo deseo intimidaros; no os descanséis en el título de hijo mío único; pues si no perdono ni a mi propia vida por mi patria y por la salud de mis pueblos, ¿cómo podré perdonaros? Preferiría transmitirlos primero a un extranjero que lo mereciese, que a mi propio hijo que se hizo indigno de ello.

Esta carta es propia de un padre, pero más todavía de un legislador; hace ver, por otra parte, que el orden en la sucesión no estaba invariablemente establecido en Rusia, como en otros reinos, mediante leyes que privan a los padres del derecho de desheredar a sus hijos; y el zar creía sobretodo tener la prerrogativa de disponer de un imperio que él había fundado.

En aquel mismo tiempo, la emperatriz Catalina dio a luz un príncipe que murió después, en 1719. Sea porque esta noticia abatió el ánimo de Alejo, sea por prudencia, sea por malos consejos, él escribió a

su padre que renunciaba a la corona y a toda esperanza de reinar: Tomo a Dios por testigo -dice- y juro por mi alma que no aspiraré jamás a la sucesión. Pongo mis hijos en vuestras manos y no pido más que mi manutención durante mi vida.

Su padre le escribió por segunda vez: Observo -dice- que no habláis en vuestra carta más que de la sucesión, como si yo tuviese necesidad de vuestro consentimiento. Os he dado a conocer el dolor que vuestra conducta me ha producido durante tantos años, y no me habláis nada de ello. Las exhortaciones paternales no os impresionan. Me he decidido a escribiros por última vez. Si despreciáis mis consejos durante mi vida, ¿qué caso haréis de ellos después de mi muerte? Aun cuando en este momento tuvieseis el propósito de ser fiel a vuestras promesa, los barbudos podrán haceros cambiar a su antojo y os obligarán a violarlas... Esas gentes sólo en vos se apoyan. No tenéis ninguna gratitud para el que os ha dado la vida. ¿Le ayudasteis en sus trabajos desde que habéis llegado a la edad madura? ¿No vituperáis, no detestáis todo cuanto puedo hacer por el bien de mis pueblos? Tengo motivos para creer que si me sobrevivieseis destruiríais mi obra. Corregios, haceos digno de la sucesión, o haceos monje. Res-

ponded, sea por escrito, sea de viva voz; si no, os trataré como a un malhechor.

La carta era dura; fácil le era al príncipe contestar que cambiaría de conducta; pero se contentó con responder en cuatro líneas a su padre que quería hacerse monje.

Esta solución no parecía natural, y resulta extraño que el zar quisiese viajar dejando en sus Estados un hijo tan descontento y tan obstinado; pero también este mismo viaje prueba que el zar no veía ninguna conspiración que temer por parte de su hijo.

Fue a verle antes de partir para Alemania y Francia; el príncipe, enfermo, o fingiendo estarlo, le recibió en la cama y le confirmó con los más grandes juramentos su deseo de retirarse a un claustro. El zar le dio seis meses para consultarse y partió con su esposa.

Apenas llegó a Copenhague supo -lo que ya podía presumir- que Alejo sólo trataba a descontentos que alababan su disgusto. Le escribió que tenía que escoger entre el convento y el trono, y que si quería sucederle un día era preciso que viniese a encontrarle a Copenhague.

Los confidentes del príncipe le persuadieron de que sería peligroso para él encontrarse, alejado de todo consejo, entre un padre irritado y una madrastra. Entonces fingió ir a reunirse con su padre en Copenhague; pero tomó el camino de Viena, y fue a ponerse en manos del emperador Carlos VI, su cuñado, con intención de residir allí hasta la muerte del zar.

Es aproximadamente la misma aventura que la de Luis XI cuando, siendo todavía delfín, dejó la corte del rey Carlos VII, su padre, y se retiró a casa del duque de Borgoña. El delfín era bastante más culpable que el zarevitz, puesto que se había casado contra la voluntad de su padre, había reclutado tropas, se retiraba a casa de un príncipe enemigo natural de Carlos VII, y no volvió nunca a la corte, por más instancias que su padre pudo hacerle.

Alejo, por lo contrario, no se había casado sino por orden del zar, no se había sublevado, no había reclutado tropas, no se refugiaba en la corte de un príncipe enemigo, y volvió a echarse, a los pies de su padre a la primera carta que recibió de él; pues en cuanto Pedro supo que su hijo había ido a Viena, que se había retirado al Tirol y en seguida a Nápoles, que pertenecía entonces al emperador Carlos

VII, despachó al capitán de guardias Romanzoff y al consejero privado Tolstoy, portadores de una carta escrita de su propia mano, fechada en Spa el 21 de julio, nuevo cómputo, de 1717. Encontraron al príncipe en Nápoles, en el castillo de San Telmo, y le entregaron la carta. Estaba concebida en estos términos:

... Os escribo por última vez para deciros que tenéis que ejecutar mi voluntad, que Tolstoy y Romanzoff os anunciarán de mi parte. Si me obedecéis, os aseguro, y lo prometo ante Dios, que no os castigaré, y que si volvéis os amaré más que nunca; pero que si no lo hacéis os daré como padre, en virtud del poder que he recibido de Dios, mi maldición eterna; y como soberano vuestro, os aseguro que encontrare la manera de castigaros; en lo cual espero que Dios me ayudará y que tomará mi justa causa en sus manos.

Por lo demás, recordad que no os he violentado en nada. ¿Tenía necesidad de dejaros la libre elección del partido que quisiereis tomar? Si hubiese querido forzaros, ¿no tenía en mi mano el poder? No tenía más que mandar y hubiese sido obedecido.

El virrey de Nápoles convenció fácilmente a Alejo para que regresase junto a su padre. Esta era una prueba incontestable de que el emperador de Alemania no quería tomar con este joven ninguna determinación que pudiese disgustar al zar. Alejo había emprendido el viaje con su amante Afrosina y regresó con ella.

Se le podía considerar como un joven malaconsejado, que había ido a Viena y a Nápoles, en lugar de ir a Copenhague. Si hubiese cometido únicamente esta falta, común a tantos jóvenes, sería bien perdonable: su padre tomaba a Dios por testigo de que no sólo le perdonaría, sino de que le querría más que nunca. Alejo partió con esta seguridad; pero por las instrucciones de los dos enviados que lo condujeron, y por la carta misma del zar, parece que el padre exigió que el hijo declarase quiénes le habían aconsejado y que cumpliese su juramento de renunciar a la sucesión.

Parecía difícil conciliar este desheredamiento con el otro juramento que el zar había hecho en su carta, de amar a su hijo más que nunca. Acaso el padre, luchando entre el amor paternal y la razón del soberano, se limitaba a amar a su hijo retirado en un claustro; acaso esperaba todavía atraerle a su

deber y hacerle digno de esta misma sucesión haciéndole sentir la pérdida de una corona. En circunstancias tan raras, tan difíciles, tan dolorosas, es fácil creer que ni el corazón del padre ni el del hijo, igualmente agitados, estaban bien de acuerdo consigo mismos.

El príncipe llega el 13 de febrero de 1718, nuevo cómputo, a Moscú, donde el zar estaba entonces. El mismo día se echa a los pies de su padre; tiene una conversación muy larga con él; se extiende inmediatamente por la ciudad el rumor de que el padre y el hijo se han reconciliado, que todo se ha olvidado; pero al día siguiente se hace formar a los regimientos de guardias al amanecer, se hace tocar la campana grande de Moscú. Los boyardos, los consejeros privados, son mandados al castillo; los obispos, archimandritas y dos religiosos de San Basilio, profesores en Teología, se reúnen en la iglesia catedral. Alejo es conducido sin espada y como prisionero al castillo ante su padre; se prosterna en su presencia y le entrega llorando un escrito, en el que confiesa sus faltas, se declara indigno de sucederle, y por toda gracia le pide la vida.

El zar, después de haberle levantado, le condujo a un gabinete, donde le hizo varias preguntas. Le

declaró que si ocultaba alguna cosa relativa a su evasión le iba en ello su cabeza. En seguida se condujo al príncipe a la sala donde el consejo estaba reunido; allí se leyó públicamente la declaración del zar. ya redactada.

El padre, en este escrito, reprocha a su hijo todo lo que ya hemos relatado, su poca aplicación en instruirse, sus relaciones con los partidarios de las antiguas costumbres, su mala conducta con su mujer. El ha violado -dice- la fe conyugal uniéndose a una muchacha de la más baja condición en vida de su esposa. Es verdad que Pedro había repudiado a su mujer en favor de una cautiva: pero esta cautiva era de un mérito superior y él estaba con razón descontento de su mujer, que era su súbdita. Alejo, por el contrario, había desdeñado a su mujer por una joven desconocida, que no tenía más mérito que su belleza. Hasta ahí no se ven más que faltas de joven, que un padre debe reprender y puede perdonar.

En seguida le reprocha haber ido a Viena a ponerse bajo la protección del emperador. Dice que Alejo *ha cambiado a su padre* haciendo creer al emperador Carlos VI que se le perseguía, que se le forzaba a renunciar a su herencia; que en fin, ha rogado al emperador que le protegiese con las armas.

No se ve, desde luego, cómo el emperador hubiese podido hacer la guerra al zar por semejante motivo, ni cómo hubiese podido interponer otra cosa que buenos oficios entre el padre irritado y el hijo desobediente. Así, Carlos VI se había contentado con proporcionar un alojamiento al príncipe, y se lo había vuelto a enviar cuando el zar, instruido de su retiro, lo había demandado.

Pedro añade en este escrito terrible que Alejo había, persuadido al emperador de que no *estaba segura su vida si* regresaba a Rusia. Sería justificar en cierto modo las quejas de Alejo hacerle condenar a muerte después de su regreso, y sobre todo después de haber prometido perdonarle; pero ya veremos por qué causa hizo el zar celebrar en seguida este juicio memorable. En fin: se veía en esta gran asamblea a un soberano absoluto contender contra su hijo.

He aquí -dice- de qué modo ha regresado nuestro hijo; y aunque haya merecido la muerte por su evasión y por sus calumnias, sin embargo, nuestra ternura paternal le perdona sus crímenes; pero considerando su indignidad y su conducta desordenada, no podemos, en conciencia, concederle la sucesión al trono, previendo claramente que después de no-

sotros, su conducta depravada destruiría la gloria de la nación y haría perder tantos Estados reconquistados por nuestras armas. Compadeceríamos sobretodo a nuestros súbditos si los arrojásemos, por semejante sucesor, en un estado más deplorable que el que hayan soportado nunca.

Así, por el poder paternal, en virtud del cual, según los derechos de nuestro imperio, cualquiera de nuestros súbditos puede desheredar a su hijo como le plazca, y en virtud de la cualidad de príncipe soberano, y en consideración al bienestar de nuestros Estados, privamos a nuestro ya nombrado hijo Alejo de la sucesión a nuestro trono de Rusia, a causa de sus crímenes y de su indignidad, aun cuando no subsistiese ni una sola persona de nuestra familia después de nosotros.

Y constituimos y declaramos sucesor nuestro a dicho trono a nuestro segundo hijo, Pedro[65], aunque todavía joven, por no tener sucesor de más edad.

Damos a nuestro susodicho hijo Alejo nuestra maldición paterna si alguna vez, en cualquier tiempo que sea, aspira a dicha sucesión o la pretende.

---

[65]Esta era aquel mismo hijo de la emperatriz Catalina que murió en 1719, el 15 de abril.

Deseamos también que nuestros fieles súbditos del estado eclesiástico y secular y de cualquier otro estado, y que la nación entera, según esta constitución y según nuestra voluntad, reconozcan y consideren a nuestro dicho hijo Pedro, designado por nosotros para la sucesión, como legítimo sucesor, y que, en conformidad con esta presente constitución, la confirmen con juramento ante el santo altar, sobre los santos Evangelios, besando la cruz.

Y todos los que se opusieran alguna vez, en cualquier tiempo que sea, a nuestra voluntad, y que desde hoy osasen considerar a nuestro hijo Alejo como sucesor, o ayudarle para ello, les declaramos traidores a nosotros y a la patria; y hemos ordenado que la presente sea publicada en todas partes, a fin de que nadie alegue motivo de ignorancia. Dictada en Moscú el 14 de febrero de 1718, nuevo cómputo. Firmada de nuestra mano y sellada con nuestro sello.

Parecía que estos actos estuviesen preparados o que fuesen dirigidos con extrema celeridad, puesto que el príncipe Alejo había regresado el 13, y su desheredamiento en favor del hijo de Catalina es del 14.

El príncipe, por su parte, firmó que renunciaba a la sucesión: Reconozco ser justa -dice- esta exclusión; la he merecido por mi indignidad, y juro a Dios omnipotente y trino someterme en todo a la voluntad paterna, etc.

Firmadas las actas, el zar marchó a la catedral; se leyeron allí por segunda vez, y todos los eclesiásticos pusieron su aprobación y sus firmas al pie de otra copia. Jamás príncipe alguno fue desheredado de una manera más segura. Hay muchos Estados donde tal acto no tendría ningún valor; pero en Rusia, como entre los antiguos romanos, todo padre tenía el derecho de privar a su hijo de su sucesión, y este derecho era más fuerte aún en un soberano que en un súbdito, sobre todo en un soberano como Pedro.

Sin embargo, era de temer que un día aquellos mismos que habían alentado al príncipe contra su padre y aconsejado su evasión, tratasen de anular una abdicación impuesta por la fuerza y devolver al hijo mayor la corona transferida al segundo, de posterior matrimonio. Se preveía en este caso una guerra civil y la destrucción inevitable de todo lo grande y útil realizado por Pedro. Era preciso decidir entre los intereses de cerca de diez y ocho millo-

nes de hombres, que contenía entonces Rusia, y un solo hombre que no era capaz de gobernarlos. Era, pues, importante conocer a los malintencionados; y el zar amenazó de muerte una vez más a su hijo si le ocultaba alguna cosa. En consecuencia, el príncipe fue entonces interrogado jurídicamente, por su padre, y en seguida por comisarios.

Uno de los cargos que sirvieron Para su condena fue una carta escrita por un llamado Beyer, desde Petersburgo, al emperador, después de la evasión del príncipe, esta carta advertía que había una conspiración en el ejército ruso reunido en el Mecklemburgo: que varios oficiales hablaban de enviar a la nueva zarina Catalina y a su hijo a la prisión donde estaba la zarina repudiada, y poner a Alejo en el trono cuando se le hubiese encontrado. Había, en efecto, entonces una sedición en este ejército del zar, pero fue bien pronto reprimida. Estos propósitos vagos no tuvieron consecuencia alguna. Alejo no podía haberlos alentado, un extranjero hablaba de ellas como de un rumor; la carta no estaba dirigido al príncipe Alejo y éste no tenía más que una copia, que se le había enviado desde Viena.

Una acusación más grave fue una minuta de una carta escrita por su propia mano desde Viena a los

senadores y a los arzobispos de Rusia; sus términos eran duros: Los malos tratos que continuamente he padecido, sin haberlos merecido, me han obligado a huir; poco ha faltado para que me hubiesen metido en un convento. Los que han encerrado a mi madre han querido tratarme de igual modo. Estoy bajo la protección de un gran príncipe; os ruego que no me abandonéis ahora. Esta palabra ahora, que podía ser considerada como sediciosa, estaba tachada, y en seguida vuelta a poner por su propia mano, y después, tachada otra vez; lo que indicaba un joven turbado entregándose a su enojo y arrepintiéndose en el mismo momento. No se encontró más que la minuta de estas cartas, que jamás llegaron a su destino: la corte de Viena las retuvo; prueba bastante clara de que esta corte no quería desavenirse con la de Rusia, y sostener a mano armada al hijo contra el padre.

Se careó al príncipe con varios testigos; uno de ellos, llamado Afanassief, sostuvo que le había oído decir en otro tiempo: Yo diré algo a los obispos, quienes lo repetirán a los curas, los curas a los feligreses, y me harán reinar aun a pesar mío.

Su propia amante, Afrosina, depuso contra él. Todas las acusaciones eran poco precisas: ningún

proyecto detallado, ninguna intriga proseguida, ninguna conspiración, ninguna asociación, menos aun algún preparativo. Se trataba de un hijo de familia descontento y depravado, que se quejaba de su padre, que le huía y que esperaba su muerte; pero este hijo de familia era el heredero de la más vasta monarquía de nuestro hemisferio; y en su situación y en su lugar, ninguna falta era pequeña.

Acusado por su amante, también lo fue en el asunto de la antigua zarina, su madre, y de María, su hermana. Se le acusó de haber consultado a su madre sobre su evasión y de haber hablado de ello a la princesa María. Un obispo de Rostou, confidente de los tres, fue detenido y declaró que las dos princesas, prisioneras en un convento, habían esperado un cambio que las pusiese en libertad y con sus consejos habían inducido al príncipe a la huída. Cuanto más naturales fuesen sus enojos, más peligrosos eran. Se verá al fin de este capítulo quién era este obispo y cuál había sido su conducta.

Alejo negó, desde luego, varios hechos de esta naturaleza, y por eso mismo es expuso a la muerte, con que su padre le había amenazado en el caso de que no hiciese una confesión general y sincera.

En fin, confesó algunas conversaciones poco respetuosas que se le imputaban contra su padre, excusándose con la cólera y la embriaguez.

El zar redactó él mismo nuevos artículos para el interrogatorio. El cuarto estaba concebido así:

Cuando supisteis por la carta de Beyer que había una sublevación en el ejército de Mecklemburgo, habéis sentido alegría por ello. Yo creo que teníais algún plan y que seríais aclamado por los rebeldes, aun estando yo vivo.

Esto era interrogar al príncipe sobre el fondo de sus secretos sentimientos. Estos se pueden confesar a un padre, cuyos consejos los corrigen, y ocultarlos a un juez, que no sentencia sino sobre los hechos averiguados. Los sentimientos ocultos del corazón no son objeto de un proceso criminal. Alejo podía negarlos, disfrazarlos fácilmente; no estaba obligado a abrir su alma; sin embargo, respondió por escrito: Si los rebeldes me hubiesen aclamado en vida vuestra, probablemente hubiese acudido a ellos, siempre que hubiesen sido bastante fuertes.

Es inconcebible que haya dado esta respuesta espontáneamente, y tan extraordinario sería, al menos según las costumbres de Europa, que se le hubiese condenado por la confesión de una idea que

hubiese podido tener algún día, en un caso que no había llegado.

A esta extraña confesión de sus más secretos pensamientos, que no se habían escapado del fondo de su alma, se unieron otras pruebas que en más de un país no son admitidas en el tribunal de la justicia humana.

El príncipe, abrumado, sin dominio sobre sí, rebuscando en sí mismo, con la ingenuidad del temor, todo lo que podía servir para perderle, declaró al fin que en la confesión se había acusado ante Dios, al arzobispo Jacques, de haber deseado la muerte de su padre, y que el confesor Jacques le había respondido: *Dios os lo perdonará; nosotros se la deseamos lo mismo.*

Todas las pruebas que pueden proceder de la confesión son inadmisibles por los cánones de nuestra Iglesia; son secretos entre Dios y el penitente. La Iglesia griega tampoco cree, como la latina, que esta correspondencia íntima y sagrada entre un pecador y la Divinidad sea del dominio de la justicia humana; pero se trataba del Estado y de un soberano. El sacerdote Jacques fue complicado en el asunto, y confesó lo que el príncipe había revelado. Era una cosa rara en este proceso ver al confesor acusado por su penitente, y el penitente por su

amante. Se puede añadir todavía a la singularidad de esta aventura que habiendo sido implicado en las acusaciones el arzobispo de Rezan, quien anteriormente, en los primeros chispazos de enojo del zar contra su hijo, había pronunciado un sermón demasiado favorable al joven zarevitz, este príncipe confesó en sus interrogatorios que él contaba con este prelado; y este mismo arzobispo de Rezan estuvo al frente de los jueces eclesiásticos consultados por el zar sobre este proceso criminal, como vamos a ver muy pronto.

Hay una observación esencial que hacer en este extraño proceso, muy mal estudiado en la grosera historia de Pedro I por el supuesto boyardo Nestesuranoy, y es la observación siguiente:

En las respuestas que dio Alejo en el primer interrogatorio de su padre confiesa que cuando fue a Viena, donde no vio al emperador, se dirigió al conde Schonborn, chambelán; que este chambelán le dijo:  El emperador no os abandonará, y cuando llegue el momento, después de la muerte de vuestro padre, os ayudará a mano armada a subir al trono. Yo le respondí -añade el acusado-:  No pido eso; que el emperador me conceda su protección; no deseo más.  Esta declaración es sencilla, natural,

tiene un gran carácter de verdad; pues hubiese sido el colmo de la locura pedir tropas al emperador para ir a intentar el destronamiento de su padre; y nadie hubiese osado hacer ni al príncipe Eugenio, ni al Consejo, ni al emperador, una proposición tan absurda. Esta declaración es del mes de febrero; y cuatro meses después, el primero de julio, durante este proceso y hacia el fin, se hace decir al zarevitz en sus últimas respuestas por escrito:

No queriendo imitar a mi padre en nada, buscaba el llegar a la sucesión de cualquier manera que fuese, *exceptuando la buena manera.* Deseaba obtenerla por el auxilio extranjero; y si lo hubiese conseguido y el emperador hubiese ejecutado lo *que me había prometido,* procurarme la corona de Rusia aun a mano armada, yo no hubiera escatimado nada para ponerme en posesión de la sucesión. Por ejemplo: si el emperador hubiese pedido tropas de mi país para su servicio, contra cualquiera de sus enemigos, o grandes sumas de dinero, hubiera hecho todo lo que él hubiese querido, y hubiese concedido grandes regalos a sus ministros y a sus generales. Hubiera sostenido a mis expensas las tropas auxiliares que me hubiese concedido para ponerme en posesión

de la corona de Rusia, y, en una palabra, nada hubiera regateado para cumplir en esto mi voluntad.

Esta última declaración del príncipe parece muy forzada; parece como si hiciese esfuerzos por hacerse creer culpable; lo que dice es hasta contrario a la verdad en un punto capital. Dice que el emperador le había prometido *proporcionarle la corona a mano armada;* esto era falso. El conde Schonborn le había hecho esperar que un día, después de la muerte del zar, el emperador le ayudaría a sostener el derecho de su nacimiento; pero el emperador no le había prometido nada. En fin: no se trataba de rebelarse contra su padre, sino de sucederle después de su muerte.

Dice en ese último interrogatorio lo que cree que él hubiese hecho si hubiese tenido que disputar su herencia; herencia a la cual no había jurídicamente renunciado antes de su viaje a Viena y a Nápoles. He aquí, pues, que declara una segunda vez, no lo que ha hecho y puede ser sometido al rigor de las leyes, sino lo que imagina que hubiese podido hacer algún día, y que, por consiguiente, no parece sometido a ningún tribunal, he aquí que se acusa dos veces de los pensamientos secretos que ha podido concebir para lo futuro. No se había visto anterior-

mente, en el mundo entero, un solo hombre juzgado y condenado por las ideas absurdas que se le hayan venido a la cabeza, y que no ha comunicado a nadie. No hay ningún tribunal en Europa donde se escuche a un hombre que se acusa de un pensamiento criminal, y hasta se pretende que Dios no los castiga sino cuando van acompañados de una voluntad determinada.

Se puede responder a estas consideraciones tan naturales que Alejo había dado a su padre el derecho de castigarle por su reticencia sobre varios cómplices de su evasión; su perdón iba unido a una confesión general, y no la hizo sino cuando ya no era tiempo. En fin: después de tal escándalo, no parecía posible en la naturaleza humana que Alejo perdonase un día al hermano en favor del cual él quedaba desheredado; valía más, se decía, castigar a un culpable que exponer a todo el imperio. El rigor de la justicia se acordaba con la razón de Estado.

No hay que juzgar las costumbres y las leyes de una nación por las de las otras. El zar tenía el derecho fatal, pero real, de castigar con la muerte a su hijo sólo por su evasión; él se explica así en su declaración a los jueces y a los obispos:

Aunque según todas las leyes divinas y humanas, y sobre todo según las de Rusia, que excluyen para los particulares toda jurisdicción entre un padre y un hijo, tenemos un poder bastante amplio y absoluto para juzgar a nuestro hijo por sus crímenes, según nuestra voluntad, sin pedir consejo alguno; sin embargo, como nadie es tan clarividente en sus asuntos como en los de otros, y como los médicos, aun los más expertos, no se arriesgan a tratarse a sí mismos, y llaman a otros en sus enfermedades; temiendo cargar mi conciencia con algún pecado, os expongo mi situación y os pido remedio; pues temo la muerte eterna, si, no conociendo acaso la cualidad de mi mal, quisiera curarme de él solo, teniendo en cuenta principalmente que he jurado por Dios y he prometido por escrito el perdón de mi hijo, y lo he confirmado en seguida de palabra, en el caso de que me dijese la verdad.

Aunque mi hijo haya violado su promesa, sin embargo, para no eximirme en nada de mis obligaciones, os ruego penséis en este asunto y lo examinéis con la mayor atención, para ver lo que él ha merecido. No me aduléis, no temáis que si no merece más que un ligero castigo, y lo juzgáis así, eso me sea desagradable, pues os juro por el gran Dios y

por su juicio que no tenéis absolutamente nada que temer.

No tengáis inquietud porque debáis juzgar al hijo de vuestro soberano, sino que, sin tener en cuenta la persona, haced justicia, y no perdáis vuestra alma y la mía. En fin: que nuestra conciencia no nos reproche nada el día terrible del juicio, y que nuestra patria no sea perjudicada.

El zar hizo al clero una declaración casi análoga; así, todo ocurrió con la mayor autenticidad, y Pedro dio a toda su conducta una publicidad que mostraba la persuasión íntima de su justicia.

Ese proceso criminal del heredero de un imperio tan grande duró desde fines de febrero hasta el 5 de julio, nuevo cómputo. El príncipe fue interrogado varias veces; hizo las confesiones que se le exigían: nosotros hemos referido las que son esenciales.

El primero de julio, el clero dio su dictamen por escrito. El zar, en efecto, no le pedía más que su parecer y no una sentencia. El comienzo merece la atención de Europa:

Esta cuestión -dicen los obispos y los archimandritas- no es completamente del dominio de la jurisdicción eclesiástica, y el poder absoluto estable-

cido en el imperio de Rusia no está sometido al juicio de los súbditos, sino que el soberano tiene en él la autoridad para obrar según su buen parecer, sin que ningún inferior intervenga en ello.

Después de este preámbulo se cita el Levítico, donde se dice que el que haya maldecido a su padre o a su madre será castigado con la muerte, y el evangelio de San Mateo, que refiere esta ley severa del Levítico. Acaba, después de otras varias citas, con estas palabras muy notables.

Si Su Majestad quiere castigar al que ha delinquido según sus acciones y con arreglo a la medida de sus crímenes, ante sí tiene los ejemplos del Antiguo Testamento; si quiero hacer misericordia, tiene el ejemplo del mismo Jesucristo, que recibe al hijo descarriado que regresa arrepentido; que deja libre a la mujer sorprendida en adulterio, la cual ha merecido la lapidación según la ley; que prefiere la misericordia al sacrificio; tiene el ejemplo de David, que quiso perdonar a Absalón, su hijo y perseguidor, pues dijo a sus capitanes que querían ir a combatirle: *Perdonad a mi hijo Absalón;* el padre quiso perdonarle él mismo; pero la justicia divina no le perdonó.

El corazón del zar está en las manos de Dios; que él escoja el partido al que la mano de Dios le dirija.

Este dictamen fue firmado por ocho obispos, cuatro archimandritas y dos profesores; y como ya hemos dicho, el metropolitano de Rezan, con quien el príncipe había estado en inteligencia, firmó el primero.

Esta opinión del clero fue presentada incontinenti al zar. Claramente se ve que el clero quería inducirle a la clemencia, y nada acaso más hermoso que esta oposición entre la dulzura de Jesucristo y el rigor de la ley judaica, puesta ante los ojos de un padre que seguía proceso a su hijo.

El mismo día se interrogó nuevamente a Alejo por última vez y consignó por escrito su última declaración; es en esta confesión donde se acusa de haber sido un beato en su juventud; de haberse relacionado frecuentemente con sacerdotes y frailes; de haber bebido con ellos; de haber recibido de ellos las impresiones que causaron su horror hacia los deberes de su Estado y aun hacia la persona de su padre.

Si hizo esta confesión espontáneamente, ello mismo prueba que ignoraba el consejo de clemencia

que acababa de dar el mismo clero a quien acusaba; y eso prueba más aún cuánto había cambiado el zar las costumbres de los sacerdotes de su país, quienes, de la grosería y de la ignorancia, habían llegado en tan poco tiempo a poder redactar un escrito de los que los más ilustres Padres de la Iglesia no hubieran desaprobado ni la sabiduría ni la elocuencia.

En estas últimas confesiones es donde Alejo declara lo que ya se ha referido: que quería llegar a la sucesión *de cualquier manera que fuese, excepto la buena.*

Parecía por esta última confesión como si temiese no estar bastante duramente acusado, presentado suficientemente como criminal en sus primeras, y que, dándose a sí mismo los calificativos de *mal carácter,* de *espíritu perverso,* imaginando lo que él hubiese hecho si hubiese sido el Soberano, buscaba con penoso cuidado el justificar la sentencia de muerte que se iba a pronunciar contra él. En efecto, esta sentencia fue dictada el 5 de julio. Se encontrará en toda su extensión al final de esta historia. Nos contentaremos con observar aquí que comienza, como el dictamen del clero, por declarar que tal juicio no ha correspondido jamás a los súbditos, sino únicamente al soberano, cuyo poder no depende más que de Dios solo. En seguida, después de haber ex-

puesto todos los cargos contra el príncipe, los jueces se expresan así: ¿Qué pensar de su proyecto de rebelión, tal como no hubo nunca otro semejante en el mundo, unido al de un horrible parricidio doble: contra su soberano, como padre de la patria, y padre por naturaleza?

Acaso estas palabras fueron mal traducidas del proceso criminal impreso por orden del zar, pues seguramente hay rebeliones más grandes en el mundo, y no se ve por sus actos que jamás el zarevitz haya, concebido el proyecto de matar a su padre. Acaso se entendiese por esta palabra parricidio la declaración que el príncipe acababa de hacer de haber confesado un día su deseo de la muerte de su padre y soberano; pero la comunicación secreta, en la confesión, de un secreto pensamiento no es un doble parricidio.

Sea lo que quiera, él fue condenado a muerte unánimemente, sin que la sentencia declarase el género de suplicio. De ciento cuarenta y cuatro jueces, no hubo ni uno solo que imaginase siquiera una pena menor que la muerte. Un escrito inglés, que hizo mucho ruido en aquel tiempo, consigna que si tal proceso hubiese sido juzgado en el Parlamento de Inglaterra no se hubiese encontrado, entre ciento

cuarenta y cuatro jueces, uno solo que hubiese impuesto la más ligera pena.

Nada hace conocer mejor la diferencia de tiempos y lugares. Manlius mismo hubiese podido ser condenado a muerte por las leyes de Inglaterra por haber hecho perecer a su hijo, y fue respetado por los severos romanos. Las leyes no castigan en Inglaterra la evasión de un príncipe de Gales, quien, como par del reino, es dueño de ir adonde quiera. Las leyes de Rusia no permiten al hijo del soberano salir del reino contra la voluntad de su padre. Un pensamiento criminal, sin ningún efecto, no puede ser castigado ni en Inglaterra ni en Francia, y puede serlo en Rusia. Una gran desobediencia, formal y reiterada, no es entre nosotros sino una mala conducta que es preciso reprimir, pero era un crimen capital en el heredero de un vasto imperio, de quien esta misma desobediencia hubiese producido la ruina. En fin, el zarevitz era culpable, contra toda la nación, de querer volver a sumergirla en las tinieblas de que su padre la había sacado.

Era tal el poder reconocido del zar, que podía haber hecho morir a su hijo, culpable de desobediencia, sin consultar a nadie; sin embargo, él se sometió al juicio de todos los que representaban a la

nación; así, fue la nación misma la que condenó al príncipe; y Pedro tenía tanta confianza en la equidad de su conducta, que, haciendo imprimir y traducir el proceso, se sometió él mismo al juicio de todos los pueblos de la tierra.

La ley de la historia no nos ha permitido ni disfrazar ni atenuar nada en el relato de esta trágica aventura. No se sabe en Europa quién se debía lamentar más: si un príncipe joven acusado por su padre y condenado a muerte por los que debían ser un día sus súbditos, o un padre que se creía obligado a sacrificar a su propio hijo por la salud de su imperio.

Se publicó en varios libros que el zar había hecho venir de España el proceso de Don Carlos I, condenado a muerte por Felipe II; pero es falso que se haya seguido nunca proceso a Don Carlos; la conducta de Pedro I fue enteramente diferente de la de Felipe. El español no dio nunca a conocer ni por qué razón había hecho detener a su hijo, ni cómo este príncipe había muerto. Escribió sobre este asunto al Papa y a la emperatriz cartas absolutamente contradictorias. El príncipe de Orange, Guillermo, acusó públicamente a Felipe de haber sacrificado a su hijo y su mujer a sus celos, y de ha-

ber sido, más que un juez severo, un marido celoso y cruel, un padre desnaturalizado y parricida. Felipe se dejó acusar y guardó silencio. Pedro, al contrario, no hizo sino una gran luz, publicó en voz alta que prefería su nación a su propio hijo, se sometió al juicio del clero y de los nobles y convirtió al mundo entero en juez de unos y otros y de sí mismo.

Lo que hubo todavía de extraordinario en esta fatalidad fue que la zarina Catalina, odiada del zarevitz y amenazada abiertamente de la suerte más triste si alguna vez llegaba el príncipe a reinar, no contribuyó, sin embargo, en nada a su desgracia, y no fue ni acusada, ni aun sospechosa para algún ministro extranjero residente en esta corte, de haber dado el más pequeño paso contra un hijastro de quien tenía que temerlo todo. Es verdad que no se dice que haya pedido gracia para él; pero todas las memorias de aquel tiempo, sobre todo las del conde Bassevitz, aseguran unánimemente que ella lamentó su infortunio.

Yo tengo ante mí las memorias de un ministro público, donde encuentro estas propias palabras: Yo estaba presente cuando el zar dijo al duque, de Holstein que Catalina le había rogado que impidiese se notificase al zarevitz su condena. *Contentaos* -me

dijo- *con hacerle vestir el hábito de fraile, porque este oprobio de una condena de muerte notificada recaerá sobre nuestro nieto.*

El zar no se rindió a los ruegos de su mujer; creyó que era importante que la sentencia fuese notificada públicamente al príncipe, a fin de que después de este acto solemne no pudiese nunca colocarse en contra de una sentencia en la cual él mismo había convenido, y que, dándole por muerto civilmente, le ponía para siempre en condiciones de no poder reclamar la corona.

Sin embargo, si después de la muerte de Pedro un poderoso partido se hubiese levantado en favor de Alejo, ¿esta muerte civil le hubiera impedido reinar?

La sentencia fue notificada al príncipe. Las mismas Memorias me informan de que éste cayó con una convulsión al oír estas palabras: Las leyes divinas y eclesiásticas, civiles y militares, condenan a muerte sin misericordia a aquellos cuyos atentados contra su padre y soberano son manifiestos. Sus convulsiones se convirtieron, dicen, en apoplejía; costó trabajo hacerle volver, en sí. Recobró un poco su conocimiento, y en este intervalo entre la vida y la muerte rogó a su padre que fuese a verle. El zar

fue; brotaron las lágrimas de los ojos del padre y del hijo infortunado; el condenado pidió perdón; el padre perdonó públicamente. Se administró solemnemente la extremaunción al enfermo agonizante. Murió en presencia de toda la corte al día siguiente de esta sentencia funesta. Su cuerpo fue llevado desde luego a la catedral y depositado en un ataúd abierto Allí permaneció cuatro días expuesto a todas las miradas, y al fin fue, enterrado en la iglesia de la ciudadela, al lado de su esposa. El zar y la zarina asistieron a la ceremonia.

Indispensablemente se ve uno obligado aquí a imitar, si así puede decirse, la conducta del zar; esto es: someter al juicio del público todos los sucesos que acaban de referirse con la fidelidad más escrupulosa, y no solamente estos hechos, sino los rumores que circularon y lo que se imprimió sobre este triste asunto por los autores más acreditados. Lamberti, el más imparcial de todos, el más exacto, que se ha limitado a reproducir los documentos originales y auténticos referentes a los asuntos de Europa, parece alejarse aquí de esta imparcialidad y discernimiento que constituyen su carácter; en estos términos se expresa. La zarina, temiendo siempre por su hijo, no descansó hasta que hubo convenci-

do al zar de seguir un proceso a su hijo mayor y hacerle condenar a muerte; lo que es extraño es que el zar, después de haberle aplicado él mismo el knut, lo cual es dudoso, le haya cortado él mismo también la cabeza. El cuerpo del zarevitz fue expuesto al público con la cabeza de tal modo adaptada al cuerpo que no se podía distinguir que hubiese sido separada de él. Ocurrió algún tiempo después el fallecimiento del hijo de la zarina, con gran pena de ésta y del zar. Este último, que había degollado con su propia mano a su hijo mayor, reflexionando que no tenía ya sucesor alguno, adquirió muy mal humor. Se informó en aquel tiempo de que la zarina sostenía intrigas secretas e ilegítimas con el príncipe Menzikoff. Esto, unido a la reflexión de que la zarina era la causa de que él mismo hubiese sacrificado a su hijo mayor, le hizo pensar en rapar a la zarina y encerrarla en un convento, como había hecho con su primera mujer, que aun estaba allí. El zar estaba acostumbrado a consignar sus diarios pensamientos en los libros de memorias, y en ellos había escrito el proyecto dicho respecto a la zarina. Esta tenía ganados a los pajes que actuaban en la cámara del zar. Uno de éstos, que estaba acostumbrado a esconder estos libros para enseñárselos a la zarina, cogió

aquellos que contenían el proyecto del zar. En cuanto esta princesa lo hubo hojeado, se lo comunicó a Menzikoff, y un día o dos después el zar cayó con una enfermedad desconocida y violenta que le hizo morir. Esta enfermedad fue atribuida al veneno, pues se vio manifiestamente que era tan violenta y súbita, que no podía proceder sino de semejante causa, que se dice ser bastante usada en Moscovia.

Estas acusaciones, consignadas en las Memorias de Lamberti, se extendieron por toda Europa. Todavía queda un gran número de impresos y manuscritos que podrían hacer pasar esas opiniones a la más remota posteridad.

Yo creo de mi deber decir lo que ha llegado a mi conocimiento. Primeramente, certificó que el que contó a Lamberti la extraña anécdota que se refiere había, es verdad, nacido en Rusia, pero no de una familia del país; que no residía en este imperio en la época de la catástrofe del zarevitz: estaba ausente de él desde muchos años antes. Yo le he conocido en otro tiempo; había él visto a Lamberti en la pequeña ciudad de Nyon, donde este escritor vivía retirado, y donde yo he estado con frecuencia. Esa misma persona me ha confesado que no había hablado a Lamberti más que *de los rumores que circulaban entonces*.

Véase por este ejemplo cuánto más fácil era antiguamente a un solo hombre deshonrar a otro ante las naciones, cuando, antes de la imprenta, las historias manuscritas, conservadas en pocas manos, no estaban ni expuestas a plena luz, ni contradichas por los contemporáneos, ni al alcance de la crítica universal, como lo están hoy. Bastaba un renglón en Tácito o en Suetonio, y aun en los autores de leyendas, para hacer a un príncipe odioso al mundo y para perpetuar su oprobio de siglo en siglo.

¿Cómo hubiera podido ocurrir que el zar hubiese cortado con su propia mano la cabeza de su hijo, a quien se dio la extremaunción en presencia de toda la corte? ¿Y estaba sin cabeza cuando se derramó el aceite sobre su cabeza misma? ¿En qué momento se pudo pegar esta cabeza a su cuerpo? Al príncipe no se le dejó solo un momento desde la lectura de su sentencia hasta su muerte.

Esta anécdota de que su padre se sirvió del acero destruye la de que se haya servido del veneno. Es cierto que resulta muy raro que un joven expire de una conmoción súbita, causada por la lectura de una sentencia de muerte, y, sobre todo, de una sentencia con la cual ya contaba; pero, en fin, los médicos declaran que la cosa es posible.

Si el zar hubiese envenenado a su hijo, como tantos escritores han propalado, hubiese perdido con ello todo lo que hubiera hecho durante la tramitación de este proceso fatal para convencer a Europa del derecho que tenía para castigarle; todos los motivos de la condena vendrían a ser sospechosos y el zar se condenaba a sí mismo. Si hubiese querido la muerte de Alejo, hubiese hecho ejecutar la sentencia; ¿no era su soberano absoluto? Un hombre prudente, un monarca sobre quien el mundo tiene puestos los ojos, ¿se decide a hacer envenenar cobardemente a quien puede hacer morir por la espada de la justicia? ¿Hay quien desee envilecerse ante la posteridad con el título de envenenador y parricida, cuando se puede tan fácilmente no adquirir más que el de juez severo?

Parece que resulta de todo lo que he referido que Pedro fue más bien rey que padre, que sacrificó a su propio hijo ante los intereses de fundador y de legislador, y a los de su nación, que volvería a caer en el estado de que se la había sacado sin esta severidad desgraciada. Es evidente que no inmoló a su hijo a una madrastra y al hijo, varón que de ella tenía, pues ya la había amenazado frecuentemente con desheredarle, antes de que Catalina le hubiese dado

este hijo, cuya infancia enfermiza estaba amenazada de una muerte próxima, y que murió, en efecto, poco después. Si Pedro hubiese, dado un tan gran escándalo únicamente por complacer a su mujer, hubiese sido débil, insensato y cobarde; y ciertamente que no lo era. Preveía lo que acontecería a sus fundaciones y a su nación si se continuase después de él su mismo plan. Todas sus empresas han sido perfeccionadas según sus predicciones; su nación ha llegado a ser célebre y respetada en Europa, de la que estaba anteriormente separada; y si Alejo hubiese reinado, todo hubiera sido destruido. En fin: cuando se considera esta catástrofe, los corazones sensibles se estremecen, y los severos aprueban.

Este grande y temible acontecimiento está todavía tan fresco en la memoria de los hombres, se habla de él tan a menudo con asombro, que es absolutamente necesario examinar lo que han dicho de él los autores contemporáneos. Uno de estos escritores famélicos que toman atrevidamente el título de historiadores habla así en su libro dedicado al conde Bruhl, primer ministro del rey de Polonia, cuyo nombre puede dar autoridad a lo que consigna: Toda Rusia está convencida de que el zarevitz no murió sino del veneno preparado por la mano de

una madrastra. Esta acusación está destruida por la confesión que hizo el zar al duque de Holstein de que la zarina Catalina le había aconsejado que encerrase en un claustro a su hijo condenado.

Respecto del veneno dado después por esta misma emperatriz a Pedro, su esposo, el conde se refuta a sí mismo con el solo relato de la aventura del paje y de los libros de memorias. ¿Necesita un hombre escribir en sus cuadernos: Es necesario que me acuerde de encerrar a mi mujer ? ¿Son ésos detalles que se pueden olvidar y de los que es preciso llevar un registro? Si Catalina hubiera envenenado a su hijastro y a su marido, hubiese hecho otros crímenes; no solamente no se le ha reprochado jamás ninguna crueldad, sino que nunca se distinguió más que por su dulzura y por su indulgencia.

Ahora es necesario hacer ver cuál fue la causa primera de la conducta de Alejo, de su evasión, de su muerte y de la de los cómplices que perecieron a mano del verdugo. Fue el abuso de la religión, fueron los sacerdotes y los frailes; y este origen de tantas desgracias está bastante indicado en algunas confesiones de Alejo, que ya hemos referido, y, sobre todo, en esta frase del zar Pedro, de una carta a

su hijo: Esos barbudos podrán haceros cambiar a su antojo

He aquí, casi palabra por palabra, cómo las Memorias de un embajador de Petersburgo explican esta frase: Muchos eclesiásticos - dice- enamorados de su antigua barbarie y más aun de su autoridad, que perdía a medida que la nación se ilustraba, esperaban con ansia el reinado de Alejo, quien les prometía sumirles de nuevo en esa barbarie tan querida. Entre ellos figuraba Dositeo, obispo de Rostov. Este simuló una revelación de San Demetrio. Este santo se le había aparecido y le había asegurado en nombre de Dios que Pedro no tenía tres meses de vida; que Eudoxia, encerrada en el convento de Susdal, y religiosa con el nombre de Elena, así como la princesa María, hermana del zar, debían subir al trono y reinar conjuntamente con su hijo Alejo. Eudoxia y María tuvieron la debilidad de creer esta impostura; estaban tan convencidas de ella, que Elena dejó en su convento el hábito de religiosa, recobró el nombre de Eudoxia, se hizo tratar de Majestad e hizo suprimir de las rogativas el nombre de su rival Catalina; no apareció ya sino revestida con los antiguos trajes de ceremonia que llevaban las zarinas. El tesorero del convento se declaró con-

trario a esta empresa. Eudoxia respondió altivamente: *Pedro ha castigado a los Strelitz que habían ultrajado a su madre; mi hijo Alejo castigará a todo el que haya insultado a la suya.* Hizo encerrar al tesorero en su celda. Un oficial, llamado Etienne Glevo, fue introducido en el convento. Eudoxia hizo de él el instrumento de sus planes y lo ligó a ella con sus favores. Glebo extendió por la pequeña ciudad de Susdal y sus alrededores la predicción de Dositeo. Entre tanto, transcurren los tres meses. Eudoxia reprocha al obispo por estar el zar todavía con vida. *-Los pecados de mi padre son la causa de ello -dice Dositeo-; está en el purgatorio, y así me lo ha advertido-*. Inmediatamente, Eudoxia hace decir *mil misas de difuntos;* Dositeo le asegura que ellas son eficaces; vuelve al cabo de un mes a decirle que su padre tiene ya la cabeza fuera del purgatorio; un mes después el difunto no tenía en él más que hasta la cintura. En fin: llegó a no tener en el purgatorio más que los pies, y cuando los pies hubiesen salido, que es lo más difícil, el zar Pedro moriría infaliblemente.

La princesa María, convencida por Dositeo, se entregó a él a condición de que el padre del profeta saliese inmediatamente del purgatorio y que la pre-

dicción se cumpliese, y Glebo continuó sus relaciones con la antigua zarina.

Por la fe en estas predicciones fue principalmente por lo que el zarevitz se evadió y se fue a esperar la muerte de su padre a países extranjeros. Todo esto se descubrió bien pronto. Dositeo y Glebo fueron detenidos; las cartas de la princesa María a Dositeo y de Elena a Glebo fueron leídas en pleno Senado. La princesa María fue encerrada en Sh1usselbourg; la antigua zarina, trasladada a otro convento, donde quedó prisionera. Dositeo y Glebo, todos los cómplices de esta vana y supersticiosa intriga, fueron complicados en la cuestión, así como los confidentes de la evasión de Alejo. Su confesor, su ayo, su jefe de palacio, murieron todos en el suplicio.

Se ve, pues, a qué precio, elevado y funesto, compró Pedro el Grande la felicidad que procuró a sus pueblos; cuántos obstáculos públicos y secretos tuvo que vencer en medio de una guerra larga: y difícil, con enemigos fuera, rebeldes en el interior, la mitad de su familia enemistada contra él, la mayor parte de los sacerdotes obstinadamente declarados contra sus empresas, casi toda la nación irritada largo tiempo contra su propia felicidad, que no sentía

todavía; prejuicios que destruir en las cabezas, descontento que calmar en los corazones. Era necesario que una nueva generación, formada con sus cuidados, abrazase al fin las ideas de felicidad y de gloria que no habían podido soportar sus padres.

# CAPITULO XI

## Trabajos y fundaciones del a  o 1 1  y siguientes.

Durante esta horrible catástrofe parecía que Pedro no era más que el padre de su patria y que consideraba su nación como su familia. Los suplicios con que se había visto obligado a castigar a la parte de la nación que quería impedir a la otra ser feliz eran sacrificios hechos al público por una dolorosa necesidad.

Fue en este año de 1718, época de la desheredación y de la muerte de su hijo mayor, cuando procuró los mayores beneficios a sus súbditos: por la policía general, en otro tiempo desconocida; por las manufacturas y las fábricas de todo género, fundadas o perfeccionadas; por las nuevas ramas de co-

mercio, que comenzaba a florecer, y por los canales, que unen los ríos, los mares y los pueblos que la naturaleza ha separado. No son de aquellos acontecimientos sorprendentes que encantan al común de los lectores, de esas intrigas de corte que divierten a la malignidad, de esas grandes revoluciones que interesan la curiosidad ordinaria de los hombres; pero son los verdaderos resortes de la felicidad pública, que las miradas filosóficas se complacen en considerar.

Hubo entonces un teniente general de la policía de todo el imperio, establecido en Petersburgo, al frente de un tribunal que velaba por el mantenimiento del orden de un extremo al otro de Rusia. El lujo en los trajes, y los juegos de azar, más peligrosos que el lujo, fueron severamente prohibidos. Se establecieron escuelas de Aritmética, ya ordenadas en 1716, en todas las ciudades del imperio. Las casas para huérfanos y para expósitos ya comenzadas fueron terminadas, dotadas y ocupadas.

Añadiremos a esto todos los establecimientos útiles anteriormente proyectados, y concluidos algunos años después. Todas las grandes ciudades fueron libertadas de la multitud odiosa de esos mendigos que no quieren tener otro oficio que el de

importunar a los pudientes y arrastrar, a expensas de los demás hombres, una vida miserable y vergonzosa; abuso soportado en demasía en otros Estados.

Los ricos fueron obligados a edificar en Petersburgo casas regulares, según su fortuna. Fue una excelente medida hacer venir sin gastos todos los materiales a Petersburgo por todas las barcas y carros que volvían vacíos de las provincias vecinas.

Los pesos y medidas fueron fijados y uniformados, así como las leyes. Esta uniformidad, tan deseada, aunque bien inútilmente, en Estados de antiguo civilizados, fue establecida en Rusia sin dificultad y sin protesta; y nosotros pensamos que este establecimiento provechoso sería entre nosotros impracticable. Se regularon los precios de los artículos de primera necesidad; los faroles, que Luis XIV fue el primero en establecer en París, y que todavía no son conocidos en Roma, alumbraron durante la noche la ciudad de Petersburgo; las bombas de incendios, las vallas en las calles, sólidamente pavimentadas; todo lo que se refiero a la seguridad, a la limpieza y al buen orden; las facilidades para el comercio interior, los privilegios concedidos a extranjeros, y los reglamentos que impedían el abuso

de esos privilegios: todo hizo tomar a Petersburgo y a Moscú un aspecto nuevo.

Se perfeccionaron más que nunca las fábricas de armas; sobre todo, la que el zar había fundado a unas diez millas de Petersburgo; él era su primer intendente; mil obreros trabajaban en ella frecuentemente bajo su inspección. Iba a dar sus órdenes él mismo a todos los negociantes en molinos de granos, pólvora y sierras, a los directores de fábricas de cordelería y de velas, de ladrillos, de pizarras, de manufacturas de telas. Muchos obreros de todas clases vinieron de Francia: ése fue el fruto de su viaje.

Estableció un tribunal de comercio, cuyos miembros eran la mitad nacionales y la otra mitad extranjeros, a fin de que el favor fuese igual para todos los fabricantes y para todos los artistas. Un francés fundó una manufactura de espejos muy hermosos en Petersburgo con el auxilio del príncipe Menzikoff; otro hizo trabajar en tapicerías de lizos altos, tomando de modelo las de los Gobelinos, y esta manufactura está todavía hoy muy favorecida; un tercero consiguió hilanderías de oro y plata, y el zar ordenó que no se emplease al año en esta manufactura más de cuatro mil marcos, ya de plata, ya de

oro, a fin de no disminuir la pasta monetaria en sus Estados.

Dio treinta mil rublos, es decir, ciento cincuenta mil libras de Francia, con todos los materiales y todos los instrumentos necesarios, a los que establecieron manufacturas de paños y otras telas de lana. Esta útil generosidad le puso en condiciones de vestir a sus tropas con paño fabricado en su país; anteriormente se traían esos paños de Berlín y otros países extranjeros.

Se hicieron en Moscú tan hermosas telas como en Holanda, y a su muerte había ya en Moscú y en Iaroslav catorce fábricas de telas de lino y de cáñamo.

Nadie había imaginado ciertamente cuando la seda se vendía en Europa a peso de oro que un día, más allá del lago Ladoga, en un clima helado, y en pantanos desconocidos, se elevaría una ciudad opulenta y magnífica, en la cual la seda de Persia se trabajaría tan bien como en Ispahan. Pedro lo emprendió y lo logró. Las minas de hierro fueron explotadas mejor que nunca; se descubrieron algunas minas de oro y de plata, y se creó un consejo de minas para comprobar si las explotaciones daban utilidades mayores que los gastos que exigían.

Para hacer florecer tantas manufacturas, tantas artes diferentes, tantas empresas, no era suficiente firmar patentes y nombrar inspectores; era preciso en estos comienzos que él viese todo con sus propios ojos y hasta que trabajase con sus manos, como se le había visto en otros tiempos construir navíos, aparejarlos y conducirlos. Cuando se trataba de abrir canales en tierras fangosas y casi impracticables, se le veía alguna vez ponerse a la cabeza de los trabajadores, cavar la tierra y transportarla él mismo.

Hizo en este año de 1718 el proyecto del canal y de las esclusas del Ladoga. Se trataba de hacer comunicar el Neva con otro río navegable, para conducir fácilmente las mercancías a Petersburgo sin hacer un gran rodeo por el lago Ladoga, demasiado expuesto a las tempestades y a menudo impracticable para las barcas; él mismo niveló el terreno; aun se conservan los instrumentos de que se sirvió para roturar la tierra y transportarla. Este ejemplo fue seguido por toda su corte y activó una obra que se consideraba como imposible. Fue terminada después de su muerte, pues ninguna de sus empresas reconocida como posible ha sido abandonada.

El gran canal de Cronstadt, que se puede poner fácilmente en seco, y en el que se carenan y reparan

los buques de guerra, fue también comenzado en la misma época del proceso contra su hijo.

Este mismo año fundó la nueva ciudad de Ladoga. Muy poco después trazó el canal que une el mar Caspio al golfo de Finlandia y al Océano; primeramente, las agitas de los dos ríos que puso en comunicación reciben las barcas que han remontado el Volga; de estos ríos se pasa por otro canal al lago Ilmen; se entra en seguida en el canal de Ladoga, de donde las mercancías pueden ser transportadas por el ancho mar a todas las partes del mundo.

Ocupado en estos trabajos, que se ejecutaban bajo sus miradas, dirigía su atención hasta Kamtchatka, en la extremidad del Oriente, e hizo construir fuertes en ese país, por tanto tiempo desconocido del resto del mundo. Entre tanto, ingenieros de su Academia de Marina, fundada en 1715, recorrían ya todo el imperio para levantar cartas exactas y para poner a la vista de todos los hombres esta vasta extensión de países que él había civilizado y enriquecido.

## CAPITULO XII

### Del comercio.

El comercio exterior estaba decaído casi enteramente antes de él; él le hizo renacer. Es bien sabido que el comercio ha cambiado varias veces su curso en el mundo. La Rusia meridional era, antes de Tamerlán, el depósito de Grecia y aun de las Indias; los genoveses eran los principales comerciantes. El Tanais y el Borístenes estaban cargados de productos del Asia. Pero cuando Tamerlán hubo conquistado, a fines del siglo XIV, el Quersoneso Táurico, llamado después la Crimea, cuando los turcos fueron dueños de Azof, quedó aniquilada esta gran rama del comercio del mundo. Pedro había querido hacerla revivir haciéndose dueño de Azof. La desgraciada campaña de Pruth le hizo perder

esta ciudad, y con ella todos los proyectos de comercio por el mar Negro; quedaba por abrir al camino de un negocio no menos extenso por el mar Caspio. Ya en el siglo XVI y a principios del XVII, los ingleses, que habían hecho nacer el comercio de Arcángel, lo habían intentado por el mar Caspio; pero todas estas pruebas fueron inútiles.

Ya hemos dicho que el padre de Pedro el Grande había hecho construir un navío por un holandés, para ir a comerciar desde Astracán a las costas de Persia. El navío fue quemado por el rebelde Stenko-Rasin. Entonces se desvanecieron todas las esperanza de comerciar directamente con los persas. Los armenios, que son los comerciantes de esta parte del Asia, fueron recibidos por Pedro el Grande en Astracán; se vio obligado a entregarse en sus manos y dejarles todo el beneficio del comercio; esto es lo que ocurre en la India con los banianos, y entre los turcos y en muchos Estados cristianos, con los judíos; pues los que no tienen más que un recurso se hacen siempre muy sabios en el arte que les es necesario; los demás pueblos se convierten voluntariamente en tributarios de una habilidad de que carecen.

Pedro había ya remediado este inconveniente haciendo un tratado con el emperador de Persia, por el cual toda la seda que no fuese destinada a las manufacturas persas se remitiese a los armenios de Astracán, para ser transportada por ellos a Rusia.

Las sublevaciones de Persia destruyeron bien pronto este comercio. Ya veremos cómo el shah o emperador persa, Hussein, perseguido por los rebeldes, imploró el auxilio de Pedro, y cómo Pedro, después de haber sostenido guerras tan difíciles contra los turcos y contra los suecos, fue a conquistar tres provincias de Persia; pero ahora no tratamos aquí más que del comercio.

La más ventajosa parecía deber ser la empresa de comerciar con la China. Dos inmensos Estados limítrofes, y cada vino de los cuales posee recíprocamente lo que le falta al otro, parecen estar ambos en una extraordinaria necesidad de establecer una correspondencia útil, sobre todo después de la paz jurada solemnemente entre el imperio ruso y el imperio chino en el año 1689, según nuestra manera de contar.

Las primeras bases de este comercio habían sido establecidas desde el año 1653. Se formaron en Tobolsk compañías de siberianos y de familias de

Bukaria establecidas en Siberia. Estas caravanas pasaron por las llanuras de los calmucos, atravesaron en seguida los desiertos hasta la Tartaria china y consiguieron beneficios considerables; pero los desórdenes sobrevenidos en el país de los calmucos y las querellas de los rusos y los chinos por cuestión de fronteras arruinaron estas empresas.

Después de la paz de 1689, era natural que las dos naciones conviniesen en un lugar neutral adonde las mercancías fuesen transportadas. Los siberianos, así como todos los demás pueblos, tenían más necesidad de los chinos que los chinos de ellos; así, se pidió permiso al emperador de la China para enviar caravanas a Pekín, y se consiguió fácilmente a comienzos del siglo en que vivimos.

Es digno de notarse que el emperador Cam-hi haya permitido que hubiese en un arrabal de Pekín una iglesia rusa servida por algunos sacerdotes de Siberia, a expensas del mismo trono imperial. Cam-hi había tenido la indulgencia de edificar esta iglesia en favor de varias familias de la Siberia oriental, algunas de las cuales habían sido hechas prisioneras antes de la paz de 1680, y las otras eran tránsfugas. Ninguna de ellas, después de la paz de Nipehou, había querido regresar a su patria: el clima

de Pekín, la dulzura de las costumbres chinas, la facilidad para procurarse una vida cómoda por poco trabajo, las había fijado a todas en la China. Su pequeña iglesia griega no era peligrosa a la paz del imperio, como lo han sido los establecimientos de los jesuitas. El emperador Cam-hi favorecía, por otra parte, la libertad de conciencia; esta tolerancia fue establecida en todo tiempo en toda Asia, así como lo fue antiguamente en la tierra entera hasta los tiempos del emperador romano Teodosio I. Estas familias rusas, mezcladas después a las chinas, han abandonado su cristianismo, pero su iglesia subsiste todavía.

Se decretó que las caravanas de Siberia gozasen siempre de esta iglesia cuando viniesen a traer pieles y otros objetos de comercio a Pekín; el viaje, la estancia y el regreso se hacían en tres años. El príncipe Gagarin, gobernador de la Siberia, estuvo veinte años al frente de este comercio. Las caravanas eran algunas veces muy numerosas, y era difícil contener al populacho, que componía su mayor número.

Se pasaba por las tierras de un sacerdote lama, especie de soberano que reside sobre el río Orkon, y que se llama el koutoukas: es un vicario del gran lama, que se ha hecho independiente cambiando

algo la religión del país, en el cual la antigua creencia india de la metempsicosis es la dominante. No se puede comparar mejor a este sacerdote que con los obispos luteranos de Lubec y de Osnabruck, que han sacudido el yugo del obispo de Roma. Este prelado tártaro fue insultado por las caravanas; los chinos lo fueron también; se vio perturbado entonces el comercio por esta mala conducta, y los chinos amenazaron con cerrar la entrada de su imperio a las caravanas si no se atajaban estos desórdenes. El comercio con la China era entonces muy útil a los rusos; éstos importaban oro y plata y piedras preciosas. El mayor rubí que se conoce en el mundo fue traído de la China al príncipe Gagarin, pasó después a manos de Menzikoff y actualmente es uno de los ornamentos de la corona imperial.

Las vejaciones del príncipe Gagarin perjudicaron mucho al comercio que le había enriquecido, y al fin le perdieron a él mismo; fue acusado ante el tribunal de justicia establecido por el zar, y se le cortó la cabeza un año después de que el zarevitz fue condenado y de que la mayor parte de los que tenían relaciones con este príncipe fueron ejecutados.

En aquel tiempo, el emperador Cam-hi, sintiéndose débil, y teniendo la experiencia de que los matemáticos de Europa eran más sabios que los matemáticos de la China, creyó que los médicos de Europa valían también más que los suyos, y rogó al zar, por medio de los embajadores que regresaban de Pekín a Petersburgo, que le enviase un médico. Se encontró un cirujano inglés en Petersburgo que se ofreció a desempeñar esta misión; partió con un nuevo embajador y con Lauret Lange, que ha dejado una descripción de este viaje. Esta embajada fue recibida y costeada con magnificencia. El cirujano inglés encontró al emperador completamente sano y pasó por un médico muy hábil. La caravana que siguió a esta embajada ganó mucho; pero nuevos excesos cometidos por esta caravana misma indispusieron de tal modo a los chinos, que se expulsó a Lange, entonces residente del zar cerca del emperador de la China, y con él a todos los comerciantes de Rusia.

El emperador Cam-hi murió; su hijo Yontchin, tan sabio y con más firmeza que su padre, el mismo que expulsó a los jesuitas de su imperio, como el zar los había expulsado del suyo en 1718, concluyó con Pedro un tratado, por el cual las caravanas rusas no

comerciarían más que en las fronteras de los dos imperios.  nicamente los comerciantes enviados en nombre del soberano o de la soberana de Rusia tienen permiso para entrar en Pekín; allí son alojados en una vasta casa que el emperador Cam-hi había destinado antiguamente a los enviados de la Corea. Hace ya tiempo que no salen ni caravanas ni comerciantes de la Corona para la ciudad de Pekín; este comercio está languideciendo, aunque a punto de revivir.

Entonces se veían más de doscientos navíos extranjeros arribar cada año a la nueva ciudad imperial. Este comercio ha ido creciendo de día en día, y ha valido más de una vez cinco millones (moneda de Francia) a la Corona; esto era mucho más que el interés del capital que se había empleado en esto. Este comercio hizo disminuir mucho el de Arcángel, y esto es lo que quería el fundador, porque Arcángel es demasiado impracticable, demasiado alejado de todas las naciones, y porque el comercio realizado bajo las miradas de un soberano cuidadoso es siempre más ventajoso. El de la Livonia permaneció siempre en el mismo pie. En general, Rusia ha traficado con éxito, de mil a mil doscientos na-

víos han entrado todos los años en sus puertos, y Pedro ha sabido unir la utilidad a la gloria.

## CAPITULO XIII

### De las leyes.

Ya se sabe que las buenas leyes son raras, pero que su ejecución lo es todavía más. Cuando más vasto y compuesto de naciones diversas es un Estado, más difícil es enlazarlo con una misma jurisprudencia. El padre del zar Pedro había hecho redactar un código bajo el título de Oulogenia; se había impreso ya, pero no era, ni con mucho, suficiente.

Pedro, en sus viajes, había recogido materiales para reconstruir este gran edificio, que se cuarteaba por todos lados; reunió informes de Dinamarca, Suecia, Inglaterra, Alemania, Francia, y tomó de estas diferentes naciones lo que creyó conveniente para la suya.

Había un tribunal de boyardos que decidía en última instancia los asuntos contenciosos. La jerarquía y la alcurnia daban asiento en él; era necesario que la ciencia lo diese; este tribunal fue suprimido.

Creó un procurador general, al que unió cuatro asesores en cada uno de los gobiernos del imperio; fueron encargados de velar por la conducta de los jueces, cuyas sentencias se enviaban al Senado, que él mismo estableció; cada uno de estos jueces fue provisto de un ejemplar de la Oulogenia, con las adiciones y cambios necesarios, en espera de que pudiese redactar una colección completa de leyes.

Prohibió a todos los jueces, bajo pena de la vida, recibir lo que nosotros llamamos *especias;* entre nosotros son mediocres; pero sería conveniente que no hubiese ninguna. Los grandes gastos de nuestra justicia están en los salarios de los subalternos, la multiplicidad de los escritos, y, sobre todo, en esta onerosa costumbre en los procesos de componer las líneas de tres palabras y de oprimir así bajo un montón inmenso de papeles las fortunas de los ciudadanos. El zar tuvo cuidado de que los gastos fuesen moderados y la justicia rápida. Los jueces, los

escribanos, tuvieron sueldo del Tesoro público, y no compraron sus cargos.

Fue principalmente en el año 1718, mientras instruía solemnemente el proceso de su hijo, cuando hizo estos reglamentos. La mayor parte
que dictó fueron sacadas de las de Suecia, y no tuvo inconveniente en admitir en los tribunales a los prisioneros suecos instruidos en la jurisprudencia de su país y que, habiendo aprendido la lengua del imperio, quisieron permanecer en Rusia.

Las causas de los particulares iban al gobernador de la provincia y a sus asesores; luego se podía apelar al Senado, y si alguien, después de haber sido condenado por el Senado, apelaba de ello al zar mismo, se le declaraba reo de muerte, en caso de que su apelación fuese injusta. Pero, para moderar el rigor de esta ley, creó un relator general del Consejo de Estado, que recibía las demandas de todos los que tenían en el Senado o en los tribunales inferiores asuntos sobre los cuales la ley no estaba aún bien explícita.

En fin: en 1722 terminó su nuevo código, y prohibió, bajo pena de muerte, a todos los jueces separarse de él y substituir su opinión particular a la

ley general. Esta orden terrible fue fijada, y lo está todavía, en todos los tribunales del imperio.

El creó todo; nada había, ni en lo social, que no fuese obra suya. El reguló las categorías entre los hombres según sus empleos, desde el almirante y el mariscal hasta el abanderado, sin tener en cuenta el nacimiento para nada.

Teniendo siempre en el pensamiento y queriendo enseñar a su nación que los servicios eran preferibles a los abuelos, se establecieron categorías también para las mujeres; y cualquiera que en una asamblea ocupaba un puesto que no le correspondía pagaba una multa.

Por un reglamento muy útil, todo soldado que llegaba a oficial pasaba a ser noble, y todo boyardo degradado por la justicia se convertía en plebeyo.

Después de la redacción de estas leyes y de estos reglamentos, ocurrió que el incremento del comercio, el crecimiento de las ciudades y las riquezas, la población del imperio, las nuevas empresas, la creación de nuevos empleos, acarrearon necesariamente una multitud de asuntos nuevos y de casos imprevistos, todos los cuales eran la consecuencia de los éxitos mismos de Pedro en la reforma general de sus Estados.

La emperatriz Isabel terminó la colección de leyes que su padre había comenzado, y esas leyes están impregnadas de la dulzura de su reinado.

## CAPITULO XIV

### De la religión.

En aquel mismo tiempo, Pedro trabajaba más que nunca en la reforma del clero. Había abolido el patriarcado, y este acto de autoridad no lo había ganado los corazones de los eclesiásticos. Quería que la administración imperial fuese omnipotente y que la administración eclesiástica fuese respetada y obediente. Su designio era establecer un consejo de religión permanente, que dependiese del soberano y que no dictase más leyes a la Iglesia que las que fuesen aprobadas por el jefe del Estado, del cual la Iglesia forma parte. En esta empresa fue ayudado por un arzobispo de Novgorod, llamado Teófano Procop, (a) Procopwitz, es decir, hijo de Procop.

Este prelado era santo y sabio; sus viajes por diversas partes de Europa le habían enseñado los abusos que allí reinan; el zar, que había sido también testigo de ello, tenía en todas sus fundaciones la gran ventaja de poder, sin contradicción, escoger lo útil y evitar lo peligroso.

El mismo trabajó en 1718 y 1719 con este arzobispo. Se estableció un sínodo permanente, compuesto de doce miembros, obispos y archimandritas, todos escogidos por el soberano. Este colegio fue aumentado después hasta catorce.

Los motivos de esta creación fueron explicados por el zar en un discurso preliminar; el más notable y el mayor de estos motivos es que no son de temer bajo la administración de un colegio de sacerdotes los desórdenes y turbulencias que podrían ocurrir bajo el gobierno de un solo jefe eclesiástico; que el pueblo, siempre inclinado a la superstición, podría, al ver de un lado un jefe del Estado y del otro un jefe de la Iglesia, imaginar que había en efecto dos poderes . Cita sobre este importante punto el ejemplo de las grandes disensiones entre un imperio y el sacerdocio, que han ensangrentado tantos reinos.

Pensaba y decía públicamente que la idea de dos poderes fundados en la alegoría de dos espadas que se hallaron en los apóstoles era una idea absurda.

El zar confirió a este tribunal el derecho de ordenar toda la disciplina eclesiástica, el examen de las costumbres y de la capacidad de los que son destinados a los obispados por el soberano, el juicio definitivo de las causas religiosas, en las que anteriormente se apelaba al patriarca; el conocimiento de las rentas de los monasterios y de las distribuciones de las limosnas.

Esta asamblea tomó el título de *muy santo sínodo,* título que habían tenido los patriarcas. Así el zar restableció de hecho la dignidad patriarcal, distribuida en catorce miembros, pero todos dependientes del soberano y todos prestando juramento de obedecerlo, juramento que no prestaban los patriarcas. Los miembros de este sagrado sínodo congregados tenían la misma jerarquía que los senadores; pero también dependían del príncipe, como el Senado.

Esta nueva administración y el código eclesiástico no entraron en vigor y no recibieron una forma permanente sino cuatro años después, en 1722. Pedro quiso primero que el sínodo le presen-

tase los que juzgase más dignos de las prelacías. El emperador escogía un obispo, y el sínodo lo consagraba. Pedro presidía a menudo esta asamblea. Un día, que se trataba de presentar un obispo, el sínodo observó que no tenía entonces sino ignorantes que presentar al zar: *¡Y bien!* -dijo éste-; *no hay más que escoger al hombre, honrado; éste valdrá bien por un sabio.*

Hay que observar que en la Iglesia griega no existe lo que nosotros llamamos clero *secular;* el clérigo no es allí conocido más que por su ridiculez; pero, a cansa de otro abuso, ya que es preciso que todo sea abuso en este mundo, los prelados son sacados del orden monástico. Los primeros monjes no eran mas que seglares, unos devotos, otros fanáticos, que se retiraban a los desiertos; fueron reunidos al fin por San Basilio, de él recibieron una regla, hicieron votos, y fueron considerados en el último orden de la jerarquía, por la que hay que empezar para ascender a las dignidades. Esto es lo que llenó de monjes la Grecia y el Asia. Rusia estaba inundada de ellos; eran ricos y poderosos, y, aunque muy ignorantes, eran, al advenimiento de Pedro, casi los únicos que sabían escribir; de ello habían abusado en los primeros tiempos en que tanto se asombraron y escandalizaron de las innovaciones que en

todo realizaba Pedro. Se había visto obligado éste en 1703 a prohibir la tinta y las plumas a los monjes; era necesario un permiso expreso del archimandrita, que respondía de aquellos a quienes se les concedía.

Pedro quiso que esta disposición subsistiese. Había querido primero que no se ingresase en el orden monástico más que a la edad de cincuenta años, pero resultaba demasiado tarde, la vida del hombre es demasiado corta, y no había tiempo para formar obispos; ordenó entonces, con su sínodo, que se permitiese hacerse fraile a los treinta años cumplidos, pero nunca antes; prohíbe a los militares y a los cultivadores entrar nunca en un convento, a menos de una orden expresa del emperador o del sínodo; jamás un hombre casado puede ser admitido en un monasterio, aun después del divorcio, a no ser que su mujer se haga también religiosa por su pleno consentimiento y que no tengan hijos. Cualquiera que esté al servicio del Estado no puede hacerse fraile, a menos de un permiso expreso. Todo fraile debe trabajar con sus propias manos en cualquier oficio. Las religiosas no deben salir nunca de su monasterio; Se les da la tonsura a la edad de cincuenta años, como a las diaconisas de la primitiva Iglesia; y si antes de haber recibido la tonsura quie-

ren casarse, no solamente pueden hacerlo, sino que se las exhorta a ello; reglamento admirable en un país donde la población es mucho más necesaria que los monasterios.

Pedro quiso que estas desdichadas monjas, que Dios ha hecho nacer para poblar el Estado, y que, por una devoción mal entendida, sepultan en los claustros la raza de que ellas debían ser madres, fuesen, al menos, de alguna utilidad a la sociedad qUe traicionan; ordenó que todas ellas se empleasen en labores manuales propias de su sexo. La emperatriz Catalina se encargó de hacer venir obreras de Brabante y de Holanda; las distribuyó en los monasterios, y bien pronto se hicieron en ellos trabajos con los que Catalina y las damas de la corte se engalanaban.

Acaso nada haya en el mundo más sabio que estas instrucciones; pero lo que merece la atención de todos los tiempos es el reglamento que Pedro, dictó él mismo y que dirigió al sínodo en 1724. Fue ayudado en ello por Teófano Procopwitz. La antigua institución eclesiástica está muy sabiamente explicada en este escrito; la ociosidad monacal es fuertemente combatida en él; el trabajo, no solamente recomendado, sino ordenado, debiendo ser

la principal ocupación servir a los pobres; ordena que los soldados inválidos sean distribuidos por los conventos; que haya religiosos comisionados para tener cuidado de ellos; que los más robustos cultiven las tierras pertenecientes a los conventos; lo mismo ordena en los conventos de monjas; las más fuertes deben cuidar de los jardines; las otras deben atender a las mujeres e hijas enfermas que se lleven de las proximidades del convento. Se ocupa en los menores detalles de estos diversos servicios; destina algunos monasterios de religiosos de uno y otro sexo a recibir huérfanos y a educarlos.

Parece al leer este reglamento de Pedro el Grande, del 31 de enero de 1724, como si estuviese compuesto a la vez por un ministro de Estado y por un padre de la Iglesia.

Casi todas las costumbres de la Iglesia rusa son diferentes de las nuestras. Entre nosotros en cuanto un hombre es subdiácono, le está prohibido el matrimonio, y para él es un sacrilegio servir para poblar su patria. Por lo contrario, cuando un hombre es ordenado de subdiácono en Rusia se lo obliga a tomar mujer: pasa a ser sacerdote, arcipreste; pero para llegar a obispo es preciso que sea viudo y fraile.

Pedro prohibió a todos los párrocos emplear más de uno de sus hijos en el servicio de la Iglesia, por miedo a que una familia demasiado numerosa tiranizase a la parroquia, y no se permitió emplear a más de uno de sus hijos sino cuando la parroquia misma lo solicitara. Se ve que en los menores detalles de estas ordenanzas eclesiásticas todo va dirigido al bien del Estado, y que se toman todas las medidas posibles para que los sacerdotes sean considerados, sin ser peligrosos y que no sean ni humillados ni poderosos.

Yo encuentro en unas Memorias curiosas, compuestas por un oficial muy estimado por Pedro el Grande, que un día le leían a este príncipe el capítulo del *Espectador inglés,* que contiene un paralelo entre él y Luis XIV; después de haberlo escuchado, dijo: No creo merecer la preferencia que se me da sobre este monarca; pero estoy muy satisfecho de serle superior en un punto esencial: yo he obligado a mi clero a la obediencia y a la paz, y Luis XIV se ha dejado subyugar por el suyo.

Un príncipe que pasaba los días en medio de las fatigas de la guerra, y las noches redactando tantas leyes, civilizando un imperio tan vasto, dirigiendo tantos trabajos inmensos en el espacio de dos mil

leguas, tenía necesidad de descanso. Los placeres no podían ser entonces ni tan nobles ni tan delicados como llegaron a ser después. No hay que asombrarse de que Pedro se divirtiese en su fiesta de los cardenales, de que ya hemos hablado, y en algunos otros entretenimientos de este género; alguna vez fue a expensas de la Iglesia romana, por la que tenía una aversión muy perdonable en un príncipe del rito griego que quiere ser en él su jefe. Celebró también espectáculos parecidos a costa de los frailes de su patria, pero de los antiguos frailes, que él quería ridiculizar, mientras reformaba a los nuevos.

Ya hemos visto que antes de promulgar sus leyes eclesiásticas había hecho Papa a uno de sus locos, y que había celebrado la fiesta del conclave. Este loco, llamado Sotof, era de ochenta y cuatro años de edad. El zar imaginó hacerle casar con una viuda de igual edad y celebrar solemnemente esta boda; mandó hacer la invitación a cuatro tartamudos; viejos decrépitos conducían a la novia; cuatro hombres de los más gordos de Rusia servían de batidores; la música iba sobre un carro tirado por osos, a los que se picaba con puntas de hierro, y quienes, con sus bramidos, formaban un acompañamiento digno de los aires que se tocaban sobre el carro. Los novios

fueron bendecidos en la catedral por un sacerdote ciego y sordo, a quien se había puesto anteojos. La procesión, el casamiento, el banquete de boda, el desnudar a los novios, la ceremonia de meterlos en la cama, todo fue igualmente adecuado a la bufonería de esta diversión.

Tal fiesta nos parece ridícula; pero ¿lo es más que nuestras diversiones de Carnaval? ¿Es más hermoso ver quinientas personas llevando sobre la cara máscaras horribles, y sobre el cuerpo trajes ridículos, saltar toda una noche en una sala sin hablarse?

Nuestras antiguas fiestas de los locos, y del asno, y del abad de los cornudos, en nuestras iglesias, ¿eran más majestuosas? Y nuestras comedias de la *Madre tonta* ¿mostraban más ingenio?

## CAPITULO XV

### Negociaciones de Aland. -Muerte de Carlos XII. -La paz de Neustadt.

Estos inmensos trabajos del zar, este pormenor de todo el imperio ruso y el desdichado proceso del príncipe Alejo no eran los únicos asuntos que le ocupaban; era necesario estar a cubierto de lo exterior ordenando el interior de sus Estados. La guerra continuaba siempre con Suecia, aunque flojamente y debilitada por la esperanza de una paz próxima.

Está probado que en el año 1717, el cardenal Alberoni, primer ministro de Felipe V, rey de España, y el barón de Gortz, que se había adueñado del espíritu de Carlos XII, habían querido cambiar la paz de Europa aliando a Pedro con Carlos, destronando al rey de Inglaterra, Jorge I, restableciendo a

Estanislao en Polonia, mientras que Alberoni daría a Felipe, su soberano, la regencia de Francia. Gortz, como hemos visto, se había declarado al zar mismo. Alberoni había entablado una negociación con el príncipe Kurakin, embajador del zar en La Haya, por medio del embajador de España, Barretti Landi, mantuano, trasplantado a España, como el cardenal.

Eran extranjeros que querían trastornar todo en beneficio de soberanos de quien no eran súbditos natos, o más bien en beneficio de ellos mismos. Carlos XII intervino en todos estos proyectos, y el zar se contentó con examinarlos. Desde el año 1716 no había hecho más que débiles esfuerzos contra Suecia, más bien para obligarla a comprar la paz mediante la cesión de las provincias que había conquistado que para acabar de aniquilarla.

Ya la actividad del barón de Gortz había conseguido del zar que enviase plenipotenciarios ala isla de Aland para tratar de esta paz. El escocés Bruce, jefe superior de Artillería en Rusia, y el célebre Osterman, que después estuvo al frente de los negocios, llegaron al Congreso precisamente en el momento que se detenía al zarevitz en Moscú. Gortz y Gyllembourg estaban ya en el Congreso, en representación de Carlos XII, ambos impacientes

por unir a este príncipe con Pedro y vengarse del rey de Inglaterra. Lo extraño es que había Congreso sin haber armisticio.

La flota del zar cruzaba siempre ante las costas de Suecia y hacía algunas presas: pretendía con estas hostilidades acelerar la conclusión de una tan necesaria a Suecia y que debía ser tan gloriosa a su vencedor.

Ya, a pesar de las pequeñas hostilidades que duraban todavía, eran manifiestas todas las apariencias de una paz próxima. Los preliminares consistían en actos de generosidad, que hacen más efecto que las firmas. El zar restituyó sin rescate al mariscal Renschild, que él mismo había hecho prisionero, y el rey de Suecia devolvió igualmente los generales Trubetskoy y Gollowin, prisioneros en Suecia desde la jornada de Nerva.

Las negociaciones avanzaban, todo iba a cambiar en el Norte. Gortz proponía al zar la adquisición del Mecklemburgo. El duque Carlos, que poseía este ducado, se había casado con una hija del zar Iván, hermano mayor de Pedro. La nobleza de su país estaba sublevada contra él. Pedro tenía un ejército en el Mecklemburgo y tomaba partido a favor del príncipe, que miraba como yerno suyo. El

rey de Inglaterra, elector de Hannóver, se declaraba por la nobleza; era también una manera de mortificar al rey de Inglaterra asegurar el Mecklemburgo a Pedro, ya dueño de la Livonia y que iba a llegar a ser más poderoso en Alemania que ningún elector. Se daba en cambio al duque de Mecklemburgo el ducado de Curlandia y una parte de Prusia, a expensas de Polonia, a la que se restituía el rey Estanislao. Brema y Verden debían volver a Suecia, pero no se podía despojar al rey Jorge I más que por la fuerza de las armas. El proyecto de Gortz era, pues, como ya se ha dicho, que Pedro y Carlos XII, unidos no solamente por la paz, sino por una alianza ofensiva, enviasen a Escocia un ejército. Carlos XII, después de haber conquistado a Noruega, debía marchar en persona a la Gran Bretaña, y se lisonjeaba de hacer allí un nuevo rey, después de haber hecho uno en Polonia. El cardenal Alberoni prometía subsidios a Pedro y a Carlos. El rey Jorge, al caer, arrastraría probablemente en su caída al regente de Francia, su aliado, quien, quedando sin apoyo, sería entregado a la España triunfante y a la Francia sublevada.

Alberoni y Gortz se creían ya a punto de trastornar Europa de un extremo a otro. Una bala de culebrina, lanzada al azar desde los baluartes de

Frederichsall, en Noruega, echó abajo todos sus proyectos. Carlos XII fue muerto; la flota de España, batida por los ingleses; la conjuración fomentada en Francia, descubierta y deshecha; Alberoni, expulsado de España; Gortz, decapitado en Estocolmo; y de toda esta terrible liga, apenas comenzada, únicamente quedó poderoso el zar, quien, no habiéndose comprometido con nadie, dictó la ley a todos sus vecinos.

Todo cambió en Suecia después de la muerte de Carlos XII; éste había sido déspota, y no se eligió a su hermana UIrica sino a condición de que renunciase al despotismo. Aquél había querido unirse con el zar contra Inglaterra y sus aliados, y el nuevo Gobierno sueco se unió con sus aliados contra el zar.

El Congreso de Aland no fue roto, ciertamente; pero Suecia, aliada con Inglaterra, esperó que las escuadras inglesas enviadas al Báltico le procurasen una paz más ventajosa. Las tropas hannoverianas entraron en los estados del duque de Mecklemburgo; pero las tropas del zar las expulsaron de ellos.

Mantenía también un cuerpo de ejército en Polonia, el cual se imponía a la vez a los partidarios de Augusto y a los de Estanislao; y con respecto a Sue-

cia, tenía una flota preparada que debía o hacer un desembarco en las costas, o forzar al Gobierno sueco a no hacer languidecer el Congreso de Aland. Esta flota estaba compuesta de doce grandes navíos de línea, de navíos de segundo orden, de fragatas y de galeras; el zar era su vicealmirante, siempre bajo el mando del almirante Apraxin.

Una escuadra de esta flota se destacó primero contra una escuadra sueca, y, después de un tenaz combate, tomó un navío y dos fragatas. Pedro, que alentaba por todos los medios posibles la marina que había creado, dio setenta mil libras de nuestra moneda a los oficiales de la escuadra, medallas de oro y, sobre todo, insignias de honor.

En aquel mismo tiempo, la flota inglesa, a las órdenes del almirante Norris, entró en el mar Báltico para auxiliar a los suecos. Pedro tenía bastante confianza en su nueva marina para no dejarse imponer por los ingleses; salió atrevidamente al mar, y envió a preguntar al almirante inglés si venía simplemente como amigo de los suecos o como enemigo de Rusia. El almirante respondió que aun no tenía órdenes concretas. Pedro, a pesar de esta equívoca respuesta, no dejó de navegar mar adentro.

Los ingleses, en efecto, no habían venido sino con la intención de hacer un acto de presencia y comprometer al zar con estas demostraciones a presentar a los suecos condiciones de paz aceptables. El almirante Norris fué a Copenhague, y los rusos hicieron algunos desembarcos en Suecia, en las proximidades de Estocolmo; destruyeron forjas de cobre, quemaron más de quince mil casas y causaron bastantes daños para hacer desear a los suecos que la paz fuese concertada inmediatamente.

En efecto: la nueva reina de Suecia apresuró la renovación de las negociaciones; el mismo Osterman fué enviado a Estocolmo; las cosas permanecieron en este estado durante todo el año 1719.

1720. -Al año siguiente, el príncipe de Hesse, marido de la reina de Suecia, hecho rey en propiedad por cesión de su mujer, comenzó su reinado enviando un ministro a Petersburgo para acelerar esta paz tan deseada; pero, en medio de estas negociaciones, la guerra duraba siempre.

La flota inglesa se unió a la sueca, pero sin romper todavía las hostilidades; no había ruptura declarada entre Rusia e Inglaterra; el almirante Norris ofrecía la mediación de su soberano, pero la ofrecía a mano armada, y esto mismo detenía las negocia-

ciones. Es tal la situación de las costas de Suecia y de las nuevas provincias de Rusia sobre el mar Báltico, que se pueden atacar fácilmente las de Suecia, mientras que las otras son de muy difícil acceso.

*Junio 1719*. -Bien claro se vio cuando el almirante Norris, arrojando la máscara, hizo al fin un desembarco, juntamente con los suecos, en una pequeña isla de la Etonia, llamada Narguen, perteneciente al zar: quemaron una cabaña; pero los rusos, en la misma época, desembarcaron hacia Vasa, quemaron cuarenta y un lugares y más de mil casas y causaron en todo el país un estrago indecible. El príncipe Gallitzin tomó cuatro fragatas al abordaje; parecía como si el almirante inglés no hubiese venido más que para ver con sus propios ojos hasta qué punto había hecho el zar formidable a su marina. Norris apenas si hizo más que mostrarse en estos mismos mares sobre los cuales eran conducidos las cuatro fragatas suecas en triunfo al puerto de Cronslot, ante Petersburgo. Parece que los ingleses hicieron demasiado si no eran más que mediadores, y demasiado poco si eran enemigos.

*Noviembre 1720*. -Al fin, el nuevo rey de Suecia pidió una suspensión de hostilidades; y no habiendo podido lograrlo hasta entonces, por las, amenazas

de Inglaterra, empleó la mediación del duque de Orleáns, regente de Francia. Este príncipe, aliado de Rusia y de Suecia, consiguió el honor de la conciliación; envió a Campredon, plenipotenciario, a Petersburgo, y de allí a Estocolmo. El Congreso se reunió en Neustadt, pequeña cuidad de Finlandia; pero el zar no quiso conceder el armisticio más que cuando se estuvo a punto de concluir y firmar. Tenía un ejército en Finlandia, presto a subyugar el resto de esta provincia; sus escuadras amenazaban continuamente a Suecia; era preciso que la paz no se hiciese más que según sus deseos. Se suscribió al fin todo lo que él quiso; se le cedió a perpetuidad todo lo que había conquistado, desde las fronteras de la Curlandia hasta el fondo del golfo de Finlandia, y mucho más todavía: todo el país de Kexholm, de un cabo al otro, y este confín de la Finlandia misma que se prolonga desde los alrededores de Kexholm, al Norte; así, él quedó soberano reconocido de la Livonia, la Estonia, la Ingria, la Carelia, el país, de Vibourg y de las islas vecinas, que le aseguran todavía el dominio del mar, como las islas de Oesel, de Dago, de Mone y otras muchas. El total formaba una extensión de trescientas leguas comunes, con anchu-

ras diferentes, y componía un gran reino, que era el premio de veinte años de trabajos.

Esta paz fué firmada el 10 de septiembre de 1721, nuevo cómputo, por su ministro Osterman y el general Bruce.

Pedro sintió tanto mayor alegría, cuanto que, viéndose libre de la necesidad de entretener grandes ejércitos contra Suecia, libre de inquietudes con Inglaterra y con sus vecinos, se encontraba en condiciones de entregarse por entero a la reforma de su imperio, tan bien comenzada, y a hacer florecer en paz las artes y el comercio, introducidos por su solicitud, con tantos trabajos.

En sus primeros transportes de alegría, escribió a sus plenipotenciarios: Habéis hecho el tratado como si lo hubiésemos redactado nosotros mismos y lo hubiéramos enviado para hacerlo firmar a los suecos; este glorioso acontecimiento estará siempre presente en nuestra memoria.

Fiestas de todo género mostraron la satisfacción de las gentes en todo el imperio, y sobre todo en Petersburgo. Las pompas triunfales que el zar había ostentado durante la guerra no llegaban a las diversiones tranquilas a las cuales acudían todos los ciudadanos con entusiasmo; esta paz era el más

hermoso de sus triunfos, y lo que agradó más todavía que todas estas brillantes fiestas fué un perdón general para todos los culpables retenidos en las prisiones, y la abolición de todos los impuestos debidos al tesoro del zar en toda la extensión del imperio hasta el día de la publicación de la paz. Se rompieron las cadenas de una multitud de malhechores; los ladrones públicos, los asesinos, los reos de lesa majestad, fueron los únicos exceptuados.

Entonces fue cuando el Senado y el sínodo concedieron a Pedro los títulos de *Grande,* de *emperador* y de *padre de la patria.* El canciller Golofkin tomó la palabra, en nombre de todos los órdenes del Estado, en la iglesia catedral; los senadores gritaron en seguida tres veces: *¡Viva nuestro emperador y nuestro padre!,* y estas aclamaciones fueron seguidas de las del pueblo. Los ministros de Francia, de Alemania, de Polonia, de Dinamarca, de Holanda, le felicitaron el mismo día, le nombraron con los títulos que acababan de concederle y reconocieron como emperador al que se había ya designado públicamente con este título en Holanda después de la batalla de Pultava. Los nombres de *padre* y de *grande* eran nombres gloriosos que nadie podía disputarle en Europa; el de *emperador* no era más que un título honorífico

concedido por el uso al emperador de Alemania, como rey titular de los romanos; y estas denominaciones exigen tiempo para ser formalmente usadas en las cancillerías de las cortes, donde la etiqueta es distinta de la gloria. Muy poco después, Pedro fue reconocido emperador por toda Europa, excepto por Polonia, que la discordia dividía siempre, y por el Papa, cuyo voto ha llegado a ser bien inútil desde que la corte romana ha perdido su prestigio a medida que las naciones se han ilustrado.

# CAPITULO XVI

## De1as conquistas de Persia.

La situación de Rusia es tal, que necesariamente le afectan los intereses de todos los pueblos que habitan hacia el grado cincuenta de latitud. Cuando estuvo mal gobernada fue el blanco, sucesivamente, de los tártaros, de los suecos, de los polacos, y bajo un gobierno firme y vigoroso, se hizo temible a todas las naciones. Pedro había comenzado su reinado con un tratado ventajoso con la China; había combatido a la vez a los suecos y a los turcos; acabó por conducir ejércitos a Persia.

La Persia comenzaba a caer en este estado deplorable en que se encuentra aún en nuestros días. Imagínense la guerra de Treinta Años en Alemania, la época de la Fronda, la de la Sainte Barthélemy, de

Carlos VI y del rey Juan en Francia, las guerras civiles de Inglaterra, la larga devastación de la Rusia entera por los tártaros, o estos mismos tártaros invadiendo la China, y se tendrá una idea de las calamidades que han afligido a Persia.

Bastó un príncipe débil y perezoso y una persona poderosa y atrevida para sumir a un reino entero en este abismo de desastres. El sha, o shac, o sofí de Persia, Hussein, descendiente del gran Sha-Abas, estaba entonces en el trono; se entregaba a la molicie; su primer ministro cometió injusticias y crueldades que la debilidad de Hussein toleró: he aquí el origen de cuarenta años de carnicería.

Persia, lo mismo que Turquía, tiene provincias diferentemente gobernadas; tiene súbditos inmediatos, vasallos, príncipes tributarios, pueblos mismos a quienes la corte pagaba su tributo bajo el nombre de pensión o de subsidio; tales eran, por ejemplo, los pueblos de Daguestán, que habitaban las estribaciones de los montes Cáucasos, al occidente del mar Caspio; formaban en otro tiempo parte de la antigua Albania; pues todos los pueblos han cambiado sus nombres y sus límites, estos pueblos se llaman hoy los lesguios; son montañeses, más bien bajo la protección que bajo la dominación

de Persia; se les pagaban subsidios para defender estas fronteras.

Al otro extremo del imperio, hacia las Indias, estaba el príncipe de Candahar, quien mandaba la milicia de los afganes. Este príncipe era un vasallo de Persia, como los hospodars de Valaquia y de Moldavia son vasallos del imperio turco; este vasallaje no es hereditario; se parece completamente a los antiguos feudos establecidos en Europa por las especies de tártaros que trastornaban el imperio romano. La milicia de los afganes, gobernada por el príncipe de Candahar, era la de los mismos albaneses de las costas del mar Caspio, vecinos del Daguestán, mezclados con los circasianos y georgianos, parecidos a los antiguos mamelucos que subyugaron el Egipto; se les llamó los afganes por corrupción; Timur, que nosotros llamamos Tamerlán, había llevado esta milicia a la India, y quedó establecida en esta provincia de Candahar, la cual tan pronto pertenece a la India, tan pronto a la Persia. Por estos afganes y por estos lesguios es por donde comenzó la revolución.

Myr-Veitz, o Miriwitz, intendente de la provincia, encargado únicamente de la cobranza de los tributos, asesinó al príncipe de Candahar, sublevó la

milicia, y fué soberano de Candahar hasta su muerte, ocurrida en 1717. Su hermano le sucedió tranquilamente, pagando un ligero tributo a la Puerta persa; pero el hijo de Miriwitz, nacido con la misma ambición que su padre, asesinó a su, tío y quiso ser un conquistador. Este joven se llamaba Myr-Mahmud; pero no fue conocido en Europa más que con el nombre de su padre, que había comenzado la rebelión. Mahmud unió a sus afganes lo que pudo recoger de güebros, antiguos persas ahuyentados por el califa Omar, siempre adscritos a la religión de los magos, tan floreciente en otro tiempo bajo Ciro, y siempre enemigos secretos de los nuevos persas. En fin, marchó al corazón de la Persia al frente de cien mil combatientes.

En la misma época, los lesguios o albaneses, a quienes varios contratiempos impidieron cobrar sus subsidios, descendieron armados de sus montañas; de suerte que prendió el incendio desde dos extremos del imperio hasta la capital.

Estos lesguios arrasaron todo el país que se extiende a lo largo de la costa occidental del mar Caspio hasta Derbeut, o la Puerta de Hierro. En esta región, que devastaron, está la ciudad de Shamaquia, a quince leguas comunes del mar; se supone que ésta

es la antigua morada de Ciro, a la que los griegos dieron el nombre de Ciropolis, pues nosotros no conocemos más que por los griegos la posición y los nombres de este país; y de igual modo que los persas nunca tuvieron un príncipe a quien llamasen Ciro, menos aún tuvieron una ciudad que se llamase Ciropolis. Es así como los judíos que se metieron a escribir cuando se establecieron en Alejandría imaginaron una ciudad de Escitopolis, edificada, decían, por los escitas cerca de la Judea, como si los escitas y los antiguos judíos hubiesen podido dar nombres griegos a las ciudades.

Esta ciudad de Shamaquia era opulenta. Los armenios, vecinos de esta parte de la Persia, hacían en ella un inmenso comercio, y Pedro acababa de establecer allí a sus expensas una compañía de comerciantes rusos que comenzaba a estar floreciente. Los lesguios sorprendieron la ciudad, la saquearon, degollaron a todos los rusos que traficaban bajo la protección del sha Hussein, y robaron sus almacenes, cuyas pérdidas se hicieron ascender a cerca de cuatro millones de rublos.

Pedro envió a pedir satisfacción al emperador Hussein, que disputaba todavía su corona, y al tirano Mahmud, que la usurpaba. Hussein no pudo ha-

cerlo justicia, y Mahmud no quiso. Pedro decidió tomarse la justicia por su mano y aprovecharse de los desórdenes de Persia.

Myr-Mahmud proseguía siempre en Persia sus conquistas. El sofí, enterado de que el emperador de Rusia se preparaba a entrar en el mar Caspio, para vengar la muerte de sus súbditos degollados en Shamaquia, le rogó secretamente por medio de un armenio que fuese al mismo tiempo en socorro de Persia.

Pedro premeditaba desde mucho antes el proyecto de dominar en el mar Caspio con una poderosa marina, y hacer pasar por sus Estados el comercio de Persia y de una parte de la India. Había hecho sondar las profundidades de este mar, examinar las costas y levantar cartas exactas. Partió, pues, para Persia el 15 de mayo de 1722. Su esposa le acompañó en este viaje, como en los otros. Descendieron por el Volga hasta la ciudad de Astracán. Desde allí corrió a restablecer los canales que debían unir el mar Caspio, el mar Báltico y el mar Blanco, obra que en parte fue terminada bajo el reinado de su nieto.

Mientras dirigía estas obras, su infantería y sus municiones estaban ya en el mar Caspio. Tenía

veintidós mil hombres de infantería, nueve mil dragones, quince mil cosacos; tres mil marineros maniobraban y podían servir de soldados en los desembarcos. La caballería tomó el camino de tierra por desiertos donde el agua falta con frecuencia, y pasados estos desiertos, hay que franquear las montañas del Cáucaso, donde trescientos hombres podían detener un ejército; pero en la anarquía en que se hallaba Persia se podía intentar todo.

El zar navegó cerca de cien leguas al mediodía de Astracán, hasta la pequeña ciudad de Andrehof. Es extraño ver el nombre de Andrés a orillas del mar de Hircania; pero algunos georgianos, especie de cristianos antiguamente, habían edificado esta ciudad, y los persas la habían fortificado; fue tomada fácilmente. De allí avanzaron, siempre por tierra, por el Daguestán; se distribuyeron manifiestos en persa y en turco; era necesario halagar a la Puerta Otomana, que contaba entre sus súbditos no solamente a los circasianos y los georgianos, vecinos de este país, sino también algunos grandes vasallos colocados desde poco antes bajo la protección de Turquía.

Entre otros, había uno muy poderoso, llamado Mahmud de Utmich, que ostentaba el título de sul-

tán, y que se atrevió a atacar las tropas del emperador ruso; fue completamente derrotado, y el informe contiene que se hizo de su país una hoguera.

*14 septiembre 1722.* -Pronto llegó Pedro a Derbent, que los persas y los turcos llaman Demir-capi, la Puerta de Hierro; se llama así porque, en efecto, hay una puerta de hierro en la parte Sur. Es una ciudad larga y estrecha, que toca por un extremo a una estribación escarpada del Cáucaso, y cuyos muros están bañados en el otro extremo por las olas del mar, que a menudo se elevan por encima de ellos en las tempestades. Estos muros podrían pasar por una maravilla de la antigüedad; de cuarenta pies de alto y seis de ancho, flanqueados de torres cuadradas, a cincuenta pies una de otra, toda esta obra parece de una sola pieza; está construida de asperón y de concha, pulverizadas que han servido de mortero, y el conjunto forma una masa más dura que el mármol; se puede entrar en ella por mar, pero la ciudad por la parte de tierra parece inexpugnable. Quedan todavía los restos de una antigua muralla, semejante a la de la China, que se había construido en la más remota antigüedad; se extendía desde las orillas del mar Caspio a las del mar Negro, y era, probablemente, un muro elevado por los antiguos reyes de

Persia contra esta multitud de bárbaros que habitaban entre esos dos mares.

La tradición persa dice que la ciudad de Derbent fue en parte reparada y fortificada por Alejandro. Aniano y Quinto-Curcio dicen que, en efecto, Alejandro hizo levantar esta ciudad; pretenden, ciertamente, que fue a orillas del Tanais; pero es que en su tiempo los griegos daban el nombre de Tanais al río Cirus, que pasa cerca de la ciudad. Sería contradictorio que Alejandro hubiese construido la Puerta Caspiana sobre un río cuya desembocadura está en el Ponto Eusino.

Había antiguamente otras tres o cuatro puerta Caspianas en diferentes parajes, todas verisímilmente construidas con la misma mira; pues todos los pueblos que habitan el occidente, el oriente y el septentrión de este mar han sido siempre bárbaros muy temibles al resto del mundo, y de allí es de donde principalmente han partido esos enjambres de conquistadores que han subyugado el Asia y Europa.

Permítaseme observar aquí cuánto ha agradado a los autores en todo tiempo engañar a los hombres, y cuánto han preferido una vana elocuencia a la verdad. Quinto-Curcio pone en boca de yo no sé

cuáles escitas un discurso admirable, lleno de moderación y de filosofía, como si los tártaros de estos países hubiesen sido tan sabios, y como si Alejandro no hubiese sido el general nombrado por los griegos contra el rey de Persia, señor de una gran parte de Escitia meridional y de las Indias. Los retóricos que han tenido la pretensión de imitar a Quinto-Curcio se han esforzado en presentarnos estos salvajes del Cáucaso y los desiertos, ávidos de rapiña y de matanza, como los hombres más justos del mundo; han pintado a Alejandro, vengador de Grecia y vencedor de quien quería sojuzgarla, como un bandido que recorría el mundo sin razón y sin justicia.

No se piensa que los tártaros no fueron nunca más que destructores y que Alejandro edificó ciudades en su propio país; es en lo que yo me atrevería a comparar a Pedro el Grande con Alejandro: tan activo, tan amigo de las artes útiles, más cuidadoso de la legislación quiso cambiar, como él, el comercio del mundo, y construyó o reparó tantas ciudades como Alejandro.

El gobernador de Derbent, a la llegada del ejército ruso, no quiso sostener el sitio; ya porque creyese no poder sostenerse, ya porque prefiriese la

protección del emperador Pedro a la del tirano Mahmud, entregó las llaves de plata de la ciudad y del castillo; el ejército entró tranquilamente en Derbent, y fué a acampar a orilla del mar.

El usurpador Mahmud, dueño ya de una gran parte de Persia, quiso, en vano, anticiparse al zar e impedirle la entrada en Derbent. Excitó a los tártaros vecinos; acudió él mismo; pero Derbent se había ya rendido.

Pedro no pudo entonces llevar más lejos sus conquistas. Los barcos que llevaban nuevas provisiones, reclutas, caballos, se habían perdido hacia Astracán, y la estación avanzaba; regresó a Moscú, y entró en él en triunfo; allí, según su costumbre, dio solemnemente cuenta de su expedición al vicezar Romadonoski, continuando hasta el fin esta comedia, que, según lo que se dijo en su elogio pronunciado en París, en la Academia de Ciencias, hubiese debido ser representada ante todos los monarcas de la tierra.

Persia estaba entonces repartida entre Hussein y, el usurpador Mahmud. El primero trataba de buscar un apoyo en el emperador de Rusia; el segundo temía en él un vengador que le arrebatase el fruto de su rebelión. Mahmud hizo cuanto pudo para levan-

tar a la Puerta Otomana contra Pedro; envió una embajada a Constantinopla; los príncipes del Daguestán, bajo la protección del sultán, despojados por las armas de Rusia, pidieron venganza. El Diván temió por la Georgia, que los turcos contaban en el número de sus Estados.

El sultán estuvo a punto de declarar la guerra; la corte de Viena y la de París se lo impidieron. El emperador de Alemania notificó que si los turcos atacaban a Rusia él se vería obligado a defenderla. El marqués de Bonac, embajador de Francia en Constantinopla, apoyó hábilmente con sus advertencias las amenazas de los alemanes; hizo ver que en propio interés de la Puerta estaba no sufrir que un rebelde usurpador de Persia enseñase a destronar soberanos; que el emperador ruso no había hecho más que lo que el sultán hubiera debido hacer.

Durante estas delicadas negociaciones, el rebelde Mahmud, había avanzado hasta las puertas de Derbent: asoló los países vecinos a fin de que los rusos no tuviesen con qué subsistir. La parte de la antigua Hircania hoy Guilan fue saqueada, y estos pueblos, desesperados, se pusieron bajo la protección de los rusos, a quienes miraron como sus libertadores.

Seguían en esto el ejemplo del sofí mismo. Este desgraciado monarca había enviado un embajador a Pedro el Grande para implorar solemnemente su auxilio. Apenas se puso en camino este embajador, cuando el rebelde Myr-Mahmud se apoderó de Ispahan y de la persona de su soberano.

El hijo del sofí destronado y prisionero, llamado Thamaseb, pudo escapar del tirano, reunió algunas tropas y combatió al usurpador. No fue menos activo que su padre para instar a Pedro el Grande a que le protegiese, y envió al embajador las mismas instrucciones que el sha Hussein había dado.

*Agosto 1723.* -No había llegado todavía este embajador persa, llamado Ismael-Beg, y su negociación había tenido ya buen éxito. Supo al arribar a Astracán que el general Matufkin iba a partir con nuevas tropas para reforzar el ejército del Daguestán. No se había tomado aún la ciudad de Bakú o Bachú, que da al mar Caspio el nombre de mar Bachú entre los persas. Dio al general ruso una carta para los habitantes, en la cual les exhortaba en nombre de su soberano a someterse al emperador de Rusia. El embajador continuó su camino para Petersburgo, y el general Matufkin fue a poner sitio a la ciudad de

Bachú. El embajador persa llegó a su corte al mismo tiempo que la noticia de la toma de la ciudad.

Esta ciudad está cerca de Shamaquia, donde los comerciantes rusos habían sido degollados; no es ni tan populosa ni tan opulenta como Shamaquia, pero es famosa por la nafta que ha proporcionado a toda Persia. Jamás tratado alguno fue concluido más pronto que el de Ismael-Beg.

*Septiembre 1723.* -El emperador Pedro, para vengar la muerte de sus súbditos y para socorrer al sofí Thamaseb contra el usurpador, prometía marchar a Persia con ejércitos, y el nuevo sofí le cedía no solamente las ciudades de Bachú y Derbent, sino también las provincias de Guilan, Mazanderan y Asterabath.

Guilan es, como ya hemos dicho, la Hircania meridional; Mazanderan, que la toca, es el país de los mardos; Asterabath está contigua a Mazanderan, y éstas eran las tres provincias principales de los antiguos reinos; de suerte que Pedro se encontraba, por sus armas y por los tratados, dueño del primer reino de Ciro.

No es inútil decir que en los artículos de este convenio se reguló el precio de los géneros que se debían suministrar al ejército. Un camello no debía

costar más que sesenta francos de nuestra moneda -doce rublos-; la libra de pan no debía llegar a cinco liards; la libra de carne, aproximadamente a seis; estos precios son una prueba evidente de la abundancia que existía en estos países de los verdaderos bienes, que son los de la tierra, y de la escasez de dinero, que no es más que un bien convencional.

Era tal la suerte miserable de Persia, que el desgraciado sofí Thamaseb, errante por su reino, perseguido por el rebelde Mahmud, asesino de su padre y de sus hermanos, estaba obligado a pedir a la vez a Rusia y a Turquía quisiesen tomar una parte de sus Estados, para conservar él la otra.

El emperador Pedro, el sultán Achmet III y el sofí Thamaseb convinieron entonces en que Rusia conservaría las tres provincias de que acabamos de hablar, y que la Puerta Otomana tendría Casbin, Tauris, Erivan, además de lo que conquistaba entonces el usurpador de Persia. De este modo este hermoso reino era desmembrado a la vez por los rusos, los turcos y por los mismos persas.

El emperador Pedro reinó así hasta su muerte desde los límites del mar Báltico hasta el extremo meridional del mar Caspio. Persia continuó siendo presa de revoluciones y saqueos. Los persas en otro

tiempo ricos y civilizados, se vieron sumidos en la miseria y en la barbarie, mientras que Rusia surgió de la pobreza y la grosería a la opulencia y la civilización. Un solo hombre, por tener un espíritu activo y enérgico, engrandeció a su patria; y un solo hombre, por ser débil e indolente, hizo caer a la suya.

Estamos todavía muy mal informados del pormenor de todas las calamidades que han abatido a Persia durante tanto tiempo. Se ha pretendido que el desgraciado sha Hussein fue lo bastante cobarde para poner él mismo su mitra de persa, lo que nosotros llamamos la corona, sobre la cabeza del usurpador Mahmud; se dice que este, Mahmud cayó en seguida en la locura; así, un imbécil y un loco decidieron la suerte de tantos miles de hombres. Se añade que Mahmud mató con su propia mano, en un acceso de locura, a todos los hijos y nietos del sha Hussein, en número de ciento; que se hizo recitar el evangelio de San Juan sobre la cabeza para purificarse y curarse. Estos cuentos persas han sido propalados por nuestros frailes e impresos en París.

Este tirano, que había asesinado a su tío fue, al fin asesinado a su vez por su sobrino Eshreff, que fue tan cruel y tan tirano como Mahmud.

El sha Thamaseb imploró siempre el auxilio de Rusia. Es este mismo Thamaseb, o Thamas, socorrido después y restablecido por el célebre, Kouli-kan y en seguida destronado por Kouli-kan mismo.

Estas revoluciones y las guerras que Rusia tuvo en seguida que sostener contra los turcos de las que salió victoriosa, y la evacuación de las tres provincias, no son acontecimientos que conciernen a Pedro el Grande; no ocurrieron sino varios años después de su muerte; baste decir que él acabó su carrera militar añadiendo tres provincias a su imperio por el lado de Persia cuando acababa de añadirle otras tres hacia las fronteras de Suecia.

# CAPITULO XVII

## Coronación y consagración de la emperatriz Catalina I. -Muerte de Pedro el Grande

Pedro, al regreso de su expedición de Persia, se encontró, más que nunca, como el árbitro del Norte. Se declaró el protector de la familia del mismo Carlos X11, de quien había sido durante diez y ocho años enemigo. Hizo venir a la corte al duque de Holstein, sobrino de este monarca; le destinó para su hija mayor, y se dispuso desde entonces a sostener sus derechos sobre el ducado de Holstein-Slesvig; hasta se comprometió en un tratado de alianza que concertó con Suecia.

Proseguía los trabajos comenzados en toda la extensión de sus Estados hasta el fondo de Kamtchatca, y para dirigir mejor estos trabajos establecía

en Petersburgo su Academia de Ciencias. Las artes florecían por todos lados; las manufacturas eran fomentadas; la marina, aumentada, los ejércitos, bien sostenidos; las leyes, observadas; gozaba en paz de su gloria; quiso partirla de un modo nuevo con la que, reparando la desgracia de la campaña del Pruth, había, decía él, contribuido a esta misma gloria.

*18 mayo 1724.* - Fue en Moscú donde hizo coronar y consagrar a su mujer Catalina, en presencia de la duquesa de Curlandia, hija de su hermano mayor, y del duque de Holstein, a quien iba a hacer su yerno. La declaración que publicó merece fijar la atención: en ella se recuerda el uso de varios reyes cristianos de hacer coronar a sus esposas; en ella se recuerdan los ejemplos de los embajadores Basilides, Justiniano, Heraclio y León el Filósofo. El emperador especifica en ella los servicios prestados al Estado por Catalina, y sobre todo en la guerra contra los turcos, cuando su ejército, reducido a veintidós mil hombres, tenía que combatir con más de doscientos mil. No se decía en esta orden que la emperatriz debiese reinar después de él; pero preparaba en ella los ánimos con esta ceremonia, desusada en sus Estados.

Lo que acaso podía hacer considerar a Catalina como destinada a subir al trono después de su esposo es que este misino marchó delante de ella a pie el día de su coronación, en calidad de capitán de una nueva compañía que creó con el nombre de *caballeros de la emperatriz*.

Cuando hubieron llegado a la iglesia, Pedro le colocó la corona sobre la cabeza; ella quiso abrazarle las rodillas; él se lo impidió, y al salir de la catedral hizo llevar el cetro y el globo delante de ella. La fiesta fue digna de todo un emperador. Pedro ostentaba en las grandes ocasiones tanta magnificencia como sencillez ponía en su vida privada.

Habiendo coronado a su mujer, se resolvió, al fin, a conceder su hija mayor, Ana Petrona, al duque de Holstein. Esta princesa tenía muchos rasgos de su padre; era de talla majestuosa y de gran belleza. Se la desposó con el duque de Holstein, pero sin gran aparato. Pedro sentía su salud muy quebrantada, y un disgusto doméstico, que acaso irritó más aún el mal de que murió, hizo estos últimos tiempos de su vida poco convenientes a la pompa de las fiestas.

Catalina tenía un joven chambelán[66], llamado Mo ns de la Cruz, nacido en Rusia de familia flamenca; era de figura distinguida; su hermana, la señora de Bale, era azafata de la emperatriz; ambos gobernaban su casa. Se acusó a uno y a otro al emperador; fueron metidos en la cárcel; se les siguió proceso por haber recibido regalos. Se había prohibido, desde el año 1714, a todo empleado, recibirlos, bajo pena de infamia y de muerte, y esta prohibición había sido renovada varias veces.

El hermano y la hermana fueron convictos; todos los que habían o comprado o recompensado sus servicios fueron enumerados en la sentencia, excepto el duque de Holstein y su ministro el conde Bassewitz; es verosímil que los regalos hechos por este príncipe a los que habían contribuido a conseguir su matrimonio no fuesen considerados, como una cosa criminal.

Se condenó a Mo ns a ser decapitado, y a su hermana, favorita de la emperatriz, a recibir once golpes de knut. Los dos hijos de esta dama, uno chambelán y otro paje, fueron degradados y envia-

[66] Memorias del conde Bassewitz.

dos en calidad de simples soldados al ejército de Persia.

Estas severidades, que rechazan nuestras costumbres, eran quizá necesarias en un país donde la conservación de las leyes parecía exigir un rigor espantoso. La emperatriz pidió perdón para su azafata, y su marido, irritado, se lo negó; en su cólera, hizo pedazos una luna de Venecia y dijo a su mujer: Tú ves que no es preciso más que un golpe de mi mano para volver este espejo al polvo de que ha salido. Catalina le miró con tierno dolor y le dijo: Y bien, habéis roto lo que constituía el adorno de nuestro palacio; ¿creéis que se ha hecho más hermoso por ello? Estas palabras apaciguaron al emperador, pero toda la gracia que su mujer pudo conseguir de él fue que su azafata no recibiera más que cinco golpes de knut en lugar de once..

No referiría este hecho si no estuviese certificado por un ministro, testigo ocular, quien, habiendo hecho él mismo regalos al hermano y a la hermana, fue acaso una de las principales causas de su desgracia. Fue esta aventura la que animó a los que juzgan todo malignamente, a propalar que Catalina apresuró los días de un marido que le inspiraba más terror por su cólera que gratitud por sus beneficios.

Se afirmaron en estas crueles sospechas por le prisa que tuvo Catalina de volver a llamar a su azafata inmediatamente después de la muerte de su esposo y concederle todo su favor. El deber de un historiador obliga a referir estos rumores públicos a que han dado lugar en todo tiempo y en todos los Estados los príncipes arrebatados por una muerte prematura, como si la naturaleza no fuese suficiente para destruirlos; pero ese mismo deber exige que se haga ver cuán temerarios e injustos eran esos rumores.

Hay una distancia inmensa entre el descontento pasajero que puede ocasionar un marido severo, y una resolución desesperada de envenenar a un esposo y soberano a quien se le debe todo. El peligro de tal empresa hubiese sido tan grande corno el crimen. Había entonces un gran partido contrario a Catalina, en favor del hijo del infortunado zarevitz; sin embargo, ni esta facción ni ninguna persona de la corte sospechó de Catalina, y los rumores vagos que corrieron no fueron más que la opinión de algunos extranjeros mal enterados, que se entregaban sin razón alguna al ruin placer de suponer grandes crímenes en quienes se cree interesado en cometerlos. Este mismo interés era muy dudoso en Catalina:

no era seguro que debiese ser la sucesora; había sido coronada, pero solamente en calidad de esposa del soberano, y no como debiendo ser soberana después de él.

La declaración de Pedro no había ordenado este aparato más que como una ceremonia, y no como un derecho a reinar; Catalina recordaba los ejemplos de emperadores romanos que habían hecho coronar a sus esposas, y ninguna de ellas fue soberana del imperio. En fin: aun durante la enfermedad de Pedro, muchos creyeron que la princesa Ana Petrona le sucedería, juntamente con el duque de Holstein, su esposo, o que el emperador nombraría a su nieto por sucesor suyo: así, bien lejos de tener Catalina interés en la muerte del emperador, tenía necesidad de su conservación.

Era sabido que Pedro estaba atacado desde mucho tiempo antes de un absceso y una retención de orina que le causaban dolores agudos. Las aguas minerales de Olonitz y otras que había empleado no fueron más que inútiles remedios; se le vio debilitarse sensiblemente desde principios del año 1724. Sus trabajos, de los que no descansaba nunca, aumentaron su mal y apresuraron su fin; su estado pareció muy pronto mortal; le acometieron calenturas muy

altas que le sumieron en un delirio casi continuo; quiso escribir en un momento de descanso que le dejaron sus dolores[67], pero su mano no formó más que caracteres ilegibles, de los que no se pudo descifrar sino estas palabras en ruso: *Devolved todo a* ...

Pidió que se hiciese venir a la princesa Ana Petrona, a quien quería dictar; pero cuando ésta apareció ante su cama él había perdido ya el habla y entró en la agonía, que duró diez y seis horas. La emperatriz Catalina no se había separado de la cabecera en tres noches: al fin murió en sus brazos el 28 de enero, hacia las cuatro de la mañana.

Se llevó su cuerpo al gran salón de palacio, seguido de toda la familia imperial, del Senado, de todas las personas más distinguidas y de mucha gente del pueblo; fue expuesto en una cama de respeto, y todo el mundo tuvo libertad de aproximarse y besarle la mano, hasta el día de su entierro, que se verificó el 10-21 de marzo de 1725.

Se ha creído, se ha impreso, que había nombrado en su testamento a su esposa Catalina heredera del imperio; pero lo cierto es que no hizo testamente, o, por lo menos, no apareció nunca, negli-

[67] Memorias manuscritas del conde Bassewitz.

gencia bien extraña en un legislador, y que prueba que él no había creído mortal su enfermedad.

No se sabía a la hora de su muerte quién ocuparía su trono; dejaba a Pedro, su nieto, hijo del infortunado Alejo; dejaba a su hija mayor, la duquesa de Holstein. Había un partido considerable a favor del joven Pedro. El príncipe Menzikoff, ligado a la emperatriz Catalina en todo tiempo, se adelantó a todos los partidos y a todos los proyectos. Pedro estaba próximo a expirar cuando Menzikoff hizo pasar a la emperatriz a una sala donde sus amigos estaban ya reunidos. Se hizo transportar el tesoro a la fortaleza; se aseguraron las guardias; el príncipe Menzikoff atrajo al arzobispo de Novgorod; Catalina celebró con ellos y un secretario de confianza, llamado Macarof, un consejo secreto, al que asistió el ministro del duque de Holstein.

La emperatriz, al salir de este consejo, volvió junto a su esposo moribundo, que exhaló el último suspiro en sus brazos. Inmediatamente, los senadores y los oficiales generales acudieron al palacio; la emperatriz les arengó; Menzikoff respondió en su nombre; se deliberó, por fórmula, fuera de la presencia de la emperatriz. El arzobispo de Plescou, Teófano, declaró que el emperador había dicho la

víspera de la coronación de Catalina que no la coronaba más que para hacerla reinar después de él; toda la asamblea firmó la proclamación, y Catalina sucedió a su esposo el mismo día de su muerte.

Pedro el Grande fue llorado en Rusia por todos los que él había formado, y la generación que siguió a la de los partidarios de las antiguas costumbres lo consideró bien pronto como padre suyo. Cuando los extranjeros vieron que todas sus fundaciones eran permanentes han sentido por él una admiración constante, y han confesado que había sido inspirado más bien por una sabiduría extraordinaria que por el deseo de hacer cosas sorprendentes. Europa ha reconocido que él había amado la gloria, pero que la había cifrado en hacer bien; que sus defectos no habían empañado nunca sus buenas cualidades; que en él, el hombre presentaba manchas, pero el monarca fue siempre grande; forzó la naturaleza en todo, en sus súbditos, en sí mismo y sobre la tierra y sobre los mares; pero la forzó para embellecerla. Las artes, que ha trasplantado con sus propias manos a países en que muchos entonces estaban salvajes, han dado, al fructificar, testimonio de su genio y eternizado, su memoria; parecen hoy originarias de los mismos países adonde las ha tras-

portado. Leyes, policía, política, disciplina militar, marina, comercio, manufacturas, ciencias, bellas artes, todo se ha perfeccionado siguiendo sus planes; y por una singularidad de la que no hay ejemplo, cuatro mujeres han subido sucesivamente después de él al trono, las cuales han mantenido todo lo que él acabó y han perfeccionado todo lo que él había emprendido.

En palacio ha habido revoluciones después de su muerte; el Estado no ha experimentado ninguna el esplendor de este imperio ha aumentado bajo Catalina I; ha triunfado de los turcos y de los suecos bajo Ana Petrona; ha conquistado bajo Isabel la Prusia y una parte de la Pomerania; ha gozado en seguida de la paz y ha visto florecer, las artes bajo Catalina II.

A los historiadores nacionales incumbe entrar en todos los detalles de las fundaciones, leyes, guerras y empresas de Pedro el Grande; ellos alentarán a sus compatriotas celebrando a todos los que han ayudado a este monarca en sus trabajos guerreros y políticos. A un extranjero amante desinteresado del mérito basta haber intentado mostrar lo que fue el gran hombre que aprendió de Carlos XII a vencerle, que salió dos veces de sus Estados para gobernarlos

mejor, que trabajó con sus propias manos en casi todas las artes necesarias, para dar ejemplo a su pueblo, y que fue el fundador y el padre de su imperio.

Los soberanos de Estados civilizados desde mucho tiempo antes se dirán a sí mismos: Si en los climas helados de la antigua Escitia un hombre, ayudado solo de su genio, ha hecho cosas tan grandes, ¿qué debemos hacer nosotros en reinos donde los trabajos acumulados de varios siglos nos han vuelto todo tan fácil?

## CONDENA DE ALEJO

### El 2   de junio de 1 1  .

En virtud de la orden expresa emanada de Su Majestad zariana, y firmada por su propia mano el 13 de junio último, referente al juicio del zarevitz Alejo Petrowitz, sobre sus transgresiones y crímenes contra su padre y señor, los abajo firmantes, ministros, senadores del estado militar y civil, después de haberse reunido varias veces en la cámara de la regencia del Senado en Petersburgo, habiendo oído más de una vez la lectura que se ha hecho de los originales y extractos de los testimonios que han sido presentados contra él, así como también las cartas de exhortación de Su Majestad zariana al zarevitz, y de las respuestas que éste dio a aquéllas, escritas de su propia mano, y otros actos que perte-

necen al proceso, así como las informaciones criminales y las confesiones y declaraciones del zarevitz, tanto las escritas por su propia mano como las hechas verbalmente a su señor padre, y ante los abajo firmantes, constituidos por la autoridad de Su Majestad zariana, al efecto del presente juicio: han declarado y reconocido que aunque, según los derechos del imperio ruso, no ha correspondido contra su soberano y su padre siendo hijo y súbdito de Su Majestad zariana; de suerte que, aunque Su Majestad zariana haya prometido al zarevitz, por la carta que él le ha enviado por M. Tolstoy, consejero privado, y por el capitán Romanzoff, fechada en Spa el 10 de julio de 1717, perdonarle su evasión si regresaba de buen grado y voluntariamente, así como el zarevitz mismo lo ha confesado con agradecimiento en su respuesta a esta carta, escrita en Nápoles el 4 de octubre de 1717, donde ha mostrado que agradecía a Su Majestad zariana el perdón que le concedía solamente por su evasión voluntaria, se ha hecho después indigno de él por su oposición a la voluntad de su padre y por sus demás infracciones, que ha renovado y continuado, como se ha expuesto ampliamente en el manifiesto publicado por Su Majestad zariana el 3 de febrero del presente año, y

porque, entre otras cosas, no ha regresado de buena voluntad. Y aunque Su Majestad zariana, a la llegada del zarevitz a Moscú, con su escrito de confesión de sus crímenes, y donde pedía perdón, tuvo piedad de él, como es natural tenerla en un padre por su hijo, y que en la audiencia que le concedió en la sala del castillo el mismo día 3 de febrero le prometió el perdón de todas sus infracciones; Su Majestad zariana no le hizo esa promesa sino con esta condición expresa, dicha en presencia de todo el inundo, a saber: que el zarevitz declararía, sin ninguna restricción ni reserva, todo lo que había cometido y tramado hasta aquel día contra Su Majestad zariana, y que descubriría a todas las personas que le han dado consejos, sus cómplices, y, en general, a todos los que han sabido algo de sus proyectos y ardides; pero que si ocultaba algo, el perdón prometido sería nulo y quedaría revocado; lo que el zarevitz recibió entonces y aceptó, al menos en apariencia, con lágrimas de gratitud y prometió bajo juramento declarar todo sin reserva; en confirmación de lo cual besó la santa cruz y las Sagradas Escrituras en la iglesia catedral.

Su Majestad zariana le confirmó también la misma cosa por su propia mano al día siguiente, en

los artículos del interrogatorio insertos aquí arriba, que mandó entregarle, habiendo escrito a su cabeza lo que sigue:

Como habéis recibido ayer nuestro perdón a condición de que declararíais todas las circunstancias de vuestra evasión y lo que con ella tiene relación, pero que si ocultabais algo seríais privado de la vida, y como habéis hecho ya de palabra algunas declaraciones, debéis, para una satisfacción más amplia y para vuestro descargo, ponerlas por escrito según los puntos marcados a continuación.

Y a la conclusión, todavía estaba escrito de la propia mano de Su Majestad zariana, en el artículo 7: Declarad todo lo que tenga relación con este asunto, aun cuando ello no estuviese especificado aquí, y purificaos como en la santa confesión; pero si encubrís o calláis algo que se descubra en lo sucesivo, no me imputáis nada, pues ayer se os ha declarado delante de todo el mundo que en ese caso el perdón que se os ha concedido sería nulo y revocado.

No obstante esto, el zarevitz ha procedido en sus respuestas y en sus confesiones sin ninguna sinceridad; ha callado y encubierto no solamente a muchas personas, sino también cuestiones capitales, y

sus infracciones, y en particular sus intentos de rebelión contra su padre y señor, y sus malas prácticas que ha tramado y entretenido mucho tiempo para tratar de usurpar el trono de su padre, aun en vida de él, por malos caminos diferentes y bajo ruines pretextos, y fundando su esperanza y los deseos que sentía de la muerte de su padre y señor en la declaración, de que se lisonjeaba, del populacho en su favor.

Todo esto ha sido descubierto en seguida por las informaciones criminales, después de haberse negado a declararlo él mismo, como se ha consignado más arriba.

Así, es evidente, por todas estas maniobras del zarevitz, y por las declaraciones que ha prestado por escrito y de palabra, y, en último lugar, por la del 22 de junio del presente año, que no ha querido que la sucesión a la corona ocurriese, después de la muerte de su padre, del modo que su padre hubiese querido dejársela, según dispone la equidad y las vías y los medios que Dios ha prescrito, sino que ha deseado y ha tenido el proyecto de llegar a ella, aun en vida de su padre y señor, contra la voluntad de Su Majestad zariana y oponiéndose a todo lo que su padre quería, y no solamente por las sublevaciones de re-

beldes que él esperaba, sino también por el concurso del emperador, y con un ejército extranjero que él se había jactado de tener a su disposición, aun a costa de la ruina del Estado y de la enajenación de todo lo que del Estado se le hubiera podido pedir por este concurso,

La exposición que se acaba de hacer deja ver, pues, que el zarevitz, ocultando todos sus perniciosos proyectos y encubriendo a muchas personas que han estado en inteligencia con él, como ha hecho hasta el último examen y hasta que ha sido plenamente convencido de todas sus maquinaciones, ha tenido la atención de reservarse para el porvenir, cuando se presentase ocasión favorable de proseguir sus planes y de llevar a cabo la ejecución de esta horrible empresa contra su padre y señor y contra todo este imperio.

Se ha hecho por ello indigno de la clemencia y del perdón que le ha sido prometido por su señor padre; él mismo lo ha confesado también, tanto ante Su Majestad zariana corno en presencia de todos los representantes de los estados eclesiástico y seglar, y públicamente ante toda la asamblea; y ha declarado también verbalmente, y por escrito ante los jueces abajo firmantes, establecidos por Su Majestad zaria-

na, que todo lo arriba consignado era verdadero y manifiesto por los efectos que de ello habían aparecido.

Así, puesto que las susodichas leyes divinas y eclesiásticas, las civiles y las militares, y particularmente las dos últimas, condenan a muerte sin misericordia, no solamente a aquellos cuyos atentados contra su padre y señor han sido manifestados por evidencias o probados por escritos, sino también a aquellos cuyos atentados no han estado más que en la intención de rebelarse, o dé haber formado simples intenciones de matar a su soberano, o de usurpar el imperio, ¿qué pensar de un intento de rebelión tal como apenas se ha oído hablar de otro semejante en el mundo, unido al de un horrible doble parricidio contra su soberano? Primeramente, como su padre de la patria, y además corno padre suyo según la naturaleza -Un padre muy clemente, que ha hecho criar al zarevitz desde la cuna con cuidados más que paternales, con una ternura y una bondad que se han manifestado en todas las ocasiones, que ha tratado de formarle para el gobierno y de instruirle con trabajos increíbles y una aplicación infatigable en el arte militar para hacerle capaz y digno de la sucesión de un tan gran imperio-, ¿con

cuánto mayor razón un proyecto semejante ha merecido una pena de muerte?

Con el corazón afligido y los ojos llenos de lágrimas, nosotros, como servidores y súbditos, pronunciamos esta sentencia, considerando que no nos corresponde, por esta cualidad, entrar en juicio de tan gran importancia, y particularmente pronunciar una sentencia contra el hijo del muy soberano y muy clemente zar nuestro señor. Sin embargo, siendo su voluntad que nosotros juzguemos, declaramos por la presente nuestra verdadera opinión, y pronunciamos esta condenación con una conciencia tan pura y tan cristiana, que creemos poderla sostener ante el terrible, el justo y el imparcial juicio del gran Dios.

Sometiendo, por lo demás, esta sentencia, que nosotros entregamos, y esta condenación que hacemos, al soberano poder, a la voluntad y a la clemente revisión de Su Majestad zariana, nuestro muy clemente monarca.